
LA
MONJA
DETECTIVE
FCO J. RODENAS

LA MONJA DETECTIVE



FCO. J. RODENAS
Autor

Título: La monja detective

© Fco J. Rodenas
© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1ª edición: mayo de 2026–*Independently published*

LA MONJA DETECTIVE



FCO. J. RODENAS
Autor

Contenido

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Abadía de Valbruma. En algún País del mundo.

Otoño de 1955

Sabes que vas a morir antes incluso de abrir los ojos. Lo has visto en tus sueños. Cada detalle, cada segundo. Y, a pesar de todo, cuando despiertas, empapado en sudor y presa de un pánico incontrolable, buscas el libro que guardas bajo el colchón, lo escondes entre tu ropa y emprendes la huida.

Aunque sepas que tu suerte está echada.

Por instinto, tal vez. Por la necesidad irracional de sobrevivir. Como el suicida que, en un último impulso, trata de librarse de la cuerda que le rodea el cuello, aunque haya sido él mismo quien ha tomado la decisión de quitarse la vida.

Sí, lo haces por instinto, pero también por el códice…

Recorres la galería en penumbras con él fuertemente aferrado contra tu pecho. Las baldosas de piedra te devuelven el eco de tus pasos, un sonido constante y sordo que solo sirve para acrecentar tu inquietud.

En tu desenfrenada huida, ves sombras que te acechan donde solo hay oscuridad.

«Ya vienen», piensas sin aminorar la marcha.

Dejas a un lado el corredor y cruzas el patio del claustro a grandes zancadas. Al pasar junto al pozo seco tienes la tentación de detenerte. Piensas que quizás aquel podría haber sido un buen lugar para esconder el libro, pero solo quizás, y no tienes tiempo para la duda.

No hay tiempo para nada.

No puedes fiarte de nadie dentro de la abadía, lo sabes. Esa es la única certeza que te acompaña, y haces bien.

Entras en la iglesia. Te recibe una nave alta, de decoración sobria. A ambos lados del pasillo central hay representadas diferentes escenas del Apocalipsis. No puedes más que reconocer la idoneidad de tales imágenes.

«Una amenaza oscura se cierne sobre el mundo y yo soy su única esperanza», murmuras entre dientes.

Te diriges hacia el altar mayor y, tras hacer una reverencia casi por inercia, tomas el relicario más preciado en Valbruma. Una caja de madera de nogal revestida con una capa de cera que contiene un paño doblado. Según la tradición, supuestamente se trata del hábito de Bernón de Baume, primer abad de la orden de Cluny.

—Perdóname, Señor —dices en un susurro mientras alzas la vista al techo de la nave—, pero incluso la verdad está por encima de la fe.

Acto seguido, abres el relicario y envuelves con el paño el códice antes de guardarlo dentro. En ese instante, oyes algo fuera que te hace moverte de nuevo. Bajas del altar. Abres la puerta de la cripta y miras hacia abajo, hacia la oscuridad. Enciendes una linterna que traes contigo y tratas de iluminarte en tu descenso por las escaleras de piedra.

Una vez bajo, alargas el brazo para dar algo de luz en la oscuridad que se extiende ante ti. El espacio no es demasiado grande. Suficiente para una fosa común y para la estatua yacente del noble que fue mecenas del monasterio en su fundación. Te apoyas en una pared para recuperar el aliento y las piedras ceden por tu peso. Caen a plomo dejando tras de sí una nube de polvo y un hueco al otro lado que parece insondable, un pasillo que no parece tener fin.

Piensas que, con toda probabilidad, no resulta aconsejable adentrarse en aquel laberinto que se antoja inacabable, pero aun así te aventuras en la oscuridad. Avanzas unos metros y descubres que a ambos lados se amontonan sin orden ni concierto cientos de restos

humanos. Deduces que debe tratarse de unas catacumbas, quizás de tiempos remotos.

Cuando llevas recorridos unos cien metros y has pasado ya por una docena de pasillos, ves aquel nicho. No es diferente a los demás, pero sí más profundo, idóneo para ocultar el libro.

Sin sacarlo de la caja, lo colocas en el hueco y luego lo cubres con varios restos humanos con tal de que no se vea. Esperas que la madera de nogal tratada y el paño sean suficientes para que no se deteriore.

En ese preciso momento te llega el inconfundible sonido de unos pasos que se aproximan y eso te hace comprender que toda esperanza de salir de allí con vida acaba de evaporarse. Que lo que has sospechado que pasaría ha terminado por hacerse realidad, cuando temiste por las consecuencias de tus actos y de tus palabras.

Las que hay en el libro.

Así que te internas de nuevo en las catacumbas. Un resplandor cercano confirma tus peores sospechas. Solo es cuestión de tiempo que te encuentren.

Nada importa, siempre que no encuentren también el libro.

Es entonces cuando los dos hombres llegan hasta ti. A uno, la barba cuidada y la mirada aguileña, lo conoces bien: Morfeus de Orfack, tu mentor durante tu estancia en Valbruma. Alguien en quien confiabas y que ha demostrado ser el mismísimo demonio. El otro, solo un sicario que ha surgido de las sombras.

—¿Por qué huías de nosotros, Elian? —te pregunta Morfeus con una sonrisa sardónica—. El hermano Anselmo y yo solo queríamos hablar contigo. Hacerte entender nuestras razones.

—¿Razones dices? —Pese al miedo, dejas escapar una risa amarga—. La única razón que os mueve es tan oscura como vuestras almas.

Los dos hombres se miran en la penumbra y Morfeus asiente. El sicario se lanza sobre ti y te retuerce un brazo. Contienes un lamento que amenaza con escapar, pero no quieres darles ese gustazo.

—¿El códice? ¿Dónde está? —te ordena haciendo más fuerza.

—Lo he destruido —exclamas presa del dolor—. Era lo mejor para todos.

—¿He de recordarte el octavo mandamiento? —vuelve a preguntar Morfeus—. ¿No querrás arder en el infierno por dar falso testimonio?

—Donde vaya yo es cosa mía, pero sois vosotros quienes arderéis en el peor de los infiernos.

El otro religioso registra tu cuerpo y tus ropajes y, al no encontrar nada, te propina un puñetazo en las costillas que, ahora sí, te arranca un grito de dolor.

—Solo tienes que decirnos dónde está ese dichoso libro y todo esto acabará —insiste Morfeus pero tú prefieres guardar silencio.

El clérigo hace un gesto con la cabeza y el secuaz comprende al instante. Sin soltarte el brazo, te obliga a caminar. Tú los conduces lo más lejos que puedes del lugar en el que has escondido el libro y, en un descuido, sales corriendo en mitad de la penumbra.

Sigues avanzando en aquel laberinto, tanteando las paredes, hasta que sientes que el suelo desaparece bajo tus pies.

Todavía tardas un buen rato en comprender que has caído dentro de un agujero. Tu frente sangra y estás mareado. Tratas, sin éxito, de ponerte en pie, pero no eres capaz, así que te entregas a tu destino, a ese que se te ha revelado en sueños.

Al poco, los dos hombres llegan hasta el borde mismo del agujero y te miran con desprecio.

—Dale cristiana sepultura —dice Morfeus con expresión sombría —. Ya no se puede hacer nada por su alma.

—¿Qué pasa con el códice? —pregunta Anselmo.

—Ha entrado con él en la cripta, de eso estamos seguros. Posiblemente lo ha escondido en alguno de estos condenados pasillos. No importa, cuando mañana sea nombrado abad de Valbruma, ordenaré que la cripta sea clausurada debido a que existe riesgo de derrumbe por su estado. Más adelante, ya tendremos tiempo de venir a buscar el libro.

Dictada su sentencia, el clérigo de nariz aguileña ofrece su anillo para que el otro lo bese con devoción. La joya tiene un símbolo

extraño, un círculo roto con una daga atravesándolo justo por la mitad.

—Como ordenéis, «abate» Morfeus —dice este arrodillándose.

Ambos sonríen. Después, Morfeus de Orfack, prior de la abadía de Valbruma, se aleja arrastrando los pies mientras su secuaz comienza a lanzar paladas de tierra en el agujero. Toda resistencia por tu parte solo sirve para que tus exiguas fuerzas se consuman pronto. Para cuando tu cuerpo queda cubierto, ya has perdido la consciencia.

No habrá lápida para ti. No habrá epitafio en el que diga: «Aquí yace Elian Lysander. Poeta. Vidente. Mártir».

Tu recuerdo y tu nombre quedarán olvidados entre toneladas de polvo y piedra…

Hasta setenta años después.

PRIMERA PARTE
TALÍA

Primavera de 2025

1

La vida en el convento de Santa Rosalía solo suponía para ella una sucesión de días idénticos y esa realidad la exasperaba. No había nacido para estar encerrada entre las paredes de aquel lugar decrépito, anclado a un pasado que había comenzado muchos años antes, cuando la orden de Cluny decidió erigir una pequeña abadía junto a un río. Una abadía, por otro lado, que terminaría creciendo al tiempo que lo hacía la orden. Valbruma era su nombre.

Luego, de forma abrupta, los monjes benedictinos abandonaron el lugar y este quedó dejado a su suerte. Hasta que las clarisas decidieron instalarse entre los viejos muros y crear un convento de clausura en advocación a Santa Rosalía. Eso fue mucho antes de que una huérfana llamada Talía Bergström fuera ingresada por los Servicios Sociales en aquel lugar en medio de la nada. Lo hicieron contra su voluntad, tras haber pasado por una docena de casas de acogida. También mucho antes del terremoto que habría de cambiarle la vida para siempre.

Aquella mañana no había amanecido muy diferente a las anteriores. El convento despertaba con el murmullo continuo y casi inapreciable de los gestos cotidianos: el arrastre de las escobas sobre la piedra, el burbujeo del agua en la fuente, la brisa templada que se colaba a través del claustro como una oración lejana... A esas horas tempranas, la luz llegaba siempre de la misma manera: oblicua, tímida, filtrada por vidrieras que no eran exactamente hermosas pero que, a esa hora, parecían perdonarlo todo. Las piedras, recalentadas de años, respiraban un aliento seco. Y en ese orden minucioso, repetido hasta la paciencia, Talía intentaba colocarse a sí misma como una pieza que no encajaba del todo en el mosaico.

Había hecho la cama con el ritual ceremonioso aprendido con el transcurso de los años y los castigos a los que la habían sometido

debido a su carácter rebelde —sábana doblada a rectángulo, colcha tensa como una página bien planchada— y, sin embargo, ya sentía el deseo de escapar a algún rincón donde poder abrir un libro viejo. Le gustaba el olor de los lomos, el temblor leve que recorría el papel cuando pasaba una página con la yema del dedo.

Pero había un motivo más: en las páginas de algunos de aquellos volúmenes, encontraba el modo de escapar del convento. En ellos era capaz de evadirse, de volar tan lejos que solo el viento fuera capaz de encontrarla. De emprender viajes fascinantes donde conocía tierras que ni siquiera figuraban en los mapas. Por ese motivo, deseaba que le asignaran servicio en la biblioteca tanto como detestaba las tareas físicas que se veía obligada a hacer más veces de las que le gustaría.

Dos golpes de campana marcaron el fin de los rezos y el comienzo del trabajo. Las voces se diluyeron. Las novicias, Talía entre ellas, salieron como una hilera de hormigas dóciles camino del servicio encomendado. La chica tomó el trapo y la palangana y se dedicó a frotar el suelo del refectorio con más asco que voluntad. Empujada por su imaginación, cerraba los ojos y le parecía distinguir el roce leve de una página en la biblioteca. Se preguntó si la hermana Ángela habría madrugado más que de costumbre para revisar el inventario. Quiso ofrecerse para ayudarla, y por un instante estuvo a punto de ponerse en pie y preguntar a la madre superiora. Pero la prudencia —esa voz baja que le había enseñado a obedecer en según qué circunstancias— la empujó a seguir con sus obligaciones.

Cuando se produjo el primer temblor, la novicia quiso achacarlo a un mareo. Pero luego el suelo, el refectorio, el convento entero se estremeció con una sacudida violenta y feroz que hizo caer a las que estaban en pie y recogerse sobre sí mismas a las que permanecían a cuatro patas fregando. Talía miró a la hermana que tenía a su lado y, antes de saber qué decir, escuchó cómo cubiertos y vasos caían y se estrellaban contra la piedra en un estrépito ensordecedor. La lámpara del pasillo empezó a describir círculos minúsculos. Luego, la

tierra se rompió en un sonido profundo, cavernoso, y todo comenzó a moverse como si tuviera vida propia.

—¡Santo Dios…! —gritó alguien.

Varios fragmentos del techo cayeron sobre sus cabezas y las columnas se quejaron con un crujido sordo, anunciando su incapacidad de mantenerse en pie. Un armario se desplazó, apenas un palmo, atrapando el hábito de Talía. Esta tiró hacia atrás, liberó la tela y, por primera vez, sintió miedo de verdad. No el miedo doméstico —ese que conoce el juicio, el examen, la reprimenda—, sino el miedo amargo a encontrar la muerte cuando menos se espera.

La campana del torreón, mal anclada desde tiempos que nadie recordaba con exactitud, empezó a golpear contra su propia voluntad hasta que finalmente se soltó de su agarre y se desplomó dejando un sonido profundo y largo que sonaba a letanía.

Talía sintió que le fallaban las fuerzas, que iba a perder la consciencia. Pero entonces oyó la voz de sor Eloísa y se aferró a ella como la línea de vida que necesitaba:

—¡Al patio, en orden! ¡Novicias, contadas! ¡Nada de correr!

Lejos de llevarse por un pánico que habría sido disculpable en tal situación, las novicias obedecieron a la madre superiora. Los pasos, temblorosos al principio, se ordenaron. Talía se encontró en el claustro exterior sin saber exactamente cómo había llegado. El temblor aún se dejaba sentir, pero ya no con la violencia de los primeros segundos. Ahora parecía más bien un océano enorme en el que el convento flotaba a su pesar. El cielo no se había caído ni se caería, comprendió de pronto la chica, y esa certeza irracional le dio fuerzas para mirar alrededor.

Vio a sor Micaela sosteniendo por los hombros a una novicia que había palidecido hasta volverse casi translúcida. Vio a la hermana Ángela con polvo en las pestañas, apretando contra el pecho un

pequeño manojo de llaves —las de la biblioteca, pensó Talía con un hilo de preocupación tan personal que le dio vergüenza—. Vio a la madre superiora recortada contra el arco oeste, firme, con la mandíbula apretada sin perder claridad.

—Todas al centro del patio —ordenó sin cambiar la expresión—. Vamos a pasar lista y luego revisaremos los daños.

La lista fue breve y metódica. Nombres, respuestas, un par de ausencias que resultaron ser apenas un retraso. La madre superiora no alzó la voz, pero se la oyó desde todos los rincones. Designó equipos con rapidez: uno para el refectorio, otro para el oratorio, revisión del archivo, control de grietas en las partes más dañadas. Talía, por instinto, dio medio paso hacia la hermana Ángela, pero la mirada de sor Eloísa no dejó lugar a dudas:

—Talía, con sor Micaela. Escobas y cubos. Haceos cargo del refectorio.

La novicia sintió una punzada de fastidio que intentó que no se le notara. En cambio, hizo lo que se le había ordenado. Volvió a mirar a sor Ángela: la hermana de más edad, bibliotecaria del convento desde no se sabía cuándo, le sonrió con esa expresión que no usaba con nadie más que con ella. Luego, la vio desaparecer por el corredor que llevaba a la biblioteca y sintió de nuevo la misma punzada.

La hermana Ángela era la única que parecía comprenderla en aquel lugar. Desde el momento en que cruzó la puerta de Santa Rosalía y puso de manifiesto su carácter indomable, la vieja monja supo encontrar el modo de llegar hasta ella. Si Talía había terminado por aceptar su situación y también las estrictas normas del convento —aunque fuera a regañadientes—, había sido por la intervención de la bibliotecaria.

El equipo comandado por sor Micaela regresó al refectorio y se afanó en darle algo de normalidad, dado que era una de las estancias que más se habían visto castigada por el reciente

terremoto: restos del techo esparcidos por todos lados, vasos y platos rotos… Nada permanecía ya en su lugar.

Obligada a desempeñar un trabajo que no le gustaba, Talía se perdió en sus propios pensamientos. Fue cuando levantó un plato que había rodado hasta una esquina cuando la memoria se le impuso sin permiso. Se trataba de un recuerdo lejano, de cuando estaba en una de las primeras casas de acogida. Su madre adoptiva, una de las pocas personas que la había tratado con cariño, preparaba un pastel con la paciencia de quien disfruta del proceso más que del resultado.

—Deja eso, que te vas a cortar —le advirtió sor Micaela, y le quitó un fragmento especialmente afilado del plato—. ¿Ves? Ya te has hecho una herida.

Talía se miró las manos y pudo ver el hilo de sangre recorriéndole la palma. Había algo hipnótico en aquel dibujo de color rojizo, algo que la fascinaba.

—Ya estás en Babia, como siempre —volvió a hablar la monja—. ¡Anda, ve a que te curen!

Talía dejó la escoba apoyada contra la pared y salió del refectorio. Se asomó al corredor del ala vieja. Ese pasillo al que no debía entrar sin permiso pero que había frecuentado más veces de las que recordaba. Tenía la clase de luz que a ella le gustaba: una pobreza luminosa, casi gris, que obligaba a mirar con atención.

En aquel lugar se abría un cruce de caminos muy interesante. Frente a ella, el corredor que conducía hasta la zona donde en otro tiempo los cluniacenses tenían su iglesia. A la derecha, la biblioteca. A la izquierda, la portería donde se encontraba el botiquín. No tuvo que pensarlo mucho. Sentía un susurro sordo, casi espectral, que la llamaba desde el ala vieja, así que se encaminó en esa dirección.

Milagrosamente, el antiguo templo apenas había sufrido desperfectos. La novicia se adentró en su penumbra y caminó por la

amplia nave camino del altar. Más adelante, el corredor desembocaba en una escalera de piedra que descendía al corazón clausurado del convento. Recuperó la linterna que solía esconder en una hornacina vacía para sus incursiones en la zona prohibida y se acercó a la puerta de la cripta.

El cartel de madera seguía colgando de un clavo oxidado: *Clausura. Prohibido el paso.* En letra más pequeña, y con una tinta desteñida que Talía había aprendido a conocer, una anotación: *Cripta sellada en 1956*. Cada vez que llegaba hasta allí se preguntaba cuántos antes que ella habían leído aquella inscripción y cuántos habían decidido darse la vuelta ante su seria advertencia.

Imaginaba que todos. Todos… excepto ella.

Tampoco en esta ocasión tuvo que decidir gran cosa. Sus pies ya estaban en el primer escalón cuando pensó si aquello era prudente, si el terremoto no habría causado tal estropicio que aquel agujero podía haberse convertido en una trampa mortal. Solo fue eso, un pensamiento que no puso freno a sus piernas ni a su curiosidad. Al fin y al cabo, había un motivo para esconderse en aquel lugar una vez más: nadie la buscaría en él y, de esa forma, se libraría del resto de tareas que, a buen seguro, la madre superiora tenía preparadas para ella.

Las paredes estaban húmedas y algunos peldaños, debido al musgo que se había adueñado de ellos, se mostraban vagamente peligrosos. Nada que Talía no supiera ya. La piedra, sin embargo, conservaba una temperatura que no era del todo desagradable, como si alguien la acabara de abandonar. La chica apoyó la mano y notó ese calor. Pensó en la gente que había bajado por allí en otros siglos, en los pies que habían memorizado la medida exacta de cada escalón. Sintió que descendía por un tiempo que no era suyo.

El terremoto había dejado señales evidentes: un polvo espeso cubriendo el suelo, pequeñas piedras esparcidas, peldaños claramente dañados... Cuando llegó bajo, se contuvo por un

instante. Delante de ella, el muro que cerraba el acceso a la cripta no era el que recordaba. Antes era liso, ciego, con marcas claras del enlucido que se había aplicado cuando se selló el paso. Ahora mostraba dos grietas y, más abajo, una especie de mordisco irregular, un socavón a unos veinte centímetros del suelo que no llegaba a agujero pero que amenazaba con serlo.

Talía dio un paso y se inclinó. Metió los dedos. Salieron blancos de polvo, lo que le hizo toser. Se agachó más, dejando la rodilla derecha sobre una piedra lisa, y probó el hueco con la muñeca. El borde la arañó; retiró la mano y se la miró. Nada grave. Abrió el hábito con un gesto mínimo para liberar la cintura y evitar que la tela se atascara. La respiración se le aceleró, pero no por el esfuerzo sino por esa emoción de quien siente que va a abrir una puerta que lleva tanto tiempo cerrada. Supo con claridad que, aunque el hueco era pequeño, alguien como ella podría pasar: su cuerpo menudo, su flexibilidad, esa costumbre infantil de colarse en sitios que no le estaban destinados.

—Talía —dijo una voz desde lo alto de la escalera.

La novicia se volvió como la niña que se ha visto sorprendida con las manos en el tarro de la mermelada. Apuntó con la linterna. Nada. Arriba no había nadie. Solo la escalera, el recodo y la penumbra que llegaba desde el templo. Se quedó quieta, escuchando, pero en aquel lugar subterráneo solo había silencio. Sonrió asustada, tratando de convencerse de que había sido el fruto de su imaginación.

Volvió a mirar el hueco. Empujó con las manos una piedra suelta y esta cedió sin mayores dificultades, deslizándose hacia dentro, dejando un vacío mayor. Dirigió el haz de luz hacia el hueco pero no consiguió ver nada.

Metió primero el brazo, tanteando a ciegas. El aire era distinto allí, más frío, con una humedad que no había respirado antes. Traía, además, un olor que no era simplemente moho o tierra removida.

Tenía algo metálico, un aroma a cobre. Los pelos de los antebrazos se le erizaron. Sintió que detrás de aquella pared había uno de esos mundos que solo había visitado a través de los libros.

Se preguntó qué diría la hermana Ángela si la viera metida en semejante aprieto. Tal vez sonreiría, con ese modo de sonreír tan suyo, mientras renegaba con la cabeza. Tal vez le diría tonta. Tal vez le permitiría bajar más tarde, acompañada por alguien más responsable. Tal vez… Talía negó con la cabeza. *Tal vez* no era una palabra que hiciera avanzar las cosas.

El hueco era, sin embargo, todavía demasiado estrecho. Si se arrastraba de lado, con el brazo derecho por delante y la cabeza girada, podría pasar. El hábito se resistiría, pero había aprendido a manejarlo. Podía —pensó— volver atrás si se paralizaba. Podía —pensó de nuevo— hacerlo y regresar antes de que la echaran de menos. *Podía.* Otra palabra que solo iba a servir para detenerla.

Apoyó las manos, acomodó el hombro, midió el hueco con la barbilla y notó la frescura del aire rozarle el rostro. Al otro lado, la oscuridad no era del todo absoluta; por alguna fisura, quizás una ventilación olvidada, se colaba un hilo casi imperceptible de luz, suficiente para insinuar formas. Notó que su pulso se le aceleraba de nuevo, pero más por la expectación que por el miedo. Hubiera querido pronunciar una oración rápida, pero no le salió ninguna que no sonara prestada. Se conformó con un susurro que no sabía si iba dirigido a Dios, a la hermana Ángela o a sí misma: *voy a entrar*.

Se quedó una última décima de segundo quieta, reuniendo las fuerzas suficientes para pasar al otro lado. Tomó aire, giró el rostro, apretó el hábito contra la cintura y comenzó a deslizarse.

Y conforme su cuerpo pasaba del mundo material que había conocido hasta entonces para adentrarse en la oscuridad compacta de lo desconocido, le llegó un soplo frío que parecía pronunciar su nombre.

2

Talía se arrastró por el hueco con el corazón en la garganta. El aire del otro lado era más frío conforme su cuerpo iba pasando. Cayó al fin, de costado y se quedó unos segundos inmóvil, tratando de descubrir con la linterna lo que se escondía en la oscuridad. Solo la recibió el silencio, un silencio sepulcral, casi místico, que le resultaba difícil de digerir.

Apenas una pared ruinosa de piedra separaba el lugar del que venía de aquella estancia húmeda y lóbrega, pero sentía que, de algún modo, había viajado a otro tiempo o a otro lugar. Quizás a los dos al mismo tiempo.

Se incorporó a medias. La semipenumbra que dejaba el haz de luz en su recorrido de ida y vuelta dibujaba contornos apenas apreciables: una bóveda baja, paredes que conservaban la cicatriz de un enlucido antiguo, telarañas enormes que colgaban de vigas maltrechas… Aquella estancia no parecía una sala sellada sin más, sino una parte del convento que el tiempo había olvidado.

El suelo estaba cubierto de polvo y trozos de piedra pero, aun así, todavía podía distinguirse el relieve de los símbolos. Enseguida reparó en que se trataba de lápidas y que aquellos símbolos respondían a los nombres de los que yacían en aquel lugar, así como de la fecha en que recibieron cristiana sepultura. Se preguntó si habría alguien que todavía conservara la memoria de aquellos muertos.

Estaba en la cripta que los monjes de la orden de Cluny habían erigido para honrar a los suyos. La cripta que, por motivos que ella desconocía, había sido clausurada. La misma con la que había fantaseado tantas veces a través de la pared que acababa de traspasar.

La sala era más pequeña de lo que había imaginado, un recinto de piedra viva, húmeda, con el techo bajo y una sensación de encierro que resultaba casi claustrofóbico. El terremoto había hecho caer parte del revestimiento, dejando al descubierto bloques más antiguos, tallados a mano.

En el centro, sobre una plataforma tosca, había un pequeño altar de piedra caliza. La superficie estaba cuarteada, y en ella se distinguía todavía el grabado de una cruz de brazos iguales, el símbolo que los monjes de Cluny usaban en sus fundaciones. Sobre el altar, una figura mutilada: un santo sin rostro, con las manos en posición de oración y el hábito tallado con detalle primitivo. A los lados, dos lámparas de aceite vacías colgaban de cadenas oxidadas. En el suelo, los restos de una vasija rota y un crucifijo torcido que el temblor había arrancado del muro.

Avanzó unos pasos, tanteando con la mano la pared derecha. A un par de metros, notó una corriente de aire que venía de algún sitio más profundo. El temblor debía de haber abierto una brecha. Al menos, eso fue lo que pensó.

Se agachó y apuntó con la linterna. Había un pasadizo que descendía ligeramente. Dudó unos segundos. Luego, respiró hondo y comenzó a deslizarse pendiente abajo. El corredor no era demasiado amplio, apenas un metro de ancho, pero le resultó menos asfixiante que la cripta.

No necesitó avanzar muchos pasos para darse cuenta de que las paredes a ambos lados no eran solo de piedra. En ellas, se abrían pequeños nichos, uno junto al otro, en el que se apilaban restos humanos: calaveras con órbitas lisas como cuencos, fémures cruzados, radios y cúbitos colocados estratégicamente para que sirvieran de soporte. Así los encontró al menos al principio de su descenso.

—Son catacumbas —dijo en un susurro, como si necesitase escuchar las palabras para confirmar lo que era una evidencia.

Más adelante, dichos restos, la mayoría de ellos, se hallaban tirados por el suelo, víctimas con toda probabilidad de los temblores a que se había visto sometido el convento apenas una hora antes. Talía sintió que la piel se le erizaba, pero el miedo no la hizo retroceder. Se agachó y recogió una calavera caída. Ligera, frágil, más de lo que habría pensado. La dejó en su sitio, casi por respeto.

El silencio era absoluto. Solo se oía su respiración. Sentía que aquel lugar llevaba esperándola desde hacía mucho, que del mismo modo que había estado llamándola desde que llegó hasta Santa Rosalía, ahora le agradecía su visita.

Con ese convencimiento, siguió adelante. El pasadizo giraba a la izquierda unos metros más adelante. Nada más girar, comprobó que en el suelo había trozos de piedra mezclados con polvo y algo más oscuro: restos de una caja rota. Sobre los escombros, vio un objeto rectangular.

Se acercó despacio, guardando unas precauciones que, a esas alturas, eran innecesarias. Lo iluminó con la linterna y luego lo tocó superficialmente con la yema de los dedos. Se trataba de un libro envuelto en una tela. Retiró el trapo y se dedicó a analizar su contenido. A tenor de su apariencia, el volumen se veía bastante antiguo.

La cubierta, de cuero oscuro, estaba reseca, con las esquinas abiertas y el lomo casi deshecho. Lo levantó con cuidado. Pesaba más de lo que parecía. El polvo se le pegó a los dedos. Apoyó el libro sobre un saliente de piedra y trató de abrirlo. Lo hizo con cuidado, a sabiendas de que su estado era precario. Le costó, no obstante, separar las hojas y, cuando al fin pudo, del interior del libro escapó un olor espeso, ácido, acompañado de un lamento. A Talía se le antojó que su contenido llevaba muchos años esperando para escapar de su encierro de papel.

Fue hojeando al azar su contenido. Las páginas estaban manchadas y olían a tinta vieja. No era un misal ni un registro. Eran

versos. Los leyó en silencio; luego, entre murmullos, con una voz que apenas conseguía salirle del cuerpo. No entendía mucho: se trataba de palabras antiguas, frases enrevesadas acompañadas de imágenes extrañas, referencias al cielo y los infiernos, a la vida y la muerte. Pero sí intuyó una idea persistente que empujaba desde debajo del texto, como el agua cuando quiere subir por una grieta. Aunque no la comprendiera, podía percibir esa fuerza interior.

La caligrafía era firme, esmerada, pulcra, trabajada. Excepto en la primera página, donde había escrita una frase con letra irregular, diferente, que más parecía una advertencia:

Deja que las llamas destruyan la mentira.

Solo el fuego que duerme bajo los cimientos

traerá de vuelta la verdad.

Tampoco en este caso la novicia consiguió entender aquellas misteriosas palabras pero, aun así, sintió un escalofrío. Había una firma apenas visible justo debajo de la inscripción que Talía trató de descifrar acercando la linterna y poniendo todo su empeño:

—Eliss Lyss… Lysantos —murmuró con torpeza en el silencio del corredor.

Cerró el libro con delicadeza y luego lo envolvió de nuevo con la tela. No sabía qué sujetaba contra su pecho, pero tenía claro que se trataba de algo valioso, algo importante, y si había una persona que podía comprender toda su magnitud, era sin duda la hermana Ángela. Saldría de aquel lugar, al fin, y se lo llevaría a la bibliotecaria. Ella sabría qué hacer con el libro.

De súbito, un ruido la sobresaltó. Enfocó para descubrir la nube de polvo que había dejado un fragmento del techo al estamparse contra el suelo. Tragó saliva y decidió no pensar demasiado en ello. Al levantarse la nube de polvo, descubrió un pequeño objeto en el

suelo. Se agachó a recogerlo. Se trataba de un anillo de tonos oscuros que tenía grabado un símbolo extraño.

Se guardó el anillo y se colocó el libro bajo el hábito, pegado al pecho. Entonces empezó a retroceder. Cada paso levantaba una nube gris. El pasadizo se estrechaba o, al menos, así lo sentía ella. Otra piedra se desprendió del techo y cayó a un metro de sus pies.

—Por poco… —susurró aliviada, apretando el libro.

Aceleró el paso convencida, ahora sí, de que el cielo se iba a desplomar sobre su cabeza. De cuando en cuando, echaba una mirada furtiva a su espalda, allá donde la oscuridad iba devorando el resplandor que iba dejando la linterna al alejarse. La atenazó el miedo de no saber qué se escondía allá atrás y se apresuró todavía más. Cuando alcanzó el hueco de salida, tuvo que girarse de lado para poder pasar. El borde le arañó el brazo, pero no soltó el libro.

—Talía —volvió a escuchar desde dentro de la cripta y se estremeció de nuevo, aunque supiera que allí abajo no había nadie, que las historias de terror que le contaban las mayores en las casas de acogida no eran más que ilusiones. Que las supersticiones y creencias antiguas con las que vivían aquel puñado de monjas del convento, no eran más que cuentos.

Salió jadeando a la vieja iglesia de los frailes. Casi en un impulso, corrió por el pasillo central de la nave camino de la calle, camino de lo conocido, aun a sabiendas de que, a toda seguridad, le esperaba una buena bronca por parte de la madre superiora. Pero eso sería más tarde, después de que le hubiera llevado el libro a la hermana Ángela.

Cuando salió del templo, la luz del pasillo le pareció cegadora. Sin embargo, eso no le hizo detenerse. Corrió por el corredor, subió los peldaños y no paró hasta llegar a la biblioteca. La puerta estaba entornada. La hermana Ángela, enfrascada en el análisis de un viejo volumen, ni siquiera reparó en su presencia hasta que la tuvo a su

lado, con la respiración agitada y los ojos dominados por un brillo diferente.

—Hermana Ángela —dijo Talía en un susurro, mirando a todos lados, como si temiera ser escuchada.

La bibliotecaria la miró medio sorprendida medio escandalizada. Sabía de sus continuas travesuras, pero el estado en el que venía, con el hábito cubierto de polvo y el rostro sucio, le daban un aspecto preocupante, incluso para ella, que había visto de todo en sus casi ochenta años de vida.

—¿Qué ha pasado?

Talía sacó el libro de debajo del hábito y lo dejó sobre la mesa. La bibliotecaria miró alternativamente el objeto y a la novicia durante unos segundos antes de decidirse. Luego, se acercó despacio, como si temiera que el volumen pudiera romperse con solo tocarlo.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En la cripta. El terremoto ha abierto un hueco.

—¿Has vuelto al ala vieja? ¿Cuántas veces te he dicho que no es segura?

Talía se encogió de hombros. Sabía que era una advertencia de mentirijillas, un trámite que la monja debía cumplir aunque fuera consciente de que la chica no le iba a hacer ningún caso. *Hay aves que no pueden vivir encerradas en una jaula*, le había oído decirle una vez a la madre superiora, pero sor Eloísa nunca estuvo de acuerdo. La verdad es que había muy pocas cosas en las que las dos religiosas coincidieran.

La hermana Ángela negó con la cabeza, con una sonrisa que trataba de escapar de sus labios y pasó la mano sobre la cubierta del libro. Reconoció el material, la encuadernación antigua, el relieve gastado del lomo.

—¿Lo has leído?

—Un poco. No entiendo mucho. Pero tiene una inscripción al principio. Y un nombre.

La bibliotecaria abrió el libro y las dos mujeres se inclinaron sobre él. La hermana Ángela leyó la inscripción en silencio con sus gastados ojos azules. Ella sí supo interpretar correctamente el nombre de quien la firmaba.

—Elian Lysander.

—¿Lo conoce?

—Conozco su obra, muy breve, por cierto. Fue un poeta de origen inglés de mediados del siglo XX. Muy prometedor, según tengo entendido. Pero no duró mucho. Escribió un par de libros de poemas bastante buenos. Yo los leí en mi juventud, antes de tomar los votos.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé. Desapareció sin más. —La monja cerró el libro y le hizo un gesto a Talía invitándola a marcharse—. Ahora, niña, déjame que analice el regalo que me has traído. Puede que encuentre algo interesante.

—¿No puedo quedarme un rato más? —La novicia puso una expresión lastimosa, la misma que usaba cuando quería que la bibliotecaria se compadeciera de ella—. Prometo no molestar.

—¿Sabes que más pronto o más tarde tendrás que enfrentarte a sor Eloísa?

—Lo sé, pero mejor que sea más tarde.

La hermana Ángela asintió despacio, como dándole permiso, y después se sentó en su mesa de despacho a analizar el libro. En ella tenía todo lo necesario: pinceles para limpiar el polvo, una lupa

grande y una silla confortable para que pudieran descansar sus viejos huesos. Mientras tanto, Talía se dedicaba a leer uno de *los ejemplares prohibidos*, como los denominaba la bibliotecaria. Novelitas románticas que habían llegado por error al convento, junto con otros libros, debido a alguna donación. La monja, lejos de destruirlos, los guardaba en un lugar secreto que muy pocas en Santa Rosalía conocían.

—No puedes hablarle a nadie del libro, ¿me oyes? —dijo de repente la hermana Ángela. Su tono no era de enfado, sino de miedo.

—¿Por qué? —preguntó Talía.

—Porque si es lo que creo, ni siquiera debería de existir.

En ese momento, alguien llamó a la puerta con tres toques secos.

Las dos se miraron. La hermana Ángela envolvió el libro en la tela y la novicia escondió la novela romántica bajo el hábito.

—Pase —dijo la bibliotecaria.

La madre superiora apareció en el umbral, con esa expresión impenetrable en el rostro que la acompañaba allá donde fuera.

—Sabía que te encontraría aquí —habló con voz severa dirigiéndose a la novicia—. Creía haberte dejado muy claro cuál era tu tarea hoy.

—Lo sé, madre, y lo siento. Me hice una herida y después…

—Yo le dije que viniera —intervino entonces la hermana Ángela —. Muchos libros habían acabado desparramados por el suelo y ya soy muy mayor para estas cosas.

Sor Eloísa miró a la bibliotecaria un segundo sin decir nada. Desde el momento en que había sido nombrada madre superiora de

Santa Rosalía, la personalidad de la una y de la otra habían chocado y, aunque había un acuerdo no escrito de respeto, aquella no siempre era capaz de respetarlo.

—La estás malcriando, Ángela. Esta chica necesita disciplina.

—Como ya he dicho, precisaba de ayuda en la biblioteca y no has tenido el detalle de asignar a alguien que ayudara a esta pobre vieja.

—En eso tienes razón —admitió la madre superiora—. ¿Y se puede saber en qué te ayudaba tu aprendiz?

—Revisábamos los libros —dijo Ángela sin titubear—. El terremoto ha causado bastante desorden.

Sor Eloísa asintió en silencio. Su mirada recorrió la sala hasta detenerse en el volumen envuelto sobre la mesa.

—¿Y eso?

—Un registro antiguo. Nada de valor —mintió la bibliotecaria con absoluta naturalidad.

La madre superiora no pareció convencida, pero tampoco insistió.

—Bien. Que todo quede ordenado antes del anochecer. —Luego miró a Talía—. Y tú, en adelante, te quedas donde te asignen. No estamos para distracciones.

—Sí, madre —dijo la novicia bajando la cabeza.

Cuando la puerta se cerró, la hermana Ángela apoyó las manos sobre el libro. Su respiración seguía agitada. Por la visita de la madre superiora, pero también por el reciente descubrimiento.

—Esto hay que guardarlo bien —dijo.

—¿Se lo diremos? —preguntó Talía.

—No. Aún no. —La monja bajó la voz—. Primero tengo que confirmar lo que sospecho. Si es auténtico, no estamos ante un hallazgo cualquiera. Estamos ante un problema.

La novicia asintió. Miró el libro una última vez. No podía apartar los ojos de él. Sentía cómo la llamaba, cómo decía su nombre desde las profundidades de sus páginas.

—Talía, Talía, Talíaaaa.

3

Ya amanecía cuando la hermana Ángela levantó la vista del libro. Solo entonces fue consciente de que se había pasado la mayor parte de la noche analizando con detenimiento cada página, cada verso, cada idea que se escondía en él. Solo se había concedido apenas un par de horas de descanso en su celda antes de regresar al trabajo.

Había algo bello en las palabras impresas en el manuscrito, pero también algo perturbador. Y, sin embargo, cuando encontraba algún pasaje especialmente interesante, no podía evitar repetirlo en voz baja.

He visto al alba sangrar en los vitrales,

y a los santos volver el rostro a la pared.

La fe dormía entre ruinas de incienso,

y el hombre rezaba a un Dios que ya no oía.

Afuera, la comunidad de religiosas comenzaba a despertar tras los acontecimientos del día anterior. Las primeras voces, los primeros pasos atravesando el pasillo, las primeras risas amortiguadas entre las novicias. Un día más que la bibliotecaria sentía distinto.

Releyó unos versos con los que se había encontrado antes, casi al final del libro, y las palabras la hicieron estremecerse por la precisión con la que describían el temblor que había sacudido el convento las vísperas.

Un movimiento de tierra y de conciencia,

agrietará tanto el mármol como la fe.

No caerán los muros por castigo divino,

sino por las manos que los levantaron.

Había, además, una anotación al final del libro, escrita con otra tinta al margen. No era un verso, sino una frase escueta, con la letra menos firme, como si la mano que la trazó hubiera temblado. Y, a pesar de todo, la bibliotecaria dedujo que se trataba de la misma caligrafía de la frase del principio. Menos cuidada, con tinta más moderna.

La letra de Elian Lysander.

Cuando caiga el último verso, caerán también los nombres.

Cuando cedan las costuras, la piel revelará una gran verdad.

La hermana Ángela no sabía muy bien qué significaba, pero aquella idea —versos, nombres, caída, piel— la inquietaba incluso más que las supuestas profecías.

Se consideraba una mujer de ciencia dentro de su fe, y a pesar de sus fuertes convicciones, se dejó llevar por la atmósfera que respiraba el libro, por los ecos que venían del pasado, por la voz lejana de Elian Lysander. Incluso en más de una ocasión durante la noche quiso escucharla en el silencio de la biblioteca.

Se dirigió al pasillo y, cuando vio venir a un grupo de novicias, se adelantó hacia ellas.

—¿Habéis visto a Talía?

—No, hermana Ángela —respondió una de las chicas—. Sor Eloísa la hizo salir temprano para ayudarla en el huerto.

La bibliotecaria contuvo una ira que no se correspondía con sus creencias cristianas. «Así que, al final, sí la ha castigado», pensó, pero se guardó dicho pensamiento para ella.

—Está bien —dijo respirando profundamente—. ¿Podéis decirle que la necesito en la biblioteca cuanto antes?

—Claro, hermana Ángela. En cuanto la veamos.

Las novicias continuaron su camino entre risitas y la monja volvió dentro. Encerró el viejo libro en un cajón bajo llave. Sentía la necesidad de zanjar cuanto antes ese asunto pero también era consciente de que la madre superiora no iba a permitir que Talía fuera a visitarla pronto. No iba a darle esa satisfacción.

En última instancia fue ella misma quien decidió ir en busca de la chica. La encontró en el refectorio. Era la hora del desayuno y todas las integrantes de la orden se afanaban en reponer fuerzas para un largo día de trabajo. Las consecuencias del reciente terremoto todavía se dejaban sentir y había que recobrar la normalidad cuanto antes.

Encontró a Talía en uno de los bancos centrales. Se la veía cansada. Cuando estuvo a su altura, se inclinó hacia ella y le habló al oído.

—En cuanto termines, quiero que vengas a la biblioteca.

—Pero sor Eloísa no me va a dejar.

—Yo me encargo de sor Eloísa. Tú termínate el desayuno y ven enseguida.

Acto seguido, la monja se encaminó a la mesa principal, la que ocupaban las monjas veteranas y donde el asiento de la hermana Ángela estaba siempre vacío. Lo cierto es que hacía mucho que no lo ocupaba. A esas alturas de su vida, prefería la compañía de los libros mientras daba buena cuenta de un almuerzo más bien escaso. Nunca tenía hambre y sus dientes ya estaban para poco.

Talía se dedicó a observar cómo las dos religiosas hablaban entre susurros. Ignoraba qué le podía haber dicho la bibliotecaria a la madre superiora, pero esta terminó accediendo con un gesto de su cabeza.

—No tardes —le dijo la hermana Ángela al pasar de nuevo a su lado.

Diez minutos después, Talía regresaba a la biblioteca. La monja le hizo un gesto para que se acercara en cuanto la vio entrar. Parecía nerviosa. La novicia pudo detectarlo en sus gestos, más vehementes que de costumbre, y en su manera de hablar, normalmente pausada y en esta ocasión acelerada.

—La cripta, ¿es segura?

—Tanto como lo es el resto del ala vieja —contestó Talía parcamente.

—Necesito que seas más precisa.

—Bueno… Está claro que debió verse afectada por el terremoto y que lleva mucho tiempo abandonada. Pero creo que está en buen estado. Las catacumbas ya son otra cosa.

—¿Has dicho catacumbas? —La hermana Ángela se mostró claramente sorprendida.

—Sí, había infinidad de pasillos y un montón de restos humanos…

—¿Y te metiste ahí dentro?

La novicia agachó la cabeza y se encogió de hombros, como hacía cada vez que no tenía respuesta para una pregunta.

—¡No importa! Quiero que vuelvas a la cripta y escondas el libro donde lo encontraste.

—En realidad, lo encontré en las catacumbas.

—¡No quiero que entres allí! —La monja puso una expresión seria que Talía no le había visto nunca—. Prométeme que no lo

harás. Buscarás un escondite en la cripta y dejarás el libro. ¿Me has entendido?

La chica asintió en silencio. Le preocupaba el estado de agitación de la monja, incluso le asustaba. La hermana Ángela era una persona de carácter sereno, que medía sus palabras, que sabía siempre qué decir. Verla ahora tan perdida, tan excitada, no podía ser nada bueno.

—¿Puedo… puedo preguntar por qué debemos esconderlo?

—Es mejor que no lo sepas. —La bibliotecaria no hacía más que mirar a todos lados, como buscando fantasmas.

Tampoco en ese aspecto se parecía a la de siempre. De normal, no tenía secretos para Talía. Este hecho no ayudaba a atenuar la inquietud de la chica. No obstante, obedeció sin rechistar. Tomó el libro envuelto en la tela, lo escondió bajo el hábito y se dispuso a salir.

—Se trata del *Códex Execratio* —dijo la monja cuando Talía ya sujetaba el picaporte.

—¿El *Códex Execratio*?

—Así lo llamaban aquellos que querían que sonara a maldición. El libro que no debería existir, el libro cuya existencia siempre he negado.

La novicia regresó junto a la monja y las dos se acomodaron alrededor del escritorio. La hermana Ángela se quedó pensativa, escuchando en el silencio que solo las labores en el resto del convento perturbaban. Todavía tardó unos segundos antes de decidirse a hablar.

—Siempre he creído que todas las leyendas alrededor de ese libro maldito eran solamente eso, leyendas. —La monja mantenía la mirada fija en la puerta de la biblioteca, como si temiera que, en cualquier momento, fuera a irrumpir el mismísimo demonio—. En los

papeles antiguos aparece descrito de otra forma: una transcripción apócrifa atribuida a Tomás. Un texto viejo, raro, incómodo para algunos… pero no muy diferente a otros evangelios no oficiales que han aparecido a lo largo de los siglos. Una copia tardía, eso sí; el original no habría sobrevivido.
—Entonces, ¿por qué tanto miedo? —se atrevió a preguntar la novicia tragando saliva pero fascinada ante la historia que la monja le estaba relatando.

—Porque la gente teme lo que no entiende, y porque a veces hay quien se encarga de alimentar ese miedo. —La bibliotecaria levantó la mirada hacia Talía—. Durante años se contaron historias: que quienes lo leían enfermaban, que quien lo guardaba terminaba mal. Este mismo lugar, por ejemplo, se dice que fue víctima de su maldición.

Talía miró en todas direcciones, buscando también al mismo demonio que la vieja monja se empeñaba en ver en cada rincón de la biblioteca. Ella había tocado el libro, lo había abierto y había leído algunos pasajes aunque no llegara a comprenderlos. ¿Estaría maldita ahora?

—Cuando nuestra orden llegó ante las puertas del convento —continuó la hermana Ángela—, la gente de la zona nos advirtió de que no era buena idea. Nos dijeron que los monjes que lo habían ocupado hasta mediados de los cincuenta, habían terminado por marcharse debido a las voces que se oían por las noches y por las muertes inexplicables que se daban a veces. Entre ellas, la de su abad, Morfeus de Orfack, quien había sido designado máximo responsable de la abadía apenas un par de meses antes.

—¿Usted lo cree? Lo de la maldición esa.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas —dijo la monja haciendo un gesto vago con su mano—. Una muerte y una coincidencia bastan para inventar una maldición.

—Pero… usted misma parece asustada.

Ángela le sostuvo la mirada a la novicia, sin rodeos.
—Estoy asustada por algo mucho más simple que los demonios: por los vivos.

—¿Los vivos? —preguntó de nuevo Talía sin comprender.

—Este convento vive de la discreción, Talía. Y hay libros que atraen preguntas. Y hay preguntas que atraen a cierta gente. —Hizo una pausa—. Y la gente que viene a «buscar» no siempre viene a pedir permiso.

Talía apretó el libro con más fuerza.

—¿Y qué tiene que ver Lysander? —preguntó, y su voz se quebró de curiosidad.

—En realidad, no debería tener ninguna relación. —Ángela señaló el interior del volumen sin abrirlo—. El manuscrito no es suyo. Sin embargo, en algún momento debió estar en su poder por motivos que ignoro. Como también ignoro qué lo llevó a escribir esas frases en un libro tan antiguo. Sin embargo… suenan como si fueran una advertencia.

Talía sintió un escalofrío.

—¿Advertencia de qué?

—De que ese libro no debía estar aquí arriba. —La bibliotecaria inclinó la cabeza—. Si llevaba desde Dios sabe cuánto escondido ahí abajo, en las catacumbas, fue porque alguien quiso enterrarlo. Y quien lo escondió sabía por qué lo hacía.

Unos pasos en el exterior les hicieron guardar silencio. Las dos mujeres se quedaron escuchando pero solo el crujido de las estanterías, sometidas al paso del tiempo y el peso de los volúmenes se dejó escuchar en mitad de ese silencio.

—¿Está segura de que es el libro ese, hermana Ángela? —preguntó otra vez Talía, tan fascinada como intimidada por las

palabras de la bibliotecaria.

La hermana Ángela dejó de mirar la puerta de la biblioteca por un momento y centró toda su atención en la muchacha que tenía frente a ella. En el fondo no era más que una pobre niña asustada, superada por las circunstancias, que había experimentado vivencias que nadie debería a tan corta edad. Debía protegerla pero no podría hacerlo siempre.

—Todo lo que puedo estarlo. Hay en él pasajes inquietantes. Fragmentos que hablan del miedo, de la duda, de la fe como un acto frágil. No anuncia catástrofes… pero cuestiona certezas. Y, sinceramente, no sé qué es más peligroso.

»Yo no creo en profecías ni maldiciones, hija. Bien lo sabes. Pero sí en el poder de la palabra y este libro, en las manos equivocadas, puede resultar muy peligroso. Incluso en los tiempos actuales, por mucha tecnología y mucha globalización que haya. La fe, para lo bueno y para lo malo, puede cambiar el mundo. Las leyendas que existen alrededor del *Códex Execratio* también pueden influir en la gente. Por eso es peligroso y por eso es mejor que vuelva donde estuvo.

—Podríamos destruirlo —aventuró la chica dirigiendo la mirada al libro que pacientemente esperaba sobre la mesa.

—No tenemos ese derecho. Si el *Códex* estaba escondido en las catacumbas, sería por un motivo.

—Está bien. Lo llevaré de vuelta ahora mismo.

Sin esperar su permiso, la novicia volvió a esconder el libro entre su ropa y salió con paso decidido camino del ala este. La monja, por su parte, se reclinó sobre su silla y cerró los ojos, tratando de calmarse.

Lo que ni una ni la otra sabían, es que había una sombra escondida al otro lado de la puerta. Una sombra que ahora sabía de

la existencia del libro. Una sombra que salió detrás de la chica en cuanto esta se puso en marcha. Se deslizó tras ella, etérea, dejándola hacer, siguiéndola donde nadie pudiera escuchar sus gritos cuando las dos estuvieran solas en la quietud de cualquier estancia del convento.

La chica pareció dudar un momento antes de tomar el camino del campanario. Luego, comenzó a subir las escalinatas perdiéndose por el hueco en su ascensión. «Mejor así», pensó la sombra, dándole tiempo antes de emprender también ella el camino del campanario. Solo que, al llegar arriba, la chica ya no estaba. Desde la torre, la sombra la buscó por todos los rincones sin éxito. Examinó el patio del convento, los huertos cercanos y nada, la novicia se había esfumado.

Talía apenas sabía nada sobre el mundo, aparte de tener clara la certeza de que se trataba de un lugar cruel. Pero acerca de la vida había aprendido mucho y rápido. Conocía bien la naturaleza de las personas y sabía que el mal acechaba en todas partes. Por eso, en cuanto sintió el aliento de alguien a su espalda, decidió cambiar su camino. Tomó la dirección del campanario y comenzó a subir las escaleras. A mitad de la ascensión había un pequeño hueco donde podía esconderse. Lo había descubierto hacía mucho, durante sus primeras semanas en Santa Rosalía. Fue durante esa primera etapa su escondite, antes de que descubriera las ventajas que le ofrecía el ala vieja.

Agazapada en aquel pequeño hueco bajo la escalera, esperó a que su perseguidora subiera para salir y escapar lo más rápido que pudo. A pesar de intentarlo, no consiguió ver quién era, pero no le importó. Esconder el libro era prioritario, más ahora que sabía que había alguien que, con toda seguridad, lo andaba buscando.

Entró en la antigua iglesia de la abadía y bajó en busca de la cripta. Sin embargo, no se detuvo al llegar a ella. «Prométeme que no entrarás en las catacumbas», le había pedido la hermana Ángela.

Agradecía la preocupación de la monja, pero ambas sabían que aquella era una promesa que no pensaba cumplir. Debía devolver el libro a su escondite original y este estaba entre huesos y calaveras.

Procuró recomponer lo mejor que pudo el nicho, haciendo encajar tibias, costillas y demás osamenta. Luego, se deshizo de los restos de la caja de madera y regresó sobre sus pasos. En todo momento estuvo alerta por si su anónima perseguidora había conseguido encontrarla de nuevo. Para su alivio, pudo comprobar que allí estaba ella sola.

Tomó el camino de la biblioteca y entró sin llamar, como tenía por costumbre. La hermana Ángela dormía con los brazos apoyados sobre su escritorio. Al menos, eso es lo que pensó Talía en un primer momento. Sin embargo, cuando se acercó a la monja y le tocó una de sus manos, la sintió fría en exceso.

—¡Hermana! —gritó mientras la sacudía—. ¡Hermana!

Al tercer empellón, este más violento y desesperado, el cuerpo de la monja se deslizó inerte hasta caer al suelo. La novicia retrocedió horrorizada. La bibliotecaria estaba muerta, no cabía duda. «La ha matado la maldición», pensó Talía dominada por el nerviosismo y al borde del llanto. Movida por un impulso que no podía controlar, echó a correr y salió al pasillo fuera de sí, sintiendo el aliento de las sombras que se ocultaban en la oscuridad, escuchando su nombre repetido de manera enfermiza en susurros que pasaban junto a su oído.

SEGUNDA PARTE
VEGA

4

Solo el tictac continuo de un reloj de carillón se dejaba sentir en el silencio de una librería vacía. El hombre sentado tras el mostrador ni siquiera reparaba ya en ese sonido. Se esmeraba en poner a punto un viejo ejemplar de *Crimen y castigo* que había adquirido unos años atrás en un mercadillo.

Se trataba de una edición de bolsillo que tenía, eso sí, la dedicatoria firmada del propio autor. O eso le había jurado el propietario de aquel puesto ambulante. Daba lo mismo. Fuera o no la letra del mismísimo Dostoyevski, Conrad Nego, el propietario de Libros Nego, no iba a permitir que aquel volumen pasara a una de las muchas estanterías de su establecimiento sin encontrarse en perfecto estado de revista.

Aunque no lo fuera a comprar nadie.

Aunque nadie entrara nunca a comprar nada.

El polvo se acumulaba sobre los libros y los días se acumulaban también sin que la campanilla de la puerta se dejara oír. Por eso Nego se sobresaltó al oírla a mitad de la mañana.

Levantó la cabeza para descubrir a una mujer de unos cuarenta años, vestida de manera impecable con un traje de chaqueta ajustado. Se acercó al mostrador con la duda reflejada en su rostro. «Nada nuevo», pensó para sí Nego, demasiado acostumbrado a que los escasos clientes que entraban por la puerta no vinieran precisamente a comprar libros, sino en busca de otra cosa.

—Buenos días —la saludó cordialmente en cuanto la tuvo delante. La mujer había llorado, no hacía mucho, y ni todo el maquillaje del mundo habría conseguido disimularlo.

—Creo… creo que me he equivocado.

—No, no lo ha hecho.

Acto seguido, el librero giró la cabeza hacia su izquierda y señaló con el dedo una escalera metálica, de caracol, situada entre los libros de historia y los de temática militar. La recién llegada miró a Nego y este le hizo un gesto con la cabeza.

Todavía con paso vacilante, la mujer se encaminó en la dirección indicada y comenzó a ascender por la escalera, dejando en el ambiente el eco de su perfume y el sonido hueco de los tacones sobre los peldaños metálicos. Cuando vio desaparecer sus pantorrillas, Nego volvió a centrar toda su atención en el libro.

Al final de la escalera, solo había una puerta de cristal esmerilado y un cartel. «Investigaciones Baker», se podía leer en el mismo. La mujer llamó con los nudillos y esperó respuesta. Tuvo que insistir un par de veces más antes de que una voz, alta y clara, se escuchara desde el otro lado.

—¡Adelante!

Al abrir la puerta, se encontró con una sala tan vieja y descuidada como la librería de abajo. En el centro había una mesa de despacho bastante voluminosa atestada de papeles. A un lado y otro, apoyados en las paredes, había varios armarios archivadores, algunos de ellos con los cajones abiertos. Al fondo, dos grandes ventanales y, en medio de los dos, un crucifijo colgado de madera oscura.

—¿Hola? —llamó al no ver a nadie.

De pronto, desde debajo del escritorio apareció una chica joven, de no más de treinta años. Era menuda y tenía el pelo recogido en una coleta. Vestía un suéter de color negro y un pantalón de tonos oscuros. Llevaba en la mano un puñado de papeles, arrugados y retorcidos. Miró a la recién llegada y la invitó, con un gesto de la mano, a que se sentara frente a ella.

—Es usted una mujer —dijo esta sin decidirse a aceptar la invitación.

—Usted también lo es —replicó la otra echándose hacia atrás en su butaca—. No sabía que estaba participando en un concurso de evidencias.

La mujer, algo cortada, dejó el bolso sobre sus rodillas y se sentó al borde de la silla.

—No me malinterprete, es solo que… cuando uno piensa en una agencia de detectives se imagina otra cosa.

—Sí, claro. Una oficina con persianas venecianas, humo de cigarro en el cenicero y un tipo con gabardina y lupa que cobra por mirar por la rendija de una puerta. Lo siento, se ha equivocado de década.

—No, no, no quería ofenderla —balbuceó la clienta—. Es que me sorprendió el lugar, eso es todo.

La chica la observó con una ceja arqueada y la mirada inquisitiva.
—¿La escalera chirriante o la librería vacía?

—Ambas, supongo.

—Tranquila, es normal. No todo el mundo se atreve a subir a un desván lleno de polvo para hablar de sus miserias. Pero, ya que ha llegado hasta aquí, cuénteme. ¿Qué es lo que le quita el sueño?

La mujer respiró hondo.

—Mi marido. Creo que me engaña.

—Vaya. Una historia inédita. —La chica dejó el puñado de papeles que todavía sujetaba con la mano—. ¿Tiene pruebas o solo corazonadas, señora…?

—Phillips, Mia Phillips —se identificó la mujer—. Bueno, hay algunos mensajes en su móvil bastante sospechosos, horarios que no cuadran, perfume que no es mío…

—Y usted quiere que lo confirme. —La detective abrió un cajón y sacó una libreta—. Nombre, dirección y una foto, si tiene.

La clienta, aún nerviosa, rebuscó en su bolso y le entregó una imagen arrugada. Vega la tomó sin mirarla, con gesto mecánico.

—Le aviso que mis honorarios son tan modestos como mi decoración. Si busca *glamour*, hay agencias más caras y menos sinceras.

—No, está bien. Solo quiero saber la verdad.

—La verdad es lo único que no garantizo —murmuró Vega, anotando algo en la libreta—. Pero suelo acercarme bastante.

—Está bien, lo entiendo, señora Baker —dijo la mujer poniéndose en pie.

—La señora Baker, si es que existe, imagino que andará ahora mismo ocupándose de sus petunias. O jugando al bingo. —La detective se quedó un momento pensativa—. Yo solo soy Vega, a secas.

—Está bien… Vega. Le agradezco su tiempo.

Dicho esto, Mia Phillips se dio la vuelta y salió por la puerta. Vega, por su parte, se quedó mirando la foto del marido.

«Parece un buen tío», pensó viendo aquella sonrisa sincera y esa cara de no haber roto un plato en su vida. «Siempre lo parecen».

En ese momento, sonó el teléfono del despacho. Un aparato fijo, de los que aún hacen ruido al marcar. Vega levantó el auricular con extremada parsimonia. No sabía qué tocaría esta vez. Si otro caso

de infidelidad, uno de los muchos asuntos que le encargaban sobre seguros o algún acreedor cabreado.

—Investigaciones Baker, dígame.

Una pausa. A través del auricular solo se oía una respiración.
—¿Quién llama? —insistió.

La voz al otro lado se decidió al fin, apenas un susurro.

—Hola, hermana María de la Vega.

La detective se quedó helada, lo cual resultaba difícil. Llevaba cinco años lidiando con lo más granado de los bajos fondos, con gente sin escrúpulos, con estafadores que trataban de timar a cualquiera que se les pusiera delante y con maridos vengativos que venían a pedirle explicaciones tras haberlos pillado en su infidelidad.

Ya nada podía sorprenderle a Vega. O eso creía.

Hasta aquel momento.

—Sor Eloísa —dijo tratando de recomponerse de la sorpresa—. Hace más de diez años que nadie me llamaba así. ¿Ha pasado algo?

—Te he llamado a pesar de que…

—A pesar de que preferiría que la crucificaran como a Jesús.

—Ya está ahí —dijo sor Eloísa con tono amargo.

—¿Quién? ¿La blasfema? ¿La rebelde? ¿La advenediza? Sí, soy todo eso y lo he sido siempre, para qué nos queremos engañar. Pero es usted la que ha llamado. Y, si lo ha hecho, algo gordo ha tenido que pasar en Santa Rosalía.

Otra pausa, esta más larga.

—La hermana Ángela ha muerto —dijo la madre superiora sin tapujos.

Esta vez la pausa vino del lado de Vega. Debía asumir la noticia. La hermana Ángela había sido su faro durante su tiempo en el convento, la única monja con la que había conseguido congeniar en Santa Rosalía. Hacía mucho que no sabía de ella, fundamentalmente porque había cortado todos los lazos con aquel lugar.

Y ahora estaba muerta.

—Pero no te he llamado por eso —continuó sor Eloísa interrumpiendo su momento de introspección.

—Usted dirá —la animó Vega conteniendo la rabia y también las lágrimas que amenazaban con delatar su amargura.

—Necesito que vengas a Santa Rosalía.

—Le recuerdo que la hermana María de la Vega ya no pertenece a ese lugar —replicó la detective cargando sus palabras de todo el veneno que pudo reunir.

—No es a la hermana María de la Vega a quien necesitamos, sino a Vega Baker.

5

A Vega siempre le había gustado la lluvia. Desde niña. Le fascinaba quedarse embelesada frente a la ventana, viendo cómo las gotas buscaban su camino hacia la repisa en el cristal húmedo. Observar los hilos de agua calle abajo, los charcos que se iban formando, las prisas de aquellos a quienes había sorprendido la tormenta.

Esa fascinación no decreció con los años sino que incluso se acrecentó. En Santa Rosalía y más tarde cuando decidió volar sola, acogía con enorme placer los días de lluvia. Se recogía sobre sí misma y se entregaba a la lectura de cualquier libro mientras bebía un café bien caliente.

Pero aquella tarde no.

Aquella tarde sentía el peso de los nubarrones que, de manera obstinada, permanecían por encima de la ciudad como si los estuviera sosteniendo ella misma.

Había tristeza en aquella lluvia que los faros de su coche delataban. Había tristeza en su interior.

Hacía mucho que no sabía nada de la hermana Ángela, pero había sido lo más parecido a una madre que recordaba haber tenido. Nunca supo nada de la suya. Según le habían contado, fue la propia bibliotecaria quien la encontró a las puertas del convento siendo apenas un bebé recién nacido. Quizás por eso tenía con ella una relación tan especial.

Y, sin embargo, pese al vínculo que la unía a la hermana Ángela, nunca sintió que encajara en aquel lugar. Por eso, en cuanto tuvo edad para hacerlo, decidió marcharse. El día que cumplió los dieciocho años se presentó en el despacho de sor Eloísa y le dijo lo que tenía que decirle.

—Voy a marcharme —anunció Vega, de pie, sin rodeos—. Las dos sabemos que esto no es lo mío. Nunca lo ha sido.

Sor Eloísa no dijo nada en un primer momento. Se limitó a mirarla fijamente con el rostro impasible. Luego volvió a los documentos que tenía sobre la mesa antes de hablar.

—Santa Rosalía no es una cárcel —le dijo—. Nadie te obliga a quedarte.

—Nunca he dicho eso.

—Pero lo piensas.

Vega no protestó ante ese argumento. La madre superiora tenía razón.

—Este no es mi lugar.

—El mundo ahí fuera no es más justo —dijo Sor Eloísa con calma volviendo a levantar la vista—. Ni más honesto.

—Lo sé.

—Entonces no entiendo por qué crees que será mejor.

Esta vez sí, Vega tuvo clara su respuesta.

—Porque prefiero elegir mis errores.

—Eso siempre ha sido muy propio de ti —coincidió sor Eloísa asintiendo despacio.

Hubo un silencio largo.

—Si te marchas —añadió finalmente la madre superiora—, no esperes que el camino sea fácil.

—Nunca lo es.

—Aquí tendrás techo si alguna vez lo necesitas.

Vega frunció el ceño. Esperaba más resistencia. Esperaba una reacción más airada. Esperaba otra cosa.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente —respondió Sor Eloísa—. Para ambas.

Si en las primeras semanas fuera de Santa Rosalía había tenido momentos de debilidad, momentos en que sintiera la necesidad de una mano amiga en la que apoyarse, no era ese Nego en quien pensaba, sino que era el rostro de la hermana Ángela el que surgía en su mente.

Pero ahora la hermana Ángela ya no podía ayudarla en caso de necesitarla.

Así que la lluvia, que se empeñaba en caer sobre la ciudad mientras avanzaba entre el tráfico camino de Santa Rosalía, lejos de resultarle agradable, le estaba poniendo un humor de perros.

Y no solo eso. En un rato iba a tener que enfrentarse a su pasado.

Y a sor Eloísa…

Trató de sacudirse esos pensamientos tan funestos. Ya no era la chiquilla que había dejado el convento una década atrás. Ahora era otra persona y esa persona había aprendido a enfrentarse a todos sus miedos. No tenía que ser diferente en esta ocasión.

Miró la pantalla del vehículo. El GPS indicaba que restaban doce minutos para llegar a su destino. «Diez años y doce minutos más bien», pensó Vega mientras centraba toda su atención en una conducción que estaba resultando difícil a causa de la climatología.

Sin embargo, transcurridos diez de esos doce minutos, el viejo campanario de Santa Rosalía asomó en la distancia.

Aparcó junto a la reja oxidada que hacía las veces de acceso al convento y sacó su paraguas. Tuvo que esperar un largo rato bajo la lluvia antes de que una de las monjas le diera paso al interior.

Santa Rosalía no había cambiado demasiado desde su marcha. Los huertos, ahora solitarios debido a la lluvia, seguían dando con generosidad sus frutos. El campanario, en un aspecto tan precario como el que ya tenía entonces, inspiraba la misma lástima. Quizás más ahora, privado de su campana. Esta permanecía olvidada en un rincón junto a la base de piedra.

Y la atmósfera… seguía siendo igual de pesada que en sus tiempos de noviciado.

—Sor Eloísa la recibirá en el despacho —le informó una monja de tez aceitunada con claro acento latino. En eso sí había cambiado el convento. Incluso la globalización de fuera había terminado por colarse dentro—. La acompaño.

—No es necesario. Conozco el camino.

—La madre superiora ha sido muy clara en ese aspecto —la monja se mostró amable pero inflexible.

Vega asintió y siguió a la mujer. Conocía bien a sor Eloísa de la misma forma que conocía bien sus normas. Cualquier elemento extraño debía ser tratado como tal.

Y ahora Vega era una extraña en aquel lugar.

La chica se había prometido mantener a raya sus recuerdos, pero estos vinieron en cascada en cuanto puso un pie en el interior del convento. Evocó una infancia en la que no encajaba, sus temores, su pena. Le vinieron a la mente las rutinas inamovibles que muchas veces la llevaban a ir de un lado a otro por aquellos pasillos, cuando no a limpiarlos. Y también trajo de vuelta el día que decidió salir de allí sin volver la vista atrás…

Las dos mujeres recorrieron el pasillo en silencio y, cuando se encontraron frente a la puerta del despacho, la monja tocó con los nudillos. Luego, abrió sin esperar respuesta y se hizo a un lado para que Vega pudiera pasar.

La madre superiora ya esperaba en el interior, de pie y con un rosario en la mano. Junto a ella estaba la hermana Clara. Vega la recordaba bien. Era una monja joven cuando su marcha de Santa Rosalía. Ya entonces andaba siempre cerca de la madre superiora y ese era un aspecto que tampoco había cambiado.

—Gracias, hermana Clara —le dijo sor Eloísa al tiempo que le entregaba una carpeta.

La monja asintió y luego se dispuso a salir del despacho. La madre superiora esperó a que lo hubiera hecho antes de volverse a mirar a Vega.

—Has llegado rápido —dijo a modo de saludo.

—No vivo lejos —respondió Vega dándole intención a sus palabras—. Solo hacía falta recordar el camino.

La monja, que se había sentado en su butaca al otro lado del escritorio, levantó la cabeza y miró fijamente a la mujer que tenía delante. Quizás estuviera buscando en ella a la chica insolente que había estado bajo sus órdenes.

La lluvia repiqueteaba fuera, golpeando los cristales casi con insolencia.

—Antes de nada quiero dejar claro que no he tenido nada que ver con tu llamada —se sinceró sor Eloísa—. Solo he sido una emisaria. Las decisiones vienen de arriba. A veces hay que acatar lo que no se comparte.

—Eso me lo enseñaron bien aquí —replicó Vega—. Obediencia, silencio, resignación. Las tres virtudes del miedo.

La madre superiora inspiró hondo y luego apartó la vista para centrarla en el rosario. Vega tuvo que reprimir una sonrisa de triunfo. Al parecer, seguía teniendo un talento especial para sacar de quicio a la monja.

—Veo que no has cambiado.

—Veo que usted tampoco.

Sor Eloísa volvió a mirarla, con ese gesto severo que siempre la acompañaba, en cualquier circunstancia.

—Te hemos hecho llamar porque la situación exige discreción. No queremos a la policía husmeando por el convento. Mucho menos a la prensa.

—Ya. Y entre todos los detectives discretos del país eligieron a la monja descarriada. Qué ironía.

—Fue decisión del obispado. Les pareció... apropiado. A fin de cuentas, en el pasado formaste parte de Santa Rosalía.

—En la Prehistoria, diría yo.

—Puedes hacer todas las bromas que quieras… pero así lo ha querido el Obispado, muy a mi pesar. Supongo que das el perfil idóneo. Discreta, de la casa… Tus dotes para la investigación todavía están por ver.

—¡Tal manifestación de confianza me abruma!

—No tienes por qué aceptar —replicó Sor Eloísa, aunque su tono la traicionaba. Sabía que Vega ya lo había hecho, incluso antes de conocer los detalles.

Esta vez, la chica no pudo reprimir una sonrisa tímida. La madre superiora le hizo un gesto para que se sentara y Vega lo aceptó sin dudarlo.

—Antes de hablar de lo que sea que me ha traído aquí, quiero saber cómo murió la hermana Ángela.

Sor Eloísa bajó otra vez la mirada al rosario, haciéndolo girar lentamente entre los dedos, pensativa.

—Sufrió un infarto. Eso es lo que creemos. Estaba en la biblioteca. La encontraron en el suelo, junto a su escritorio.

—¿Quién la encontró?

—La hermana Clara, cuando fue a por unos libros. —En este punto, Sor Eloísa dedicó unos segundos antes de continuar—. Sin embargo, la última persona con la que estuvo es Talía, una novicia.

—¿E imagino que esa novicia es la razón por la que estoy aquí?

La monja guardó silencio unos segundos más antes de responder.
—Nadie la ha vuelto a ver desde entonces.

—¿Desaparecida?

—No salió por la puerta. Al menos, nadie la vio hacerlo. Tampoco aparece por ninguna de las dependencias del convento. Se la ha buscado incluso en el ala vieja.

—¿Y la policía?

—No la hemos avisado. —La voz de Sor Eloísa sonó firme, casi cortante—. Como ya te he dicho, el Obispado aboga por la discreción. No queremos escándalos.

—Claro —murmuró Vega—. Los escándalos en Santa Rosalía no se investigan. Es más fácil mirar para otro lado.

Sor Eloísa clavó en ella una mirada asesina, pero se guardó mucho de compartir lo que estaba pensando. La detective, lejos de arredrarse, le mantuvo la mirada.

—Necesito ver la biblioteca. Y las habitaciones de ambas, de Talía y de la hermana Ángela.

—No es necesario. La hermana Ángela murió de causas naturales.

—A lo mejor la novicia también —replicó Vega, sin inmutarse.

—La muerte de la hermana no tiene nada que ver con el motivo por el que se te ha contratado. Como bien sabes, era una persona muy mayor. La muerte la sorprendió mientras trabajaba, eso es todo.

—Puede que sea como dice, pero me temo que debo insistir. Prefiero descartar opciones por mi cuenta.

Sor Eloísa apretó el rosario con fuerza.

—Siento decirte que no empiezas con buen pie.

—Bueno, esa es mi especialidad.

Un silencio espeso se instaló entre ambas. Afuera, los relámpagos iluminaban brevemente la sala. Vega fue la primera en moverse: se puso en pie y dio un paso hacia la puerta.

—Si quieren que me encargue de investigar la desaparición de esa chica, y parece que ese es el deseo de las altas autoridades eclesiásticas, lo tendré que hacer a mi manera. Eso implica revisar la biblioteca y preguntar a quien sea necesario. Si prefiere no acompañarme, entenderé que tiene cosas más importantes que rezar.

Sor Eloísa no respondió. No, al menos en un primer momento. La siguió con la mirada mientras Vega se dirigía a la salida. Solo cuando la chica estaba a punto de salir del despacho, dijo sus últimas palabras que sonaron a advertencia más que a otra cosa.

—Haz lo que tengas que hacer. —La madre superiora hizo una pausa contenida—. Pero no conviertas esto en algo que no es. Santa Rosalía siempre ha resuelto sus problemas de puertas adentro. Espero que lo recuerdes.

Vega se detuvo en el quicio de la puerta y escuchó a sor Eloísa sin volverse. Cuando supo que había dictado su sentencia, salió definitivamente y cerró la puerta tras de sí.

Antes de cruzar los muros del convento, tenía claro que su presencia allí respondía a factores que nunca iba a poder controlar del todo. Tras la conversación con la monja, había confirmado una sospecha que sobrevolaba su cabeza desde que recibiera la llamada el día anterior.

No la habían contratado para encontrar a Talía. Al menos, no solo para eso. La habían llamado para cumplir el expediente, para tener a quién señalar si lo que aparecía no resultaba asumible para el convento… o para quienes estaban por encima de él.

6

Los mayores temores se esconden muchas veces al otro lado de la puerta. En ocasiones, porque ignoramos lo que podemos encontrar. En otras, precisamente porque lo sabemos con certeza.

El caso de Vega era el segundo.

Aquel portón robusto de madera oscura escondía detrás más recuerdos de los que estaba dispuesta a asumir. Y, aun así, se sentía en la obligación de entregarse a ellos si quería hacer su trabajo. Sor Eloísa, bien por ingenuidad o bien de una manera deliberada, había tratado de desligar la muerte de la hermana Ángela de la desaparición de la novicia.

Y sor Eloísa no era ninguna ingenua.

Así que puede que la moviera la necesidad de separar los hechos como la única forma de que ninguno se convirtiera en un problema mayor, la única forma de controlar el relato.

Lo que Vega veía con absoluta claridad era que parecía mucha coincidencia que ambos sucesos se hubieran producido al mismo tiempo y no iba a dejar pasar la oportunidad de investigar si existía conexión entre ambos.

Parte de lo que pudiera averiguar estaba, por tanto, al otro lado de la puerta que le estaba costando tanto abrir. Esa que le traería algunos de los pocos momentos felices que recordaba haber experimentado en Santa Rosalía.

Cuando al fin empujó el portón y la biblioteca apareció ante sus ojos, pudo comprobar que tampoco en aquella estancia había pasado el tiempo. Todo seguía igual, cada libro en el mismo lugar, ordenados todos de manera impecable y pulcra, tal y como le gustaba a la hermana Ángela.

Se acercó al escritorio y analizó con detalle los objetos que había encima. Una lupa, una agenda junto a un ordenador antediluviano que la monja rara vez usaba, un archivador de fichas y el marcapáginas.

Vega Baker tomó aquel objeto entre las manos y lo observó distraídamente, mientras pasaba uno de sus dedos por el relieve dejado por aquellas dos letras. EL. Él, ese Dios misericordioso e inmisericorde sobre el que la hermana Ángela basaba todas sus creencias… pero también las que se cuestionaba a diario.

Sin pretenderlo, la detective se retrotrajo a otros días, a aquellos en los que no era más que una adolescente tratando de comprender el limitado mundo en el que vivía al tiempo que también ponía todo su empeño en comprenderse a sí misma.

De eso hacía diecisiete años.

Había escapado en mitad de la noche para respirar aire puro en el patio del claustro. Le gustaban el silencio y la soledad que solo era capaz de encontrar en aquellas circunstancias. Andaba perdida en sus pensamientos cuando la luna llena hizo brillar algo entre la tierra.

Se acercó con curiosidad y, medio enterrado, descubrió el extremo de un objeto. Al desenterrarlo del todo, comprobó que era alargado, plano y estaba hecho de hueso. El barro lo cubría casi por completo y una cinta, que en otros tiempos debió de ser azul, colgaba deshilachada de uno de los extremos. Bastó tocarla para que se deshiciera entre sus dedos.

Volvió a su celda y dedicó parte de la noche a limpiarlo con cuidado, casi con devoción. Cuando al fin consiguió dejarlo libre de suciedad, descubrió que tenía grabadas dos letras en la parte superior: E y L. Justo debajo, un pequeño símbolo irregular, compuesto por seis trazos breves en forma de ces enfrentadas.

Ignoraba qué podía ser aquel objeto, pero al menos le quedaba claro que debía tener algún valor. No para ella, pero sí quizás para otra persona. Y esa persona tenía un nombre y un cometido en Santa Rosalía: la hermana Ángela, la bibliotecaria.

Era la única que sabría apreciar el regalo.

—Un objeto interesante, sin duda —opinó la hermana Ángela en cuanto lo puso bajo su lupa—. Y antiguo también. ¿Dices que lo has encontrado en el patio?

—Medio enterrado, sí.

La bibliotecaria asintió y siguió analizando aquel objeto con detenimiento. En especial el grabado que había en él.

—¿Qué pueden significar esas dos letras? —preguntó Vega, fascinada ante la posibilidad de haberse encontrado con un enigma como los que se relataban en los libros que leía a escondidas.

—Es difícil de determinar. —La monja frunció el ceño. Lo hacía siempre que buscaba concentrarse—. Podrían significar muchas cosas. Aquí, la mayoría pensaría en Él, en Dios.

La novicia miró a la monja con una expresión de decepción. En apenas cinco minutos, la bibliotecaria había desvelado su enigma y no parecía nada glamuroso.

—Pero puede ser cualquier otra cosa —añadió la hermana Ángela tratando de devolverle la ilusión a la chica.

—¿Y los símbolos?

—Vete tú a saber. No parece algo religioso. Tampoco parece un código. Diría que es algo personal. Como una marca. —La hermana Ángela sonrió levemente—. O puede que, hace años, una jovencita como tú, con las mismas ganas de perder su tiempo, se pusiera a trazar líneas sin ton ni son.

Hecho su análisis, la monja guardó la lupa y colocó el fragmento de hueso plano entre las hojas de su agenda.

Vega Baker recordaba ese pasaje de su vida en Santa Rosalía como si hubiera ocurrido unos días atrás y no diecisiete años antes. Por un instante, se vio de vuelta en aquel lugar y sintió que le costaba respirar. Trató de serenarse, abrió una de las ventanas de la biblioteca y se dedicó a lo que había ido, a buscar cualquier indicio que le ayudara en su investigación.

Rebuscó entre los papeles de la hermana Ángela, en los armarios y también en los cajones de su escritorio. Se encontraba tan metida en esa tarea que no vio venir a la recién llegada.

—Veo que sigues tan fisgona como siempre.

La detective se sobresaltó. Incluso echó mano a la pistola que no había traído consigo —condición indispensable para poder acceder a Santa Rosalía— en un gesto instintivo. Miró, con cara de pocos amigos, a la monja que le había hablado. Todavía necesitó unos segundos para reconocer en ella a Lucía, la única amiga que había tenido en aquel claustrofóbico lugar.

7

Convento de Santa Rosalía. Quince años antes.

El ingreso de Lucía se produjo una mañana de otoño. Llegó casi de puntillas, como las escasas novedades que se producían en Santa Rosalía. No se alteró el horario, no se reunió a las novicias, no se modificó ninguna de las inamovibles rutinas.

Vega estaba en el claustro con una escoba y un cubo cuando la vio, acompañada de sor Eloísa. Más que acompañarla, la precedía sin volverse a mirar si la nueva incorporación la seguía. Para ella era un trámite que debía cumplir y lo cumplía a su manera. En un momento dado, la muchacha levantó la cabeza y miró alrededor con calma, sin prisa por ocupar un lugar.

La mirada de las dos se cruzó un momento y luego Vega siguió barriendo. La madre superiora detuvo su marcha al cruzarse con la hermana Clara y ambas estuvieron hablando durante un rato. Vega dedicó un fugaz momento a observar la escena. La nueva, como el corderito fiel, se había quedado a una distancia prudencial de las dos mujeres, con la cabeza gacha. Vega sonrió para sí y continuó con la tarea.

—¿Siempre es así?

Vega se sobresaltó al oír aquellas palabras casi en voz baja. Sin saber cómo, la nueva novicia se había acercado a ella y la miraba ahora con curiosidad. O, más bien, miraba la escoba que empuñaba en su mano derecha.

—Depende del día —respondió Vega sin tener claro a qué se refería realmente.

La muchacha asintió como si aquella respuesta le bastara. Se quedó un instante sin decir nada, y entonces habló de nuevo.

—Me llamo Lucía.

—Vega —dijo la otra tras dudar medio segundo.

No añadió nada más. Lucía tampoco. Se limitaron a mirarse lo justo para reconocer que ambas eran jóvenes y que, en un lugar así, eso ya era un vínculo. Sor Eloísa carraspeó para dejar claro que su conversación había finalizado, y Lucía retomó el paso.

—Te asignarán a la cocina hasta nuevo aviso —dijo la madre superiora, sin dureza, solo con firmeza—. Y escucharás antes de hablar.

Lucía respondió con un sí breve. No pareció intimidada. Tampoco desafiante. Era otra cosa. Vega quiso pensar que era resignación. Se preguntó si, de haber sido su caso, ella habría aceptado ese destino de tan buen grado. Pero nunca tuvo su oportunidad. Desde que tenía uso de razón, no había conocido nada más que las paredes de Santa Rosalía.

Pensaba en todo eso cuando vio que, justo antes de desaparecer camino del corredor, Lucía se giraba un instante. Fue una mirada rápida, casual, pero Vega nunca supo por qué la recordó el resto del día.

Durante la primera semana, Lucía apareció y desapareció por las estancias con una puntualidad impecable. Se esforzaba por aprender. Preguntaba lo necesario. No se excusaba de más. No buscaba llamar la atención.

Vega la observó sin proponérselo. En el refectorio, Lucía se sentaba donde le indicaban, sin buscar a nadie. En el lavadero, trabajaba con el gesto concentrado. Y, aun así, había algo en ella que no encajaba del todo con el resto. Sí con el lugar, como si hubiera nacido para vivir allí, pero no con las demás novicias.

Coincidieron por primera vez en una tarea compartida una tarde, cuando las asignaron para limpiar una sala secundaria del ala

este. El espacio estaba casi vacío, con estanterías viejas y mesas que nadie usaba. Sor Eloísa no estaba allí para vigilar, solo una hermana mayor que se limitó a repartir los productos de limpieza antes de desaparecer.

Lucía se arrodilló para limpiar los zócalos. Vega se ocupó de las estanterías.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Lucía al cabo de un rato.

—Demasiado —respondió Vega, aunque no de inmediato.

—Veo que no eres muy habladora —dijo Lucía soltando una risa breve.

—Aquí se aprende a hablar poco.

—¿Eso se aprende?

—Se aprende, sí.

—Supongo que me tendré que conformar con esa respuesta.

Lucía continuó con la limpieza sin que se borrara la sonrisa de su cara. Vega la miró de reojo. No podía negar que le gustaba el carácter de la nueva. Tenía un aura especial y en aquel lugar de recogimiento y sombras, ya era mucho.

Los días siguientes se buscaron sin buscarse. Coincidían en la misma fila, en la misma esquina del patio, en la misma tarea. Una vez, cuando sor Eloísa apartó a Vega con un gesto seco para corregirle una falta mínima, Lucía bajó la cabeza como todas. Pero cuando la madre superiora se alejó, la miró con un gesto que trataba de expresar solidaridad y esta lo aceptó con un asentimiento de cabeza.

La amistad entre las dos fue tejiéndose así, sin pacto.

En el refectorio, Lucía empezó a sentarse cerca cuando nadie se lo impedía. No siempre al lado. Cerca. En Santa Rosalía, eso era un

acto deliberado.

—¿Te gusta estar sola? —preguntó Lucía una mañana.

—No me gusta demasiado la gente —contestó Vega sin levantar la vista de la mesa.

—¿A qué gente te refieres? ¿A las monjas? ¿A esa panda de crías estiradas? Eso te pasa porque nunca has salido de aquí. Ahí fuera, el mundo es otra cosa.

Vega se encogió de hombros. No tenía nada que decir al respecto.

Aquel silencio fue entendido por Lucía como una invitación que no desaprovechó. Le habló de las tardes de paseo por el parque, de las atracciones de feria, del cine… Y también de los chicos, esos especímenes de los que Vega no tenía ni la más remota idea. Ella se limitaba a asentir, fascinada por todo lo que la otra le contaba.

Y, por primera vez, se vio fuera de aquel lugar. Se imaginó atravesando las puertas de Santa Rosalía, caminando por las calles de la ciudad, viviendo una vida distinta a la que le había otorgado el destino.

Con las semanas, la complicidad creció entre ambas. Había algo genuino en ese acuerdo tácito, pero también práctico. Era una forma de protección. Si alguna se retrasaba un minuto, la otra ocupaba el espacio de su ausencia. Si alguna olvidaba una orden, la otra lo enmendaba sin delatarla.

Sin embargo, había algo latente que comenzó a manifestarse una tarde en que cosían junto a otras novicias. El trabajo era simple y repetitivo. Lucía dejó caer la aguja. Se inclinó para recogerla y, al incorporarse, su mano rozó la de Vega.

Fue un roce mínimo. Sin embargo, Lucía no retiró la mano de inmediato. Vega levantó la vista. Su amiga apartó la mirada con rapidez, como si acabara de cometer un error sin querer.

Ninguna dijo nada.

En las semanas siguientes, ese tipo de gestos se repitió. Un roce de dedos al pasar un cuenco. Una proximidad inesperada en un pasillo estrecho. Una mirada que llegaba tarde y se iba deprisa.

Vega empezó a entender que aquellos gestos no eran imaginaciones suyas. Tampoco era algo que pudiera nombrarse dentro de Santa Rosalía sin consecuencias. Lo intuyó con claridad una noche, cuando las enviaron a limpiar la capilla. Al terminar, Lucía se quedó un instante de pie, sin moverse, como si esperara un permiso que no iba a llegar.

—¿Qué? —preguntó Vega.

Lucía negó con la cabeza.

—Nada. No importa.

Vega estuvo a punto de decirle que sí importaba, pero no lo hizo. No era cobardía. Era instinto. En Santa Rosalía, a veces el instinto era lo único que protegía.

Al día siguiente, Lucía estaba más prudente. Hablaba menos con Vega delante de las demás. No se acercaba tanto. No le sostenía la mirada. Se comportaba como si hubiera decidido corregir un error. Fue algo pasajero. Luego la situación se normalizó. Era como si hubieran llegado a otro acuerdo. Fuese lo que fuese aquello, iba a quedar enterrado por el bien de su amistad.

Ese acuerdo ayudó a que el vínculo se consolidara. La una se convirtió en el refugio de la otra.

—Gracias —dijo Lucía un día en que la invitó a que la acompañara a ver a la hermana Ángela.

Vega frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por no hacerme sentir… fuera de lugar —respondió Lucía tras dudar un momento.

—Aquí todo el mundo está fuera de lugar.

Lucía asintió. No discutió.

Años después, Vega recordaría aquellos primeros meses como se recuerdan ciertas cosas: sin épica, sin adornos. Solo dos muchachas en un lugar que no habían elegido, aprendiendo a moverse entre normas que no habían escrito.

Sin saberlo, allí comenzaba una historia que iba a dejar marcas en ambas.

8

Santa Rosalía. En la actualidad

Las dos mujeres se miraron durante un momento que a Vega se le antojó eterno. Hacía más de quince años que no se veían pero en ese instante no tuvo la sensación de que hubiera pasado ni un solo segundo. Luego, esa barrera invisible que las separaba se rompió y las dos se fundieron en un abrazo igual de largo.

—No sabes cómo siento lo de la hermana Ángela —le susurró Lucía al oído y Vega tuvo que reprimir las ganas de romper en llanto. No debía, no era el momento. Ahora era otra persona y esa persona estaba allí por trabajo. Debía desprenderse de toda emoción, aislarse de ellas, por mucho que Santa Rosalía hubiera sido su primer hogar y la hermana Ángela la figura materna que tanto había echado de menos tras su marcha.

Luego se separaron y Vega trató de centrarse en lo importante. Lucía, su amiga del alma, aquella por la que habría traspasado ciertos límites de haber sido otras las circunstancias y otros sus sentimientos hacia ella, estaba allí, frente a frente. Y le sonreía de la misma forma de siempre.

—Mírate —le dijo Lucía con una expresión que denotaba orgullo —, hecha toda una detective.

—Mírate —replicó Vega siguiéndole el juego—, hecha una de esas monjas carcas que le amargan la existencia a las novicias.

Las dos rompieron a reír y se abrazaron de nuevo, en un contacto mucho más fugaz que el anterior.

—No creí que terminarías haciéndolo —se adelantó Vega esta vez—. Lo de ordenarte, quiero decir.

—Yo, en cambio, sí estaba convencida de que terminarías dedicándote a investigar los crímenes más sórdidos.

—No creas. Solo me dedico a fraudes al seguro e infidelidades.

—¿Resulta interesante?

—Para nada.

—Teníamos tantos planes juntas… —añadió Lucía dejando escapar un suspiro y Vega quiso detectar un punto de nostalgia en ese gesto.

—Nos íbamos a escapar las dos de aquí, íbamos a recorrer el mundo entero.

—¿Y qué pasó?

—Que yo me fui y tú decidiste quedarte.

—Siempre fuiste más valiente.

—Siempre fui más temeraria. Dejémoslo ahí.

Se produjo entonces un nuevo silencio que ninguna supo cómo romper en un primer momento. Luego, Vega volvió al escritorio de la hermana Ángela para continuar la inspección de sus pertenencias.

—Supongo que necesitabas este viaje al pasado —dijo Lucía abarcando con la mirada la biblioteca.

—Digamos que me mueve un propósito más pragmático. Busco alguna pista que me ayude en la investigación.

—Sor Eloísa no está muy convencida. Dice que la biblioteca no tiene nada que ver con la desaparición de Talía.

—Sor Eloísa cree que nada tiene que ver con nada —replicó Vega—. Hasta que deja de convenirle. Imagino que te habrá enviado para controlarme.

Lucía no sonrió, pero tampoco la contradijo. Se limitó a sentarse en la butaca de la hermana Ángela mientras Vega se dirigía a las estanterías. La biblioteca de Santa Rosalía no era grande, pero sí antigua. Los estantes llegaban hasta el techo y los libros se acumulaban sin un orden evidente para quien no lo conociera. Vega avanzó despacio entre ellos, recorriendo los lomos con la mirada.

—Aquí pasaba mucho tiempo Talía —dijo Lucía—. Con la hermana Ángela.

Vega miró a su amiga pero no dijo nada.

—No era lo habitual. A las novicias se les asignan otras tareas.

—No es algo nuevo para nosotras —respondió Vega.

—Lo cierto es que también pasamos muchas horas entre estas cuatro paredes.

—Era nuestro refugio… y la hermana Ángela nos comprendía mejor que nadie.

—Especialmente a ti. Eras su favorita. —Lucía pronunció sus palabras sin un aparente tono de reproche. Era una evidencia que Vega tampoco se iba a molestar en negar. Siempre hubo un vínculo especial entre la bibliotecaria y ella que nadie en Santa Rosalía llegaba a comprender.

Vega se detuvo frente a una mesa donde aún quedaban algunos volúmenes abiertos, marcados con papeles sueltos. No tocó nada de inmediato.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí con ella? —preguntó.

—Dos días antes de que muriera —aclaró Lucía tras dudar un instante.

Vega alzó la vista.

—¿Recuerdas qué hacía?

—Ordenaba. Siempre estaba ordenando algo que ya estaba ordenado.

Vega asintió. Aquello encajaba con la imagen que recordaba de ella. Ángela no dejaba cabos sueltos, pero sí silencios.

—¿Talía estaba también?

—No. Aquella vez no.

La detective recorrió la estancia con la mirada. No vio nada fuera de lugar. Nada que le hiciera sospechar.

—¿Hay algo que te llame la atención? —preguntó la monja.

En vez de responder, Vega avanzó hasta el escritorio que había pertenecido a la hermana Ángela y Lucía se apartó sin dudarlo. Abrió los cajones para mostrarle a su amiga el contenido. Se centró especialmente en la superficie inmaculada del escritorio.

—Aquí no hay nada —murmuró.

—¿Lo esperabas? —volvió a preguntar Lucía.

—No —admitió Vega—. Pero siempre queda esa remota esperanza de que, por arte de magia, aparezca algo que lo resuelva todo.

—Pero el mundo no funciona así.

—No, me temo que no, pero aun así…

La detective dejó el final de la frase en el aire y Lucía se limitó a encogerse de hombros.

Después de una última mirada a la biblioteca, Vega dio por terminada la inspección inicial. No había encontrado nada, pero eso no significaba necesariamente que no lo hubiera. Estaba claro que

necesitaba a un profesional, pero eso es algo que tendría que gestionar con sor Eloísa llegado el momento.

—Quiero ver su celda —dijo de repente aparcando a un lado esos pensamientos.

Lucía asintió. Salieron de la biblioteca y recorrieron el pasillo en silencio. A medida que se acercaban a la zona de las celdas, el ambiente se volvía más denso, más cargado. La de Ángela se encontraba en un pasillo corto, muy cerca de la salida. El interior era austero incluso para los estándares del convento. Una cama estrecha, una mesa, una silla, un crucifijo. Nada más.

Vega recorrió el espacio con mirada experta. También en la pequeña estancia encontró un orden que parecía deliberado. Abrió el primer cajón de la mesa. Dentro había papeles antiguos, ordenados por tamaño, sujetos con cuerdas finas. Ninguna nota reciente. Ninguna anotación personal.

En el segundo cajón encontró más de lo mismo: registros, fichas, hojas con sellos antiguos. Todo clasificado. Todo limpio. En el fondo, debajo de una carpeta sin título, asomaba un pliegue amarillento. No parecía papel corriente. Era más grueso, más rígido.

Vega apartó la carpeta y tiró con cuidado.

Se trataba de un plano doblado en cuatro, gastado en los dobleces, con marcas de haber sido abierto y cerrado muchas veces. No era reciente. No era algo que se hubiera imprimido en una oficina moderna. La tinta estaba desvaída y el papel tenía esa textura áspera de los documentos viejos.

Lo extendió sobre la mesa. A primera vista era la planta de un edificio. Un dibujo técnico, sobrio, sin adornos. Vega tardó unos segundos en orientarse. Reconoció un rectángulo principal, pasillos laterales, una forma que podía ser el claustro. Había notas al margen, apenas legibles, y símbolos que no entendía.

Lo que sí llamó su atención fueron una serie de trazos discontinuos, en un tono más débil, que parecían querer insinuar algo. Vega ignoraba qué podía ser, pero estaba claro que tenía un significado más profundo del que pudiera parecer a simple vista.

—¿Has visto esto alguna vez? —preguntó levantando la vista hacia Lucía.

—No —dijo—. La hermana Ángela no solía entretenerse con documentos antiguos. Ya sabes que era más de libros…

—Y, desde luego, no lo habría sacado nunca de la biblioteca. Es, cuanto menos, impropio viniendo de ella —remató Vega al tiempo que volvía a doblar el plano con el mismo cuidado con el que lo había abierto y lo devolvía al cajón.

—¿Qué crees que puede significar? —preguntó Lucía.

—Significa que, por un motivo que ignoramos, la hermana Ángela decidió que era mejor esconder este documento aquí. Significa que estaba buscando algo… Y significa que, si lo encontró, no tuvo tiempo de contárselo a nadie.

Lucía miró a su amiga de la infancia y asintió sin comprender del todo. Afuera, las rutinas de Santa Rosalía llegaban amortiguadas, como si ocurrieran en otra dimensión. El silencio de la celda de quien había sido su mentora en cierto modo, le confería a esta una atmósfera de irrealidad.

—¿Dónde está la celda de Talía? —quiso saber Vega rompiendo el hechizo.

Lucía señaló el pasillo.

—Al fondo.

La estancia personal de la novicia era distinta a la de la hermana Ángela. No es que fuera un caos, pero tampoco presumía por su orden o su limpieza. La cama estaba deshecha. En la mesa

quedaban restos de cera seca. Una vela consumida hasta la mitad descansaba en un platillo.

Vega avanzó hasta la mesa. Pasó el dedo por la cera endurecida.

—Encendía velas —dijo.

—Decía que le ayudaban a concentrarse —respondió Lucía.

Vega abrió el cajón pero no encontró nada relevante. Un par de hojas dobladas con poemas torpes y cursis que hablaban de amor no correspondido. Un puñado de palabras inofensivas que, no obstante, podrían costarle un castigo si sor Eloísa llegaba a encontrarlas.

Vega guardó las hojas de nuevo en el cajón y siguió con su inspección. Se agachó entonces junto a la cama. Miró bajo el somier, sin demasiadas expectativas. Al retirar una caja de madera, vio algo que no encajaba.

Metió la mano y lo sacó.

Era un objeto pequeño, pesado para su tamaño. Oscuro, gastado. No brillaba. No parecía valioso. Aun así, Vega supo de inmediato que no pertenecía a aquel lugar. Lo sostuvo entre los dedos. Era un anillo antiguo, de metal ennegrecido, con un símbolo apenas visible grabado en la superficie. No un motivo devocional moderno. Algo más primitivo. Más tosco.

—¿Eso es…? —empezó Lucía.

—Una joya antigua —dijo Vega—. De poco valor, me da la impresión.

Lo giró despacio. El desgaste no era reciente. Tampoco parecía una reproducción. No era algo que Talía pudiera haber conseguido fuera del convento.

—¿Crees que lo robó? —preguntó Lucía.

—No la conozco y no soy quién para asegurarlo, pero está claro que no debía pertenecerle.

Lucía guardó silencio. Vega cerró la mano alrededor del anillo. Notó el frío del metal contra la piel. Sabía que aquel objeto no estaba bajo la cama por casualidad y su intuición le decía que aquel pequeño objeto tenía que ver con la desaparición de la novicia.

Se guardó el anillo en su mochila, dio un último vistazo a la celda y se dispuso a salir.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Lucía mientras salía tras ella.

—La hermana Ángela ya nos ha dicho todo lo que nos podía decir —respondió la detective girándose levemente—. Creo que ha llegado el momento de que hablen los vivos.

9

Salvo los rostros, nada parecía haber cambiado en Santa Rosalía. Ni en cuanto al aspecto, ni en cuanto a las rutinas, ni en cuanto a la distribución de los espacios o de los tiempos. Todo ocurría donde tenía que ocurrir y cuando tenía que ocurrir. Como el mecanismo de un reloj perfectamente engrasado.

A esas horas del final de la mañana, la mayoría de las monjas mayores se dedicaba a coser y remendar cortinas, sábanas y ropa diversa. Su cuerpo había estado sometido a la dureza del frío y el trabajo durante muchos años y ahora se les permitía dedicarse a tareas algo más piadosas. Vega recordaba a alguna de aquellas mujeres. A otras, no.

Se acercó a una de las hermanas que cosían junto a la ventana, en busca de una luz que no era mucha en aquel día frío y gris. No levantó la vista cuando Vega se presentó.

—Busco información sobre la desaparición de Talía —dijo esta manteniendo la suya fija en la mujer.

La monja siguió cosiendo.

—Era una muchacha callada —habló al fin como si en realidad no se dirigiera a nadie en concreto.

—¿La conocía bien?

—Aquí nos conocemos todas lo justo.

Vega se acercó más a ella para obligarla a que levantara la vista.

—¿Notó algo extraño los días previos?

—No más de lo habitual —respondió la monja haciendo un pequeño gesto con los hombros.

—¿Y qué es lo habitual?

—Silencio. Recogimiento. Oración.

Vega asintió. Conocía bien esas tres palabras. Demasiado bien.

—¿Nunca la vio fuera de lugar?

—Talía estaba donde debía estar.

La frase sonó aprendida. Vega no insistió. Sabía que no iba a conseguir nada más de la mujer, así que decidió acercarse a otra de las monjas, una cuyo rostro le resultó familiar. La hermana Hilda, quería recordar.

—Talía ayudaba cuando se lo pedían —dijo—. No daba problemas.

—¿Era puntual?

—Como todas.

—¿Salía del convento?

La monja negó con la cabeza y miró a Vega casi con condescendencia.

—Por si lo has olvidado, no tenemos motivos para salir.

—¿Y motivos para entrar donde no se debe?

—No sé qué quieres insinuar, pero aquí cada una sabe cuál es su sitio. En otros tiempos, tú también lo sabías.

Vega sintió cómo le subía un calor desde muy adentro, pero tuvo que contener las ganas de decirle algo inapropiado a la mujer. En lugar de eso, se dio media vuelta y salió de la sala.

—Probemos en el huerto —propuso a Lucía—. Necesito respirar aire fresco.

El palmo de terreno que las monjas usaban para cultivar sus frutas y hortalizas era un auténtico barrizal tras las lluvias caídas. Y, a pesar de todo, un grupo de monjas se esforzaba en hacer surcos con sus herramientas donde era misión imposible.

Miró a las mujeres durante un rato antes de decidirse. Finalmente, optó por una que parecía especialmente nerviosa. No paraba de mirar la puerta del convento y a Vega y lo hacía con un gesto de preocupación. Quizás en ella encontrara la debilidad suficiente como para sacar algo en claro.

—Solo quiero saber si vio algo fuera de lo común —dijo Vega, con voz neutra.

—Talía rezaba mucho —respondió la monja—. Le gustaba estar sola.

—Eso no es una respuesta.

—No tengo nada más que decir.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

La monja bajó la mirada y tardó en responder. Más de lo que se puede considerar normal.

—Antes del terremoto —dijo finalmente.

—¿Y después?

—Después… todo fue confuso.

—¿Confuso cómo?

—Había mucho que hacer.

Vega la observó un instante más.

—Gracias, hermana.

La otra asintió con alivio.

No le fue mucho mejor con las otras monjas, tampoco con la que se encargaba del lavadero, ni con la cocinera, ni con otras dos con las que se cruzaron en el pasillo. Las respuestas eran neutras, parecidas. De sobra conocía Vega el carácter reservado que reinaba en Santa Rosalía. Pero estaba convencida de que había algo más. La autoridad de sor Eloísa era alargada y quedaba claro que, de manera consciente o no, había influido al resto de la congregación.

—¿Qué opinas? —le preguntó Lucía al verla pensativa.

—Que ha sido todo demasiado limpio, demasiado neutro. No hablaban libremente.

—¿Quieres decir que alguien las ha instruido para que no digan nada?

—Lo que quiero decir tiene nombre y cara de palo.

Lucía rompió a reír, con la discreción que requería aquel lugar, y Vega se unió a sus risas discretas. «Cara de palo», así era como se referían las dos a la madre superiora cuando las castigaba siendo novicias. Por un momento, la detective pensó que la complicidad que una vez las unió, seguía intacta después de tanto tiempo.

—Lo que no logro entender —continuó Vega tras esa pequeña concesión—, es esa resistencia suya a esclarecer las cosas. Lo que no logro entender es por qué no fue ella misma quien preguntó a esa panda de estiradas.

—Me parece que has olvidado cómo funcionan las cosas por aquí. —Lucía no pudo evitar una sonrisa maliciosa.

—Pues refréscame la memoria.

—Sor Eloísa gestiona, dirige, toma decisiones… pero no se mancha las manos.

—De eso se encargan otras…

—De eso te encargas tú, mi querida amiga. Solo eres un instrumento al servicio de la institución.

—Qué bien.

Las dos volvieron a callar. Vega porque estaba gestionando una información que, de todos modos, había estado presente en todo momento. Lucía porque parecía divertirle el cariz de los acontecimientos. En cualquier caso, fue esta la que volvió a hablar.

—Bueno —dijo poniendo los brazos en jarras—. ¿Qué toca ahora?

—Solo nos queda una monja con la que hablar y estoy segura de que esa no se andará con remilgos.

—Si te refieres a sor Alexandra, te advierto que su humor ha ido empeorando con los años.

—¿Todavía más?

—Aunque parezca imposible.

—No obstante, siempre fue fiel a sí misma e imagino que en eso no habrá cambiado. Y, de todos modos, no tenemos nada que perder.

—Como quieras —le dijo Lucía invitándola con un gesto a que fuera delante—, pero luego no digas que no te he avisado.

Sin pensárselo mucho, Vega tomó el camino del almacén, situado al otro lado del patio. Sor Alexandra era una de las monjas que más tiempo llevaban en Santa Rosalía y siempre se había caracterizado por su fuerte carácter y por su hiriente sinceridad. En sus tiempos de noviciado, Vega la había temido tanto como la había admirado. Sabía que era una persona de carácter, pero también que era de fiar porque siempre venía de cara.

Cuando llamaron a la puerta y un ladrido más que una voz humana las invitó a pasar, Vega tuvo claro que no iba a ser una conversación fácil. Sor Alexandra estaba sentada tras una mesa de madera basta, rodeada de cajas abiertas y sacos a medio cerrar. No se levantó al verlas entrar. Su saludo fue una voz áspera, desabrida, de esas que intimidaban a cualquiera.

—¿Qué queréis? —Ni un hola, ni un cuánto tiempo sin verte, ni un cómo te va la vida. Así era la hermana Alexandra, nada que pudiera sorprender a Vega.

—Hablar de Talía. Para eso estoy aquí.

Sor Alexandra frunció el ceño pero no dijo nada. Siguió a lo suyo.

—Era su compañera —insistió Vega—. Y ahora ha desaparecido.

—Aquí nadie desaparece —replicó—. Aquí la gente se va o se queda. Lo demás son palabras grandes para tapar silencios.

Vega dio un paso al frente y se situó frente a la monja. Lucía, por su parte, prefirió mantenerse en un prudente segundo plano.

—¿Cómo era Talía?

Sor Alexandra se tomó su tiempo antes de responder. Abrió una caja, comprobó el contenido y volvió a cerrarla.

—Rara —dijo al fin—. Como todas las que piensan demasiado.

—¿Rara cómo?

—Solitaria. Soñadora. Poco constante. Tenía la cabeza en otra parte.

—¿Se escaqueaba de las tareas? —preguntó Vega.

Sor Alexandra soltó una risa breve, sin humor.

—Más de lo que creía sor Eloísa, desde luego. Siempre encontraba la forma de desaparecer cuando no le convenía estar donde la habían puesto.

—¿Y nadie decía nada?

—Era la protegida de la hermana Ángela —respondió—. Eso la hacía intocable… o casi. Pero, bueno, ¿qué te voy a decir? Tú sabes bien de qué te hablo.

—Yo cumplía… —trató de defenderse Vega visiblemente azorada. Aunque le pesara, una versión frágil de la niña que fue había aparecido de repente. Sin embargo, hizo un esfuerzo por sobreponerse enseguida.

—¿Notó algo fuera de lo normal los días previos a su desaparición? —preguntó cambiando de tema.

Sor Alexandra alzó la mirada por primera vez con verdadero interés.

—Depende de lo que llames normal.

—Algo que no ocurriera antes.

—Han empezado a faltar cosas —dijo la monja dirigiendo la mirada hacia las estanterías repletas de sacos.

—¿Qué tipo de cosas?

—Comida —respondió—. No mucha. Lo justo para que pase desapercibido si no estás encima.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de días.

—¿Y está segura de que no es un error?

—Llevo aquí más años de los que tú tienes de vida —dijo sor Alexandra ladeando la cabeza—. Sé contar sacos.

Lucía dio un paso, pero Vega la detuvo con un gesto leve.

—¿Se lo ha dicho a alguien? —preguntó.

—¿Para qué? —replicó sor Alexandra—. Entre el terremoto, la muerte de la hermana Ángela y la desaparición de la cría esa, no quería cargar a sor Eloísa con más preocupaciones. Bastante tiene con tratar de mantener esto en pie.

Vega guardó silencio. La lógica de la mujer era inapelable. En su lugar, probablemente habría actuado del mismo modo.

—¿Sospecha de alguien? —preguntó tras un segundo.

Sor Alexandra negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea. Pero lo que está claro es que, sea quien sea la responsable, sabe moverse con sigilo y colarse incluso con la puerta cerrada.

Vega asintió despacio.

—Gracias —dijo—. No era una conversación fácil.

—Ninguna lo es cuando se empieza a mirar donde no conviene —dijo sor Alexandra encogiéndose de hombros.

Vega se giró hacia la puerta con intención de salir pero antes de que abriera la puerta, la monja volvió a hablar.

—Una cosa más. —Se la quedó mirando sin decidirse a continuar—. Me alegro de que seas tú quien se encargue de esto.

—¿Por qué? —preguntó Vega volviéndose hacia la monja.

—Porque eres la única que siempre ha buscado la verdad… aunque esta resultara dolorosa.

Vega no respondió. No comprendía el verdadero alcance de aquellas palabras, pero había querido ver una expresión de orgullo en el rostro de la monja y ella lo acogió con gran regocijo. Habría

querido darle las gracias, pero en lugar de eso se limitó a asentir de nuevo antes de salir del almacén con Lucía detrás.

—¿Qué opinas? —le preguntó esta en cuanto estuvieron fuera.

—De momento, no tengo una opinión.

—¿Qué hacemos entonces?

—En tu caso rezar, imagino. En el mío, volver a la realidad que hay al otro lado de esos muros, darme una ducha, desprenderme de esta atmósfera de opresión, servirme un café y atender alguno de los otros casos que requieren de mi atención.

—¿Te marchas ya? —Vega quiso detectar un punto de decepción en su amiga.

—Sí, pero mañana temprano estaré de vuelta. Quizás con las novicias tengamos más suerte.

Todavía llovía levemente cuando tomó el camino de la ciudad. Vega llegó a la calle Baker y aparcó junto a la puerta de la librería. Al entrar, se encontró con un grupo de ocho personas —Nego entre ellos— sentados en sillas dispuestas en círculo. Fue entonces cuando recordó el club de lectura que su amigo y dueño del establecimiento celebraba todos los jueves por la tarde. Dirigió una mirada fugaz a todos y luego se encaminó hacia las escaleras de caracol.

Subió al desván, cruzó la pequeña sala que hacía las veces de oficina y pasó a través de otra puerta semioculta entre un archivador y una estantería. Al otro lado se encontraban los escasos veinticinco metros cuadrados que Vega llamaba casa: un cuarto de baño diminuto y una estancia más grande con un sofá cama, una tele que nunca encendía, una mesa atestada de libros y una pequeña cocina con lo esencial.

Era poca cosa pero a ella le bastaba. Era su hogar, su espacio propio. Su refugio. Se tumbó en el sofá y cerró los ojos por un

instante. Agradeció esa quietud ajena al convento.

Luego encendió la luz pequeña de la mesa y sacó el anillo de la mochila. Lo depositó con cuidado sobre su abdomen y lo observó sin tocarlo durante un rato. No era valioso. No era bonito. No era algo que alguien conservara por capricho. Tenía los bordes gastados y el símbolo apenas se distinguía ya.

Lo tomó entre los dedos.

Pensó en Talía. En la comida que desaparecía. En el plano escondido. En el orden excesivo de Ángela.

Puede que la novicia estuviera muerta. Puede que hubiera huido. No estaba segura de qué le había deparado el destino, pero de lo que sí estaba convencida es de que terminaría encontrándola. No la conocía, pero en un solo día había establecido más conexiones con aquel rostro anónimo que con la mayoría de quienes habían compartido su infancia y parte de su adolescencia.

Apretó el anillo con fuerza y cerró de nuevo los ojos. Por primera vez desde que había regresado a Santa Rosalía, no sintió nostalgia.

Sintió la necesidad de salvar a Talía.

De salvar la parte de sí misma que se había quedado en el convento.

10

Antes

Vega salió de Santa Rosalía con una bolsa pequeña, una certeza y muchas incertidumbres. Una certeza que pesaba más que su escaso equipaje: no volvería. No porque no pudiera, sino porque sabía que si cruzaba de nuevo aquellas puertas sería para quedarse. Y eso era justo lo que no quería. Su decisión no era valentía. Tampoco determinación. Era, más bien, una huida que se había dilatado durante demasiados años.

El día que se marchó no hubo despedidas solemnes ni palabras de aliento. De hecho, su marcha no fue como la había imaginado, en el caso de que la hubiera imaginado de algún modo. Sor Eloísa la observó desde el umbral con la misma expresión neutra de siempre. No intentó detenerla. Tampoco la animó. Solo le recordó, como si hablara de una norma más del convento, que fuera prudente.

La hermana Ángela asintió despacio desde el otro lado de la ventana, pero Vega tuvo tiempo de ver esa expresión extraña que se le ponía cuando quería reprimir algo más que las lágrimas que, a buen seguro, terminaría derramando en la soledad de su celda.

En cuanto a Lucía… Ni siquiera salió a despedirla. Bien es cierto que habían hablado ampliamente de su partida y la chica sabía que su amiga comprendía sus motivos. De hecho, habían sido los de ambas, pero en última instancia, Lucía había cambiado de idea y Vega no llegaba a comprender por qué. Sabía que no era miedo, tampoco prudencia. Sin embargo, fuese lo que fuese, nunca llegó a compartirlo con ella.

Y ahora, no estaba en ese último adiós.

Cuando ya cruzaba el portón, se permitió una mirada postrera al único hogar que había conocido y luego emprendió el camino con más miedo del que era capaz de reconocerse a sí misma.

Tenía dieciocho años y ninguna noción real del mundo. Todo lo que sabía de él lo había aprendido a través de libros, de conversaciones robadas, de fragmentos. La realidad estaba a punto de demostrarle que no se parecía a nada de eso.

El primer golpe fue el ruido. El segundo, la velocidad. El tercero, la indiferencia.

Nadie esperaba nada de ella. Nadie la miraba dos veces. No había horarios claros, ni campanas que marcaran el ritmo, ni reglas visibles. Todo ocurría al mismo tiempo y sin explicación. Vega tardó días en entender que nadie iba a decirle qué hacer. Que nadie iba a mover un dedo por ella.

Intentó orientarse como sabía: observando, imitando, conteniendo preguntas. No siempre funcionó. Cometió errores que no supo ver venir. Confió cuando no debía. Calló cuando habría sido mejor hablar. Aprendió pronto —demasiado pronto— que fuera de Santa Rosalía la disciplina no protegía de nada.

Hubo noches en las que pensó en volver. No por fe ni por vocación, sino por miedo. El convento, con todas sus sombras, al menos era predecible. El mundo no lo era.

Trabajó donde la aceptaron. Sin contrato, sin garantías. Camarera, limpiadora, ayudante en cocinas donde el cansancio no dejaba espacio para pensar. El cuerpo le respondió mejor que la cabeza. Estaba acostumbrada al esfuerzo físico, no a la negociación, al rechazo o a la sospecha constante. Dormía mal. Comía peor. Aprendió a no llamar la atención y a no fiarse de la amabilidad gratuita. A moverse rápido. A desaparecer cuando convenía.

Fue entonces cuando entró por primera vez en Libros Nego.

No buscaba nada en particular. Caminaba sin rumbo, esperando a que llegara la noche para encerrarse en la habitación. Un espacio diminuto y maloliente con vistas a los cubos de basura. Era lo único que se podía permitir en una pensión de la parte humilde de la

ciudad. Ya era mucho. La mayoría de las noches desde que había salido de Santa Rosalía las había pasado en la calle, buscando rincones donde no morirse de frío.

Su paseo la condujo hasta la calle Baker y en ella se topó de bruces con aquel escaparate decimonónico repleto de libros curiosos.

No, no buscaba nada. O puede que sí. Puede que buscara un lugar donde el bulllicio y el desconcierto de la ciudad bajaran un poco. Sin pensar mucho en ello, empujó la puerta y el tintineo de una campanilla anunció su entrada.

Un hombre de mediana edad, con la cabellera plateada y gafas de pasta, se volvió a mirarla un instante antes de continuar con lo que fuera que estuviera haciendo detrás del mostrador. Vega recorrió la librería —mucho más grande de lo que parecía desde fuera— para descubrir en ella un orden extraño, imperfecto, como si los libros estuvieran colocados según una lógica que solo entendía quien los había tocado muchas veces.

Avanzó despacio entre las estanterías. Reconoció algunos títulos aunque la mayoría le fueran desconocidos por completo. Al llegar a la sección de novela clásica, se detuvo para mirar con detenimiento hasta que dio con lo que andaba buscando aunque hasta unos segundos antes no fuera consciente de ello.

Sherlock Holmes estaba allí.

Tomó uno de los volúmenes casi sin pensarlo. Había leído sus historias a escondidas en la biblioteca gracias a la complicidad de la hermana Ángela. Había devorado cada deducción como si fuera una revelación. Había calado en ella la idea de que todo dejaba huellas si se sabía mirar.

De golpe, nació en su interior el impulso de llevarlo consigo. No tenía dinero para pagarlo pero daba la sensación de que aquel libro, de que la mayoría de los que se distribuían por las estanterías

habían sido olvidados por el mundo. La evidente capa de polvo que los cubría así lo confirmaba. Nadie iba a echar de menos ese ejemplar, pensó, mucho menos aquel hombre que ni siquiera se molestaba en vigilar a esa posible clienta.

Echó un vistazo rápido al mostrador y, cuando comprobó que el librero seguía a lo suyo, abrió la mochila y lo metió dentro. Luego, trató de calmar su agitada respiración mientras se dirigía camino de la puerta de salida.

—Eso no se hace.

La voz la sorprendió. No sonaba molesta, solo curiosa. Vega se giró despacio, tratando de parecer natural aunque supiera que el latido de su corazón amenazaba con delatarla. El hombre detrás del mostrador la miraba fijamente. Sonreía con los ojos, no con la boca.

—¿Perdón? —dijo ella—. No quería…

—¿Robar? —terminó él—. Lo sé. Los que roban no empiezan por Conan Doyle.

En ese momento, podría haber echado a correr. Estaba más cerca de la puerta y seguro que ella era mucho más rápida que el librero. En lugar de eso, sacó el libro e hizo intención de dejarlo sobre el mostrador.

—No tengo dinero —admitió con vergüenza.

—Eso suele ser un problema —dijo el hombre—. Pero no siempre.

La observó durante un instante. No con desconfianza, sino con atención, como evaluando la situación.

—¿Te gustan los detectives? —preguntó.

—Me gusta cómo piensan.

—Eso ya es algo.

Se presentó como Conrad Nego. Dueño de la librería. No dio más explicaciones. Tampoco se las pidió ella.

—¿Y tu familia? —preguntó.

—No tengo.

—¿Estás sola?

—Sí, pero no me quejo.

Conrad asintió y se quedó pensativo. La chica trató de leer la expresión de su rostro pero no consiguió saber qué estaba pensando.

—Imagino que no trabajas —dijo al cabo de un rato.

—Algo, sí. Cuando encuentro. Pero no es fácil.

—¿Y dónde te alojas?

Ahí Vega prefirió callar. Por un lado, por prudencia. A fin de cuentas, no conocía a aquel hombre y tampoco sus intenciones. Por otro, no le resultaba cómodo hablar de la pensión de mala muerte en la que se hospedaba los últimos días.

—Tengo una buhardilla —dijo el librero ante el silencio de la chica—. No es gran cosa, pero está seca. Y necesito ayuda aquí. Ordenar, limpiar, atender cuando yo no esté.

Vega lo miró sin comprender del todo.

—No puedo pagar un alquiler.

—No lo harás —respondió—. A cambio, trabajas. Y te quedas el tiempo que necesites. Luego ya veremos.

—¿No será un pervertido de esos? —preguntó Vega alzando una ceja. A esas alturas, ya había comprendido que, en la ciudad, nadie daba nada sin buscar algo a cambio.

—No, no soy un pervertido de esos —dijo Nego esbozando una sonrisa—. Que me creas o no, ya es cosa tuya. Yo he confiado en ti a pesar de que hayas intentado robarme. Que tú confíes en mí depende de ti.

—No quería robar —trató de defenderse la chica sin demasiada convicción.

—A la buhardilla se sube por esas escaleras —le indicó él sin dejar de sonreír.

No hubo contrato ni condiciones escritas. Solo un acuerdo implícito, pero sorprendentemente sólido.

Aquella noche durmió en la buhardilla de la librería. Un espacio medianamente grande, de techo inclinado, con una cama estrecha y una ventana que daba a la calle Baker. No era Santa Rosalía, pero por primera vez desde que se había ido, Vega sintió algo parecido a un hogar.

Los meses siguientes fueron duros, pero estables. Trabajaba en la librería por las mañanas y seguía haciendo turnos fuera cuando era necesario. Conrad no hacía preguntas incómodas. Tampoco daba consejos innecesarios. Estaba allí, simplemente.

Fue él quien le habló de la universidad a distancia.

—Si vas a mirar el mundo con esa cara —le dijo una tarde—, al menos aprende a hacerlo bien.

Así fue cómo Vega comenzó sus estudios de Criminología. La apertura de su agencia de detectives y el apellido llegarían más tarde. Cuando decidió tomarlo prestado de la calle que se había convertido en la suya y como homenaje a las novelas que la habían conducido al lugar en el que estaba.

Así nació Vega Baker.

Luego, cuando los vecinos del barrio supieron de sus orígenes y de su nueva profesión, comenzaron a llamarla *La monja detective*. Al principio le molestaba, pero nunca los sacó del error y terminó por asumirlo sin más. Solo había una persona a la que nunca se lo permitía: Conrad Nego. Su amigo y benefactor utilizaba ese apelativo alguna vez, cuando quería hacerla enfadar.

Pasaron los años. La librería se convirtió en su base. La buhardilla, en su refugio. Conrad, en algo parecido a una familia elegida. Él nunca hablaba de su fortuna pero Vega sabía que existía porque Nego no parecía preocuparse por el dinero, a pesar de que casi nunca entrara nadie en la librería. Vivía ligero, como si hubiera entendido algo que los demás aún perseguían.

—La felicidad —decía— es no necesitar demasiadas cosas.

La chica no estaba segura de creerle, pero agradecía la lección.

Ahora

De vuelta en la buhardilla, doce años después, Vega volvió a centrar toda su atención en el anillo. Aquel pequeño objeto desgastado tenía mucho que decir y solo ella contaba con la capacidad para entenderlo. Lo tomó de nuevo y pensó en Talía. En el plano. En los silencios repetidos.

El pasado no explicaba el presente, pero le había dado las herramientas para enfrentarse a él.

Se levantó, guardó el anillo y apagó la luz.

Al día siguiente volvería al convento.

Y, esta vez, no iba a conformarse con lo que quisieran contarle.

11

Vega regresó a Santa Rosalía a primera hora de la mañana, tal y como le había prometido a Lucía. El convento aún estaba despertando y las rutinas comenzaban a encajar unas con otras con la precisión de siempre. Aquella normalidad impostada le resultó casi ofensiva después de lo ocurrido los días anteriores.

Lucía ya la esperaba en el claustro, como si supiera el momento exacto en que su amiga iba a llegar. Ese era un don que siempre había tenido, el de la oportunidad. Vega lo recordaba bien.

—Las novicias están en la sala de estudio —le dijo sin rodeos—. He pensado que sería mejor hablar con ellas antes de que empiece el trabajo del día.

Vega asintió complacida. No había ido a perder el tiempo, así que agradecía la eficiencia de la monja. Esa era otra de las virtudes que recordaba de ella. Entraron en el largo corredor y caminaron en silencio.

La sala era amplia, fría, con mesas largas y bancos de madera. Las novicias se levantaron al verlas entrar. Algunas bajaron la cabeza. Otras miraron a Lucía, buscando una señal. Comprendiendo la situación, esta le hizo un gesto a la detective y se adelantó, tomando la iniciativa. Vega la dejó hacer, quizás con una de las suyas se abrieran lo suficiente como para proporcionarles algún tipo de información.

—Tranquilas —dijo Lucía—. Solo queremos haceros unas preguntas.

Vega se quedó junto a la puerta, ocupando un segundo plano que intimidara lo menos posible a aquel grupo de chicas. Desde su posición, se dedicó a observar los gestos, los silencios, las miradas esquivas.

—Talía era vuestra compañera —continuó Lucía—. Y sabéis que la estamos buscando.

Hubo un murmullo leve, contenido.

—No debéis temer nada —insistió la monja—. Ni de mí ni tampoco de ella. La mayoría no lo sabréis, pero Vega también fue novicia en Santa Rosalía, como vosotras. Así que os comprende mejor de lo que os pensáis.

Las muchachas todavía se mantuvieron en silencio. Algunas con la cabeza gacha. Otras, mirándose entre sí de soslayo.

—Lo que digáis no va a salir de aquí. Solo queremos entender mejor a Talía.

Poco a poco, el ambiente se fue relajando y las respuestas se produjeron. Neutras, estandarizadas, como había ocurrido el día anterior. *Callada. Solitaria. Reservada*. Palabras que ya sabían, que ya habían oído antes.

—¿Nunca la visteis hacer algo fuera de lo habitual? —preguntó Vega, animándose a intervenir por primera vez.

Silencio.

—No pasa nada por decirlo —las animó Lucía dando un paso adelante—. A veces cualquier detalle, por insignificante que parezca, puede ser crucial.

Una de las novicias, muy joven, se removió en su asiento.

—Yo… —empezó, y se detuvo.

Esta vez fue Vega quien contuvo a su amiga para que no apretase a la chica. Solo cabía esperar, no apremiar. Estaba claro que quería decir algo.

—Un par de veces pensé que iba hacia el ala vieja —dijo finalmente—. Pero no estoy segura. Igual me equivoqué.

—¿Cuándo? —preguntó Vega.

—Antes del terremoto. Y después, justo cuando pasó… —Tragó saliva—. Pensé que la habían mandado allí.

—¿Lo comentaste con alguien? —preguntó Lucía.

La joven negó con la cabeza y ya no dijo nada más. Ninguna de las demás lo hizo. Tampoco era necesario. Para entonces, Vega ya se había formado una idea del siguiente paso a dar. Le dio las gracias a las chicas y las dos salieron de la sala de estudio.

—¿Sabes que habrías sido una gran detective? —le dijo a Lucía cuando las dos estaban de nuevo en el largo corredor.

—Siento decirte que tú no habrías sido una gran monja.

Vega sonrió pero no hubo réplica. De sobra sabía ella que no lo habría sido. Desde siempre supo que aquel no era su mundo y ahora, que estaba de vuelta, solo le había servido para confirmarlo. Se sentía una extraña en un lugar en el que había pasado los primeros dieciocho años de su vida.

—De todos modos —continuó Lucía—, la detective real eres tú, así que tendrás que decirme dónde quieres ir ahora.

—¿No está claro? Al ala vieja.

—¿Lo dices en serio? —Lucía esbozó una sonrisa que se quedó a medias al comprobar que el gesto de su amiga no se inmutaba—. No tienes que hacerle caso a esas chicas. Ya sabes que son muy sugestionables a esa edad. Nosotras lo fuimos. Además, ninguna de ellas se atrevería a entrar en esa zona, ni siquiera Talía. No ya porque está en ruinas, sino también por las historias de fantasmas que siempre se han contado acerca de ese lugar.

—Y, sin embargo, puede que Talía esté allí.

—Ya miramos en el ala vieja. De hecho, la buscamos por todas partes.

—Aun así, no perdemos nada por probar.

—¿Qué no perdemos nada? La vida quizás. No tienes ni idea de en qué condiciones están las estructuras. Más todavía después del terremoto. No, no creo que sea aconsejable aventurarse en esa zona, menos todavía porque una chiquilla crea haber visto algo.

—De acuerdo, repasemos los hechos —replicó Vega sin perder el gesto ni la serenidad—. Uno, la hermana Ángela escondía un plano en el que se veía claramente una línea sobre esa parte del convento. Dos, Talía tenía en su poder un anillo antiguo que perfectamente podría provenir de ala vieja…

—O de cualquier otro lugar.

—Tres —continuó la detective mirando fijamente a la monja con los tres dedos en alto—, sor Alexandra afirma que está desapareciendo comida del almacén, poca, quizás la necesaria para una persona. Y ahora, esa novicia dice que creyó ver a Talía dirigiéndose hacia esa zona… Mira, Lucía, no digo que vayamos a encontrarla allí, pero admite al menos que es una probabilidad.

La monja pareció quedarse sin palabras, así que volvió a encogerse de hombros. Era su manera de dar por bueno el argumento de Vega sin reconocerlo abiertamente. Bastó con eso. Las dos mujeres se pusieron en marcha.

12

El ala vieja quedaba separada del resto del convento por una puerta pesada, de madera oscura, marcada por el tiempo. Había, no obstante, un hueco abierto entre esta y la pared por el que podía pasar, sin duda, un cuerpo menudo. Las dos mujeres se miraron como comprendiéndose.

Tuvieron que hacer un esfuerzo combinado para conseguir que la puerta cediera con un lamento grave. Al otro lado, el aire era distinto, más frío, más denso.

Avanzaron despacio. Los pasillos estaban cubiertos de polvo y fragmentos de yeso desprendidos por el terremoto. Algunas paredes mostraban grietas profundas. En el suelo, Vega distinguió marcas recientes, huellas irregulares, pequeñas, que no encajaban con el abandono. Las dos volvieron a mirarse ante semejante hallazgo. Todavía era pronto para sacar conclusiones, pero la posibilidad de que Talía estuviera allí iba tomando fuerza con el paso de los minutos.

Llegaron a la antigua iglesia de Valbruma. El techo estaba parcialmente hundido y la luz se filtraba a través de una vidriera rota. El altar permanecía en su sitio, cubierto de escombros. Vega recorrió el espacio con la mirada. Nada. O nada evidente.

Unas palomas que habían anidado en las maltrechas vigas emprendieron el vuelo asustadas. El sonido de la calle llegaba amortiguado, muy lejano. Las dos mujeres inspeccionaron cada palmo de la iglesia en busca de más indicios sin demasiado éxito.

—Nunca pensé que volvería a hacer cosas como esta contigo —dijo Vega de repente sin dejar de buscar.

Lucía se detuvo a mirarla antes de hablar.

—Ni yo. —Se produjo entonces un silencio breve, cargado, en el que la monja parecía meditar sus palabras—. Cuando te fuiste, no entendí muchas cosas. O quizá no quise entenderlas.

—No fue una decisión fácil —respondió Vega.

—Lo sé. Creía que lo comprendía, pero no era así. Cuando vi que te marchabas, que realmente lo hacías, que no mirabas atrás, yo… —La frase quedó en suspenso.

—Si lo hubiera hecho, no habría salido.

Lucía esbozó una sonrisa leve, casi cansada.

—Siempre fuiste así. Todo o nada.

—Creo recordar que las dos lo éramos, que el plan de largarnos de aquí era de las dos —replicó Vega—. Pero luego decidiste quedarte y lo respeté, aunque no lo compartiera.

—A veces no tiene que haber un motivo.

—Supongo que ya no importa —dijo Vega dejando escapar un suspiro—. Cada una eligió su camino y eso fue todo.

—Y ahora que has vuelto… —preguntó Lucía—. ¿Crees que estamos llevando esto bien?

—Me sorprende lo fácil que está siendo —admitió Vega tras dudar un segundo—. Pensé que sería más incómodo.

Lucía la observó con atención. Sus ojos se demoraron un instante más de lo necesario.

—Hay cosas que no se resuelven —dijo—. Solo aprenden a esperar.

Vega se la quedó mirando sin decir nada, digiriendo las palabras que habían quedado en suspenso. No tuvo tiempo, enseguida la monja reaccionó indicándole que la siguiera.

—¿Lo sientes? —le preguntó mientras señalaba un rincón a la izquierda del altar.

La otra se acercó al lugar que le señalaba y pudo notar una corriente de aire distinta, un cambio casi imperceptible de temperatura. La entrada a la cripta quedaba semioculta detrás de una columna medio caída. También allí detectaron algunas huellas.

La penumbra les dejaba distinguir una bajada estrecha de piedras irregulares. Despacio, llevando mucho cuidado, iniciaron el descenso. Había un olor a humedad que hacía difícil respirar, sobre todo al principio.

—Talía —llamó Vega en voz baja.

No hubo respuesta inmediata.

—Talía, no venimos a hacerte daño.

De repente, se produjo un movimiento al fondo seguido de un ruido seco.

—No os acerquéis —dijo una voz que apenas conseguía ser un susurro—. No confiéis en nadie.

En el suelo, encogida junto a una pared, sucia y ojerosa, estaba Talía. A su alrededor, había restos de comida. La comida que había desaparecido del almacén. La monja se acercó, levantando las manos, despacio.

—Soy sor Lucía —le dijo—. Venimos a ayudarte.

La novicia reaccionó como si fuera un resorte. Se encogió más sobre sí misma y se tapó la cara con sus brazos delgados y blancos.

—No podéis llevarme de vuelta —protestó con los ojos idos—. No podéis.

—Nadie te va a obligar —dijo Vega—. Pero no puedes quedarte aquí.

Talía negó con la cabeza.

—Ellos me llaman —murmuró mientras centraba la mirada en un punto concreto detrás de las dos mujeres—. Quieren que vaya a su lado.

Vega siguió la dirección de sus ojos y vio el hueco en la pared. Pequeño, irregular, apenas visible. No dijo nada.

—Vamos a llevarte arriba —anunció la detective acercándose un poco—. Te prometo que con nosotras estarás a salvo.

Talía dudó. Miró a Lucía. Luego volvió a mirar a Vega.

—No digas nada —susurró mirando a todos lados mientras se ponía el dedo índice en los labios—. Prometí no hablar.

—No lo haré.

El regreso al convento fue tenso. Talía caminaba rígida, como si esperara que alguien la detuviera en cualquier momento. Sor Eloísa, quien había estado ausente tras el desencuentro con Vega, las recibió en el claustro. A la detective le pareció demasiada casualidad, sobre todo cuando observó el miedo en el rostro de la novicia. La madre superiora miró durante un segundo a Talía con expresión impasible.

—En Santa Rosalía agradecemos lo que has hecho por esta niña —dijo dirigiéndose a Vega—. A partir de aquí, nos ocuparemos nosotras.

—No —replicó Vega dando un paso al frente—. Talía se viene conmigo.

El silencio cayó como una losa.

—Necesita un médico —añadió—. Necesita atenciones que no se le pueden dar aquí.

—Eso no es asunto tuyo —sentenció sor Eloísa estirándose ofendida dentro de su hábito. Vega conocía esa mirada suya, arrogante, déspota incluso, autoritaria hasta el extremo. La había temido más de lo que la recordaba en sus tiempos de novicia. Pero aquella Vega ya no existía y la nueva no se arrugaba ante nada ni ante nadie.

—Lo es mientras mi investigación siga abierta.

—Tu investigación terminó cuando Talía apareció. Para eso te contratamos.

—Mi investigación terminará cuando todo esto se aclare. Cuando sepamos los motivos que la empujaron a esconderse, cuando sepamos de qué tiene miedo… y cuando sepamos cómo y por qué murió la hermana Ángela.

—La hermana Ángela murió por causas naturales. —Sor Eloísa apenas era capaz de contener su ira. La mandíbula tensa, los ojos en llamas.

—Eso está por ver pero, mientras tanto, Talía se viene conmigo.

Lucía intervino entonces, cuando la madre superiora daba un paso al frente. Vega llegó a pensar que podría ser capaz de llevarse a la novicia arrastrándola por el suelo.

—Quizá sea lo mejor —dijo con suavidad—. Solo unos días.

Sor Eloísa la miró, incrédula. Luego volvió la vista a Vega. Tardó en hablar porque su debate interno, la rabia que todavía ardía en su interior, le resultaba difícil de contener.

—Muy bien —se rindió al fin—. Pero será bajo tu responsabilidad.

—Siempre lo es —dijo Vega mientras se llevaba a la novicia por el pasillo.

En el coche, Talía se encogió en el asiento mientras seguía con sus delirios.

—No vuelvas. No vuelvas nunca.

En cuanto el vehículo se puso en marcha, la novicia se relajó, pero solo un poco. Vega vio a través del retrovisor cómo Santa Rosalía se alejaba paulatinamente. Cuando el convento desapareció de su vista al tomar una curva, deseó no volver allí nunca más.

Pero no podía. Sabía que no podía.

Aún quedaba por esclarecer la muerte de la hermana Ángela, y era un asunto que no iba a dejar pasar. Se lo debía a quien había sido como una madre para ella.

13

El ingreso de Talía en el hospital se produjo sin complicaciones. Vega explicó lo imprescindible en el mostrador de urgencias, entregó la autorización firmada por la madre superiora y respondió a las preguntas de rutina con la precisión de quien no quiere dar pie a más de las necesarias. Nadie pareció sorprenderse de que una novicia llegara acompañada por una mujer que no vestía hábito. En aquel lugar, todo acababa reduciéndose a datos, síntomas y formularios.

Talía obedecía sin resistencia. Caminaba con pasos cortos, desacompasados, como si no terminara de comprender qué se esperaba de ella. No preguntó nada. No protestó. Permitió que le tomaran la tensión, que la sentaran en una camilla, que le colocaran una pulsera en la muñeca. Tenía la mirada fija en un punto indeterminado, perdida en algún lugar al que Vega no podía acceder.

—Va a necesitar hidratación y descanso —dijo el médico tras una primera exploración somera—. Está agotada.

Vega asintió. No hacía falta tener conocimientos de medicina para darse cuenta. Había visto las precarias condiciones de la cripta como para comprender el estado en el que se encontraba la novicia.

Solo quiso detectar una pequeña reacción en ella cuando una enfermera se la llevó al otro lado de una cortina para que cambiara su uniforme sucio por una bata esterilizada, una mínima resistencia cuando se vio obligada a soltarse de su mano. Luego se dejó llevar sin más.

La ingresaron en una habitación compartida que, a esas horas, estaba vacía. Vega no sabía si el médico había tenido esa consideración con ellas, si formaba parte del protocolo o si solo era fruto de la casualidad pero, en cualquier caso, agradeció que no hubiera nadie. Mucho mejor para Talía.

La chica, agotada, se acostó con gran esfuerzo. Estaba claro que las secuelas mentales importaban pero las físicas también estaban ahí. A los pocos minutos, cayó en un sueño profundo, casi abrupto, como si el cuerpo hubiera decidido desconectarse por su cuenta.

Vega se sentó en la silla junto a la cama y la observó durante un rato. Dormía con el ceño fruncido, las manos crispadas sobre la sábana. No parecía un sueño reparador, sino una tregua impuesta. Quiso ver en ella un reflejo de sí misma. Quizás solo fuera su necesidad de empatizar con la chica. Quizás estaba sugestionada por el hecho de que compartían raíces difusas, de que las dos eran huérfanas y las dos habían sido abandonadas a su suerte en Santa Rosalía. Puede que fuera todo eso o que, tal vez, después de todo sí había un destino que unía a las personas por motivos diversos.

Pasó más de una hora sin que ocurriera nada reseñable. El hospital seguía su ritmo ajeno, mecánico. Movimiento en el pasillo. Un carro de medicación. Voces apagadas tras las puertas. Vega aprovechó para hacer una llamada rápida a la librería, asegurarse de que todo estaba en orden.

Cuando regresó, Talía aún dormía, con ese sueño inquieto que la había acompañado durante esas horas. Vega volvió a sentarse y le cogió la mano casi en un impulso. No habrían pasado ni cinco minutos cuando la chica abrió los ojos de golpe. Tardó unos segundos en enfocar. El techo blanco, la luz demasiado limpia, el olor desconocido la hicieron incorporarse con brusquedad.

—Tranquila —dijo Vega al instante, levantándose de la silla—. No te muevas.

Talía la miró sin reconocerla. Sus ojos iban de un lado a otro, desorientados.

—¿Dónde…? —empezó a decir, pero la frase se perdió en algún lugar de su cabeza.

—Estás en un hospital —respondió Vega, con voz baja—. Solo para que descanses.

—No debía salir de allí —murmuró negando con la cabeza, como si aquello no tuviera sentido—. No debía…

—Ahora estás aquí —le dijo Vega con un tono de voz calmado al tiempo que le apretaba suavemente la mano—. Y nadie te va a obligar a hacer nada.

Talía la observó un instante más. Su respiración se fue calmando poco a poco. Volvió a recostarse sin dejar de mirarla.

—¿Te quedarás? —preguntó, casi en un susurro.

—Sí —respondió Vega sin dudar—. No me pienso ir.

Talía sonrió levemente y cerró los ojos de nuevo. Esta vez, su mano quedó apoyada sobre la sábana, abierta. Vega no la tocó, pero permaneció allí hasta que su respiración volvió a ser regular.

La tarde fue dando paso a la noche. Las últimas luces fueron retirándose con parsimonia para dejar paso a la penumbra. El silencio de la habitación solo se veía perturbado de cuando en cuando por el paso de alguna enfermera. Por lo demás, era como si las dos estuvieran dentro de una burbuja.

Vega sentía que los párpados le pesaban más con el paso de las horas. Trató de dormir un poco ella también, pero la butaca no era especialmente cómoda, así que decidió salir a por un café. La enfermera del turno de noche escribía algo en unos informes y levantó la vista al verla acercarse.

—¿Dónde podría tomar un café a estas horas? —le preguntó esbozando una amplia sonrisa.

—Me temo que la cafetería está cerrada —respondió la enfermera sonriéndole en igual medida—, y por el bien de su salud, le recomendaría que no tomara uno de esos de máquina—. Luego,

cuando notó su gesto de decepción, añadió—: pero no se preocupe, nosotras estamos preparadas para cualquier contingencia.

Sin mediar palabra, la mujer se dio la vuelta y entró en una pequeña sala anexa al mostrador. Al poco, salió con un termo de café y un par de vasos.

—Pero no se lo diga a nadie —le guiñó un ojo mientras le servía un poco—. No queremos tener a todos los familiares de pacientes pidiéndonos cosas como si esto fuera un quiosco.

Vega sonrió y le dio las gracias a la mujer. Cuando regresaba a la habitación, se encontró la puerta abierta. Aceleró el paso y fue entonces cuando vio la camilla atravesada frente a la puerta y a un hombre de espaldas, con bata blanca, inclinado sobre ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vega, sin levantar aún la voz.

El hombre no respondió. Ajustaba las barandillas con movimientos rápidos, precisos.

Vega avanzó un par de pasos más y entonces vio el rostro de Talía. Estaba despierta. Sus ojos iban de un lado a otro, desorbitados. Intentaba incorporarse, pero unas manos firmes la mantenían contra la camilla.

—¿A dónde la lleva? —insistió Vega con la voz tensa.

Alertada por la situación, la enfermera llegó también a la habitación.

—Perdón —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Usted quién es?

—La trasladamos para hacerle unas pruebas —respondió el hombre con aplomo—. Orden del doctor…

No terminó la frase. La enfermera negó con la cabeza.

—No tengo constancia de ningún traslado. Menos a estas horas.

El hombre dudó apenas un segundo. Vega lo notó. Fue suficiente.

—Ella está conmigo —dijo Vega, colocando una mano en la barandilla de la camilla—. ¿Quién ha dado la orden?

—Se ha debido de producir un error —replicó él, intentando mantener la calma—. Apártese, por favor.

Todo lo que ocurrió a continuación ocurrió muy deprisa. El hombre soltó la camilla con brusquedad dispuesto a sacar algo —Vega no iba a esperar a comprobar si se trataba de un arma—, momento que la detective aprovechó para arrojarle el café caliente a la cara y luego empujar la camilla y empotrarlo contra la pared. Después, retrocedió y se llevó a la chica por el pasillo lo más rápido que pudo.

—Tranquila —le dijo a Talía mientras avanzaban camino de las escaleras—. Ya pasó.

La chica no respondió, pero Vega quiso ver una sonrisa en sus labios.

Doblaron un pasillo, luego otro. Vega empujaba la camilla sin saber muy bien adónde iba, guiándose solo por la necesidad de alejarse. Al llegar a una salida lateral, frenó en seco. Ayudó a Talía a ponerse en pie y la rodeó con un brazo.

—Corre —le susurró.

Salieron al exterior por una puerta de servicio. El aire frío les golpeó la cara. Vega no se detuvo hasta llegar al coche. Una vez dentro, cerró las puertas con el seguro automático y apoyó la frente en el volante durante un segundo. Le temblaban las manos.

Talía estaba encogida en el asiento del copiloto, respirando a pequeños golpes. La detective puso el coche en marcha y se alejaron del hospital. Ahora estaba claro que había más en juego de lo que parecía en un principio y no podía fiarse de nadie, todavía no.

Condujo durante un rato hasta que, en un barrio de las afueras, decidió que ya habían huido suficiente. Aparcó, miró a través del retrovisor para asegurarse de que nadie las seguía y luego sacó su móvil. Marcó un número que se sabía de memoria.

—Necesito un favor —dijo cuando alguien respondió al otro lado —. Uno grande.

Colgó y regresó junto a la novicia. Arrancó el vehículo y se incorporó al tráfico sin mirar atrás, camino de la ciudad.

14

Argus Norman no se sorprendió al verla.

Eso fue lo primero que le molestó a Vega cuando abrió la puerta de su apartamento, que no detectara ni el más mínimo gesto de sorpresa cuando la vio aparecer en mitad de la noche acompañada de una desconocida famélica, envuelta en una manta y con los pies descalzos. No preguntó qué hacía allí después de tantos meses sin contacto. Simplemente se hizo a un lado y las dejó pasar.

—Pensé que tardarías más en llamar esta vez —dijo al fin.

—Yo también —respondió Vega acompañando a Talía dentro con enorme tiento.

El apartamento era pequeño, funcional, con muebles modernos pero escasos. Un *loft* que enseñaba más de lo que escondía. Algunos de los recuerdos más intensos y, al tiempo, más tempestuosos que conservaba Vega los había vivido entre aquellas cuatro paredes. Pensó en ello un instante antes de centrarse en el momento presente, el que realmente importaba.

Miró a Argus sin decir nada. Había envejecido mal, pensó, o quizá solo de forma honesta. Tenía el gesto más cansado, los hombros algo vencidos. Seguía siendo atractivo, pero estaba claro que ya no lo sabía usar como antes. Su trabajo y el cargo de responsabilidad que ahora ocupaba habrían tenido mucho que ver en ello.

—¿En qué lío te has metido ahora? —preguntó él claramente incómodo con la mirada de ella. De sobra la conocía como para no saber lo que estaba pensando.

—Necesita protección —aclaró Vega directa mientras se sentaba junto a Talía en el sofá sin esperar invitación.

—Empiezas fuerte —dijo Argus abriendo los ojos de par en par.

—Antes de nada, quiero dejar claro que no habrá denuncia —añadió—. Todavía.

—Siempre hay un *todavía* contigo.

Se conocían demasiado bien, sí. Desde aquel examen final en la universidad. Vega, presa de los nervios, había olvidado llevar bolígrafos y Argus le ofreció uno sin que ni siquiera se lo hubiera pedido. Ella se mostró reacia al principio, pero terminó aceptando. Qué remedio le quedaba. Aquel encuentro derivó en una invitación a café que terminó en una interminable discusión teórica sobre si la Criminología debería ser más científica o más humanista. Luego llegó la amistad, la ayuda mutua, la complicidad y, finalmente, un puñado de noches que ninguno de los dos quiso nombrar como algo más. Ella siempre había marcado la distancia. Él siempre lo había aceptado.

—¿Quién es? —quiso saber Argus.

—Es una menor —dijo Vega de manera escueta.

—En ese caso, debería estar bajo protección oficial —replicó Argus—. Esto es competencia de los Servicios Sociales.

—Ha estado escondida durante días, muerta de miedo —respondió Vega negando con la cabeza—. Alguien la está buscando.

—¿Quién?

—Ni idea.

—Eso no ayuda.

—Lo sé, pero lo que sí tengo claro es que, solo confío en ti. En nadie más.

Argus se levantó y caminó hasta la ventana. Miró la calle por deformación profesional. Buscando una potencial amenaza

escondida en cualquier rincón. Puede que en esta ocasión sí fuera real, puede que, fuese lo que fuese en lo que estuviera metida Vega, hubiera venido con ella hasta su misma puerta.

—No puedo asignar recursos sin un motivo claro, ya lo sabes —dijo—. En otro país, me costaría el puesto… Y aquí tampoco está tan lejos.

—No te estoy pidiendo recursos oficiales —replicó Vega—. Te pido discreción.

—Eso es peor. —Argus se volvió hacia ella y le dedicó una expresión severa.

—Si no entra en el sistema, no existe. Y si no existe… todo lo que haga contigo es cosa mía.

Se miraron durante un segundo largo en el que los dos se medían con la mirada, en el que trataban de interpretar los pensamientos del otro.

—¿Qué te debe esta chica? —preguntó él al fin.

—Nada —respondió Vega—. Y precisamente por eso no pienso dejarla sola.

La detective sabía que se mentía a sí misma, que en realidad sí le debía algo. Al fin y al cabo, había visto un reflejo de sí misma en aquella muchacha asustada. Sentía que compartían un lazo común a pesar de no conocerla.

—Siempre has sido así —dejó caer Argus en un suspiro.

—Y tú siempre has estado ahí.

—No lo hago por lo que creas que estás luchando. —El policía hizo una pausa, como dudando si continuar—. Lo hago por ti.

No fue un reproche. Tampoco una promesa. Solo un hecho.

—¿Os han seguido?

—¡No! —Vega contestó en un impulso pero de inmediato su gesto cambió—. No lo creo…

—Joder, Vega.

—No puedo ser más precisa, todo ha pasado muy rápido. Nuestra huida del hospital, venir hasta aquí…

—¿Has dicho hospital?... Déjalo, prefiero no saberlo —Argus suspiró resignado y cerró los ojos por un momento antes de continuar—. Hay un piso. Lo usamos para casos sensibles. No figura en ningún registro activo. Y puedo poner vigilancia… mínima. No mucho tiempo.

—Me basta.

—Y tú te quedas con ella.

—Sí.

—No es una buena idea.

—Nunca lo es.

Argus asintió con resignación.

—Pero hay que sacaros de aquí de manera limpia, extremando todas las precauciones. No estás segura de si os han seguido y eso, en nuestro mundo, es un sí.

—Te debo una —murmuró Vega dedicándole una sonrisa sincera —. O varias. Ya ni las cuento.

—Ya.

Unas horas después, Argus Norman, el Subinspector General de Operaciones Especiales, había trasladado a las dos mujeres de

manera discreta, valiéndose de un señuelo, y ya estaban acomodadas en la nueva ubicación.

Argus no pidió autorización. Simplemente activó un protocolo que no figuraba en ningún informe.

El piso era discreto, impersonal. Demasiado limpio para resultar acogedor, pero seguro. Cuando llegaron, Talía se quedó de pie junto a la puerta, observándolo todo como si esperara una trampa.

—Aquí nadie te hará daño —dijo Vega.

La novicia no respondió así que Vega se acercó a ella y la ayudó a superar la barrera que le impedía dar un solo paso dentro de la vivienda. Aquella noche no durmió. Apenas habló, pero su respiración se aceleraba cada vez que sonaba un ruido en el pasillo.

Vega se acomodó junto a ella y la rodeó con un brazo. Talía no se tensó ni se apartó. Al contrario, su respiración fue acompasándose poco a poco a la suya. Apenas se conocían desde hacía unas horas, pero en aquel momento eso no importaba. No había preguntas ni exigencias. Solo la certeza de que un lazo invisible las mantenía unidas.

Y Vega haría todo lo posible para que ese lazo no se rompiera.

15

Los días siguientes se sucedieron sin una frontera clara entre uno y otro. Pasaban sin más, en una sucesión de acontecimientos cotidianos: desayunar, comer, cenar, limpiar, día y noche, dormir, ver la televisión un rato, tomar un café, hablar…

Talía apenas hablaba. Permanecía sentada en el sofá o recostada en la cama improvisada, con la manta siempre demasiado cerca del rostro. A veces parecía ausente; otras, inquieta, como si escuchara algo que no estaba allí. Vega no la forzaba. Sabía reconocer ese tipo de silencio. Lo había visto antes. Lo había vivido.

Durante la noche, su sueño seguía siendo inquieto. Al menos, al principio. Pero luego su respiración se acompasaba y conseguía serenarse un poco. La detective la observaba dormir, observaba su fragilidad y sentía lástima por ella, por la criatura asustada que escondía secretos a los que todavía no parecía preparada para enfrentarse.

Con el transcurso de los días, la chica se fue abriendo. Aquel fue un proceso lento que, no obstante, iba teniendo resultados. Sobre todo cuando Vega le reveló que también era huérfana y que también había sido novicia en Santa Rosalía.

Sus conversaciones casi siempre versaban sobre cosas menores. Libros, en especial. Talía se animaba un poco entonces. Mencionaba títulos a medias, frases sueltas, recuerdos borrosos de tardes enteras en la biblioteca.

—La hermana Ángela decía que había libros que no eran para todas —comentó una tarde—. Los llamaba… los libros prohibidos.

—También me hablaba de ellos —dijo Vega dedicándole una sonrisa de complicidad—. Decía que no eran peligrosos por lo que contaban, sino por lo que despertaban.

Talía asintió despacio, como si aquello confirmara algo que llevaba tiempo pensando.

—Los guardaba aparte.

—Lo sé.

Hubo un silencio cómodo. De esos que no piden ser llenados.

—Lo que siempre me he preguntado —continuó Talía tras meditarlo un momento—, es cómo llegaron esos libros allí.

—Fueron parte de una donación —le aclaró Vega volviendo a sonreír—. Alguna familia relacionada con Santa Rosalía los trajo una tarde y sor Eloísa mandó llevarlos de inmediato a la biblioteca, para que la hermana Ángela se encargara de ellos. Lo hizo sin filtro, solo para quitarse de encima lo que para ella no era más que un estorbo en mitad del pasillo. Todas esas cajas… llenas de libros.

»En cuanto la hermana Ángela vio esos otros ejemplares, esas novelas de amor, de detectives… No tardó ni un segundo en decirnos a Lucía y a mí que los escondiéramos en el pequeño sótano que hay debajo de la biblioteca antes de que la *Inquisición* —se refería a sor Eloísa, claro—, los descubriera y los quemara en una hoguera.

—Eres amiga de sor Lucía…

—Lo fui, sí. Ahora no sé bien cómo definirlo, pero los días que he pasado recientemente en el convento me han confirmado que el vínculo sigue ahí.

—Siempre fue buena conmigo.

—¿Tanto como la hermana Ángela? —En ese punto, Vega lanzó la idea para ver si conseguía que Talía le contara algo sobre la muerte de la monja.

—Nadie era tan buena como la hermana Ángela.

—Entiendo que todavía te duela hablar de su muerte.

La novicia bajó la cabeza y guardó silencio. Luego se perdió en una serie de murmuraciones que no parecían tener sentido alguno.

Cuando Vega mencionaba la muerte de la bibliotecaria o la desaparición, aunque fuera de manera tangencial, Talía se cerraba. Su cuerpo se tensaba. La mirada se le iba a un punto fijo. Vega aprendió pronto a retroceder. No insistía. No preguntaba. Se limitaba a estar.

Al quinto día de encierro voluntario, Argus apareció en el apartamento. Una visita breve en la que tuvo el detalle de llevarles unos bombones. Talía los acogió con enorme regocijo, en una reacción casi infantil. Vega y el policía convertido en alto cargo la dejaron con los dulces mientras se apartaban a un rincón.

—¿Nada?

—Nada —le confirmó Argus sabiendo de inmediato a qué se refería—. El tipo del hospital no existe. No, al menos, en algún registro. Entró y salió como si conociera el lugar. Se escabulló antes de que llegara la seguridad.

—¿Un profesional?

—Sin duda.

Vega asintió en silencio. Aquello bastaba para confirmar que había hecho bien en moverse, que su intuición no le había fallado una vez más. Ignoraba quién era aquel tipo, pero estaba claro que alguien lo había enviado allí para llevarse a Talía, tal vez para matarla. Esa certeza también confirmaba que los miedos de la chica, su necesidad de esconderse, tenían un motivo real.

Y que ese *motivo* podía haber causado la muerte de la hermana Ángela.

—¿Tú cómo estás? —le preguntó Argus de repente, sacándola de sus pensamientos.

—Todo lo bien que se puede, dadas las circunstancias. —Vega dedicó una mirada alrededor suyo.

—Supongo que algún día tendrás que contarme todo esto —volvió a hablar Argus mientras dirigía su atención a la novicia.

—¿Lo he hecho en otras ocasiones?

—No.

—Pues no hagamos excepciones —le dijo Vega guiñándole un ojo.

Él acogió la pulla con deportividad. Luego, se miró el reloj, se puso en pie y se marchó, dejando tras de sí la misma sensación de siempre, la de querer añadir algo más, dejar que ciertas palabras que siempre se le quedaban dentro, fluyeran definitivamente. Vega, no obstante, lo agradecía. Sobre todo porque sabía que no le iba a gustar esa conversación y a Argus no le iba a gustar el resultado de la misma.

Por las noches, las dos mujeres dormían cerca. No siempre juntas, pero sí lo suficiente como para que Talía supiera que no estaba sola. Vega se sorprendió a sí misma pensando en la hermana Ángela más de lo que esperaba. En cómo la habría mirado, en qué habría dicho de todo aquello. En lo mucho que se parecía Talía a ella en ciertos silencios.

Fue al sexto día cuando Talía habló sin que Vega hubiera preguntado nada. Estaban sentadas en el suelo, apoyadas contra la cama. Afuera anochecía.

—Ella me dijo que lo devolviera a su lugar —murmuró Talía de pronto.

Vega iba a animarla a seguir, pero consideró más prudente mantenerse en silencio, esperar a que fuera la chica quien decidiera

cuándo continuar o si continuar.

—Dijo que no debía haberlo sacado de allí.

Talía se llevó las manos a la cara. Sus dedos temblaban.

—Me insistió en que lo devolviera —añadió—. Y ahora está muerta.

Alzó la vista por primera vez en mucho rato para encontrarse con los ojos de Vega. Esta se levantó y se acurrucó junto a la novicia.

—No es culpa tuya —dijo.

Talía no respondió. Se dejó caer hacia adelante, agotada.

Vega la sostuvo sin decir nada más. Sabía que aquel no era aún el momento de preguntar. Pero también supo, con una certeza incómoda, que acababan de cruzar una línea de la que no habría vuelta atrás.

16

Llevaban una semana escondidas en aquel apartamento y Vega tenía la sensación de que se hacía más pequeño por momentos. La decisión de encerrarse entre aquellas cuatro paredes había sido necesaria, pero era consciente de que también temporal. No podrían quedarse allí permanentemente. Más pronto o más tarde, Argus Norman se vería obligado a dar explicaciones sobre esos recursos destinados a una operación opaca de difícil justificación. Y, de no ser así, en cualquier caso, había que buscar otra forma de proteger a Talía.

El apartamento estaba en silencio, un silencio que había terminado por convertirse en algo rutinario. Las horas pasaban lentamente y solo la escasa interacción con los agentes que custodiaban la puerta y las más escasas visitas de Norman rompían esa rutina.

Las dos mujeres se sentaban a la mesa del salón con un café delante. Vega la observaba. Solo eso. Había aprendido hacía tiempo que, cuando alguien empieza a hablar de verdad, no suele hacerlo con palabras. Primero lo hace con los gestos, con esa forma concreta de evitar una mirada.

Talía estaba encogida sobre sí misma. Esa era una postura que había adoptado desde el día en que salió de Santa Rosalía y de la que no había conseguido desprenderse hasta ese momento. Vega quería ver en dicha postura una forma de sentirse en guardia, protegida. Fuera así o no, la cuestión es que siempre estaba tensa y apenas dormía por las noches. Decía que no tenía sueño, pero la detective sabía reconocer el miedo cuando lo veía: esa resistencia absurda a cerrar los ojos por temor a lo que pueda colarse en la oscuridad.

—¿Te apetece otra cosa? —le preguntó y la chica negó con la cabeza.

La luz de la tarde entraba por la ventana del salón con un tono grisáceo, apagado. La lluvia había cesado hacía rato, pero el cielo seguía encapotado, como si las nubes no se decidieran a marcharse del todo. La televisión encendida sonaba como una letanía lejana de interminables anuncios a los que ninguna de las dos prestaba atención.

—¿De quién es este apartamento? —preguntó la chica de pronto —. ¿De tu amigo?

—En realidad no es de nadie en concreto. Es solo… un lugar seguro para gente que lo necesita.

Talía asintió sin terminar de comprender del todo y volvió a perderse en sus pensamientos. Durante un rato al menos.

—Eres muy valiente —volvió a hablar tras ese lapso.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber Vega, sorprendida por ese giro repentino.

—Porque no tienes miedo de nada.

—Antes sí lo tenía, te lo aseguro. Ahora no tanto.

—¿Por qué?

—Porque el miedo cambia de forma —respondió—. Al principio tiene cara de amenaza. Luego se parece más a la costumbre.

Talía volvió a asentir pero puso una expresión extraña, como si aquella respuesta no le resultara del todo satisfactoria. Sin embargo, no insistió. Bebió, esta vez sí, un sorbo de su café y calló de nuevo.

Durante un buen rato no hablaron. Vega no forzó el silencio. Sabía que había algo ahí, empujando desde dentro de la chica, buscando una grieta por la que salir. Y también sabía que, si presionaba, cabía la posibilidad de que volviera a cerrarse.

En ese instante, la tele consiguió al fin imponerse al silencio y lo hizo con un anuncio de libros por entregas. Una colección de los grandes clásicos de la literatura en edición de lujo a un precio inigualable. La mirada de Talía se quedó fija durante unos segundos y luego se volvió hacia Vega.

—La hermana Ángela me dijo que lo devolviera a su sitio —murmuró.

Vega levantó la cabeza, pero no dijo nada.

—No quería que nadie más lo viera —continuó la chica—. Estaba muy asustada. Nunca la había visto así.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vega con suavidad—. ¿Qué tenías que devolver a su sitio?

—Un libro —aclaró la chica tragando saliva.

Vega se aguantó las ganas de insistir. Le gustara o no, Talía llevaba su propio ritmo.

—No uno normal —añadió esta tras vacilar un momento—. Estaba escondido. Muy abajo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Vega sintió una tensión conocida recorrerle la espalda, una alerta casi física.

—¿Qué tipo de libro? —preguntó.

—Antiguo. Con versos. Con cosas escritas que yo no entendía… pero la hermana Ángela sí. Dijo que estaba maldito, que era peligroso. Por eso me pidió que lo dejara donde lo había encontrado.

Talía levantó la vista por primera vez desde que había empezado a hablar.

—La hermana Ángela me lo advirtió —continuó Talía—. Si no lo hubiera encontrado, si no lo hubiera sacado de allí, ella estaría viva.

—Lo que le ha pasado a la hermana Ángela no es culpa tuya y, desde luego, del libro ese tampoco. Quiero que lo tengas claro.

La chica asintió sin demasiado convencimiento. Sí, la monja no había muerto por culpa de la supuesta maldición de ese libro pero Vega tenía claro que la suya no había sido una muerte natural, que la gente interesada en llevarse a Talía debía ser la responsable. Como también, que el libro podía ser la clave de todo.

—¿Dónde estaba escondido exactamente? —preguntó.

Talía dudó. Se frotó las manos de manera compulsiva, un gesto nervioso que Vega ya había observado otras veces.

—Prometí no decirlo.

—Talía —dijo Vega—. La gente que intentó llevarte del hospital no lo hizo por casualidad. No fue un error. Fue alguien que sabía que tú eras importante.

La chica cerró los ojos.

—Lo devolví —dijo al fin—. Donde estaba. Entre los huesos.

17

Vega tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Los huesos? —repitió finalmente.

—En las catacumbas de la cripta —aclaró Talía.

La detective no reaccionó de inmediato, pero de pronto recordó la abertura que había en una de las paredes de la cripta. Recordó el plano que la hermana Ángela escondía en su celda, ese en el que se insinuaba algo diferente en el ala vieja. También el anillo antiguo que tenía oculto la novicia bajo su cama.

—En un nicho —volvió a hablar Talía, más dispuesta a confiarse a Vega una vez había sido capaz de abrirse—. Había una caja rota. Supongo que el terremoto lo movió todo y dejó el libro al descubierto. Yo solo… lo volví a esconder.

—¿Antes o después de que muriera la hermana Ángela?

—Antes. Luego, volví a la biblioteca… —La voz de Talía se quebró—. Ella estaba sobre su escritorio. Fría. Pensé que había sido culpa mía. Que el libro… que la maldición…

—No hay maldiciones —la interrumpió Vega con firmeza—. Hay personas capaces de cualquier cosa.

Talía abrió los ojos. Estaban enrojecidos, pero secos.

—Entonces, ¿por qué alguien querría ese libro?

Vega tomó las manos de la chica y la miró fijamente antes de responder.

—Eso es algo que tendremos que averiguar —le dijo con firmeza —, pero ten por seguro que lo vamos a descubrir. Y también, quién mató a la hermana Ángela.

Talía respiró hondo, como si aquella afirmación le resultara al mismo tiempo aterradora y tranquilizadora.

—Entonces… —dijo—. Entonces no fue un accidente.

—No lo creo —respondió Vega—. Y por eso no puedo quedarme aquí contigo mucho más tiempo.

La chica la miró, alarmada.

—¿Me vas a dejar sola?

—No —dijo Vega de inmediato—. Pero tengo que volver a Santa Rosalía.

Talía abrió la boca para protestar, pero no llegó a hacerlo. Vega levantó una mano, pidiéndole paciencia.

—Escúchame. —Se levantó de la silla y se puso en cuclillas junto a la chica—. Allí sigue el libro. Allí está el cuerpo de la hermana Ángela. Y allí hay alguien que no quería que nada de esto saliera a la luz.

—¿Qué pasa conmigo?

—De momento no vas a volver a Santa Rosalía.

Talía bajó la mirada, aliviada.

—Se quedará alguien contigo —continuó Vega—. Alguien de confianza.

En ese momento, llamaron a la puerta. Vega supo de inmediato que debía ser ese alguien de confianza en quien estaba pensando. Cuando abrió, Argus Norman estaba al otro lado, con una expresión seria y el abrigo colgando del brazo.

—He venido en cuanto he podido —dijo entrando sin esperar invitación—. ¿Estáis bien?

Vega asintió y ambos fueron hasta el salón. Argus vio a Talía y suavizó el gesto.

—Hola.

Talía respondió con un saludo tímido.

—Mañana voy a necesitar que te quedes con ella —dijo Vega directa.

—¿Cómo dices? —preguntó Argus arqueando una ceja.

—Tengo que hacer una excursión y no me fío de nadie más para quedarse con Talía.

—¿He de recordarte los dos escoltas que te tengo asignados día y noche?

—Me refiero a alguien que se quede junto a ella, alguien que la haga sentirse segura, protegida.

—Me da la sensación de que no eres verdaderamente consciente de la situación en la que estoy. Esa escolta que tenéis a vuestra disposición no existe oficialmente ni consta en ningún registro, así que no creo que pueda sostener esto mucho más tiempo. Y ahora, además, ¿me pides que deje mis obligaciones para hacer de niñera?

—*Quid pro quo*, mi querida detective Baker, *quid pro quo*.

—No creo que…

—Me da exactamente igual lo que creas, Vega —El policía atajó cualquier amago de protesta con un gesto enérgico de su mano—. Este es el enésimo favor que te hago por los viejos tiempos y nunca te he pedido explicaciones. Pero esta vez he tenido que hacer verdaderos malabares para conseguirte un piso y una escolta sin que mis jefes se enteren. Ahora quieres que haga de canguro como si no tuviera nada mejor en qué emplear mi valioso tiempo. Lo mínimo

que merezco es que me digas a quién estoy ayudando y dónde va a ser esa excursionista tuya de mañana.

En ese momento, Vega se quedó callada, sopesando sus posibilidades. Finalmente, dejó escapar un gesto de rendición y comenzó a hablar. Le explicó lo esencial: el libro, el escondite, la muerte de Ángela, la desaparición de la chica... Argus escuchó sin interrumpir, con los brazos cruzados.

—Esto ya no es una escaramuza sin más —dijo cuando terminó —. Esto es un crimen organizado.

—Podría ser.

—Entonces hay que implicar a la policía.

—No todavía. No hasta que no sepamos a qué nos enfrentamos. —Vega lo miró con gesto suplicante al tiempo que ponía su mano sobre las de él—. Por favor…

Argus suspiró.

—Siempre igual contigo.

—Necesito una forense —añadió Vega—. Alguien que revise el cuerpo de Ángela sin levantar sospechas. Alguien discreto que sea del agrado de la madre superiora de Santa Rosalía.

—Si hago eso, no queda registro —replicó Argus—. Y si algo sale mal, no hay cobertura.

—No puede ser de otra forma. Sor Eloísa, el obispado, no lo permitiría. Es la única forma.

El policía lo meditó durante un rato, probablemente haciendo cálculos de hasta dónde podía estirar más la cuerda antes de que se rompiera y tuviera que dar una explicaciones que no tenía.

—Está bien —se rindió una vez más—. ¿En quién habías pensado?

Vega lo miró con ojos inexpresivos y Argus tardó un segundo en entender.

—No pienso hacerlo —dijo.

—Por favor. —Vega puso su mejor sonrisa para tratar de convencerlo.

—No pienso llamar a Martha.

—*Quid pro quo*, Subdirector Norman, *quid pro quo*.

—Sabes que me odia. Sabes que no la aguanto.

—Y no te estoy pidiendo que os fuméis la pipa de la paz. Solo te pido que la llames.

Hubo un silencio tenso.

—Es tu hermana —insistió Vega—. Y es buena en lo que hace.

—Y no le gusta hacer favores.

—No le gusta hacértelos a ti.

Argus tensó el cuerpo entero. Había un debate en su interior, Vega podía verlo, pero la batalla estaba casi decidida.

—Vas a deberme una muy muy gorda —aceptó al fin.

—¿Lo ves? No era tan difícil — dijo la detective con expresión triunfante.

—Lo que tú digas —protestó Argus mientras sacaba el teléfono —. Pero espero que tengas claro que esta es la última vez.

Vega esbozó una sonrisa mientras veía cómo el policía le daba la espalda y se alejaba unos metros para hacer la llamada. Había perdido la cuenta de las veces que le había dicho eso y, al final, siempre terminaba ayudándola de nuevo.

Luego se giró y observó a Talía. La chica parecía igual de perdida que cuando la había rescatado del convento, pero por primera vez desde que la conocía, no parecía a punto de romperse.

—Vas a estar a salvo —le dijo Vega—. Y cuando todo esto termine, podrás empezar de nuevo.

—¿Y tú?

—Yo aún tengo algunas deudas pendientes —respondió la detective con una sonrisa cansada.

Cuando Argus colgó, miró a las dos mujeres y asintió despacio. La decisión ya estaba tomada.

Santa Rosalía esperaba de nuevo a Vega.

Y esta vez no iba a entrar pidiendo permiso.

18

El coche avanzaba por una carretera secundaria que parecía tragada por el paisaje. A ambos lados, los campos oscuros apenas se distinguían debido a una niebla baja que no llegaba a ser densa, pero sí lo bastante insistente como para conferirle una atmósfera tétrica al viaje.

Vega conducía con las dos manos sujetas con firmeza al volante. Tenía el gesto concentrado en la conducción a causa de las dificultades de visibilidad que provocaba la niebla. A su lado, Martha Norman —*treintaypocos*, pelo recogido, un rostro sereno que no se dejaba impresionar con facilidad— conversaba alegremente, recordando anécdotas de un breve pasado que las dos habían compartido.

—No sabía que todavía existía Santa Rosalía —comentó Martha, mientras miraba por la ventanilla con expresión distraída.

—No es un lugar que haga publicidad —respondió Vega.

Martha soltó una risa breve, sin humor.

—Argus tampoco hace publicidad y mira qué bien le va.

Vega ladeó la cabeza. Sabía que la hermana de Argus no decía nada sin una intención clara y aquella frase no era una excepción. Siempre le había caído bien y era un sentimiento mutuo. Incluso cuando la cosa se torció con Argus, Martha siguió tratándola de igual manera. Luego, el tiempo y las circunstancias provocaron que la relación se enfriara y que perdieran el contacto. Supo por boca de Argus que había pasado algo y que el vínculo entre los dos hermanos, en otra época muy estrecho, se había deteriorado bastante. El policía no parecía dispuesto a contarle los motivos y Vega tampoco quiso preguntar.

—Gracias por venir —dijo Vega—. Sé que no es…

—No lo hago por él —la interrumpió Martha con naturalidad—. Sino por ti. Por eso y porque siempre resulta estimulante un asesinato en un convento de clausura. Si fuera por hacerle un favor a mi hermano, podría esperar sentado hasta morirse del aburrimiento.

—No sé si fue un asesinato —aclaró Vega cauta—, pero dudo que el hallazgo de ese libro, la desaparición de Talía y la muerte de la hermana Ángela se deban a la casualidad.

—Si la *Monja Detective* sospecha, hay más que una duda razonable —sentenció Martha esbozando una sonrisa.

Vega se giró un segundo hacia ella antes de devolver la vista a la carretera.

—Pensaba que ese alias no había salido de mi barrio —dijo claramente contrariada.

—Lo siento, cariño. Vivimos en la época de Internet y la globalización. No hay nada que no se sepa ni nada que se pueda esconder por mucho tiempo… Aunque seas una detective de casos menores de divorcio.

—Pues qué bien —murmuró Vega fastidiada.

Martha calló durante un rato y solo el sonido del motor se dejó sentir en ese silencio. Luego, la forense volvió a la carga.

—¿Y qué tal tu regreso al pasado? No debe ser muy agradable.

—¿Te lo contó Argus?

—Solo lo básico.

—¿Lo básico? —repitió Vega.

—Que estuviste allí. Que fuiste novicia. Que pasaste más de la mitad de tu vida en ese convento. Y que te fuiste convencida de que aquel no era tu lugar. Esas cosas.

Vega asintió sin decir nada. Todo eso era cierto y, a grandes rasgos, resumía sus primeros dieciocho años de existencia.

—¿Y qué más te contó?

—Que nunca ha vuelto a ser el mismo desde que cortaste con él.

—¿Eso te dijo?

—No con esas palabras. —Martha se encogió de hombros—. Pero no hace falta que lo diga. Se le nota.

Vega volvió a mirar al frente.

—Argus dramatiza.

—Argus disimula —corrigió Martha—. Y cuando él intenta disimular, lo único que consigue es que parezca más evidente.

—No lo dejé por capricho —dijo Vega, sin saber por qué sentía la necesidad de aclararlo.

—No tienes que explicarme nada. —Martha hizo una pausa—. Solo te diré una cosa: si lo que pasó entre vosotros te sirve para conseguir que hoy me siente frente a una madre superiora y me deje ver un cadáver, bienvenida sea la tragedia romántica.

Vega soltó una exhalación corta. No era una risa, pero se le parecía.

—No es una tragedia romántica.

—Claro que no —dijo Martha, sin ironía—. Es Argus. Pero la voy a disfrutar igual.

Vega no respondió. Su mente le había traído de pronto la imagen de Talía sentada en el sofá, la de los dos escoltas fuera, y en Argus quedándose dentro como si aquello fuera la cosa más natural del mundo. Pensó en cómo había cedido al final con Martha a pesar

de sus diferencias, como siempre cedía cuando el asunto tocaba algo que todavía no había terminado de cerrar.

—Argus nunca me ha contado por qué dejasteis de hablaros —dejó caer al cabo de un rato dándole un tono casual.

Martha no respondió de inmediato. Mantuvo la vista al frente unos segundos, como si evaluara si merecía la pena entrar en ese terreno.

—Porque él cree que la ley siempre lo resuelve todo —se decidió al fin.

Vega ladeó ligeramente la cabeza, observándola.

—¿Y tú no?

—Yo creo que a veces no es suficiente.

El silencio volvió a instalarse en el coche, más denso esta vez.

—¿Entonces fue eso? —insistió Vega—. ¿Te la saltaste?

—No fue tan simple —replicó Martha esbozando algo parecido a una sonrisa.

—Pues explícamelo. Puede que yo lo entienda.

La forense suspiró ligeramente, como si aceptara algo que llevaba tiempo guardando.

—Era un caso claro. Demasiado claro. —Hizo una breve pausa—. Sabíamos quién era. Sabíamos lo que había hecho. Pero no había forma de probarlo sin que el procedimiento se viniera abajo.

—¿Y?

—Manipulé una prueba. Lo justo para que no pudiera salir por la puerta principal riéndose de todos.

Vega frunció ligeramente el ceño.

—¿Argus lo sabía?

—No al principio. —Martha giró un instante el rostro hacia la ventanilla—. Cuando lo descubrió… tuvo que decidir si me denunciaba o si lo enterraba conmigo.

—Y eligió enterrarlo.

—Se debatió entre la ley y la sangre —aclaró Martha con calma —. Al final creo que se quedó a medio camino de las dos cosas.

Cuando el campanario de Santa Rosalía apareció en la distancia, Vega sintió el mismo tirón en el estómago que había sentido la primera vez que volvió. No era miedo exactamente. Era algo más antiguo: una mezcla de repulsión y memoria.

Redujo la velocidad al tomar el desvío. El camino de acceso, de grava y barro, se abría entre muros de piedra ennegrecida por la humedad. El convento emergía al fondo con la misma severidad de siempre: una mole silenciosa, anclada al terreno, como si no perteneciera al siglo en el que vivían.

—Encantador —comentó Martha.

—No es un hotel de cinco estrellas precisamente —dijo Vega.

—No, ya me he dado cuenta.

Aparcaron junto al muro lateral y tomaron el camino de grava que llegaba hasta la misma puerta del convento. Las recibió Lucía nada más acceder al interior. La expresión de su rostro era de impaciencia, como si hubiera estado esperando el regreso de su amiga durante todos esos días.

—Vega —dijo con una sonrisa que tenía algo de alivio—. Gracias a Dios que has vuelto.

—No he vuelto por Dios —respondió ella con gesto serio—. He vuelto porque intentaron llevarse a Talía del hospital.

Lucía palideció apenas un instante, lo justo para que Vega lo notara.

—¿Y… y dónde está?

—A salvo. Por ahora.

Martha observó a la monja con curiosidad discreta.

—¿Y tú eres…? —preguntó Lucía.

—Martha Norman —respondió antes de que Vega pudiera hacerlo—. Forense.

Esa palabra —forense— la puso en alerta enseguida. Sobre todo, porque sabía las connotaciones que tenía en aquel lugar y bajo aquellas circunstancias.

—A la madre superiora no le va a gustar —dijo.

—Soy consciente, pero es lo que hay —replicó Vega encogiéndose de hombros.

Atravesaron el claustro con paso firme. Algunas monjas las observaron desde los corredores, sin acercarse. Las miradas eran rápidas, medidas, como si el simple hecho de fijarse en ellas demasiado tiempo pudiera considerarse una falta.

En la antesala del despacho de sor Eloísa, la hermana Clara revisaba unos documentos sentada en una mesa pequeña. Vega dedujo que debía hacer funciones de secretaría para la madre superiora. Pensó que luego se lo preguntaría a Lucía. La monja les hizo un gesto con la cabeza, como dándoles permiso para entrar.

En el despacho, sor Eloísa las recibió de pie, sin invitarlas a sentarse. Seguía teniendo ese rostro que parecía tallado en piedra, ese gesto inmóvil que no dejaba ver si algo le afectaba o no.

—Vega —dijo, sin cordialidad—. No te esperábamos.

—Y, sin embargo, aquí estoy otra vez.

La mirada de Eloísa se desplazó hacia Martha.

—¿Quién es?

—Una especialista —respondió Vega—. La necesito para revisar el cuerpo de Sor Ángela.

Eloísa no parpadeó. Se limitó a mirar de una a otra, alargando el momento y la incomodidad.

—Eso no va a ser posible.

Vega no se movió.

—Tendrá que serlo.

—La hermana Ángela era mayor, creía haberlo dejado claro —insistió sor Eloísa—. Su muerte fue triste, pero no sorprendente.

—Intentaron secuestrar a Talía en el hospital —dijo la detective, y dejó que las palabras hicieran su trabajo—. Con uniforme. Con credenciales falsas. No era un oportunista. Era alguien con entrenamiento, alguien que sabía lo que hacía.

El rostro de sor Eloísa sí delató esta vez su sorpresa.

—Estás insinuando…

—Estoy diciendo —corrigió Vega— que, si el examen forense confirma que aquí dentro se ha cometido un asesinato, esto ya no será «un asunto interno».

Martha se mantuvo al margen, pero su presencia llenaba la habitación de una forma que sor Eloísa no podía ignorar: una profesional externa, con nombre, con cargo, con implicaciones.

—No voy a permitir que alguien profane el descanso de una hermana —dijo sor Eloísa.

—Entonces llamaré a la policía —replicó Vega mientras le sostenía la mirada—. Hoy. Y explicaré por qué una novicia fue atacada fuera del convento después de la muerte de una monja. Explicaré también por qué se evitó un informe externo. Y por qué la desaparición de Talía, de una menor de edad de la cual usted era la máxima responsable, se intentó resolver de «puertas adentro».

»Creo que no deberíamos llegar a ese extremo, porque todas saldríamos perdiendo, pero no me temblará la mano si debo hacerlo.

La amenaza no estaba en el tono. Estaba en la claridad. La madre superiora se quedó inmóvil. Vega vio el cálculo detrás de sus ojos, el engranaje moral de alguien que siempre decidía en función de lo que consideraba «el bien del convento».

—No harás eso —dijo sor Eloísa, aunque sus palabras sonaron más a deseo que a certeza.

—Sí lo haré —respondió Vega— si me obliga. No quiero hacerlo. Pero lo haré.

Se produjo un silencio largo que Vega no supo bien cómo interpretar. Podía ver la duda reflejada en el rostro de la madre superiora, pero eso no significaba necesariamente que fuera a darse por vencida tan pronto.

Entonces, Lucía, que se había mantenido en un discreto segundo plano desde que habían entrado en el despacho, se decidió a intervenir.

—Madre… si hay una mínima posibilidad de que la hermana Ángela no muriera de forma natural, deberíamos saberlo. Por ella.

Sor Eloísa giró la cabeza hacia Lucía, sorprendida de que se posicionara. No era la primera vez que lo hacía. De hecho, se había puesto de lado de Vega desde que esta había regresado. Habían sido

amigas desde niñas, eso lo respetaba, pero ahora se debía a la orden, a su vocación, a Santa Rosalía.

—¿Tú también? —preguntó, casi con reproche.

Lucía bajó la mirada, pero no retrocedió.

—Por el convento —añadió—. Antes de que sea tarde.

Sor Eloísa dejó escapar un suspiro despacio, como si le costara admitirlo.

—Muy bien —cedió al fin—. Pero con condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó Vega.

—Discreción absoluta. Sin fotos. Sin informes fuera del convento. Y el examen se hará con sor Lucía presente. Ella supervisará la autopsia.

Martha asintió como si aquello fuera irrelevante.

—Me da igual quién esté mirando —dijo—. Mientras me dejen trabajar.

Sor Eloísa miró a aquella extraña sin hacer ningún esfuerzo por disimular su incomodidad. Luego, se sentó en su escritorio y centró toda su atención en los papeles que tenía delante. Era su manera de dejar claro que aquella reunión había concluido.

—Eres consciente de que lo que vamos a hacer no es legal, ¿verdad? —le dijo Martha a Vega en cuanto estuvieron fuera—. Que no podemos exhumar un cuerpo así como así. Hace falta una orden judicial.

—Lo sé, sí.

—¿Y, aun así, quieres seguir adelante?

—Por supuesto —respondió Vega con total seguridad aunque Martha quiso ver un atisbo de duda en sus ojos.

—De acuerdo entonces. Pero quiero dejarlo claro: si esto sale mal, yo no he estado aquí. Y tú tampoco.

Vega asintió y se puso en marcha en silencio. Sí, había un atisbo de duda en ella, pero no tenía nada que ver con la ética, sino con algo más profundo.

En su cabeza se proyectaba una sola imagen que le resultaba perturbadora. Pensaba en la tierra. En la pala cavando. En el cuerpo de la hermana Ángela regresando a la luz después de haber sido devuelto al silencio. Hasta ese momento, la muerte había sido una palabra, un hecho asumido, algo que dolía pero que permanecía a salvo en la distancia. Exhumar significaba otra cosa: arrebatar el cuerpo a la tierra, ir contra natura.

Sintió una presión incómoda en el pecho, una mezcla de rechazo y culpa, como si al permitirlo estuviera traicionando a quien había sido una madre para ella. Se preguntó qué habría dicho la hermana Ángela de haber podido hablar. Se imaginó incluso la expresión de su rostro.

Pero también entendió, con una claridad que no dejaba espacio para el consuelo, que no hacerlo sería una traición aún mayor. Y, en ese instante supo que, pasara lo que pasara, seguiría adelante hasta esclarecer la verdad sobre su muerte.

19

—Necesitaremos a alguien del convento —le dijo Vega a Lucía cuando las tres mujeres recorrían el largo pasillo central de Santa Rosalía—. Alguien que pueda cavar sin que se convierta en un espectáculo.

—Haré llamar a Basilio —dijo la monja tras meditarlo un momento—. El hombre que se encarga del mantenimiento. Y a dos de las hermanas para ayudar. Nadie más debe saberlo. Ya has oído a sor Eloísa.

—Perfecto —respondió Vega.

Los restos de las hermanas cuya última voluntad era descansar en Santa Rosalía, se encontraban en un pequeño terreno consagrado que había en un lateral del convento, más allá de los huertos. Solo se trataba de una franja de tierra cercada por cipreses, con lápidas sencillas y cruces sin adornos. Vega no había pisado ese lugar desde que era novicia pero todavía conservaba una sensación de frío injustificado del que tampoco se libró en esta ocasión.

Al poco apareció Basilio con una pala y una carretilla. Era un hombre mayor, robusto, con el gesto serio de quien preferiría estar haciendo cualquier otra cosa. No preguntó demasiado. En un lugar como aquel, la obediencia era más una costumbre que una obligación.

Vega se quedó a unos metros, mirando cómo la tierra se abría. El sonido de la pala al clavarse en el suelo le martilleaba la cabeza y tal vez el alma. Martha, en cambio, se arrodilló junto a su bolsa y empezó a ponerse guantes, metódica, impasible.

Lucía se colocó junto a Vega, lo bastante cerca como para acompañarla, lo bastante lejos como para respetar su intimidad.

—No tienes que mirar —dijo en voz baja.

—Sí tengo —respondió Vega.

El ataúd apareció al cabo de un rato. Una caja simple, de madera sin barniz, sin metal, sin adornos. Basilio lo sacó con ayuda de las dos monjas que sor Eloísa había enviado y lo cargaron sobre la carretilla. El hombre tuvo que hacer verdaderos equilibrios para conseguir llevarlo hasta una sala anexa que se había dispuesto para que Martha practicara la autopsia.

Cuando levantaron la tapa, el aire cambió. Vega se sintió mareada. No era asco ni tampoco miedo sino algo más directo: la constatación brutal de que la hermana Ángela ya no estaba en ninguna parte salvo ahí, en ese cuerpo inmóvil que no tenía nada que ver con la mujer que le había dado libros a escondidas, que la había defendido sin levantar la voz, que había sido su única certeza en Santa Rosalía.

La madre que nunca tuvo.

Martha se inclinó sobre el cadáver con frialdad profesional. No había crueldad en ello. Solo oficio. Examinó el cuello, la mandíbula, los ojos... Tocó con firmeza, levantó la cabeza apenas unos centímetros, observó sombras en la piel.

—Necesito más luz —dijo.

Basilio fue en busca de una lámpara y se la acercó.

—¿Cuánto tiempo estuvo muerta antes de que la encontraran? —preguntó—. Aunque sea un tiempo aproximado.

—La encontraron a media mañana —informó vagamente Lucía —. No te puedo decir mucho más.

Martha no pareció satisfecha.

—¿La movieron?

—La prepararon —dijo la monja.

—¿Quién? —insistió la forense levantando la vista en su dirección.

—Las hermanas responsables.

Martha negó con la cabeza en silencio. Sabía de las costumbres de un lugar como aquel pero esas costumbres complicaban su trabajo.

La forense siguió examinando el cuerpo durante varios minutos. No hablaba. Solo observaba, palpaba, medía. Vega se quedó quieta, sintiendo que el mundo se había reducido a la madera, la tierra, el cuerpo de Ángela.

En un momento dado, Martha se incorporó.

—No veo signos claros de violencia —dijo, con tono neutro—, pero tampoco nada que indique que fue muerte natural. El estado del cuerpo es un problema. Necesito examinarlo con calma, en condiciones. Aquí no puedo descartar nada.

Vega sintió algo cercano al vértigo. Una parte de ella ya sabía que un examen preliminar no iba a obrar el milagro de darle respuestas. Otra parte, la más infantil, todavía esperaba que todo se solucionara con una explicación inocua. Ese «no fue nadie» que lo simplificara todo y le diera un mínimo consuelo.

Necesitaba salir de allí, respirar aire fresco. Además, estaba el otro asunto que la había llevado hasta Santa Rosalía esa mañana: el libro escondido en el ala vieja.

—Martha —dijo sin apartar la vista del cuerpo de la hermana Ángela—. ¿Estás bien aquí?

—Estoy en mi elemento —respondió la forense—. Pero necesito que alguien me consiga agua caliente, sábanas limpias y una mesa estable.

—En ese caso, te dejo trabajar.

—¿Qué vas a hacer tú mientras tanto? —quiso saber Lucía.

—Visitar de nuevo el ala vieja.

—¿Por qué motivo?

—Todavía no lo sé, pero necesito comprobar algo. No tardaré.

Lucía asintió con una expresión de fastidio. Estaba claro que le habría gustado acompañarla una vez más, pero no quería de ningún modo contradecir las instrucciones de sor Eloísa. Vega se despidió de las dos, aunque Martha, enfrascada en el examen del cuerpo de la monja, ni siquiera se dio cuenta cuando salió de la sala.

Dejó atrás el cementerio y cruzó el claustro en dirección al ala vieja. El convento seguía igual por fuera, con su silencio ordenado, su rutina intacta. Pero Vega ya no lo veía como un lugar cerrado sobre sí mismo.

Lo veía como un escenario.

Y, en algún punto de ese escenario, alguien había matado a la hermana Ángela. Estaba convencida de eso.

Cuando llegó a la zona prohibida, no dudó. Empujó la puerta que daba acceso al templo antiguo. El aire que salió de allí era más frío que en el resto del convento. Olía a tierra removida, a lugar abierto.

A secreto que ya no estaba donde debía.

20

Vega atravesó la planta cuadrangular que en otros tiempos había sido un templo de la orden de Cluny y llegó hasta la cripta. Tuvo tentaciones de cerrar la puerta una vez pasó dentro, pero un instinto atávico de supervivencia le hizo dejarla abierta de par en par. Por un momento, se vio encerrada dentro, sin nadie que pudiera oírla desde el otro lado, y un escalofrío le recorrió la espalda.

Encendió la linterna y dejó que el haz de luz recorriera el descenso de piedra. La oscuridad de la cripta la esperaba abajo, envuelta en ese silencio sepulcral que no la ayudaba a serenarse precisamente. Mientras bajaba, le asaltó la sensación de que estaba accediendo a un espacio que le estaba vetado. El aire era más frío allí abajo, cargado de una humedad antigua que se pegaba a la piel. Cada paso resonaba con una gravedad solemne de la que no se sentía parte.

Pensó en Talía.

En la forma en que había descrito aquel descenso. En su voz baja, casi un hilo débil, al hablar del hueco abierto por el terremoto. Vega comprendió entonces que no había sido solo curiosidad lo que había empujado a la novicia a bajar. Había sido una llamada. La misma que ahora sentía ella.

Avanzó hasta el punto donde el muro había cedido. La abertura no era grande, pero sí lo bastante irregular como para que solo pudiera pasar un cuerpo menudo. Como el de Talía. Como el suyo. Apoyó una mano en la piedra y notó el polvo desprenderse bajo sus dedos. La roca estaba fría, áspera, viva de algún modo. Al otro lado, la oscuridad parecía más compacta.

Se detuvo un instante.

No por miedo. Por respeto.

Luego pasó. Despacio, arrastrándose con gran esfuerzo.

El contacto con el otro lado fue inmediato. El aire cambió de golpe, como si hubiera cruzado una frontera invisible. La linterna iluminó un corredor estrecho y largo que las sombras devoraban más adelante. Vega sintió una presión leve en el pecho, una conciencia súbita de su propio cuerpo: el peso de la mochila, el roce del abrigo, el sonido de su respiración demasiado presente.

Entendió, sin necesidad de razonarlo, por qué Talía había hablado de aquel lugar como de algo que no se parecía a nada. Las catacumbas no eran solo un espacio físico. Eran algo que trascendía el mundo terrenal.

Se incorporó y avanzó despacio. A ambos lados, los nichos se abrían como bocas silenciosas. Huesos apilados sin orden, calaveras ladeadas, restos humanos reducidos a estructura. Vega apartó la mirada solo lo justo para no tropezar, pero no pudo evitar sentir cómo algo se removía dentro de ella. No era aprensión. Era una conciencia incómoda de continuidad: esos cuerpos habían sido personas. Habían respirado. Habían vivido una existencia que hacía mucho se apagó.

Como la hermana Ángela.

Siguió las indicaciones de Talía con precisión casi ritual. Contó los pasillos. Giró donde la novicia había dicho que girara. Reconoció el nicho más profundo cuando lo vio, no porque fuera distinto, sino porque algo en su interior parecía absorber la luz de la linterna.

Se arrodilló.

Retiró con cuidado los restos colocados de forma aparentemente descuidada. Tibias, costillas, fragmentos que rodaron unos centímetros antes de detenerse. No pidió perdón. Mucho menos rezó. Se limitó a hacer lo necesario.

El libro apareció envuelto en la tela, intacto pese al tiempo y al polvo. Vega lo sostuvo unos segundos sin abrirlo. Pesaba mucho. Ni siquiera perdió tiempo en hojearlo. Serían otros quienes lo hicieran por ella. Lo guardó en la mochila con un gesto rápido, casi automático.

Había aprendido hacía mucho que algunas verdades necesitaban esperar a un lugar seguro. Y aquel no lo era.

Volvió a dejar el nicho como estaba. Sabía que no había necesidad, pero algo dentro de ella la impulsó a hacerlo. Era como si todos aquellos restos exigieran un respeto que Vega no estaba dispuesta a negarles.

Un eco apagado, en lo más profundo de la tierra, la hizo girarse por impulso. Creía haber escuchado algo, creía haber escuchado su nombre entre susurros. No podía ser y, a pesar de todo, ese sonido la hizo estremecerse.

Supo que había llegado el momento de marcharse. No quería permanecer ni un minuto más en aquel laberinto de muerte, silencio y oscuridad. Retrocedió, con cuidado pero sin detenerse en ningún momento, la mirada al frente, concentrada en las instrucciones de Talía, deseosa de llegar cuanto antes a la salida de las catacumbas.

Sintió un alivio enorme cuando vio la abertura irregular en la pared. Se deslizó despacio y, una vez fuera, subió las escaleras camino de la iglesia abandonada. Una vez allí, apagó la linterna. Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos un segundo.

Había perdido la noción del tiempo. Podía haber pasado una hora. Quizá dos. En las dependencias del convento, Martha estaría trabajando. Midiendo. Observando. Llegando, poco a poco, a conclusiones que Vega aún no conocía, pero que intuía.

Abrió los ojos. Sentía el peso del libro en su mochila. Fue entonces cuando tomó una decisión: no diría nada al salir. No todavía.

En Santa Rosalía, las paredes escuchaban. Y ella acababa de mover una pieza que alguien llevaba décadas protegiendo o buscando.

El momento de hablar llegaría.

Pero no sería entre las paredes de aquel convento.

21

Cuando Vega regresó a la improvisada sala de autopsias, el olor fue lo primero que la golpeó. No era intenso, pero sí lo bastante reconocible como para recordarle que el tiempo no jugaba a su favor. Había pasado más de una semana desde la muerte de la hermana Ángela y más de dos horas desde que lo habían desenterrado y, aunque el cuerpo había sido tratado con cuidado, el proceso de deterioro era imparable.

Martha trabajaba en silencio, concentrada. Tenía la camisa arremangada y los guantes manchados de barro y de otras sustancias en las que Vega no quiso pensar. Sobre la mesa, el cuerpo yacía cubierto en parte por una sábana, dejando visible el cuello y el rostro. Lucía estaba a un lado, inmóvil, observando sin intervenir. Se la veía incómoda y la detective podía entender el motivo ya que la hermana Ángela había sido una persona importante para ambas.

—¿Y bien? —preguntó Vega, convencida de que centrarse en la investigación le haría más llevadera aquella situación.

—No puedo afirmarlo aún —dijo Martha levantando la vista despacio—. Pero tampoco puedo descartarlo.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Pues que hay elementos que no encajan con una muerte natural. —La forense habló con precisión, sin dramatizar—. No son concluyentes, pero sí suficientes para plantear otra posibilidad. Para confirmarlo necesito condiciones adecuadas.

Vega bajó la mirada un instante, como si aquella conclusión le pesara más de lo que esperaba.

—¿Cuánto tiempo más puede quedarse aquí el cuerpo? —preguntó tratando de rehacerse.

Martha negó con la cabeza.

—No mucho. —confirmó Martha—. Ha estado enterrado, el deterioro va a avanzar rápido. Nos haría falta mantenerlo conservado en frío. Todo eso sin contar con que…

—¿Sin contar con qué? —la apremió Vega a continuar.

—Si alguien quiere borrar huellas, a menos que se tenga el cuerpo vigilado, este es el momento.

Martha se quitó los guantes con calma, sin apartar la vista del cuerpo.

—Sin embargo, no podemos moverlo así como así —dijo—. No sin cubrirnos mínimamente.

—No hay tiempo —replicó Vega.

—Entonces tendremos que ser resolutivas.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Vega con un punto de impaciencia.

Martha dudó apenas un segundo.

—En alguien que puede decidir si esto sigue siendo un problema… o pasa a ser un caso.

Sin añadir nada más, se apartó unos metros y sacó el teléfono.

—Necesito hacerte una consulta —dijo cuando le respondieron al otro lado.

Hubo una breve pausa.

—No soy abogada ya —respondió la voz—. Y tú sabes perfectamente en qué despacho estoy ahora.

—Precisamente por eso te llamo.

—Está bien. Habla.

—Tengo un cuerpo exhumado sin orden judicial —informó Martha bajando la voz—. Hay indicios de que la causa de la muerte no es natural. Ningún informe. Ninguna cadena de custodia.

El silencio al otro lado se alargaba y la forense temió que no fuera a encontrar la respuesta que buscaba.

—Eso no es una consulta —dijo finalmente Berganza—. Es un problema.

—Lo sé.

—¿Y qué quieres de mí?

—Saber hasta dónde puedo llegar antes de que esto se convierta en otro tipo de problema.

Otra pausa.

—¿Dónde estás?

Martha dudó apenas un instante.

—En un sitio donde la ley se suele quedar afuera —contestó de manera neutra.

El leve suspiro al otro lado no sonó a sorpresa.

—Muévelo —dijo al fin la fiscal general Berganza—. Y cuando lo hagas, asegúrate de que ese cuerpo entra en circuito oficial antes de que alguien pregunte cómo ha salido de la tumba.

—¿Eso es un sí?

—Eso es lo único que vas a tener.

Martha colgó y regresó junto a Vega.

—Tenemos una ventana —dijo sin más—. Y no va a durar mucho.

Vega no necesitó que dijera nada más.

—Lo sacaremos de aquí —decidió—. Hoy.

—¿Adónde? —quiso saber Lucía alzando la vista.

—Al anatómico forense —respondió Martha—. De forma discreta. Ya sabes lo que te toca.

—Pedirle el enésimo favor a tu hermano —coincidió Vega.

—¿En serio crees que sor Eloísa te lo va a permitir? —dijo Lucía.

—Creo que se lo he dejado bastante claro antes.

—Aun así. Estás hablando de llevarte el cuerpo de una hermana a la que se ha sacado de su tumba. Por mucho que la amenaces con hacerlo público, creo que esta vez no va a claudicar.

—Solo hay una manera de saberlo.

Acto seguido, Vega salió de la sala con paso decidido y fue directa al despacho de la madre superiora. No llamó. Abrió la puerta sin más. Sor Eloísa estaba sentada tras la mesa, revisando unos papeles. Frente a ella, la hermana Clara se levantó sobresaltada al ver entrar a Vega con aquel gesto.

—¿Qué ocurre? —preguntó esta última, alarmada.

—Hay indicios de que la hermana Ángela no murió de forma natural —dijo Vega—. Y no pienso mirar hacia otro lado.

Clara palideció.

—¿Cómo que no…?

—Basta —interrumpió sor Eloísa, levantando una mano—. Cierra la puerta, Lucía.

La monja obedeció.

—¿Qué indicios? —preguntó la madre superiora, mirándola fijamente.

—Los suficientes para continuar investigando —respondió Vega —. Y voy a hacerlo. Hasta dar con la persona responsable.

Sor Eloísa la observó en silencio durante unos segundos que parecieron alargarse más de lo necesario. Cuando habló, lo hizo con su calma habitual.

—Te dije que este convento sabe resolver sus asuntos.

—Y yo le digo que aquí se ha cometido un crimen —replicó Vega —. Y que, si es necesario, daré parte a la policía.

La hermana Clara miró a la madre superiora, visiblemente alterada.

—Madre, si eso es cierto…

—Lo es —cortó sor Eloísa—. O al menos, existe la sospecha. Y, si existe la sospecha, no podemos mirar para otro lado. —Luego se volvió hacia Vega—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—El cuerpo de la hermana Ángela se deteriora muy rápido. La forense necesita los medios adecuados para realizar una autopsia en condiciones. Necesitamos conservarlo en frío y que no se vea sometido a nada que pueda… contaminarlo.

—¿Qué propones?

—Llevarlo al anatómico forense.

La madre superiora volvió a guardar silencio. Al mirar la expresión imperturbable en su rostro, a Vega le asaltó la duda. Tal vez había ido demasiado lejos, tal vez Lucía tenía razón y acababa de chocar con el carácter inflexible de sor Eloísa.

—Haz lo que consideres necesario —dijo la monja al fin y sus palabras provocaron sorpresa en todas las presentes —. Pero no quiero que trascienda, ni la investigación ni el traslado del cuerpo.

Vega frunció el ceño. Aquella facilidad la descolocó.

—¿No se opone?

—No —respondió Eloísa—. Confío en que sabrás manejar la situación con discreción.

—Tiene mi palabra.

Dicho esto, salió del despacho con Lucía detrás. Solo cuando se sintió segura en la soledad del pasillo, la monja, todavía afectada, habló con un hilo de voz muy fino.

—No puedo creerlo —murmuró—. Si alguien… aquí dentro…

—Aún no sabemos nada —dijo Vega—. No adelantemos conclusiones.

Lucía asintió, pero todavía se la veía alterada. Se apoyó contra la pared y trató de serenarse. Solo cuando estuvo segura de que no le faltaba el aire, se atrevió a hablar de nuevo.

—Vega… —dijo, y su voz se suavizó—. Sé lo que la hermana Ángela era para ti. Pero… ¿de verdad crees que ella querría esto?

—¿Esto? —preguntó la detective, incómoda.

—Que la saquen de su tumba. Que la lleven fuera. —En ese punto, la monja bajó la mirada—. No digo que no debas investigar. Solo… que esto es una profanación para muchas de nosotras. Y para ella también, quizás.

La detective sintió una punzada muy adentro. Le había dolido más de lo que esperaba que Lucía usara ese argumento. Fundamentalmente porque tenía razón, en parte. Y la Vega que había salido de Santa Rosalía una década antes, se habría

derrumbado con sus palabras. Pero la Vega de ahora no lo haría, porque había propósitos mayores que los sentimientos propios, por muy arraigados que estuvieran.

—Si la han matado, lo que sería una profanación es enterrarla sin saber la verdad.

—Tienes razón —dijo Lucía levantando la vista, ligeramente azorada—. Perdona. No pensaba con claridad.

Vega asintió, sin saber si aquello era un gesto de reconciliación o un cierre.

Martha ya estaba recogiendo su instrumental cuando regresaron a la enfermería. El cuerpo de la hermana Ángela había sido cubierto por completo e introducido de nuevo en el ataúd. Basilio se había encargado de ello.

—He hablado con Argus —dijo Vega—. Se va a hacer cargo del traslado. En una hora tendremos un transporte.

Martha asintió con una sonrisa pícara.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Como siempre.

—Es decir, que ha ladrado mucho y ha mordido poco.

Vega sonrió y las dos mujeres salieron fuera a esperar la llegada del furgón que debía trasladar a la hermana Ángela hasta el anatómico forense.

Mientras todo esto ocurría, en el despacho, sor Eloísa permanecía reclinada, vuelta hacia la ventana, con la mirada perdida y el teléfono en la mano. Dejó escapar un suspiro, se inclinó sobre el escritorio y luego marcó el número de la persona con la que menos le apetecía hablar.

—Soy yo —dijo cuando descolgaron—. Ha habido novedades. Escuchó en silencio y luego habló.

—He permitido que continúe. Van a trasladar el cuerpo de la bibliotecaria para la autopsia. —Se produjo otra pausa—. Sí, creo que ahora mismo es lo más recomendable. —La monja se recostó en la silla—. La situación está bajo control.

Colgó.

Y volvió a sus papeles, como si nada hubiera ocurrido.

22

El coche rodaba ya camino de la ciudad con un cielo que había amanecido despejado pero que ahora amenazaba tormenta. Vega conducía en silencio, más que de costumbre, hecho que no pasó inadvertido para Martha. No la conocía demasiado, pero sí lo suficiente como para ser consciente de que algo la inquietaba.

El furgón que trasladaba el cuerpo de la hermana Ángela había abandonado Santa Rosalía antes que ellas y, según les había informado Argus, no tardaría en llegar al anatómico forense. Esa información les daba cierta tranquilidad que, a pesar de todo, no parecía suficiente para la detective.

—Entiendo que para ti esto no debe ser fácil —habló la forense en un intento torpe por mostrarle su apoyo.

—No, no lo es.

—Esa monja era alguien importante para ti…

—Sí, lo era. Sin embargo, cuando decidí marcharme rompí todos los lazos con Santa Rosalía y, eso, la incluía a ella también. —Vega dejó escapar un suspiro—. Ahora me doy cuenta de que no estuvo bien.

—Debías tener tus motivos.

—Los tuviera o no, ella no se merecía que la olvidara.

—Y no lo has hecho. Aquí estás, dispuesta a sacar la verdad, a saber cómo murió. Así que no tienes nada de qué preocuparte. La hermana Ángela estaría orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

—El asunto de la hermana Ángela no me preocupa, solo me entristece. Lo que sí me preocupa es el coche que nos sigue desde que salimos del convento.

Martha dio un respingo y su vista fue de inmediato al retrovisor. Efectivamente, un coche oscuro, sin rasgos distinguibles, venía detrás de ellas, a cierta distancia y sin hacer maniobras bruscas. Solo estaba ahí, repitiendo la misma distancia, como si copiara su ruta con paciencia.

Vega no dijo nada de inmediato. Se limitó a cambiar de carril con normalidad. El coche también cambió. Redujo ligeramente la velocidad. El coche redujo. Tomó la siguiente curva. El coche tomó la misma.

—¿Qué hacemos? —preguntó la forense tratando de mantener la calma sin demasiado éxito.

Vega mantuvo la velocidad estable. No aceleró. No quería confirmaciones. Quería certezas.

—Vamos a comprobarlo —dijo.

A la derecha apareció una salida hacia una zona de servicio. Vega la tomó con un giro limpio, sin frenar de golpe. Entró en la vía secundaria, pasó junto a un cartel de gasolinera y siguió unos metros más. El coche oscuro entró detrás.

Vega no se desvió hacia los surtidores. Siguió hasta el final del carril, donde el asfalto se estrechaba y desembocaba en una rotonda pequeña que conectaba con una carretera local.

Allí hizo la maniobra. No era espectacular. Era atrevida por otra razón: impredecible.

Tomó la rotonda completa una vez, como si se hubiera equivocado. Luego, en lugar de salir por la opción lógica de vuelta a la carretera principal, se metió por una vía local, estrecha, con dos curvas seguidas y un muro de cipreses a un lado.

El coche oscuro entró en la rotonda y dudó medio segundo. Eso era lo único que Vega necesitaba.

Aceleró lo justo. La carretera local tenía baches y zonas de sombra. En la segunda curva, Vega giró hacia un camino de tierra que no aparecía en ningún cartel. Lo tomó como si supiera que estaba ahí desde siempre.

El coche dio un salto leve al dejar el asfalto. Vega mantuvo el control en todo momento, como si esa manera de conducir fuera algo habitual para ella. El camino serpenteaba entre árboles, con una valla metálica que conducía hasta un acceso trasero a la misma zona de servicio.

Volvió a salir al área por un punto distinto, cerca de los aseos, y se colocó detrás de un camión aparcado. Apagó el motor y el silencio fue inmediato. Las dos mujeres se mantuvieron entonces a la expectativa, en espera de que el otro coche apareciera en algún momento, pero no fue así.

Pasado un tiempo prudencial, comenzaron a relajarse. Martha se recostó en el asiento.

—No es que disfrute al sentirme perseguida —comentó—, pero me he divertido con tu forma de conducir.

Vega no sonrió. A pesar de que todo evidenciaba que habían conseguido librarse de sus perseguidores, su instinto le impedía bajar la guardia. Cuando lo consideró oportuno, arrancó de nuevo. Salió de la zona de servicio con el mismo ritmo con el que había entrado, como si nada hubiera ocurrido. No regresó a la autovía por el acceso principal. Tomó un carril alternativo y se reincorporó varios kilómetros más adelante.

Durante el resto del trayecto, Vega alternó rutas sin un patrón claro. No había ni rastro del coche negro, pero el mensaje ya estaba dado: se estaban acercando a algo.

Y alguien había decidido impedir que llegaran más lejos.

La detective aparcó a un par de calles del anatómico forense. A esas alturas, las dos mujeres tenían claro que aquel era un punto comprometido que, con toda seguridad, quienes iban detrás de Talía o del manuscrito, tendrían vigilado. Martha se bajó del vehículo pero antes de marcharse, Vega la llamó.

—¿Estarás bien?

—Tranquila, hay otros accesos al anatómico además de la entrada principal —le dijo con una sonrisa—. Y ahí dentro hay un buen dispositivo montado como para que alguien pueda entrar sin acreditación. Te llamaré en cuanto tenga algo serio —dijo tras meditarlo un segundo—. Pero te aviso: aquí no hay milagros. El estado del cuerpo juega en nuestra contra.

—Con que tengas suficiente para sostener una sospecha, me sirve —respondió Vega.

Martha asintió.

—Y si puedes, evita ir sola a ninguna parte durante unos días.

Vega esperó a que Martha se marchara, y solo entonces arrancó. Por su cabeza pasó la posibilidad de volver a la librería. Necesitaba un experto que le echara un vistazo al manuscrito y no conocía a nadie mejor que Conrad. Pero tampoco la calle Baker era un lugar recomendable dadas las circunstancias.

Si ella estuviera al otro lado, si llevara días vigilando, esperaría que Vega regresara al lugar más obvio: su piso, su oficina, su rutina. Y Vega no pensaba regalar esa ventaja.

Fue directa al apartamento donde estaba Talía. Argus le abrió antes de que llamara con expresión cansada y el móvil en la mano.

—Has tardado —le dijo, y la detective quiso detectar un tono de reproche que no terminó de materializarse.

—He tenido que dar un rodeo.

El policía la animó a continuar con un gesto de la mano, pero Vega no estaba dispuesta a contar más de lo necesario. Lo último que necesitaba era a un ex preocupado por ella. No, al menos, más de la cuenta. ¿Pero qué otra cosa podía ser? La situación se estaba volviendo especialmente comprometida y, sobre todo, peligrosa. Para ella, para Talía y también para Martha.

Y, aunque hubieran tenido un desencuentro de difícil solución, seguía siendo su hermana.

—Al salir de Santa Rosalía, me di cuenta de que un coche nos seguía y tuve que despistarlo.

Argus tardó un mundo en reaccionar, pero la expresión de su rostro habló por él. No podía abrir más los ojos y estaba claro que trataba, a un tiempo, de procesar la nueva información y reprimir sus ganas de ponerse a gritar como un loco.

—¿Qué?

—Digo que un coche…

—Te he entendido perfectamente —la cortó él levantando la mano—. Y lo que quiero que entiendas tú ahora es que, te guste o no, esto ha pasado a ser un asunto de la policía.

—No puedo aceptarlo. Le di mi palabra a sor Eloísa.

—¿Te refieres a la monja que te hizo la vida imposible?

—No me hizo la vida imposible. Es solo que…

—Mira, Vega —volvió a interrumpirla Argus intentando mantener la calma aunque le costara un gran esfuerzo—. Te he hecho infinidad de favores durante los últimos años, te he ayudado en todo lo que ha estado en mi mano… A veces, incluso no estando en mi mano. Y nunca te he pedido explicaciones, nunca te he pedido nada a cambio. Pero esto es distinto y no pienso pasar por el aro. Lo siento,

pero voy a dar conocimiento a mis superiores. Esto te supera, debes asumirlo.

—Tú no conoces la vida religiosa. No has vivido en lugares como Santa Rosalía. —Vega, conteniendo una rabia que asomaba a través de sus ojos, le había mantenido la mirada a Argus durante todo ese tiempo—. Si se produce una injerencia externa, se cerrarán en banda y no habrá nada que hacer.

»La hermana Ángela era una persona especial para mí. Bien lo sabes. Y, si para descubrir a quien la mató, debo arriesgarme, estoy dispuesta a asumir ese riesgo.

—En el caso de que la mataran.

—Eso es algo que tendrá que confirmar Martha, pero mi intuición me dice que sí. Y el hecho de que haya alguien interesado en Talía o en esto… —En ese momento, Vega sacó el manuscrito de su mochila y se lo tendió a Argus.

—¿Qué es? —preguntó el policía mientras le daba vueltas entre sus manos.

—No tengo la menor idea, pero estoy convencida de que es importante para alguien y ese alguien se está tomando muchas molestias para conseguirlo. Talía lo encontró en una zona abandonada del convento y, desde que eso pasó, la hermana Ángela murió, ese hombre trató de llevarse a la chica del hospital y hoy nos han seguido.

El policía se quedó mirando a Vega en silencio, con esa expresión que siempre ponía cuando debía decidirse sobre algo para lo que no se sentía preparado.

—Esto ya no es una cuestión de favores, Vega —dijo al fin—. Es una cuestión de responsabilidad.

—Solo se estoy pidiendo un poco más de tiempo —insistió Vega —. Solo eso.

Argus volvió a quedarse pensativo. Finalmente, soltó un bufido de resignación y habló.

—Está bien —cedió al fin—. De momento no voy a moverlo por cauces oficiales. Pero esto no es un acuerdo, Vega. Es una línea que estoy cruzando. Otra más…

—Gracias —murmuró ella.

—No me des las gracias todavía —replicó él con dureza—. En cuanto vea algo que no me guste, esto pasa a manos de la unidad correspondiente. Y entonces se acabó.

Vega sonrió y asintió. Luego, pasó al salón. Talía, que estaba sentada en el sofá, se puso en pie con una expresión de alivio.

—Estás bien —le dijo con un gesto que se quedó a medio camino de un abrazo.

—Tú también —respondió Vega—. Veo que nuestro amigo te ha cuidado bien.

—Ha sido muy amable. Incluso me ha traído un libro.

—Sí. Argus es todo un caballero.

El policía observaba la conversación apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Al oír aquello, negó con la cabeza pero no hizo comentario alguno.

—He encontrado el manuscrito —dijo Vega mostrando el voluminoso ejemplar.

Talía retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared. Creyente o no, estaba claro que los acontecimientos de la última semana la habían marcado. Creía realmente que aquel libro estaba maldito.

—No te puede hacer daño —le aseguró volviendo a guardarlo en la mochila—. Un puñado de páginas amarillentas no te pueden hacer

daño… pero las personas sí. Y para eso tenemos a nuestro caballero andante y su equipo. —La detective le dedicó un guiño a Argus y este lo acogió con otro bufido.

Si las palabras de Vega tranquilizaron a Talía o no, la novicia se cuidó mucho de parecer que sí. Los tres —la detective invitó al policía a que se quedara con ellas un rato más y este aceptó sin reservas a pesar de que llevaba todo el día encerrado en el apartamento— cenaron en el salón y luego Vega acompañó a Argus hasta la salida.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le preguntó este antes de marcharse.

—Necesitamos a alguien que sea capaz de comprender el contenido del libro.

—E imagino que tienes a alguien en mente.

—Así es.

—Y también imagino que ahora viene el momento en el que me pides un nuevo favor.

—Desde luego, entiendo perfectamente que hayas ascendido tan rápido. Eres un verdadero lince.

—Suéltalo ya, *Monja Detective* —dijo el policía remarcando las sílabas del apelativo para chinchar a Vega.

—Sabes que no me gusta… ¡Da igual! —La mujer tomó aire antes de continuar—. Necesito que traigas a Conrad.

—¿Qué se le ha perdido a ese viejo cascarrabias en este asunto?

—Es un experto en libros. Él sabrá qué hacer o a quién llamar.

—¿Sabes que este favor todavía es más grande que el anterior, verdad? No soporto a ese tío.

—Tú no soportas a nadie.

—A casi nadie —replicó el policía y no pudo evitar que sus ojos se quedaran más de lo necesario en los de Vega.

—Sé discreto —dijo ella bajando la mirada.

—Por supuesto.

—¡Otra cosa, Argus! —dijo la detective cuando el policía ya cerraba la puerta—. Tráeme algo de ropa. Me siento muy sucia.

—De color negro, imagino.

—No tengo de otra. —La mujer se encogió de hombros.

Argus Norman sonrió levemente y luego dio media vuelta. Vega se quedó con la espalda apoyada en la puerta, conteniendo su respiración agitada y se preguntó, una vez más, por qué no estaba enamorada de él.

Y, una vez más, no tuvo respuesta para esa pregunta.

23

Conrad Nego ni siquiera esperó a la mañana siguiente. No habría pasado más de una hora cuando Vega oyó el sonido del timbre y supo de inmediato que era él. Venía con una mochila cargada de ropa y una expresión preocupada. La del padre que lleva días sin saber nada de su hija. La chica que había llegado a su librería diez años antes era así, independiente. Su forma de ser y su trabajo la empujaban a ausentarse más de lo debido, pero esta vez había sido diferente. Su instinto de librero se lo decía y su instinto nunca fallaba.

—No he podido convencerlo —se excusó Argus encogiéndose de hombros mientras entraba detrás de él.

—No importa —le dijo Vega—. No esperaba otra cosa.

Nego fue hasta el salón, hizo una inspección rápida —en la que apenas se detuvo un par de segundos en Talía— y luego se giró hacia la detective con una cara que no dejaba lugar a otras interpretaciones. Estaba a punto de explotar, pero de esa manera siempre contenida, educada, que lo caracterizaba.

—No me puedo creer que tenga que saber de ti por tu ex.

—No es mi ex —protestó Vega sin demasiada convicción.

—Y yo no soy tu padre, pero aquí estamos.

—Llevas razón. Lo siento. Tendría que haberte llamado.

—Ese truco tuyo de poner carita inocente y pedir disculpas no te va a servir esta vez. —Vega sabía de sobra que sí—. Esta me la vas a pagar, aunque todavía no sepa cómo. Y ahora dime por qué estoy aquí y quién es esa criatura asustada.

—Ella es Talía, novicia de Santa Rosalía. Y el motivo de que esté aquí y tú también lo estés, lo tengo guardado en mi mochila.

Vega sacó el libro y lo dejó sobre la mesa, frente a Nego. Luego, animó al librero para que retirara la tela que lo protegía. En cuanto las viejas tapas aparecieron ante sus ojos, estos cambiaron de expresión. El manuscrito había llamado su atención y ya no habría otra cosa que pudiera distraerle hasta que lo revisara de arriba a abajo. La detective lo tenía claro.

—Creo que mejor me marcho ya —anunció Argus en vista de la situación.

—Sí, será lo mejor —coincidió Vega—. Nosotras nos iremos a descansar. Hoy ha sido un día muy intenso.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Talía cuando vio que su protectora se encaminaba al dormitorio dejando a aquel extraño metido de lleno en el libro.

—En las próximas horas, probablemente nada. Ahora mismo es como si hubiera entrado en estado de hibernación. Así que lo más aconsejable es dejarlo trabajar. Ya habrá tiempo mañana para que nos cuente lo que ha sacado en claro.

Cuando comenzaba a clarear, Vega volvió al salón. Conrad tenía papeles con anotaciones esparcidos por la mesa y seguía concentrado en el análisis del manuscrito. Cuando la vio entrar, alzó la vista y se quedó mirándola.

—¿De dónde ha salido?

—De Santa Rosalía.

—¿Y qué hacía allí?

—Ni idea. Talía lo encontró en unas catacumbas que salieron a la luz debido al terremoto de la semana pasada.

Como si la hubiesen invocado, la novicia apareció también en el salón al oír su nombre. Lo hizo mientras se frotaba los ojos con saña y, al mismo tiempo, se desperezaba.

—¿Qué sabes del libro? —le preguntó Nego a la chica.

—La hermana Ángela… —Al nombrar a la bibliotecaria, Talía tuvo que tragar saliva y contener una lágrima que amenazaba con escapar—. La hermana Ángela decía que estaba maldito y que algunas personas relacionadas con él habían muerto. Dijo que se llamaba *Códex Ex*…

—*Códex Execratio* —aclaró Conrad ante las dudas de la chica—. El libro maldito, el evangelio apócrifo de Tomás. Había oído hablar de él, pero no sabía que existía. Siempre había pensado que se trataba de una leyenda.

—Pero tú no crees en maldiciones ni en chorradas de esas —intervino Vega.

—Tampoco creo en los unicornios de colores y a los niños les encanta que les regalen uno de peluche.

—No te sigo.

—Lo que quiero decir es que es un constructo, un artefacto. El Códex Execratio, como ocurrió antes con otros textos que se consideraban sagrados, era un libro diseñado para incomodar. Para erosionar la autoridad. No por lo que afirma, sino por cómo lo hace. No pretendía convencer. Pretendía desestabilizar.

—Y la gente que tiene tanto interés en encontrarlo, es la que busca desestabilizar. —Las palabras de Vega eran más un pensamiento en voz alta que una afirmación.

—Puede ser —continuó Nego—. Pero lo que me llama la atención es la firma de Elian Lysander en un lugar en el que no debería estar.

—¿Lysander?

—Fue un poeta inglés del siglo pasado que escribió algunas cosas prometedoras.

—Sí, la hermana Ángela también me habló de él. —Talía parecía contenta de sentirse útil, de sentirse parte de la conversación—. Dijo que desapareció sin dejar rastro.

—Así es. Su desaparición fue un misterio, más aún porque su padre había sido un hombre muy importante y había muerto poco tiempo antes. Pero la cuestión —dijo Nego retomando el hilo de la conversación— es que dejó su firma y unas cuantas frases bastante enigmáticas en un libro que no tendría que ver nada con él.

—¿Cómo se explica? —quiso saber Vega.

—No tengo la menor idea.

—Sin embargo, necesitamos saber por qué es importante el libro para las personas que nos persiguen, las mismas que probablemente mataron a la hermana Ángela.

—Conozco a un hombre —dijo Conrad tras meditarlo un momento—. Un exprofesor de literatura antigua. Es un tipo peculiar, extravagante diría yo, pero sí hay alguien que conoce la vida y la obra de Elian Lysander, es él.

—Dame su nombre.

—Ferenc Sanedor.

Vega no conocía a aquel hombre pero, aun así, notó un escalofrío breve. No por el nombre en sí, sino por lo que implicaba: una nueva puerta, fuera de su control, hacia un mundo más viejo y más peligroso que el convento.

—¿Dónde lo encuentro? —preguntó.

Nego dudó un instante.

—No tengo la menor idea —dijo—. Sé que antes era profesor pero ahora mismo no sé nada de él.

—Imagino que conocerás a alguien que sí sabrá su paradero.

El bibliotecario se quedó mirando a Vega y finalmente dejó escapar un suspiro. Hizo un par de llamadas hasta que dio con la dirección de Sanedor. Se la apuntó en uno de los papeles que tenía repartidos por la mesa y la detective lo cogió al vuelo. Luego, metió el manuscrito en la mochila y se puso de pie.

—¿Qué vas a hacer?

—¿No está claro? Ir a ver a ese tío.

—¿Y qué pasa con la chica? ¿Qué pasa con la gente que te persigue?

—De Talía te tendrás que hacer cargo tú. Necesito que te quedes con ella.

—¡Tengo que abrir la librería!

—¿Te refieres a esa librería en la que no entra nadie nunca a comprar nada?

—Ese comentario era innecesario… —El librero se hizo el ofendido sin mucho éxito—. ¿Y qué hay de tu otro problema? ¿Qué hay de esos cabrones?

—Ahora mismo hay cosas más importantes.

Dicho esto, Vega se despidió de Talía y se dispuso a marcharse. Y en su cabeza, por primera vez desde que salió de las catacumbas, una idea se impuso con claridad: el libro no era el final del misterio. Era el inicio.

TERCERA PARTE
FERENC

24

Sabía que se encontraba al límite desde antes de abrir los ojos.

Llevaba días así, moviéndose sobre un alambre invisible del que en cualquier momento se podía caer. Esa sensación era la suma de muchas cosas: noches sin dormir, días sin sentido, su propia imagen en el espejo que le mostraba sin matices su desencanto. Pero, sobre todo, un pensamiento que se le clavaba en el cerebro como una certeza incómoda:

Esto no va a mejorar.

A pesar de todo, trató de aferrarse a sus rutinas. Se incorporó en la cama con lentitud. Se afeitó, se duchó, se vistió con precisión militar y luego se hizo el desayuno. Tomó la bandeja con el café y las tostadas y se sentó en su butaca del salón, a ver las noticias, a constatar, una vez más, que tampoco el mundo iba a mejorar.

En un momento dado, se fijó en el papel de la pared, despegado en una esquina. Desde la distancia, calculó que se había desprendido un par de centímetros más. Llevaba semanas prometiéndose que lo iba a solucionar, pero hasta ahora no lo había hecho. Se rio para sí, queriendo ver en aquel trozo de papel triste y arrugado una metáfora de su propia vida.

Abrió el portafolios para comprobar que lo tenía todo. Un cuaderno con notas, un libro de texto con marcas fluorescentes, un montón de exámenes sin corregir. Y, en el fondo, envuelta en una bolsa de tela, la pistola.

No la sacó. No necesitaba verla. Bastaba con sentir que estaba ahí, esperando su momento.

Cerró el portafolios y se lo colgó del hombro.

En el portal, se cruzó con un vecino con el que apenas intercambió un saludo mínimo. Apenas un gesto con la cabeza, educado, automático. El otro le respondió con el mismo interés. Se preguntó si en el breve lapso en que ambos se habían mirado, el vecino había detectado una expresión diferente en su rostro. Seguramente no. Nadie lo veía ya más que como una sombra y nadie era capaz de darse cuenta de ese borde afilado, de esa decisión que no terminaba de tomar, pero que había dejado de ser un pensamiento abstracto.

Se arrebujó en el abrigo para combatir el aire gélido de la mañana y tomó el camino del instituto. La misma ruta, las mismas bocacalles, el mismo parque en el que la vegetación había sido abandonada a su suerte, la misma cafetería atestada de adolescentes…

El instituto se levantaba al final de una avenida flanqueada por árboles. Un edificio de cemento con ventanas iguales, sin alma, sin memoria. Ferenc lo recordaba distinto. Había sido alumno allí y, en su memoria, aquella época había sido la de la ilusión desmedida, la de la ambición por ser alguien importante. Luego, cuando empezó a trabajar allí, siguió viendo aquel instituto como un santuario. Algo digno. Algo serio. Al menos, por un tiempo. Luego todo cambió, se hizo diferente.

O quizá era él quien era diferente.

Al entrar, le golpeó el murmullo. Voces superpuestas. Pasos que corrían sin necesidad. Un grupo de alumnos chocó con él en el pasillo y siguió sin disculparse. Ferenc se giró un segundo, esperando algo que no llegó. Ya no llegaba nunca.

Siguió caminando por el largo pasillo tratando de centrarse en algo que no fuera aquella jungla, pero no supo cómo.

A un lado, dos chicos se empujaban frente a las taquillas. Al otro, una chica grababa con el móvil a una amiga que bailaba haciendo una mueca. Ferenc escuchó su propia respiración y se dio

cuenta de que la estaba conteniendo, como si aquello fuera un lugar contaminado.

No les interesa nada, pensó. *Nada que no sea su pantalla. Nada que no sea un puñado de* likes*.*

La idea no era nueva, pero esa mañana le cayó encima con una pesadez distinta, como una losa.

Llegó a su aula. Se quedó un instante con la mano en el pomo, notando el sudor en la palma. Era miedo, lo sabía, pero no a sus alumnos sino a lo que podría llegar a ocurrir. Sacó fuerzas de donde no las tenía y al fin se decidió.

La mayoría de los adolescentes estaban de pie, hablando a gritos, o sentados sobre la mesa. Una pareja se besaba al fondo, ajena al resto de la clase. Algunos ni siquiera se giraron. Otros le dedicaron una mirada rápida y vacía y continuaron a lo suyo.

—Sentaos, por favor —les pidió sin elevar la voz. Tal y como había hecho siempre.

Tuvo que insistir hasta en tres ocasiones más y, aun así, aquellos adolescentes engreídos tardaron más de lo necesario en reaccionar. Se sentaron entre risas, comentarios, golpes en los pupitres. Un chico del fondo imitó su tono de voz con retintín. Un par de alumnos se rieron de la gracia.

Ferenc no reaccionó. Se limitó a cerrar los ojos y mantener una calma que estaba en el aire, frágil, inestable.

Abrió el portafolios y miró dentro. Muy al fondo. Luego lo dejó en la silla con cuidado y se giró hacia la pizarra, dispuesto a intentar dar la clase. *Literatura medieval*, escribió con caligrafía precisa entre un murmullo que iba creciendo por momentos.

—Hoy vamos a hablar de…

Una bola de papel le golpeó el hombro. No fue fuerte, pero fue suficiente. Ferenc se giró despacio. Miró a los alumnos, uno por uno, buscando una cara que admitiera lo que había hecho. Nadie. Todos estaban en la versión de sí mismos que les convenía: inocentes, sorprendidos, distraídos.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

Primero un silencio breve. Después, un estallido de risa.

Sintió cómo se le contraían todos los músculos del cuerpo. No de rabia explosiva, sino de rabia contenida, de esa que se acumula hasta convertirse en otra cosa.

Quince años, pensó. *Quince años de esto.*

Por un instante, vio al profesor que había sido. El hombre que llegaba temprano, que preparaba clases, que pensaba en cómo hacer que un poema les importara. El hombre que creía que con paciencia se podía rescatar a alguien.

Ese hombre ya no estaba.

—No nos iremos de aquí hasta que salga el responsable —insistió mientras les mostraba la bola de papel con la mano abierta.

En ese instante, Reuben alzó el brazo con decisión. Odiaba a ese chico, no podía negarlo. Se había resistido durante meses a aceptar ese sentimiento. No se odia a los alumnos, ese es uno de los puntos clave del catecismo de un profesor. Pero antes que nada era humano y aquel mocoso malcriado le había dado motivos de sobra como para sentir verdadera aversión por él.

—¿Has sido tú? —preguntó templando los nervios.

—Sí, he sido yo —admitió el chico con una sonrisa que a su profesor se le antojó siniestra.

—En ese caso… —arrancó este, pero antes de que pudiera continuar, otra mano se levantó a su derecha.

—He sido yo —dijo una alumna sin dejar de mirar su móvil bajo la mesa.

—Y yo.

—Yo también.

Uno a uno, el grupo de alumnos del aula fue levantando la mano hasta que aquello se convirtió en un bosque de brazos alzados. Al profesor le recordó la obra de aquel autor español, Lope de Vega, en la que todos los vecinos de un pueblo admitían un delito que no habían cometido ante la Inquisición.

Se preguntó si él era eso, un inquisidor, un funcionario que impartía justicia de manera cruel. Sabía que no, sabía que era la educación la que había cambiado, la que se encontraba en una deriva constante para la que no había remedio.

Miró a todos aquellos adolescentes pagados de sí mismos, con su brazo alzado y su expresión de suficiencia, y luego fue de nuevo hasta su portafolios. Su mano rozó la bolsa de tela en el fondo. El contacto le provocó un escalofrío, no por miedo, sino por una sensación de posibilidad.

Por un instante, la escena le vino de una manera clara. Se imaginó a sí mismo metiendo la mano en el portafolios. Se imaginó sacando la pistola, comprobando cómo el aula se quedaba en silencio de golpe, cómo las caras cambiaban de la risa al desconcierto, al miedo, real y sin filtros, sin pantallas ni redes sociales.

Se vio haciéndolo.

Se vio en un escenario que no era el aula, sino una versión distorsionada de su propia desesperación. Un teatro interior donde

por fin no era el objeto de burla, sino el que imponía el orden. El que dictaba las reglas.

La imagen duró un segundo, pero fue suficiente. Sintió que le faltaba el aire, que le sobrevenía la náusea.

—Ahora vuelvo —murmuró mientras cogía el portafolios y salía del aula. Fue hasta el baño de profesores y, al levantar la vista, vio su rostro reflejado en el espejo. Aunque en realidad no era su rostro, sino el de otro. Más oscuro, más decidido.

Abrió el portafolios y sacó al fin la pistola. La mantuvo unos segundos entre sus manos y luego volvió al espejo. La imagen de ese otro lo miraba con rabia, casi con condescendencia. *Hazlo*, le decía desde el otro lado del cristal. *Acaba con esto aquí y ahora*.

Salió al pasillo empujado por una voluntad que no era realmente suya. Caminó con decisión de vuelta al aula. Sin embargo, cuando ya estaba frente a la puerta, algo en su interior le habló, desde lo más profundo.

No eres un psicópata, le dijo. *Eres un hombre desesperado.*

Sintió cómo le temblaban las piernas, cómo el arma le quemaba en las manos. La dejó caer al suelo y cayó él también de rodillas. Sin quererlo, pero sin poderlo evitar, se echó a llorar. No era un llanto de alivio sino de derrota. El tipo de llanto que llega cuando te das cuenta de que no hay ninguna salida posible, ninguna versión de ti que puedas recuperar.

Así lo encontró la jefa de estudios cuando se dirigía a su despacho. De rodillas, vencido… y con una pistola a su lado.

—Ferenc —lo llamó sin obtener respuesta.

Acto seguido, la mujer sacó su teléfono e hizo una llamada, entre susurros y miradas de soslayo hacia el profesor. Cinco minutos después, Ferenc Sanedor era escoltado por la seguridad del instituto hasta una sala pequeña. Diez minutos después, dos coches patrulla

irrumpían en el recinto escolar con las sirenas en marcha, para deleite del alumnado.

El policía que entró en la sala lo miró con una frialdad que Ferenc había visto en otros, pero nunca dirigida a él.

—¿Para qué era esto?

—No lo sé —dijo sin mirar a nada en concreto, con la expresión ida.

El silencio se instaló como un juicio.

—Ferenc… —dijo la jefa de estudios—. ¿En qué estabas pensando?

Ferenc, ahora sí, se volvió a mirarla. Durante un segundo antes de contestar.

—Que no importa —contestó.

Se hizo un silencio expectante en el que todos los presentes esperaban a que el profesor continuara.

—Que no importa nada —añadió él—. Ni lo que enseño ni lo que soy. Que soy… —Se detuvo. No quiso decirlo. No quería darle palabras a esa humillación.

—¿Pensaba usarla? —le preguntó el policía señalando la pistola.

Ferenc sintió que se le humedecían los ojos de nuevo. Asintió una sola vez. Era una confesión, pero era mucho más que eso. ¿Si la pensaba usar? Hubo un momento en que creyó que sí y con eso era bastante.

—Tiene que acompañarnos —le indicó el policía mientras lo esposaba y le leía sus derechos.

En el pasillo, varios profesores asomaron la cabeza. Vio miedo en sus ojos, incluso desprecio. Pero no encontró en ellos

comprensión, ni solidaridad. Ni siquiera en Bastian Murdoch, el único amigo que había tenido en sus años de docencia y del que había terminado distanciándose.

Subió a uno de los coches patrulla sin oponer resistencia. Se acomodó lo mejor que pudo y luego cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, el mundo se quedó en silencio.

No pensó en la cárcel. Ni en el juicio. Ni en la prensa. Pensó en el papel del salón desprendido de la pared, en el que se iba a quedar sin arreglar.

Cuando el coche arrancó, respiró hondo. No sabía qué sería de él. Solo sabía que aquella mañana había descubierto lo peor de sí mismo… y había tenido la suerte —o la cobardía— de detenerse a tiempo.

La consecuencia llegaría después.

Y no sería una absolución.

O puede que sí…

25

El tic tac de algún reloj que Ferenc no sabía dónde se encontraba se dejaba sonar de manera insistente en el silencio de la sala. La doctora Flick lo miraba con una expresión que resultaba difícil de descifrar. Era la misma que ponía cuando trataba en vano de obtener una respuesta satisfactoria a sus preguntas más delicadas.

Esas que Ferenc nunca contestaba o lo hacía con eufemismos baratos y frases neutras que no lo comprometían.

Flick lo miró un segundo más antes de anotar algo en su cuaderno. Ferenc ignoraba qué podría estar escribiendo dado que no había pasado nada de relevancia en los diez minutos de sesión. Puede que fuera precisamente eso, la inacción, el silencio quien le proporcionaba una información que la terapeuta consideraba interesante. O puede que, simplemente, estuviera haciendo garabatos para pasar el tiempo.

—¿Cómo ha ido la semana? —le preguntó cuando al fin levantó la vista del cuaderno.

Ferenc le sostuvo la mirada un segundo y luego la desvió hacia la estantería. Le gustaba dejarla allí antes de responder. Había libros reales, no decorativos. Siempre había reparado en eso. Era un detalle que lo inquietaba porque le impedía convertirla en un simple trámite.

—Igual —dijo.

—¿Igual que cuál de las anteriores?

—Igual que cualquiera de los últimos dieciséis años —respondió él con expresión de hastío.

—¿Eso qué quiere decir?

—No quiere decir nada en realidad.

La terapeuta hizo una pausa breve antes de continuar.

—Señor Sanedor, sabe que estoy para ayudarle.

—Lo sé.

—Y que usted debe colaborar.

—También lo sé. Lo que ya no tengo tan claro es que esto sirva de algo realmente.

Flick volvió a callar. Se quedó pensativa antes de volver a anotar algo en el cuaderno.

—¿Se está tomando la medicación que le pautaron?

Ferenc tardó lo justo en responder.

—No.

—¿Por qué?

—Me deja aturdido.

—¿Y usted prefiere estar… cómo?

—Prefiero estar consciente —aclaró Ferenc encogiéndose de hombros.

Una nueva pausa. Mínima.

—¿Ha vuelto a pasar por el instituto?

Ferenc tragó saliva. Esa pregunta era nueva. O, mejor dicho, no lo era, pero esta vez Flick la lanzó sin rodeos.

—No.

—¿Lo ha evitado?

—No me está permitido acercarme a menos de quinientos metros.

—Esa es una respuesta administrativa —dijo Flick—. Le pregunto por usted.

Ferenc se removió en la silla pero no dijo nada.

—¿Qué siente cuando piensa en lo que pasó? —preguntó.

—Nada.

Como reacción a esa respuesta, Flick dejó escapar un suspiro de resignación. Ferenc se sorprendió con ese gesto, casi se alegró. La terapeuta demostraba ser humana por primera vez. Contuvo una sonrisa que amenazaba con dibujarse en sus labios.

—En las últimas sesiones hemos hablado de sueño, de hábitos, de impulsos. Ha respondido, más o menos. —Dijo Flick tras esa nueva pausa—. Pero no hemos hablado del momento clave.

Ferenc se tensó y volvió a mirar la estantería.

—Ya hablamos de eso.

—No —corrigió Flick—. Hablamos de lo que pasó después. De quién lo vio. De cómo se gestionó. —Se inclinó apenas un poco—. No hemos hablado de lo que pasó dentro de usted en esos minutos.

—¿Y para qué? —dijo él soltando el aire por la nariz.

—Para que no vuelva a ocurrir —apostilló Flick sin cambiar el tono—. Ni en la vida real, ni en su cabeza.

Ferenc miró a la terapeuta durante un segundo, conteniendo las ganas de enzarzarse en una discusión en la que, con toda seguridad, la mujer no iba a entrar. Y, de hacerlo, tenía las de ganar.

—No va a volver a ocurrir.

—¿Porque usted lo decide?

—Porque aprendí la lección.

Flick asintió despacio, como si hubiera oído esa frase muchas veces.

—¿Qué lección?

—Que… —se interrumpió—. Que hay que enterrar los demonios muy adentro.

—¿Siente que tiene demonios en su interior?

—No lo sé.

—Lo sabe —replicó la terapeuta—. Solo que no quiere verbalizarlo.

—¿Y por qué iba a querer? —Ferenc la miró con dureza, pero ella ni se inmutó.

—Porque está aquí. Porque, si no quiere, podría limitarse a asentir y esperar a que el informe se redacte con frases estándar. —Una pausa mínima—. Pero usted vuelve.

El exprofesor abrió la boca para decir algo, pero las palabras se quedaron enredadas en su garganta. Ante su silencio, Flick continuó.

—Le voy a hacer una pregunta concreta. Ese día, antes de salir de casa, ¿qué pensaba?

Ferenc se quedó inmóvil. La pregunta era demasiado directa. No era *cómo se sentía*, no era *qué le pasaba*. Era *qué pensaba*. Eso no dejaba espacio para el victimismo ni para la vaguedad.

—Pensaba que… —empezó y se detuvo para armarse de valor—. Pensaba que no tenía sentido

—¿Y aun así fue?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si no iba… era aceptar que me habían ganado.

Flick levantó la vista.

—¿Quiénes?

—Ellos.

—¿Los alumnos?

—El sistema —dijo, y al pronunciarlo sintió que la palabra era demasiado grande para verbalizarla.

—¿Por eso llevó el arma? ¿Para luchar contra el sistema?

Ferenc la miró con el ceño fruncido. Había un debate interior, un calor que le subía y que no le resultaba cómodo.

—Usted siempre hace lo mismo.

—¿Qué hago?

—Convertir lo que digo en una confesión y luego mirarme como si hubiera cometido un pecado.

—Llevó un arma al instituto.

—No la usé.

—Pero la llevó.

Ferenc cerró los ojos un segundo.

—¿Qué quiere que diga?

—La verdad —dijo Flick—. No esa sarta de vaguedades que no nos conducen a ningún sitio. ¿Qué buscaba al llevar esa pistola al instituto?

—Solo quería que se callaran —admitió Ferenc y, en ese momento, se sintió terriblemente cansado.

Flick no reaccionó de ninguna forma en particular. Solo lo miró y luego anotó algo más.

—¿Y en el baño?

Ferenc tragó saliva.

—En el baño… —repitió.

El recuerdo de aquel instante volvió con todo detalle. La pistola en su mano, ese rostro extraño que le devolvía el espejo…

—Me vi —dijo.

—¿Qué vio?

—Que no era… —Ferenc dudó—. Que no era yo sino otro hombre, otra cosa.

La terapeuta lo dejó terminar.

—Alguien capaz de cruzar una línea.

—¿Y eso lo frenó?

—Me sentí asustado y reconfortado al mismo tiempo.

—¿Qué pasó después?

—Ya lo sabe.

—Quiero oírselo decir.

Ferenc se quedó mirando el suelo.

—Me derrumbé.

—¿Lloró?

—¿Eso es relevante? —Ferenc levantó la vista con un destello de indignación.

La terapeuta asintió sin decir nada.

—Sí —admitió—. Lloré. Me asusté al pensar en lo que había estado a punto de hacer. ¿Es eso lo que quería oír?

—Es exactamente lo que quería oír. Porque eso significa que todavía tiene respuesta emocional ante lo que casi hizo. Eso es un factor de protección.

Ferenc se quedó callado. No le gustaba que ella lo tratara como un expediente, pero entendía la lógica.

—Señor Sanedor —continuó Flick—, en estas sesiones usted ha hecho un esfuerzo enorme por sostener una imagen: la del hombre que no pierde el control. —Pausa—. Y, sin embargo, su vida entera está organizada alrededor del miedo a perderlo. Ese es su verdadero pecado y es a partir de ahí donde debemos trabajar… si le parece bien.

Acto seguido, la terapeuta se miró el reloj y Ferenc comprendió al instante que la sesión había terminado. El exprofesor se analizó a sí mismo y no consiguió ponerle nombre a la sensación que se le había quedado dentro tras abrirse más de lo que esperaba con Flick.

En la puerta se cruzó con un hombre corpulento con cara de pocos amigos. Ferenc pensó que tenía cara de policía, de esos malhumorados que salen en las películas. Los dos se saludaron con un gesto de asentimiento y luego el exprofesor salió a la calle. Respiró el aire frío de la parte alta de la ciudad y se dispuso a volver a casa caminando.

Fue entonces cuando vibró su teléfono en el bolsillo del abrigo.

—¿Ferenc Sanedor? —preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Sí… ¿Quién es?

—Me llamo Vega Baker. Soy detective privada.

—Entiendo. ¿Y qué quiere de mí, señorita Baker?

—Me gustaría enseñarle algo.

—¿Podría ser más precisa? —quiso saber Ferenc, demasiado aturdido por la sesión de Flick como para atender llamadas enigmáticas de desconocidas.

—Por teléfono no, pero dígame, ¿le suena el nombre de Elian Lysander?

—Se podría decir que sí.

Ferenc sonrió con la pregunta y con la respuesta. Si había alguien en el mundo que conocía la vida y la obra de aquel malogrado poeta inglés, era sin duda él.

—Pues lo que tengo que enseñarle le interesará. ¿Podemos vernos en algún sitio?

26

La hemeroteca municipal ocupaba el sótano de un edificio administrativo sin atractivo alguno. Desde fuera parecía una oficina más; por dentro, era un conjunto de pasillos estrechos, mesas de consulta y archivadores metálicos que parecían tan antiguos como las noticias que allí se almacenaban. No era, desde luego, un lugar donde alguien fuera por casualidad.

La propuesta había partido de Ferenc Sanedor y Vega no había podido estar más de acuerdo por tres razones.

Tenía cámaras. Tenía control de acceso. Y tenía silencio.

Vega llegó algo tarde a la cita. Su instinto le decía que, por muy segura que estuviera de que nadie la seguía, era más prudente tomar las precauciones debidas. Por eso había llegado dando un rodeo que incluía pasar varias veces por las mismas avenidas, detenerse en un par de ocasiones y volver a reccorrer los mismos sitios.

No tardó en identificar al hombre con el que se había citado. Conrad le había dado una descripción muy precisa de él. *Cuarenta y tantos, ropa varias tallas más grande, corbata gris —siempre gris—, pelo rizado y escaso de un negro tan oscuro que parecía azul…* El tío que revisaba unos documentos en uno de los habitáculos dispuestos por la sala grande de la hemeroteca respondía de manera precisa a la descripción.

Al acercarse a él, Ferenc Sanedor levantó la vista de la mesa y la saludó con un gesto discreto de cabeza al tiempo que se ponía de pie.

—¿Señorita Baker?

—Un sitio encantador —respondió Vega con un gesto de asentimiento y un deje irónico en su voz—. Gracias por atenderme,

señor Sanedor.

—Ferenc. Solo eso.

—De acuerdo. En ese caso, yo soy Vega. Solo eso.

El exprofesor sonrió por primera vez ante las palabras de la detective y esta tuvo que admitir que su sonrisa era, además de sincera, verdaderamente agradable.

—¿Y en qué puedo ayudarte, Vega? —preguntó Ferenc cuando los dos se hubieron sentado al resguardo del habitáculo.

—Antes de enseñarte nada, debo saber si puedo confiar en ti.

—No nos conocemos, así que no sé de qué manera podría…

—Inténtalo.

—Estoy aquí, ¿no? —dijo él tras meditarlo unos segundos—. He acudido a la llamada de una desconocida sin tener ni la más remota idea de por qué venía. No sé si eso me da derecho a gozar de tu confianza, pero es algo, ¿no?

—Supongo que sí —admitió Vega—. Y, en cualquier caso, necesito a alguien que sepa, y mucho, sobre el objeto que traigo y, según Conrad Nego, tú eres la persona indicada. Así que tendrá que valerme.

—¿Nego? ¿Esa no es la librería de la calle Baker? ¿Esa en la que no entra nunca nadie a comprar nada?

—La misma —confirmó Vega esbozando una sonrisa divertida.

Ferenc no dijo nada más al respecto. Se limitó a quedarse pensativo mientras observaba nervioso a todas partes. A Vega le resultó curioso ese comportamiento, dado que era ella la que se había visto perseguida durante los últimos días.

—¿Y bien? ¿Qué tienes para mí? —insistió Sanedor volviendo al habitáculo.

—¿Qué sabes de Elian Lysander?

A Ferenc Sanedor se le abrieron los ojos de par en par al oír aquel nombre. Estaba claro que no era un desconocido para él, tal y como le había dicho Conrad. Incluso le pareció que le temblaba el labio superior, probablemente debido a la emoción.

—Bastante, me temo —contestó el exprofesor de manera escueta.

—De acuerdo. —La detective miró a Sanedor sin saber bien a qué atenerse—. Pues ese tío tiene que ver con lo que llevo en mi mochila.

Vega miró fijamente a Sanedor y este asintió despacio, como invitándola a que sacara aquel misterioso objeto que guardaba con tanto celo. La detective no esperó más. Miró una última vez alrededor y finalmente sacó el libro de la mochila. Por increíble que pudiera parecer, Ferenc abrió todavía más los ojos.

—¿Qué es?

—Eso me lo tendrás que decir tú.

En palabras de Conrad, se trataba del *Códex Execratio*, pero necesitaba que Sanedor se lo confirmara en persona. No porque desconfiara del criterio del librero, sino porque era su manera de poner a prueba los supuestos conocimientos del exprofesor sobre el particular.

Durante el siguiente cuarto de hora, ninguno de los dos dijo nada. Ferenc, porque había entrado en algún tipo de trance mientras analizaba con detenimiento las páginas del libro. Vega porque no quería interrumpir de modo alguno dicho trance. De vez en cuando, el exprofesor dejaba escapar un curioso sonido, un *mmmmmmm* largo y grave del que con toda probabilidad no sería consciente.

Pasados esos quince minutos, levantó la vista del libro y miró a Vega con un gesto de extrañeza, como si no supiera quién era o le extrañara que estuviera allí. Sin duda había vuelto al presente después de haber viajado muy atrás en el tiempo. Más concretamente, a la Edad Media.

—¿Dónde… dónde lo has encontrado? —Su expresión de extrañeza cambió de golpe a otra de desconcierto.

—Cada cosa a su tiempo —aclaró Vega haciendo un gesto con la palma abierta—. De momento, ¿qué me puedes decir del libro?

—Que acabas de resolver una de mis dudas existenciales —respondió Sanedor con una sonrisa amplia.

—¿Puedes ser más concreto?

—Este libro que tenemos aquí es el *Códex Execratio* —dijo Ferenc bajando la voz y mirando por encima del panel de madera que delimitaba el cubículo—. El libro maldito. Siempre creí en su existencia a pesar de que todas las pruebas y todos mis colegas indicaban lo contrario. Ahora sé que en verdad sí existía.

»Durante años se habló de él como de una leyenda académica. Un texto citado por otros textos, mencionado de pasada, pero nunca localizado. —Sonrió con cierta ironía—. Una especie de fantasma bibliográfico.

Vega lo observó con atención.

—¿Y por qué «maldito»?

—Porque nadie que se acercara demasiado a él acababa bien —dijo Sanedor sonriendo de medio lado—. Al menos, según los testimonios indirectos. Desapariciones, muertes prematuras, documentos borrados… —Se encogió de hombros—. Lo habitual cuando algo resulta incómodo durante siglos.

—¿Incómodo para quién?

—Para la Iglesia, principalmente. —Bajó aún más la voz—. Y para ciertos sectores muy concretos dentro de ella.

La detective todavía ignoraba qué tenía que ver el dichoso libro con la muerte de la hermana Ángela, pero oír hablar a Sanedor del *Códex Execratio* y las leyendas alrededor de él estaba despertando su curiosidad, así que se acomodó en la silla para seguir escuchando.

—¿Qué contiene exactamente?

—En teoría, es la reproducción tardía de una recopilación de textos apócrifos atribuidos a Tomás. Interpretaciones alternativas de la figura de Cristo. Nada que no se haya visto ya en otros manuscritos similares.

—¿En teoría?

—En teoría —repitió—. Porque esto no está escrito de una sola vez. Hay capas. Intervenciones. Añadidos posteriores… Y luego están los versos de Elian Lysander.

—¿Qué me puedes decir de ellos?

—Te puedo decir cosas de él. Elian era un poeta metódico, obsesivo, cada verso suyo escondía decenas de capas. Incluso cuando creías que las habías descubierto todas, todavía te esperaba algo debajo. Era brillante y, desde luego, no concuerda con él que profanara de esa manera un texto antiguo. Me refiero a usarlo para escribir en sus páginas.

—¿Entonces?

—Tendría sus motivos, supongo.

—¿Y tú serías capaz de descubrir esos motivos?

—Podría, sí, pero antes debería saber por qué lo haría… Lo que quiero decir es que todavía no me has contado nada en realidad.

Dices que eres detective privada y me tengo que fiar. Tienes en tu poder un manuscrito de cuya existencia todos los expertos dudaban. Y ahora quieres mi ayuda para desentrañar por qué un poeta del siglo XX que desapareció misteriosamente le dio por usar sus páginas para escribir sus versos.

Vega se quedó pensativa, valorando qué podía decirle y qué no a aquel hombre. Pero, a fin de cuentas, era ella quien había acudido a buscarlo y Sanedor había demostrado de sobra su conocimiento sobre el códice y, probablemente también sobre Lysander. Así que, si quería obtener algo más del peculiar exprofesor, se veía obligada a darle algo a cambio.

—Está bien —dijo finalmente—. El manuscrito ha aparecido en un convento, el de Santa Rosalía, y creo que hay gente que lo busca.

—¿Gente? ¿Qué gente? —Ferenc volvió a mirar a todos lados inquieto.

—No lo sé. Tal vez esos sectores de la Iglesia de los que hablabas.

Sanedor tragó saliva. Vega incluso quiso detectar un atisbo de miedo en sus ojos. Justo cuando iba a hablar de nuevo, el teléfono de la detective comenzó a vibrar. Lo sacó del bolsillo y vio en la pantalla que era Martha.

Pidió disculpas y se apartó unos pasos. Contestó en voz baja.

—¿Sí?

Silencio.

Su expresión cambió.

—¿Seguro?

Otro silencio.

—Entiendo.

Colgó.

Volvió a la mesa con el rostro desencajado, apretando con fuerza el teléfono. Ni siquiera se sentó en esta ocasión. Tenía mucho que digerir y la digestión iba a ser larga y pesada.

—¿Malas noticias?

—Me temo que sí —respondió conteniendo la ira que amenazaba con explotar—. Una persona muy querida ha muerto. No sé si ese dichoso libro tiene algo que ver, pero lo que sí es que no ha sido cosa de maldiciones ni gilipolleces de esas. Me acaban de confirmar que la han asesinado y necesito que me ayudes a encontrar a los hijos de puta responsables.

Ferenc Sanedor miró a los ojos de la mujer que tenía delante y vio en ellos tanta integridad como fragilidad. No tuvo que pensárselo mucho en esta ocasión. Cerró el manuscrito con decisión, asintió con gesto firme y los dos salieron de la hemeroteca camino de la calle.

27

El edificio del anatómico forense estaba en una zona periférica, lejos de los hospitales y de las calles con tránsito constante. Vega aparcó en la parte de atrás. Antes de adentrarse en el frío edificio de hormigón gris, dedicó unos segundos a observar los alrededores. Puede que hubiera algo de paranoia en el gesto, pero dadas las circunstancias, pensó, más valía pasarse de frenada que quedarse corta.

No había movimiento alguno en esa zona de la ciudad. Tampoco demasiados lugares en los que ocultarse. Puede que hubiera alguien al acecho, pero lo dudaba. Cuando consideró que era suficiente, respiró hondo y entró en el anatómico forense. Se identificó en la puerta y luego descendió las escaleras camino de la morgue.

Encontró a Martha metida de lleno en su papel. Llevaba el pelo recogido, una bata blanca abierta sobre la ropa de calle y una mascarilla tapándole gran parte de la cara. Solo cuando tuvo a Vega encima, fue consciente de su presencia.

—Veo que te has entretenido —dijo la forense mirándose el reloj.

—Han cambiado un poco las cosas desde que te dejé ayer —se explicó Vega—. Digamos que he encontrado algo que puede que nos lleve a encontrar la verdad.

—Entiendo —Martha asintió con la cabeza y luego se quedó esperando una aclaración más detallada que no llegó. —. De acuerdo, ya me lo contarás.

—¿Está ahí? —preguntó Vega mientras señalaba el bulto en la camilla oculto bajo una sábana.

—Así es —le confirmó la forense invitándola a acompañarla.

Vega no aceptó en un primer momento la invitación. No porque dudara, sino porque necesitaba asegurarse de que estaba preparada. No lo estaba, pero sentía que era su obligación, un sacrificio necesario si quería encontrar a los asesinos de la hermana Ángela.

—Si en algún momento quieres salir, me lo dices —comentó Martha mientras se colocaba los guantes—. No pasa nada.

—No, adelante.

Martha asintió y retiró la sábana. Vega reconoció el rostro de inmediato, pero también percibió al instante cuánto había cambiado. La piel estaba más apagada, con zonas hundidas y tensas por igual, alterada por los días bajo tierra. Los rasgos parecían más duros, casi ajenos, como si el tiempo y el encierro hubieran borrado parte de lo que había sido.

—No parece ella —murmuró.

—Ya no es ella —respondió Martha—. Quien fue en el pasado ahora vive en tus recuerdos. Plantéatelo así.

—Como si eso fuera fácil…

—No he dicho que lo sea —dijo Martha tomando una linterna de su mesa—. ¿Empezamos?

Vega asintió y la forense apuntó con el haz de luz. Revisó con cuidado el cuello, la mandíbula, la línea del cabello.

—No hay lesiones externas visibles —explicó—. Nada que llame la atención a simple vista.

—Entonces, ¿cómo…?

—Ahora te lo enseño.

Se desplazó hacia el torso.

—Mira los ojos.

Vega se acercó.

—¿Qué es eso?

—Pequeñas hemorragias. Petequias. Son compatibles con falta de oxígeno. Y no son casuales. —Martha levantó ligeramente el mentón del cadáver—. Observa esto. Está congestionado y el edema pulmonar es evidente.

—¿Eso qué quiere decir exactamente?

—Que la muerte no la produjo un fallo cardíaco.

Vega, que a duras penas había conseguido digerir su ira después de la llamada de la forense, sintió que regresaba y con más fuerza.

—Entonces…

—Entonces alguien le impidió respirar.

Vega se quedó callada. Sentía que, de hablar, se le iba a quebrar la voz y luego ya no sería capaz de contenerse por más tiempo.

—No hay marcas. Ni presión directa. —Continuó Martha tras esa pausa—. Probablemente usaron algo blando. Una tela. Una almohada. Algo que no dejara huella.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos, tres minutos. No más.

—¿Y ella…?

—No pudo defenderse —respondió Martha con franqueza—. O no tuvo tiempo.

Vega cerró los ojos un instante, pero se vio obligada a abrirlos de inmediato, porque su mente ya proyectaba imágenes de la

muerte de la bibliotecaria.

—¿Dormía? —quiso saber, buscando en la posibilidad de que no hubiera sufrido un poco de consuelo.

—Es posible. O estaba debilitada. O confiaba en quien estaba con ella.

Esas últimas palabras se quedaron flotando en el aire.

—¿Puede demostrarse? —preguntó Vega.

—Con certeza absoluta, solo con autopsia completa y análisis complementarios —dijo Martha—. Pero los indicios son claros.

—¿En un juicio serviría?

—Sí. —Pausa—. Si se hace bien.

Vega buscó una silla. Sentía que las fuerzas le fallaban, que se iba a derrumbar sobre el suelo frío de la morgue. Entendiendo la situación, Martha se adelantó y le acercó la de su escritorio.

—La mataron —dijo la detective en voz alta lo que había dejado de ser solo una sospecha.

—Me temo que sí —certificó la forense sin ningún dramatismo. No era necesario.

—Tuvo que ser alguien de dentro —añadió Vega—. Santa Rosalía respeta con enorme celo la entrada de extraños en el convento.

Martha la observó.

—Puede, pero también es posible que, quien fuera, recibiera ayuda desde dentro.

—También.

Vega hizo un gesto mínimo con la cabeza y luego se volvió a mirar el rostro de la hermana Ángela. Se quedaron en silencio.

Recordó su forma de hablar, su manera de escuchar sin interrumpir, la paciencia con la que había respondido siempre a sus preguntas cuando era joven. Su cercanía casi maternal.

—No tenía enemigos —murmuró.

—Por desgracia, eso no suele ser una garantía de nada —replicó Martha—. A veces es justo lo contrario.

Vega levantó la vista.

—¿Cómo que lo contrario?

—Que no hace falta tener enemigos para encontrarse con problemas. —Martha se encogió de hombros—. Solo es necesario estar en el momento equivocado y en el lugar equivocado.

Vega pensó en el manuscrito y en Talía, pensó en el plano de las catacumbas que la monja escondía en su celda.

—Sí —admitió—. Para su desgracia fue así.

Martha se quitó los guantes con cuidado y los tiró al contenedor.

—Voy a dejar constancia formal de todo esto y a pedir custodia. Aquí. Con acceso restringido y registro de entradas. —La miró—. Si alguien intenta tocar el cuerpo, lo vamos a saber.

—¿Cuánto crees que tardarás en tener el informe completo?

—Entre hoy y mañana. Lo básico lo tienes ya, pero necesito revisar con calma, documentar bien y dejarlo atado. Si esto llega donde tiene que llegar, no quiero cabos sueltos.

Vega asintió con una expresión de tristeza que no conseguía quitarse de encima.

—No te preocupes —dijo Martha poniéndole una mano en el hombro—. Pronto estará descansando.

—Gracias.

—No me des las gracias —respondió Martha—. Es mi trabajo.

Volvió a cubrir el cuerpo. Vega se obligó a sostener la mirada. Con toda probabilidad, era la última vez que vería el rostro de la monja, aunque aquel rostro ya no fuera el mismo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Martha.

—Lo mismo que llevo haciendo desde que entré en ese convento —dijo Vega—. Seguir tirando del hilo, pero con cuidado. Llegar hasta el final.

—Prométeme que no irás sola. Y, sobre todo, no improvises.

—No es mi estilo.

—Si tú lo dices…

Las dos mujeres abandonaron la morgue camino de la entrada del anatómico forense. Cuando ya se encontraban en el pasillo, Vega se detuvo un instante.

—Martha.

—Dime.

—Si no te hubiera llamado en Santa Rosalía… —dejó la frase a medias.

Martha no la miró con pena, sino con la misma neutralidad profesional de antes.

—Habrías encontrado la verdad igual. Antes o después.

Vega no estaba tan segura.

Caminaron hacia la salida sin hablar.

Afuera, el día seguía como si nada.

Y a Vega le resultó difícil creer que fuera de ese modo.

28

Caía la tarde cuando Vega tomó el camino de la casa de Ferenc Sanedor. El exprofesor había insistido en llevarse el manuscrito a su casa, para inspeccionarlo con detenimiento, en sus propias palabras.

—En mi casa tengo el material necesario. Ediciones críticas, copias de textos relacionados, notas propias. Si quiero avanzar de verdad, necesito trabajar en él con calma. Sin interrupciones.

Vega analizó la propuesta con recelo. No quería desprenderse del único elemento que podía servirle para dar con la verdad. Había mucho en juego y aquel puñado de páginas amarillentas podían tener la clave. En realidad, no conocía a aquel hombre y, por mucho que su instinto le dijera que era de fiar, podía estar equivocada en su diagnóstico.

Pero por otra parte…

Por otra parte, necesitaba que alguien desentrañara los secretos que se ocultaban en el libro y Sanedor parecía ser la persona indicada para conseguirlo.

—Ven conmigo, a mi casa —le propuso el exprofesor detectando el dilema con el que luchaba la chica—. Te enseñaré el material que necesito. Verás quién soy y dónde vivo. Verás mi despacho. Te aseguro que no saldrá de allí, que lo cuidaré como si fuera mío.

—No es un libro cualquiera —dijo al cabo de un momento. Hay gente buscándolo.

—Lo sé. Yo también lo he buscado, durante mucho tiempo. Toda mi vida, de hecho.

—No sé hasta qué punto te están vigilando a ti también. No sé si ahora mismo hay alguien por ahí escondido, estudiando nuestros próximos pasos.

—En mi casa paso desapercibido —replicó—. No soy nadie para la mayoría de mis vecinos. Además, es un búnker. Tengo tres cerrojos en la puerta, un sistema de alarma y cámaras.

—Muy precavido por tu parte.

—Paranoico diría más bien, pero esa no es la cuestión.

Vega lo observó con atención sin terminar de decidirse. Pensó en el cuerpo de la hermana Ángela. Pensó en Talía, en Nego. En la constante sensación de amenaza.

—Está bien —dijo finalmente—. Vayamos.

Diez minutos después, Vega aparcaba su coche frente a la casa de Sanedor, un edificio residencial en una de las zonas de mayor pujanza de la capital. Se trataba de una urbanización con piscina y jardín rodeadas de dúplex y adosados. Ferenc vivía en uno que hacía esquina. El jardín delantero estaba vallado por completo. Dicho vallado le confería la apariencia de una jaula gigante.

—Sí que eres un paranoico —dijo la chica mientras él sacaba las llaves para acceder a la vivienda.

Sanedor ni siquiera se molestó en contestar. Se hizo a un lado para dejarla pasar y luego los dos entraron en la casa. El exprofesor, ahorrándose una visita guiada por la vivienda, fue directo al despacho, situado a un lado del salón. La estancia estaba decorada con fina elegancia. Muebles que parecían muy caros, en maderas oscuras, estanterías repletas de libros antiguos, dos lámparas de techo que colgaban a cierta distancia la una de la otra. Una de ellas recaía sobre un acogedor rincón en el que había una butaca junto a una mesita redonda. La otra, sobre el enorme escritorio dispuesto frente al ventanal.

—¡Vaya! —exclamó Vega verdaderamente sorprendida por la atmósfera que Ferenc había conseguido darle a la estancia—. Así que este es tu despacho.

—Yo lo llamo mi santuario.

—Veo que no te has privado de nada.

—Paso muchas horas aquí dentro, así que… —Sanedor se encogió de hombros.

Hubo un silencio y luego Vega se descolgó la mochila del hombro. Sacó el manuscrito y lo dejó sobre el escritorio.

—Nada de copias.

—De acuerdo.

—Nada de fotos.

—Por supuesto.

—Y escóndelo en un lugar seguro si te marchas.

—No voy a marcharme, te doy mi palabra. —Ferenc esbozó una de sus agradables sonrisas—. Ahora, el *Códex Execratio* es mi prioridad.

Vega le devolvió la sonrisa y luego se dispuso a irse. Sanedor, poco dado a los gestos de cortesía, no parecía dispuesto a acompañarla a la salida. De hecho, ya se había sentado y, lupa en mano, había comenzado a hojear el manuscrito. La detective se detuvo junto a la puerta del despacho un momento.

—Quiero que tengas claras dos cosas —le dijo—. Primero, que más te vale que no le pase nada a este puñetero libro. La segunda, no te lo dejo porque confíe en ti.

—Sino por necesidad —terminó él.

—Eso —coincidió Vega.

Luego, salió de la casa de Sanedor camino del anatómico forense.

Mientras Martha le confirmaba a Vega cómo había muerto la bibliotecaria, Ferenc se encontraba inmerso en el estudio del manuscrito. Primero se había quedado mirándolo durante varios segundos. No era una reliquia dorada ni un objeto espectacular. Era sobrio, casi discreto. Podría pasar por un libro viejo más.

Y, sin embargo, sabía que no lo era.

Luego abrió la primera página y comenzó por leer sin tomar notas, dejando que el texto fluyera. Luego volvió atrás. Comparó fragmentos. Subrayó mentalmente giros que ya había visto en otros manuscritos. Anotó referencias cruzadas.

Apenas media hora después, tenía tres hojas llenas de apuntes.

A la hora, cinco.

Paró un momento y se levantó a hacerse un café. Volvió al escritorio sin encender la luz del resto de la casa. Se dedicó a leer pasajes completos en voz baja, con un tono de voz débil. Se oía a sí mismo y asentía de manera inconsciente.

—No es una herejía —murmuró en un momento dado—. Es una reinterpretación.

Pasó páginas.

—Y esto… esto no debería estar aquí.

Se levantó otra vez y buscó en una carpeta. Sacó una reproducción de un manuscrito medieval y lo puso al lado del libro para comparar ambos textos.

—Aquí falta una línea.

Volvió al códice.

—Aquí está.

Se sentía fascinado, sí, ante el hecho de estar delante de un manuscrito sobre el cual se habían suscitado muchas leyendas. Pero también algo defraudado porque esperaba que sus páginas contuvieran algo más que los relatos apócrifos de un hombre que llevaba siglos muerto. En su opinión, no había nada de peligroso en aquel manuscrito, nada que pudiera incomodar a la Iglesia. Y, sin embargo, parecía haber gente interesada en él. Eso es lo que decía Vega.

Ya estaba la tarde avanzada cuando se dio cuenta de que ni siquiera había comido. Tenía los ojos enrojecidos y la espalda rígida. Se obligó a cerrar el libro por un rato. Se levantó y fue hasta la ventana. Desde allí, se veían a lo lejos las montañas y deseó perderse en ellas. Un pensamiento fugaz que le trajo una idea nueva. Fue hasta una estantería y tomó una carpeta de color amarillo, bastante voluminosa. En ella guardaba recortes, artículos académicos, correspondencia antigua. Todos relacionados con textos perseguidos. Condenados. Desaparecidos.

En aquellos recortes se nombraba a organizaciones que, durante siglos, habían intentado controlar qué debía leerse y qué no. Organizaciones con nombres distintos pero valiéndose de los mismos métodos.

Consultó un documento.

—Ordo Lucis… Custodes… Vigilia Sancta…

Frunció el ceño. Muchos de esos grupos ya no existían. Otros, directamente se habían diluido. Pero todos tenían algo en común: habían perseguido textos como aquel.

En ese momento, su teléfono vibró. Era un mensaje de Vega.

Salgo ahora del anatómico. Voy para tu casa.

De acuerdo —respondió Ferenc de manera escueta antes de volver al trabajo.

¿Algún avance?

Alguno, sí.

No mentía en su mensaje. Había conseguido avanzar, pero no lo suficiente. Y luego había otra cosa, una presión en el pecho que había ido llegando de manera progresiva. Y sabía que el libro era la causa de aquella presión.

Sentía que el *Códex Execratio* lo estaba arrastrando a un territorio que llevaba años buscando, pero que ahora le causaba temor.

Y, sin embargo, volvió a abrirlo y siguió leyendo.

—Por necesidad —susurró en el silencio de su santuario.

29

Ferenc tardó en abrir la puerta y, cuando lo hizo, por su expresión parecía que acabara de salir de una cueva. Vega pensó que probablemente era así. Ya lo había visto en acción antes de marcharse de su casa, cuando ni siquiera había esperado a que ella se fuera para zambullirse en las páginas del manuscrito, así que sí, con toda seguridad salía de su propia cueva interior.

—Pasa —dijo, haciéndose a un lado—. Estaba dándole vueltas al manuscrito.

—¿Todavía?

El exprofesor la miró con gesto de extrañeza. Para él era algo obvio. Era su trabajo o, mejor, la obsesión de su vida. Desde niño se había sentido fascinado por la historia y, muy especialmente, por ese halo mágico de las leyendas que hablaban de mapas de tesoros, recetarios de pócimas y libros de magia. Su doctorado en literatura antigua fue una consecuencia natural para él.

Así que sí, si le hacían un regalo como aquel, si le permitían pasar unas horas con el *Códex Execratio*, el libro maldito atribuido al santo Tomás, no iba a desaprovechar ni un solo segundo en analizarlo de principio a fin.

Vega entró y luego los dos se dirigieron al despacho. Sobre el escritorio había desperdigados cientos de papeles llenos de anotaciones, una carpeta amarilla mal cerrada y el manuscrito, colocado con una precisión casi obsesiva, como si Ferenc temiera que el libro se moviera solo. Esa, la precisión con la que estaba dispuesto, era la única anomalía en la batalla campal de documentos en que se había convertido la mesa.

—Y bien —dijo Vega mientras deslizaba la vista por todas aquellas anotaciones sin sentido para ella—. ¿Has encontrado algo útil o me he metido en una vía muerta?

Ferenc no contestó de inmediato. Le acercó una silla a la chica, se sentó él también con parsimonia y luego señaló el códice con la lupa.

—Útil, sí. Concluyente, no. Y eso es lo que me irrita.

Vega lo miró, esperando.

—El texto —continuó él— no es una gran revelación. Hay capas, hay añadidos, hay interpolaciones. Se nota que ha pasado por manos distintas. Pero lo que hay dentro no es una bomba, Vega. No es un secreto que pueda tumbar un país, ni una frase que haga arder iglesias.

—Entonces, si mi teoría es cierta y quienes me siguieron van detrás del libro, ¿cuál es su motivación?

Ferenc le sostuvo la mirada.

—Porque alguien cree que ese libro no debería estar circulando. O porque alguien teme que acabe en las manos equivocadas.

—Eso suena a lo mismo.

—No lo es. —Hizo un gesto hacia la carpeta amarilla—. He estado revisando recortes, correspondencia y notas de otros investigadores. Cosas antiguas. Gente que dedicó su vida a perseguir textos como este, o a catalogarlos, o a enterrarlos.

—¿Quiénes? —Vega se inclinó un poco más sobre el escritorio, aunque siguiera sin comprender nada de lo que Sanedor había ido anotando.

Ferenc tomó uno de los recortes y lo dejó a la vista.

—No es algo nuevo. Desde siempre ha habido organizaciones vinculadas a la Iglesia que, movidas por el afán de preservar la ortodoxia, ejercieron una vigilancia estricta sobre los textos que circulaban entre los fieles. Hablo de silenciar evangelios apócrifos,

tratados heterodoxos y obras que cuestionaban la autoridad eclesiástica.

»No se trataba solo de censura, sino de la convicción de que ciertas ideas podían desestabilizar el edificio doctrinal que sostenía a la comunidad cristiana. Hubo grupos. Algunos con nombres pomposos. Otros con denominaciones que intentaban pasar por respetables. No todos eran clandestinos. Muchos operaban a plena luz, dentro de instituciones, con firmas y sellos.

—¿Como quiénes?

—Ordo Lucis… Vigilia Sancta… —leyó Ferenc tomando uno de sus papeles.

—¿Y esto? —Vega señaló una palabra rodeada en un margen.

Ferenc siguió la dirección de su dedo.

—Los *Custodes*, sí. Aparecen en un par de cartas, en una nota marginal de un profesor alemán y en un artículo de los años sesenta que no se publicó completo. No puedo asegurarte que fuera una organización como tal. Puede haber sido un apodo, un término interno, una forma de referirse a un círculo concreto.

—¿Y tú crees que todavía pueda existir? ¿Que siga operando?

—No tengo pruebas de eso. —El exprofesor habló con calma, midiendo lo que decía—. Lo que sí sé es que, cuando un texto ha sido perseguido durante siglos, no deja de ser perseguido porque de repente el mundo se vuelva moderno. Cambia la forma. Cambia el uniforme. A veces ni siquiera cambia la intención. Solo cambia el método.

Vega no dijo nada durante unos segundos. Se limitó a mirar el manuscrito, como si por fin estuviera aceptando lo que había intuido desde el principio: que no estaban ante una rareza académica, sino ante un documento que no traía maldiciones pero sí consecuencias.

—Yo no trabajo con teorías —dijo por fin—. Trabajo con hechos. Y el hecho es que han matado a alguien. El hecho es que intentaron llevarse a una chica en un hospital. Y el hecho es que hay gente que anda al acecho. Que el libro esté vinculado o no, todavía está por ver, pero cada vez tengo más claro que esconde más de lo que enseña.

Ferenc asintió y luego, sin mediar palabra, se puso en pie y fue hasta una de las estanterías que ocupaban la mayor parte de las paredes.

—Hay otra cosa —dijo sin volverse hacia Vega.

Aún estuvo de espaldas unos minutos, hojeando algo que Vega no alcanzaba a ver, antes de decidirse a volver al escritorio. En la mano llevaba un libro de tapas duras. Solo al dejarlo sobre la mesa pudo la detective comprobar que se trataba de una biografía de Elian Lysander, publicada por el mismo Sanedor.

—Vaya, así que también escritor —señaló Vega apuntando con su dedo al nombre escrito bajo el título—. Solo te conozco unas horas y ya me pareces una caja de sorpresas.

—Podría presumir de eso, pero mentiría. Esta edición la pagué yo de mi bolsillo. Quinientos ejemplares. Cuatrocientos ochenta siguen cogiendo polvo en el desván. —Ferenc hizo una pausa—. Pero hay algo que he recordado antes y que creo que encaja con todo esto.

Acto seguido, Sanedor abrió el libro por una página marcada y señaló un párrafo que había hacia el final.

—Aquí —dijo—. No es información oficial. Es una recopilación de rumores, testimonios indirectos, cartas privadas. Una parte es basura.

—¿Y por qué crees que encaja?

—Esta parte habla del padre de Elian, lord Edward Lysander, un aristócrata y diplomático inglés que tuvo gran relevancia en la Inglaterra de mediados del siglo pasado, antes de mudarse al País. Según se decía, durante años se estuvo moviendo en ambientes raros. Se hablaba de logias, de los masones. De gente con poder, con contactos, con demasiada facilidad para hacer que alguien deje de existir sin que nadie pregunte.

Vega lo miró con frialdad.

—Es una coincidencia, sí, pero me parece un argumento débil, demasiado metido con calzador.

—Lo sé. —Ferenc no se ofendió—. Pero hay un patrón. Y en ese patrón aparece el manuscrito, estoy convencido, como punto de paso. Un objeto que alguien quiso ocultar, recuperar o borrar.

—De acuerdo. Aceptemos pulpo como animal de compañía. Pero creo que todavía estamos lejos de saber quién es esa gente.

—¿Qué propones?

—Bueno, tú eres un ratón de biblioteca y yo una mujer de acción. Lo mejor es que tú te quedes aquí investigando mientras yo lo hago a pie de calle… A menos que tengas algo mejor que hacer.

—No creo que haya nada mejor que esto —sentenció Ferenc y a Vega le pareció que los ojos se le iluminaban como a un niño con un juguete nuevo.

Vega tomó aire.

—Cuida del libro.

—Lo haré.

—Bien.

—Y tú ten cuidado.

—Lo tendré.

—Bien.

Vega miró a aquel hombre peculiar y concluyó que le caía bien. Ahora ya no tenía tan claro si confiaba en él por necesidad o porque verdaderamente era una persona en la que podía depositar todas sus esperanzas. En cualquier caso, en ese momento estaba más convencida que nunca de que, si había alguien capaz de ayudarla a encontrar los secretos del manuscrito, era Ferenc Sanedor.

—Tengo que irme —le dijo mientras miraba la hora en el móvil.

Fue entonces, al mirar el teléfono, cuando reparó en un detalle que le había pasado desapercibido hasta entonces. No tenía ninguna llamada perdida, ningún mensaje de Conrad desde hacía horas. Sintió una sensación de frío de la que ya no pudo desprenderse.

Subió al coche y condujo lo más rápido que pudo por una ciudad a esas horas bastante solitaria. Las miradas al retrovisor eran constantes, pero lo que le preocupaba en ese instante no estaba detrás de ella, sino cuando llegara a su destino. Aparcó cerca del piso protegido, dejándolo lo mejor que pudo.

Subió por las escaleras a grandes zancadas, sintiendo el corazón desbocado. Al llegar al rellano encontró la puerta entreabierta. Sacó su pistola y la empujó con cautela. En la penumbra del recibidor se distinguía un bulto. Era uno de los hombres de Argus.

Estaba boca arriba, con los ojos abiertos, inmóviles. Tenía un disparo limpio en el pecho. No había teatralidad. No había mensaje. Solo eficacia.

Vega se agachó, tocó el cuello con dos dedos para confirmar la ausencia de pulso.

El segundo escolta estaba en el pasillo. En posición incómoda, doblado sobre sí mismo. También muerto. Con la misma limpieza.

La casa estaba revuelta, pero no saqueada. No era un robo. Era una búsqueda rápida. Cajones abiertos. Un cojín rasgado. Una silla volcada.

Y, en el salón, Conrad.

El corazón de Vega, que todavía no se había recuperado de la rápida ascensión por las escaleras, amenazó con salírsele por la boca. Movida por un impulso natural y dejando a un lado toda cautela, corrió hacia él. Había sangre en su costado izquierdo. Una mancha abundante y reciente.

—Conrad.

Estaba vivo, al menos por el momento. Incluso intentó hablar, pero el aire le salió en un sonido roto. Vega presionó con la mano donde estaba la herida. Notó el calor, la humedad roja.

—No te muevas —le dijo con firmeza—. No me hagas esto ahora.

Conrad parpadeó, desorientado, antes de perder la consciencia. Vega comprobó el pulso y vio que aún tenía. Aquella certeza solo suponía un alivio momentáneo. Se obligó a mantener la cabeza fría. Tomó de nuevo el arma y fue habitación por habitación. No había nadie. Eso significaba que tampoco estaba Talía.

Sacó el móvil y marcó el número de Argus con el dedo ensangrentado.

—Argus —dijo en cuanto contestó—. Han entrado. Tus hombres están muertos. Conrad está herido. Talía… Talía ha desaparecido.

—¿Dónde estás? —preguntó el policía con premura.

—En el piso.

—Sal de ahí.

—No sin Conrad.

—Vega, sal de ahí. ¡Ahora!

Ella no contestó y el policía supo lo que significaba.

—Voy de camino. —La voz de Argus era distinta, más excitada —. Cierra la puerta. Y si oyes algo, no te hagas la heroína.

Vega colgó sin responder.

Miró a Conrad.

—Aguanta —dijo zarandeándolo un poco—. Aguanta porque, si no aguantas, te juro que pisotearé tu tumba cuando ya estés muerto.

Se puso en pie y colocó una almohada debajo de la cabeza de Conrad. Mientras lo hacía, pensó en Talía y sintió el peso de la culpabilidad. Le había prometido que la protegería y le había fallado. Trató de liberarse de ese peso. No era momento de dejarse llevar por las emociones. Era momento de reaccionar, de actuar.

Analizó el piso con detenimiento, como queriendo memorizar cada centímetro del mismo. Algún indicio, alguna pista, alguna huella.

No sabía si tendría la oportunidad de rescatar a la chica. No sabía cuánto tiempo le quedaba a Conrad. Pero lo que sí sabía con absoluta claridad es que aquel asunto se había convertido en algo personal y llegaría donde fuera para restaurar el equilibrio que esos mal nacidos habían roto.

30

Mientras la ambulancia recorría a toda velocidad las calles de la capital, Vega se perdía en la contemplación del reflejo de las luces a través de una de las ventanillas traseras del vehículo. Tenía la mano de Conrad fuertemente sujeta y solo era capaz de repetir, como si de un mantra se tratara, la misma palabra una y otra vez.

—Aguanta, aguanta, aguanta…

Cuando conseguía salir de ese trance, bien porque la ambulancia daba un frenazo, bien porque pegaba un giro brusco, la chica miraba primero al librero y luego al sanitario que lo atendía y revisaba los monitores sin decir nada. Luego, se sumía de nuevo en ese letargo voluntario, como única forma de evadirse de la situación y aferrarse a ella al mismo tiempo.

Con la llegada al hospital, todo se aceleró de golpe. Las puertas de urgencias se abrieron antes de que la ambulancia se detuviera por completo y dos celadores salieron a su encuentro con una camilla. Vega se apartó lo justo para dejarlos trabajar mientras el equipo sanitario seguía dando indicaciones rápidas, precisas, casi mecánicas.

Un par de policías uniformados ya esperaban en la entrada. Uno de ellos habló con el sanitario mientras señalaba a Vega de reojo.

—Pulso débil, pero estable —escuchó decir a un médico mientras trasladaban a Conrad al interior—. Necesitamos quirófano.

Vega se quedó en mitad del pasillo, observando aquellas puertas que todavía bailaban movidas por su propia inercia. Luego, se obligó a sentarse en la sala de espera y cerró los ojos por un instante. La sombra de un momento del que no había sido testigo apareció ante sus ojos. Conrad tratando de impedir que se llevaran a Talía. Conrad abatido por un disparo. Talía muerta de miedo, tratando de gritar,

reducida por un par de matones, encerrada en cualquier agujero oscuro y húmedo.

Se puso en pie de nuevo, caminó en círculo dentro de la sala de espera. Habría querido salir corriendo, escapar de allí, escapar de todo, pero el hombre que la había convertido en la mujer que era ahora, se debatía entre la vida y la muerte en un quirófano y había un cordón umbilical invisible que lo unía a él más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Por eso estaría en aquella maldita sala de espera hasta que tuviera noticias de Conrad, hasta que el médico le asegurara que estaba fuera de peligro. Solo cuando eso ocurriera, iría a buscar a Talía.

Argus apareció unos diez minutos después. Iba en mangas de camisa a pesar del frío que debía hacer fuera, la corbata desanudada y de medio lado. Se le veía cansado, delgado incluso. Pero allí estaba de nuevo, junto a ella, aunque no le debiera nada. Esa era otra de esas cosas que Vega jamás admitiría, pero aquel policía de mirada lánguida y expresión seria era de las pocas certezas que había en su vida.

—¿Cómo está? —preguntó en cuanto se sentó a su lado.

—En quirófano —respondió ella—. Ha perdido mucha sangre.

Argus asintió.

—Mis hombres están con la científica y con la judicial. Ya han acordonado la zona.

Se acercó a ella con intención de abrazarla pero en última instancia no se decidió.

—Esto ya no es extraoficial —añadió al cabo de un rato—. Con dos agentes muertos, el caso pasa a procedimiento. Ya no podemos movernos en la sombra.

Vega asintió lentamente. Lo sabía, pero oírlo en voz alta lo hacía real.

—¿Y Talía? —preguntó casi en un susurro. Le daba miedo la respuesta.

—No hay rastro —dijo Argus—. Pero vamos a encontrarla.

Vega deseaba que le hubiera dado otra respuesta, pero era consciente de que había pasado muy poco tiempo. Aun así, tuvo que contener las ganas de echarse a llorar. Por la rabia contenida, por la tensión, por la manera en que se había torcido todo.

Durante un rato no hablaron y solo los sonidos cotidianos del hospital se dejaron notar en la pequeña sala de espera. Una máquina de bebidas que hacía ruido al fondo del pasillo. Un celador que pasó empujando una camilla vacía.

El tiempo parecía seguir su marcha ajeno a las desgracias humanas.

Al cabo de casi una hora que se hizo eterna, el médico se acercó.

—¿Familiares de Conrad Nego?

—Yo —dijo Vega levantándose casi de un salto.

—La intervención ha ido bien. La herida era profunda, pero no ha tocado órganos vitales. Está estable. Pasará a UCI esta noche.

Ella soltó el aire despacio.

—¿Puedo verlo?

—En unas horas.

El médico se marchó y Vega volvió a sentarse. Le temblaban un poco las manos, pero no era consciente de ese detalle. Argus sí, así que se las cogió con delicadeza.

—Trata de respirar. Ya lo has oído, está estable. Dentro de poco, ese viejo cascarrabias estará como nuevo.

La chica no se rio ante la ocurrencia. Se quedó en silencio, pensativa.

En ese instante, el móvil de Argus vibró.

—Tengo algo —dijo, mostrándoselo a ella.

Vega se acercó. En la pantalla se reproducía un vídeo borroso, captado desde una cámara de seguridad. La imagen mostraba el portal del edificio y parte de la calle. Una furgoneta blanca aparecía en el encuadre durante unos segundos.

—Llevamos desde que saliste en la ambulancia cruzando cámaras —explicó—. No es gran cosa, pero…

La imagen avanzó. Dos hombres descendían del vehículo y desaparecían en el interior del edificio. Minutos después, volvían a salir.

Uno de ellos llevaba algo en brazos.

Vega sintió cómo se le encogía el estómago.

—Para.

Argus detuvo la reproducción.

—Retrocede.

El hombre volvió a aparecer en pantalla. Esta vez, Vega se fijó en su rostro.

—Es ese, el que estuvo en el hospital. El que trató de llevarse a Talía.

—¿Estás segura? —preguntó Argus.

—Lo es… o alguien muy parecido.

El silencio que siguió fue denso, incómodo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella—. Para dar con esos cabrones.

—Horas, con suerte. Si no cometen errores, días. Buscaremos coincidencias, revisaremos los archivos por si ese tío está fichado. Es cuestión de tiempo que tengamos un nombre. Mi gente ya está analizando el vehículo, las rutas. Mañana enviaré a dos agentes para que pregunten en talleres y gasolineras.

No era suficiente. A Vega no se lo parecía.

—Si hubiera llegado antes…

—No te hagas eso.

—Si no lo hubiera llevado…

—Para, por favor. —Esta vez Argus le sujetó las manos con mayor fuerza—. Ahora mismo crees que le has fallado a todo el mundo, te consideras la única culpable de lo que ha ocurrido. Lo entiendo, yo he pasado por ahí, pero no te equivoques. Los culpables están ahora ahí fuera y solo es cuestión de tiempo que los encontremos.

—Talía…

—También a ella. Y estará viva, te lo aseguro.

—Eso no me lo puedes asegurar —replicó Vega girándose hacia el policía. Luego, se incorporó con la decisión que le había faltado desde que subiera a la ambulancia.

Vega se dirigió a la única ventana que tenía la sala de espera y se apoyó en ella, mirando de frente al policía. También ella estaba cansada, pero no podía parar, era un privilegio que le habían robado aquellos cabrones de la furgoneta blanca.

—Si le pasa algo…

—No le va a pasar.

—No me mientas, Argus.

—No lo estoy haciendo —dijo él poniéndose en pie y acercándose a ella, hasta quedar frente a frente.

Durante un segundo, ninguno de los dos habló. Vega apoyó la frente en su hombro sin pensarlo. Argus dudó un instante y luego le pasó el brazo por la espalda.

—A veces creo que no estoy hecha para esto —murmuró ella.

—Nadie está preparado para esto.

Vega levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Había un brillo diferente en los suyos. Más cercano, más cálido. El beso se produjo de manera natural. Un contacto tierno, sin palabras ni prisas, que trajo de vuelta sentimientos que creía olvidados.

Pero en ese instante, era lo que necesitaba.

Se separaron casi enseguida.

—Esto no cambia nada —dijo ella.

—No —respondió él—. Solo complica las cosas.

—Genial.

Argus esbozó una sonrisa que no llegó a serlo del todo y luego su expresión cambió por completo.

—Voy a mover a todo el mundo —añadió—. No voy a parar.

—Yo tampoco.

—Tú deberías descansar un poco.

—Ahora no, ahora no puedo.

Él asintió.

—Te aviso en cuanto tenga algo —le dijo. Luego, le acarició la mejilla con un gesto fugaz y salió de la sala de espera.

Vega volvió a sentarse. Miró hacia el pasillo hasta que Argus desapareció al final del mismo. Luego centró la atención en la puerta por la que había salido el médico. Más allá, en una de las tantas puertas de aquel hospital, Conrad yacía en una cama, luchando todavía por mantenerse en este mundo.

Pensó en él. Pensó en Talía.

Y en que cada minuto contaba, aunque nadie pudiera decirle de cuántos disponía.

31

Hacia las tres de la madrugada una enfermera fue a buscar a Vega para informarle de que ya podía ver a Conrad. Al entrar en la habitación, sintió cómo se le encogía el estómago. Estaba cubierto de tubos y una máquina se ocupaba de controlar su respiración. La chica hizo un esfuerzo sobrehumano por contener el llanto.

Se sentó en una silla incómoda y le cogió la mano. Como había hecho en el piso protegido cuando la vida se le escapaba por la herida de bala. Cuando había ido con él en la ambulancia. En esa posición, trató de dormir algo sin demasiada suerte. Tenía los ojos irritados y la cabeza embotada, pero el cuerpo seguía funcionando por pura inercia.

Conrad respiraba con regularidad. Su rostro parecía más relajado y en algunos momentos Vega tenía la sensación de que también él a veces le apretaba la mano. Sabía que solo era eso, una sensación, sus irrefrenables ganas de que despertase, de que le dedicara una sonrisa, de que le hablara, que le contara una de las tantas batallitas que decía haber vivido.

—Nunca te he dado las gracias por lo que has hecho por mí —murmuró Vega dejando escapar un suspiro—. Que vieras en mí algo que nadie más veía… Incluso cuando te estaba robando.

Guardó silencio un momento. Esperando una reacción por parte de él. Deseando que abriera los ojos y aceptara con agrado que al fin ella reconociera que su intención era robar aquel ejemplar de Sherlock Holmes. Pero no, Conrad seguía igual.

—Nunca me he preguntado por mis orígenes —continuó la chica tras esa pausa—. Nunca he querido saber quiénes eran mis padres. No he sentido la necesidad de saberlo. No tuve esa necesidad en mis tiempos de Santa Rosalía y mucho menos cuando tú me encontraste. Porque, ya sabes… Eres para mí…

Vega no fue capaz de decir esa palabra. Aunque la sintiera. Aunque Conrad no pudiera oírla.

—Necesito que despiertes. Te necesito.

Esta vez sí, se abandonó al llanto y, antes de que fuera consciente, se quedó dormida. Despertó cuando los primeros rayos de sol se filtraban a través de la ventana. En ese instante, oyó unos pasos que se acercaban y luego la puerta de la habitación que se abría. Se levantó al comprobar que se trataba del médico.

—Buenos días, señorita Baker.

—¿Cómo sigue?

—Estable. Las próximas veinticuatro horas son clave, pero no esperamos complicaciones. Ha tenido suerte.

—¿Está fuera de peligro?

—Lo está.

—Gracias.

El médico se marchó y Vega salió al pasillo. Necesitaba respirar, dejar paso al alivio que estaba buscando desde que todo se fuera al traste. Se serenó y marcó el número de Argus.

—Necesito que vengas. Estoy en la planta tres. Habitación 317.

—Buenos días también para ti, Vega —saludó Argus con tono irónico—. ¿Hay algo más que necesites de mí? ¿Un café? ¿Unos donuts?

—Solo que me pongas al día —contestó ella de manera seca y el policía tuvo claro que quien le hablaba era la versión más fría de Vega.

—Voy para allá.

Tardó menos de diez minutos.

—Tenemos algo —dijo nada más llegar—. Pero no es suficiente.

—Está bien. —Vega asintió con la cabeza—. Quiero colaborar en la investigación.

—Tengo a un equipo trabajando en ello. A los mejores. Y esto ya no depende solo de mí. A partir de ahora debo responder por cada una de mis decisiones.

—Me da lo mismo. Voy a buscar a esos tíos, contigo o sin ti.

—¿Qué pasa con Conrad?

—Está fuera de peligro, me lo ha confirmado el médico. —La chica hizo una pausa—. Y yo me voy a volver loca si no encuentro a Talía con vida. Necesito ir y necesito que lo entiendas.

Argus la miró con expresión sombría, tratando de mostrar todavía una resistencia que no era tal. Conocía de sobra el carácter obstinado de Vega como para ignorar el hecho de que esa batalla la tenía perdida de antemano. Finalmente, hizo un gesto de asentimiento y los dos salieron del edificio.

—No debería decirte esto, pero me lo vas a sacar antes o después, así que… —Argus sacó su móvil y se lo pasó—. Tengo a gente revisando cámaras —le explicó el policía mientras conducía por el centro de la ciudad—. Llevan horas con ello. Es posible que podamos establecer una secuencia que nos permita saber de dónde venía o hacía dónde se dirigía esa furgoneta blanca.

Vega no dijo nada ante el comentario de Argus y, cuando este la notó más callada que de costumbre, se giró un momento a mirarla. Tenía una expresión pensativa que también conocía.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—No lo sé. Es algo que me acaba de pasar por la cabeza. ¿Habéis revisado cámaras cercanas a mi casa?

—Lo cierto es que no.

—Esa gente buscaba a Talía, pero posiblemente también me buscara a mí como forma de dar con ella.

—No cuesta nada probar —dijo el policía cambiando el sentido de la marcha.

El vehículo llegó a la calle Baker quince minutos después. Aparcaron justo delante de Libros Nego y se bajaron. Vega miró con un punto de tristeza la persiana echada de la librería. En los años que conocía a Conrad, no había fallado ni un solo día. El establecimiento abría incluso los domingos, aunque prácticamente nadie entrara a comprar alguno de los muchos libros que se exponían en el interior. Si ese día estaba cerrado era a causa de algo que nunca debería haber ocurrido.

—Lo más probable es que la joyería aquella de la esquina tenga cámaras de seguridad —le dijo Argus para desviar la atención de lo que fuera que ella estuviera pensando—. ¿Vamos?

Cruzaron la calle y se dirigieron a la joyería. Vega conocía al propietario, un hombre mayor con edad como para haberse jubilado ya. Había cruzado un par de frases con él y poco más. Cuando llamaron al timbre, la miró no obstante con desconfianza. A ella y Argus.

El policía sacó su credencial y se identificó de manera seca, sin entrar en detalles. Lo suficiente para que el hombre entendiera que no era un problema menor.

—Tengo cámaras, sí —dijo el joyero—. Pero si esto es como en las películas, creo que deben traer una orden.

—Solo queremos ver las grabaciones —respondió Argus—. —Si encontramos algo relevante, entonces sí, lo pediremos por vía judicial.

El joyero, cruzado en mitad de la puerta, no parecía dispuesto a colaborar. El policía trató de razonar con él de todas las formas posibles sin que este se moviera de su postura inicial. Vega, que había estado callada todo el rato, decidió intervenir.

—Conrad Nego está en el hospital —le dijo al hombre—. Por culpa de un disparo. Debatiéndose entre la vida y la muerte. Las personas a las que buscamos son las responsables. Puede que esas grabaciones nos ayuden a encontrarlos.

Cuando el joyero oyó ese nombre —Conrad Nego— sus ojos se abrieron por completo y sus cejas blancas se elevaron un par de centímetros. El librero, con sus luces y sus sombras, había conseguido ganarse el respeto de todos sus vecinos y aquel anciano no era una excepción.

Asintió despacio y luego los llevó a un cuarto trasero donde había una pantalla y un sistema de grabación.

—¿Día?

—Tuvo que ser después de que intentaran llevarse a Vega del hospital, así que once días atrás. El 15.

Las imágenes se sucedieron con la monotonía de una calle cualquiera: gente, bolsas, perros, un repartidor, un coche mal aparcado.

Hasta que apareció la furgoneta blanca.

Detuvieron el vídeo. En la imagen se veían a los mismos dos hombres bajando y dirigiéndose en direcciones opuestas. Uno, con toda probabilidad el mismo del hospital a tenor por su complexión fuerte, se alejó de la joyería y se apostó en un ángulo alejado de la misma. El otro se ajustó la gorra y caminó hacia un portal situado frente a la librería.

—Dale atrás —dijo Argus.

Repitieron el tramo. Esta vez, el tipo aquel giró el rostro hacia la cámara durante un segundo y eso bastó para que se le viera con claridad.

—Ese no es el del hospital —dijo Vega.

—No —confirmó Argus—. Es otro.

Los dos se inclinaron hacia la pantalla. No era un rostro que se pudiera calificar como «memorable». Lo cual era parte del problema. Sin embargo, había algo en la forma de moverse, una cojera en la pierna derecha, que le daba un rasgo identificativo.

Argus hizo una foto con el móvil, tratando de que fuera lo más limpia posible, y luego la envió a su equipo.

—Crucemos los dedos para que ese tío esté fichado. De ser así, tenemos muchas posibilidades de dar con él.

—Si es necesario, cruzaré hasta los de los pies —dijo Vega sin cambiar el semblante serio que la acompañaba desde el tiroteo de la noche anterior.

Le dieron las gracias al joyero y salieron del local. Cuando se dirigían de nuevo al vehículo, Argus propuso tomar un café y Vega accedió. Lo cierto es que, los últimos acontecimientos y la noche en el hospital le habían robado horas de sueño y sentía que se le cerraban los ojos.

El bar tenía mesas pegadas y luz blanca. Argus pidió dos cafés sin preguntar. Vega no protestó. Sabía cómo le gustaba tomarlo, de la misma forma que le gustaba estar en todos los detalles. Sobre todo si tenían que ver con ella.

Se sentaron en una esquina, cerca de la cristalera. Era un lugar demasiado común para lo que estaban hablando, y eso lo hacía más soportable. Aprovecharon ese momento de quietud para traer de vuelta tiempos pasados. Los días de universidad y también esos

otros en los que habían mantenido una relación a veces tortuosa en exceso.

—Ayer… —vaciló Argus en un momento dado, como midiendo hasta dónde podía llegar—. Lo de anoche.

—No —atajó Vega con una mirada fría.

No fue un corte cruel. Era el límite que necesitaba en esos momentos y en esas circunstancias. Argus lo aceptó. Como hacía siempre, aunque no le agradara. Luego bebieron en un silencio que no resultaba cómodo para ninguno de los dos

El móvil de Argus vibró y rompió ese momento de incomodidad. Miró la pantalla y su expresión cambió lo justo.

—Tenemos coincidencia.

—¿También un nombre? —preguntó Vega tratando de contener su impaciencia.

—León Palenka. Está fichado. Un caso viejo de agresión en un servicio, por vínculos con una empresa pantalla que ya ha salido en otros asuntos. Nada que lo haya llevado a juicio, pero sí suficiente para que esté registrado en la base de datos. Tenemos su último domicilio conocido.

—¿Entonces a qué esperamos?

La vivienda estaba en una zona residencial de las afueras. Bloques tranquilos. Calles limpias. Aparcamientos en batería. Un sitio donde nadie espera ver policías con chalecos. Argus había hecho llamar a un dispositivo de cinco agentes. Algo eficiente aunque discreto. No les convenía montar un circo.

El dispositivo se desplegó para cubrir todo el perímetro. Vega subió con Argus y se quedaron a una distancia pruedencial mientras los agentes llamaban a la puerta.

Silencio.

Hicieron un par de intentos más y, ante la falta de respuesta, informaron a su jefe.

—Posible riesgo para la víctima —indicó Argus. Como respuesta, el operativo desplegado forzó la cerradura y los agentes accedieron a la vivienda.

Dentro no había nadie, pero sí señales de que el piso estaba habitado. Había un plato con restos de comida fría en el salón y un cenicero atestado de cigarros.

Argus salió al pasillo. Habló con un agente. Vega lo siguió.

—Esto puede no llevarnos a nada —dijo él en voz baja—. Puede que Palenka no vuelva por aquí o que tarde días en hacerlo.

—Eso no lo sabes.

—No, no lo sé, pero lo que sí sé es que, cuantas más horas pasen, menos posibilidades tiene Talía de estar viva. No podemos esperar a que ese tío aparezca. Hay que actuar, adelantarse.

—¿Qué me estás proponiendo?

—Hay un sitio donde podemos buscar de verdad —respondió Argus con cara de granito.

Vega lo miró, ya sabiendo la respuesta.

—Santa Rosalía.

—Sí. Registrarlo todo. A la antigua. Hablar con todas esas monjas. Presionar donde duela.

—No podemos hacer eso.

—Vega…

—Se lo prometí a sor Eloísa.

—¿Se lo prometiste? ¿En serio? ¿Piensas poner en riesgo la vida de Talía por una promesa? —soltó Argus, sin elevar la voz, pero con el filo justo.

Vega se quedó inmóvil, con los ojos húmedos.

—La vamos a encontrar.

—Sí, la vamos a encontrar, pero podemos hacerlo antes.

—No lo vamos a hacer a tu modo —sentenció ella—. Si entramos allí con un operativo, lo convertiremos en un escándalo, y entonces sí que no vamos a encontrar nada. Y tú lo sabes.

Argus respiró hondo, conteniéndose.

—Esto no va de orgullo.

—No. Va de control.

Hubo un silencio tenso, corto. Argus cedió una vez más y se preguntó cuándo sería capaz de ganarle una batalla.

—De momento, vale. Pero no te prometo nada.

Fue entonces cuando un agente salió de la cocina y se acercó a Argus con una bolsa de pruebas en la mano.

—Jefe.

Argus se volvió.

—¿Qué?

El agente levantó la bolsa.

—Hemos encontrado algo.

32

Todavía con las pulsaciones aceleradas por el cambio de impresiones que acababa de tener con Vega, Argus abrió la bolsa despacio. Miró su contenido y luego al agente.

—Esto es basura —le dijo con cara de pocos amigos—. ¿Por qué me traes la basura de ese tío?

El agente le pidió permiso para coger la bolsa y, con dos dedos, sacó del interior un envase de cartón. En uno de los laterales figuraba el nombre del restaurante de comida tailandesa de donde procedía. El Lotus Sagrado, se podía leer en letras rojas adornadas con filigranas.

Argus Norman se encogió de hombros y lo animó a explicarse.

—Conozco este sitio —dijo—. Está junto a las naves de la zona portuaria, cerca de la calle Maremágnum. A mi mujer le gusta la comida de allí y a veces me toca ir a comprarla.

—De acuerdo, continúa —le pidió su jefe con Vega expectante, los dos interesados en saber adónde quería ir el agente.

—El restaurante está a unos quince kilómetros de aquí. No tiene mucho sentido que el tal Palenka comprara la comida tan lejos.

—Pudo pedirla para que se la trajeran. —Argus negó con la cabeza.

—Por eso me toca ir a por ella cuando a mi mujer le da el antojo, jefe, porque no tienen servicio a domicilio.

Vega y Argus se miraron y luego volvieron al envase de El Lotus Sagrado, todavía sujeto por el agente.

—Esa zona del puerto no tiene mucho movimiento —dijo ella—. Un lugar discreto para tener a alguien retenido. El sitio perfecto para

pasar desapercibido.

—Es lo único que tenemos —añadió Argus—. Y ahora mismo es suficiente.

—De acuerdo. —Argus se volvió hacia su subordinado—. Quiero a los de la científica aquí ya. Que revisen cada centímetro de este apartamento. Nosotros nos vamos de turismo al puerto.

Llegaron a El Lotus Sagrado cuarenta y cinco minutos después. La persiana del local estaba medio bajada, pero se notaba actividad en el interior. Argus la empujó hacia arriba hasta dejar el camino libre y dio varios golpes en la puerta con el puño. Se oyeron pasos y luego el sonido de la cerradura al abrirse.

—Está cerrado —les informó un chico joven con el pelo despeinado y cara de sueño.

—Somos de la policía. —Argus le mostró la credencial y una fotografía en el móvil—. ¿Le suena haber visto a este hombre en el restaurante? Tuvo que venir a comprar comida para llevar.

—No me suena. —El chico hizo un esfuerzo por analizar bien la foto antes de contestar—. Trabajo de pinche, rara vez salgo fuera de la cocina.

—¿Y las grabaciones, podemos verlas? —insistió Argus señalando una cámara instalada en un rincón del techo.

—De eso se encarga mi jefe.

—Está bien. ¿Cuándo podemos hablar con tu jefe?

—Vendrá en una hora más o menos —respondió el chico de manera vaga mientras se encogía de hombros.

El policía dejó escapar un bufido de contrariedad.

—Enséñale la foto de la furgoneta —le sugirió Vega a Argus cuando este ya se daba la vuelta.

—Sí, pasa a veces por delante —dijo el chico mirando de nuevo el móvil—. La veo dirigirse hacia la zona norte cuando salgo a fumar.

Los tres vehículos en que se movía el dispositivo peinaron la zona en busca de la furgoneta. Palmo a palmo, calle por calle. Finalmente, la encontraron frente a una nave gris con puerta enrollable.

—La tenemos —dijo Argus con un tono triunfante en su voz.

El policía habló con su equipo y prepararon la entrada. Una planificación rápida pero metódica, profesional. Cuando estuvieron preparados, Argus se volvió a Vega.

—Tú te quedas aquí.

—No pienso quedarme al margen.

—No es una discusión —cortó Argus—. Es un operativo. Y tú no formas parte de él.

Vega sostuvo su mirada un instante.

—Entonces no tardes —dijo al final.

Argus asintió y se dirigió con sus hombres hacia la nave.

Se pegaron a la pared y esperaron.

—Cámara interior —susurró uno de los agentes, señalando un pequeño objetivo negro sobre el marco de la puerta.

—¿Activa?

—Sí.

Argus hizo un gesto y uno de sus hombres levantó el arma. Disparó y la lente estalló en mil fragmentos.

—Me parece que nos hemos quedado sin el factor sorpresa —murmuró uno de los agentes.

—Probablemente —respondió Argus.

No esperaron más. El ariete golpeó la puerta varias veces hasta que esta cedió con un estruendo metálico.

Entraron.

El primer sicario, el del hospital, ya los esperaba. Estaba a cinco metros, junto a una estantería. Tenía el arma levantada, pero sus balas se perdieron más allá de los policías. Dos disparos secos lo lanzaron contra el suelo antes de que pudiera moverse.

El segundo no estaba allí. Los agentes se desplegaron con cautela, cubriéndose los unos a los otros. De pronto, comenzó a disparar desde una sala situada al fondo. Una bala impactó en el hombro de un agente, que cayó de rodillas con un grito ahogado.

Los policías respondieron al fuego y el sicario retrocedió, buscando cobertura tras un tabique de pladur reforzado. Disparaba sin exponerse, con calma, calculando. Era evidente que no estaba improvisando.

Oyó a Argus hablar por radio.

—Flanco derecho. Ahora.

Dos agentes se desplazaron sin hacer ruido mientras el sicario seguía disparando. Hasta que se quedó sin munición. A pesar de todo, como por instinto, siguió intentándolo con un clic constante que solo sirvió para que los agentes tuvieran claro que ya no le quedaban balas.

—¡Señor Palenka! —le gritó Argus desde su posición—. ¡Lo tenemos rodeado! ¡Quiero que tire su arma y salga con las manos en alto!

Se produjo un silencio tenso y luego el sonido metálico de la pistola contra el hormigón del suelo.

—¡Está bien! ¡Voy a salir!

Palenka avanzó unos pasos en dirección a los agentes con las manos sobre su cabeza pero, de repente, realizó un movimiento rápido con intención de lanzar un cuchillo que llevaba escondido en la manga. Argus no dudó. Dos disparos limpios y el hombre cayó de espaldas, sin un sonido.

Todo quedó en silencio.

—Zona asegurada —se oyó decir a uno de los agentes.

—Buscadla —ordenó Argus.

Vega esperaba fuera, contando los segundos con una ansiedad creciente.

Cuando Argus dio la señal de zona asegurada, entró sin esperar a que nadie se lo impidiera.

Buscó a la desesperada, hasta que dio con una puerta cerrada por fuera. Arrancó el pestillo oxidado de un tirón.

Dentro, Talía estaba sentada en el suelo, con las muñecas atadas a una columna, enrojecidas. Tenía el rostro descompuesto. Al levantar la cabeza, Vega pudo constatar con rabia que le habían golpeado la cara, posiblemente para sacarle la información que andaban buscando.

—Vega —murmuró incrédula.

Ella se arrodilló frente a la chica y la abrazó con suavidad, como temiendo hacerle daño, consciente de su fragilidad.

—Ya está. Ya pasó.

Talía tardó un segundo en reaccionar. Luego se aferró a ella con una fuerza inesperada.

—Pensé que no ibas a volver.

—Lo siento —le susurró Vega al oído cerrando los ojos—. Lo siento.

Argus apareció en el umbral con una manta que le ofreció a Vega. Esta cubrió a la chica con ella y la ayudó a levantarse.

—La ambulancia está en camino —informó el policía.

—Gracias, Argus… por todo.

Este asintió en silencio.

—Creía que ya no valía para el trabajo de campo —dijo esbozando una sonrisa—, pero no lo he hecho tan mal.

—Supongo que es como montar en bicicleta —añadió ella devolviéndole la sonrisa.

Cuando salieron al exterior, el dispositivo había aumentado considerablemente. Había media docena de coches de policía y varias ambulancias. Un par de agentes habían acordonado la zona aledaña a la nave industrial a pesar de que apenas había nadie. El agente herido estaba en una camilla y algo más allá, los dos cuerpos cubiertos.

—Me temo que esos dos ya no van a poder contarnos nada —dijo Argus señalando a los sicarios muertos.

—Encontraremos la forma —aseguró la detective mientras acompañaba a la novicia a una de las ambulancias.

33

Talía no se soltó de Vega en ningún momento. Ni cuando iban en la ambulancia, ni cuando le hicieron el primer chequeo en urgencias, ni tampoco cuando la trasladaron a planta. Se aferraba a su mano como si fuera la única certidumbre en un mundo que se había vuelto oscuro para ella. La detective podía entenderlo bien.

Con sus luces y sus sombras, Santa Rosalía ofrecía orden, seguridad, un suelo firme sobre el que sujetarse. Privada de los muros del convento, el mundo de fuera actuaba como un depredador cruel e impasible que no iba a desaprovechar la ocasión de devorarla a poco que se descuidara.

Ella lo había vivido una década antes, cuando decidió abandonar el convento y Talía, no solo había experimentado ese contraste entre lo de dentro y lo de fuera, sino que además había sido víctima de un ataque y de un secuestro posterior. Así que entendía perfectamente que no quisiera que Vega se alejara ni un centímetro.

Sentada en la cama del hospital, con las rodillas recogidas contra el pecho y una manta demasiado fina para la sensación de frío que aún llevaba dentro, parecía un juguete roto de difícil reparación. Vega permanecía a su lado, sin tocarla, sin apurarla, con esa paciencia aprendida a base de perder demasiadas batallas.

—No recuerdo cuándo fue exactamente —murmuró Talía al fin —. Allí… el tiempo no era como aquí.

—De acuerdo. —La detective la miraba fijamente, prestándole toda su atención.

Talía apretó los labios y continuó hablando.

—Entraba algo de luz a través del techo y eso me permitía saber si era de día o de noche, pero al final todo se confunde. —La chica

tenía la mirada perdida—. Esos hombres venían por turnos. Eran dos. Siempre los mismos. Uno hablaba más. El otro casi nada.

—¿Los veías? —preguntó Vega.

—No mucho. Solo cuando me traían algo de comer y cuando… —En ese instante, la chica se echó a llorar.

—Tranquila —le dijo Vega acariciándole la mejilla—. Ahora ya no te pueden hacer daño.

Talía trató de serenarse antes de volver a hablar. Cuando consiguió reponerse, continuó con su relato.

—Venían a veces. Me preguntaban por el libro. ¡Yo no se lo quería decir! ¡Te lo prometo! Pero… pero me hacían daño. Me golpeaban en la cara. Así que se lo dije, les dije que lo tenías tú. ¡Lo siento, Vega, de verdad! Yo creía… creía…

—¡Shhhhhh! No tienes que pedirme disculpas. Hiciste lo que tenías que hacer. Has sido muy valiente.

Hubo una pausa en la que ambas se miraron sin más.

—Una noche apareció otro hombre —prosiguió Talía tras ese silencio.

Vega levantó ligeramente la cabeza.

—¿Otro?

—Sí. No era ninguno de ellos.

—¿Lo viste?

—No. Esa vez me taparon los ojos. Pero su voz era distinta. Más… baja. Más tranquila.

Talía cerró los ojos.

—Y hacía ruido.

—¿Qué tipo de ruido?

—Como… como si golpeara algo metálico. Una y otra vez. Tac. Tac. Tac. Siempre igual. No paraba.

—De acuerdo. ¿Pasó algo esa noche?

—No. Los otros dos volvieron a entrar cuando ese hombre se marchó. Me preguntaron por ti, por tu familia, por tus amigos… Les dije que no sabía nada y no les mentía. Por suerte, esta vez no me pegaron. Solo me dijeron… —A Talía se le humedecieron de nuevo los ojos—. Me dijeron que pronto se acabaría todo. Lo dijeron enseñándome la pistola. ¡Creía que estaba todo perdido! Me hice a la idea de que no iba a salir con vida de allí.

Vega apretó los dientes, sin que se le notara.

—Después… ya no me preguntaron más. Me dejaron sola. Atada. A oscuras.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Mucho. Tenía frío y olía mal, a humedad. —La chica tragó saliva—. Y luego la puerta se abrió de nuevo y apareciste tú. Creía que estaba muerta y tú viniste a salvarme, viniste a buscarme.

Vega se sentó a su lado en la cama, sin soltarle la mano.

—Siento haber tardado tanto.

—Gracias —dijo Talía apoyando su cabeza en el hombro de Vega.

Se quedaron un buen rato abrazadas, sin decir nada más. Sintiendo la respiración de la una acomodándose a la de la otra. Luego, la detective se incorporó y la acarició una vez más.

—Debo hacer una cosa.

—¡No te vayas! —le suplicó la chica agarrándose todavía con más fuerza.

—Tengo que ver a alguien.

—Te acompaño.

—No creo que las enfermeras estén muy de acuerdo.

—No me importa.

Vega detectó algo en los ojos de Talía que no había visto hasta entonces. Una determinación que habría de venirle muy bien en los días futuros. Un gesto decidido que no pensaba torpedear por nada del mundo. Así que ya podía quejarse un batallón entero de enfermeras, pero la chica iría con ella a visitar a Nego.

La ayudó a incorporarse y la hizo que se apoyara en ella. Evitaron pasar por el mostrador y fueron directamente a los ascensores. El librero había sido trasladado a la cuarta planta en cuanto recuperó la consciencia y pudo manejarse sin la ayuda de las máquinas. Entraron en la habitación sin pedir permiso a nadie.

Conrad estaba sumido en un sueño profundo. Vega le dejó la butaca a Talía y ella se quedó de pie. Todavía permanecieron en silencio durante casi dos horas. De repente, Conrad abrió los ojos. No de golpe. No con dramatismo. Simplemente parpadeó dos veces, como si hubiera olvidado dónde estaba.

—Conrad… —dijo Vega sintiendo una punzada de alivio al verlo despierto. Era la primera vez que lo veía consciente desde el ataque y para ella significaba la constatación de que realmente estaba fuera de peligro.

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué vas de luto? ¿Es que se ha muerto alguien?

—No —contestó la detective soltando una risa breve—. De sobra sabes que visto siempre de negro.

—Ah.

Se quedó mirándola. Luego miró a Talía y la saludó con un gesto de su cabeza.

—Entonces… estoy vivo… Y, por lo que parece, tú también.

—Sí —dijo la chica sonriendo también.

Intentó incorporarse, pero le fue imposible.

—No lo intentes —dijo Vega sujetándolo—. Estás hecho un desastre.

—Siempre he tenido talento para eso.

Le tomó la mano.

—Creí que te perdía.

—No resulta tan fácil acabar conmigo. —Conrad guiñó un ojo—. Ya deberías saberlo.

La miró con más atención.

—Si en algún momento se te ha pasado por esa cabezota la idea de que esto ha sido culpa tuya, más te vale que lo olvides.

—No hace otra cosa que echarse la culpa —confirmó Talía.

—Se supone que tú tendrías que estar de mi parte —se defendió Vega mirando a la chica.

Los tres se rieron y luego callaron. Justo en ese momento, el móvil de Vega sonó. Era Martha y su llamada solo podía significar que tenía novedades.

—Dime.

—Encontramos microfibras textiles en la laringe y en la tráquea —informó la forense dejándose de rodeos—. Son compatibles con una tela gruesa. No pertenecen a la ropa de la víctima ni al entorno.

Hizo una pausa.

—Eso confirma mi primera impresión. Alguien le tapó la boca y la nariz mientras respiraba.

Vega se dio la vuelta y apretó los puños con rabia. No importaba que todos los indicios apuntaran en esa dirección. No importaba que las pruebas preliminares parecieran reforzar esa sospecha. La constatación definitiva de que la hermana Ángela había sido asesinada a sangre fría se le clavó en lo más profundo de su alma como una puñalada fría e inmisericorde.

—Gracias, Martha —dijo conteniendo la rabia con gran esfuerzo.

—Lo siento, Vega.

—Yo también.

La detective colgó y todavía se mantuvo unos segundos cara a la pared, dándole la espalda a Talía y Conrad. Luego, se volvió hacia ellos con la cara desencajada.

—Necesito que os pongáis bien cuanto antes —les dijo—. Necesito que estéis en un lugar seguro para que haga lo que tengo que hacer.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el librero manifiestamente alarmado.

—De hacerle otra visita a mi antiguo convento. Pero esta vez no va a ser de cortesía.

34

Vega había vuelto a Santa Rosalía hasta en tres ocasiones desde que lo abandonara una década antes. En todas ellas, había una sensación extraña rondándole el estómago. Ahora era diferente. Había un empuje diferente, una decisión que la llevaba en volandas. Era, en cierto modo, un aire de autoridad, el que le confería la confirmación de la muerte de la hermana Ángela.

Pero también el dolor que le provocaba.

El convento que había sido su hogar durante años, escondía algo oscuro que estaba decidida a sacar a la luz. Daría con la persona que había matado a la bibliotecaria como también con todos aquellos que había detrás. Y si sor Eloísa, bien por acción o bien por omisión, le ponía alguna dificultad, pasaría por encima de ella si era necesario.

Todo eso sin contar con que no tuviera algo que ver.

De repente, su móvil comenzó a vibrar y activó el manos libres. La inconfundible voz de Argus Norman se hizo presente entre ciertas interferencias provocadas por la falta de cobertura en la zona.

—Ya tenemos el historial de esos dos tíos. De Leon Palenka y del otro, un tal… Bernd Sleuter.

—¿Y bien?

—Leon Palenka. Exmilitar —comenzó a recitar Argus mientras leía sus expedientes—. Salió del ejército hace doce años. Desde entonces, ha flirteado con la seguridad privada. Contratista. Estuvo en Irak, Siria, África Central. Siempre con empresas pantalla.

—¿Pantalla para quién?

—A ver, parte de esto lo estamos reconstruyendo sobre la marcha pero, por lo que sabemos, para fundaciones. ONG. Proyectos

«humanitarios». La mayoría vinculados a instituciones religiosas.

Vega se dejó embargar por un sentimiento que no le quedaba claro cómo encajar, mitad escalofrío mitad satisfacción por saber que su intuición había sido correcta desde un principio.

—Qué casualidad —dijo entre dientes—. ¿Y el otro?

—Bernd Sleuter —continuó el policía—. Suizo. Perteneció a la Guardia Pontificia durante un tiempo.

—¿A la Guardia Suiza?

—Sí, pero no de un modo ceremonial. Protección real. Estuvo destinado en seguridad directa durante cinco años.

—¿Y luego?

—Lo echaron.

—¿Por qué?

—No constan los motivos… O alguien no quiere que consten.

—Eso no pasa —dijo ella.

—No. No pasa. —Argus hizo una pausa—. El caso es que, después de salir del Vaticano, hizo exactamente lo mismo que Palenka. Se dedicó a la seguridad privada. Contratos opacos. Misma red de intermediarios.

—¿Los mismos pagadores?

—Con algunas variaciones, pero todos confluyen en el mismo punto. Entidades vinculadas a la Iglesia. Fundaciones, patronatos, consejos «culturales». Cosas por el estilo.

—En otras palabras, tapaderas.

—Sí.

Vega guardó silencio unos segundos.

—¿Algo más?

Argus dudó.

—Parte de su historial ha sido borrado.

—¿Cómo que borrado?

—Que no está accesible, que ha sido eliminado. Te hablo de registros militares, de movimientos financieros, de visados… Alguien con bastante influencia se ha tomado muchas molestias.

—No son delincuentes comunes.

—No —dijo Argus—. Son ejecutores, sicarios. Alguien los formó, los protegió y los colocó donde hacían falta.

Vega respiró hondo.

—¿Sabes lo que significa?

—Que estamos tocando algo grande.

—Que quieren ese maldito libro —corrigió ella—. Y están dispuestos a matar por él.

Argus no la contradijo.

—Por eso… —arrancó Argus y luego continuó—, por eso creo que deberías replantearte que nos permitas entrar en Santa Rosalía. Ese lugar puede decirnos algo.

—En ello estoy.

—¿No habrás ido sola al dichoso convento?

—Soy de la casa. No me va a pasar nada.

Vega colgó antes de que Argus pudiera protestar y siguió conduciendo, con la mirada fija, camino de Santa Rosalía.

Aparcó donde las visitas anteriores y llamó a la puerta que daba acceso al otro lado de los muros. Estaba claro que esta vez no la esperaban porque tardaron más de la cuenta en ir a abrir. Vega pensó que era mejor así, pillarlas desprevenidas.

La recibió una monja joven. Mientras la dejaba pasar, se limpiaba de manera frenética las manos en el hábito. Probablemente estaba trabajando en el huerto cuando había oído el timbre.

—Vengo a ver a sor Eloísa.

—La madre superiora no esperaba su visita —dijo la monja de un tirón, en una frase perfectamente aprendida.

—Ya imagino. Aun así, necesito hablar con ella.

La religiosa asintió y se marchó camino del edificio. Vega se quedó allí, observando al resto de monjas mientras trabajaban en el huerto. De vez en cuando la miraban de reojo, con recelo. Poco importaba. Había formado parte de aquel mundo, pero ya no lo sentía como suyo. No había nostalgia, nunca la hubo, ni en los primeros tiempos fuera de allí.

—Sor Eloísa dice que está muy ocupada y que puede venir usted otro día.

—No necesito más de cinco minutos —replicó Vega encaminándose ya hacia el despacho.

Recorrió el pasillo a grandes zancadas y se plantó delante de la puerta con las protestas de la monja como música de fondo a sus espaldas. Ni siquiera se molestó en llamar antes. De todos modos, la madre superiora se iba a molestar lo hiciera como lo hiciera.

—Creía haberle dicho a la hermana Cándida que hoy no podía recibir visitas —dijo sor Eloísa levantando la vista de su escritorio con los ojos encendidos.

—¿Ni siquiera una visita que viene a confirmarle que hay un asesino en Santa Rosalía?

—¿De qué estás hablando? —El empuje con el que la monja había arrancado se atenuó un poco al oír aquello.

—Lo sabe perfectamente —continuó Vega ocupando una de las sillas sin pedir permiso—. La hermana Ángela fue asesinada.

Sor Eloísa solo pudo callar ante aquella revelación. Se quedó mirando a la detective sin variar el gesto. Luego, dejó el bolígrafo que tenía en la mano con mucha calma y se persignó en silencio.

—¿Se sabe quién ha sido? —preguntó mientras se recomponía el hábito.

—Todavía no y por eso he venido, para continuar con la investigación. Sea quien sea el responsable, terminaré encontrándolo.

—¿Y qué piensas hacer esta vez? —El rostro de la mujer volvió a crisparse—. ¿Acusar a todas las hermanas de esta congregación? ¿Interrogarlas? ¿Ponerles unas esposas?

—De momento me conformo con hablar de nuevo con la hermana Clara —dijo Vega sosteniéndole la mirada—. Después, ya se verá.

—No quiero que conviertas esto en un circo.

—Le prometí que actuaría con discreción y de momento he cumplido mi palabra.

La madre superiora asintió no muy convencida.

—Está bien —claudicó con un suspiro de resignación—. Haz lo que tengas que hacer y acaba cuanto antes. La hermana Clara está en su celda. Últimamente no se encuentra bien.

Vega no dijo nada. Se dio la vuelta dispuesta a salir del despacho.

—¿Qué pasa con Talía? —preguntó sor Eloísa antes de que lo hiciera.

—Se está recuperando.

—Debería volver. Ella pertenece a Santa Rosalía.

—Eso no es posible.

La madre superiora, que ya había empezado a relajar la expresión de su rostro, volvió a tensarse.

—Vega…

—Con todo respeto, madre, Talía no volverá aquí por ahora.

—No entiendes lo que supone eso para nosotras.

—Entiendo lo que supuso para la hermana Ángela —respondió la detective—. Con eso me basta.

Luego, salió del despacho sin molestarse siquiera en cerrar la puerta.

Caminó por el pasillo solitario en busca de las celdas. Al girar a la derecha, se encontró con una cara conocida.

Lucía.

—Me han dicho que habías vuelto.

—No es una visita de cortesía.

—Entiendo —dijo Lucía bajando la mirada.

—Ahora mismo me dirigía a hablar con la hermana Clara. Si te apetece, puedes hacer otra vez de Watson.

La monja levantó la vista y sonrió con franqueza. Las palabras de Vega eran un guiño, pero significaban mucho más. Las dos habían leído juntas las novelas de Sherlock Holmes que la hermana Ángela guardaba entre los «libros prohibidos» y las dos habían soñado con convertirse en detectives viviendo cientos de aventuras y desentrañando todos los misterios que se les pusieran delante.

La vida después las había llevado por caminos distintos, pero esa complicidad seguía estando ahí, intacta.

—No te imaginas lo que han sido los últimos días para todas nosotras —murmuró Lucía mientras recorrían el pasillo.

—Me hago una idea.

Llamaron a la celda de Clara y esta entreabrió la puerta apenas unos centímetros con expresión de desconcierto. Cuando identificó a las dos mujeres, abrió del todo y las dejó pasar. Tenía la cara pálida y se frotaba las manos de manera compulsiva.

—Hola, hermana Clara —la saludó Vega con un tono amable.

—Yo… no sabía que venías.

—No estaba previsto.

La monja se sentó inquieta sobre su cama e hizo un gesto ofreciéndoles su silla. Lucía aceptó su invitación. Vega prefirió quedarse de pie.

—Necesito que me hables del día en que encontraste a la hermana Ángela.

—Ya te conté todo lo que recordaba.

—No vengo a que repitas nada —dijo Vega—. Solo quiero entender cómo lo viviste.

Clara bajó la mirada y todavía tardó un momento en hablar. Seguramente trataba de reorganizar las ideas en su cabeza.

—Entré como siempre —dijo al fin—. Iba a dejar unos libros. Y la vi. Estaba en el suelo. No se movía. Pensé que se había mareado. Me acerqué y…

Se le quebró la voz.

—Estaba fría.

—¿La tocaste?

—No. No quise. Me dio miedo hacer algo mal.

—Hiciste bien.

La hermana Clara negó con la cabeza.

—No. Debería haber hecho algo. Si hubiera pasado por allí diez minutos antes…

—No lo sabes.

—Lo sueño —susurró ella—. Todas las noches.

Vega guardó silencio.

—¿Viste a alguien cerca? Me refiero a cualquier persona, incluso a una monja o una novicia.

—No. A nadie. Todo estaba normal ese día… Bueno, todo lo normal que podía estar después del terremoto.

Eso último salió sin pensar.

—Gracias, Clara. Si recuerdas algo más, haz que la hermana Lucía o sor Eloísa me lo hagan saber.

Vega le dedicó una sonrisa final antes de dejarla tranquila. Probablemente, todo era como decía y no tenía mucho más que aportar a la investigación. Volvieron sobre sus pasos y, al pasar frente a la biblioteca, se la encontraron entreabierta. Sin pensar mucho en ello, Vega se decidió a entrar y Lucía la siguió enseguida.

En cuanto traspasaron la puerta se encontraron con el escritorio vacío. Vega sintió que algo se le encogía dentro. La muerte de la hermana Ángela había dejado huérfano aquel rincón de Santa Rosalía. Y no solo en el convento, también en lo más profundo de su alma.

Tuvo la tentación de sentarse, pero no se veía capaz. Sentía que ese derecho no le pertenecía, que aquella butaca, tan vieja como el lugar, siempre tendría dueña aunque ya no estuviera. Se plantó delante del escritorio y cerró los ojos un momento, tratando de escuchar en el silencio de la sala.

Estaba convencida de que allí había algo que le hablaba sin hacerlo, algo que no le encajaba.

—A veces pienso que fallamos —murmuró Lucía sacándola de sus pensamientos—. Todas.

—A veces no basta con querer hacerlo bien —replicó Vega abriendo de nuevo los ojos—. A veces hace falta algo más.

—Tal vez… Tal vez si Talía no hubiera encontrado ese libro, todo sería diferente.

—No sirve de nada lamentarse por cosas que ya han pasado. Hay que mirar al presente y mi presente me dice que quien mató a la hermana Ángela tendrá su castigo.

Vega lanzó su amenaza espoleada por la rabia, pero también llevada por un amargo sentimiento de tristeza. Perdió la mirada mientras jugueteaba de manera inconsciente con el marcapáginas que le regalara a la bibliotecaria tantos años atrás.

—Quédatelo —le dijo Lucía—. A la hermana Ángela ya no le va a servir.

La detective alzó la vista algo desconcertada.

—¿Estás segura?

—Sí —le confirmó la monja sin ningún asomo de duda.

Quien sí tuvo dudas en un primer momento fue Vega, pero finalmente aceptó. Aquel trozo de hueso labrado era uno de los pocos vínculos que le quedaban con la hermana Ángela y, aunque no lo hubiera sabido hasta ese momento, en verdad sí deseaba llevarlo consigo.

Tras ese necesario momento de introspección, se decidió a marcharse. Había venido buscando una reacción al pronunciar la palabra asesinato, pero ni sor Eloísa ni tampoco la hermana Clara se habían delatado al hacerlo. Ese hecho no significaba necesariamente que no tuvieran algo que ver, pero tampoco las acusaba de nada.

En cualquier caso, ya tendría tiempo de volver, pero ahora había otros deberes que reclamaban su atención. Fuera lo que fuese lo que se le estaba escapando, tendría que esperar a mejor ocasión. Lucía la acompañó a la salida cuando anunció que se marchaba.

—Ten cuidado ahí fuera —le rogó la monja—. Hay gente muy mala.

—La hermana Ángela estaba aquí dentro y no le sirvió de mucho.

—Aun así —insistió Lucía—. Ten cuidado.

—Lo tendré. Gracias.

Se dieron un abrazo breve antes de que Vega saliera definitivamente. El portón se cerró a su espalda con un golpe seco. Caminó hacia el coche sin mirar atrás. El runrún continuo de que algo no le terminaba de encajar le hormigueaba en el estómago con más fuerza.

Necesitaba aplacarlo, necesitaba saber qué era.

Pero todavía no sabía cómo.

35

Talía recibió el alta dos días después. Vega no se separó en ningún momento de ella. Cuando iba a visitar a Conrad en la planta superior, la chica siempre la acompañaba, a pesar de las quejas del personal y de las recomendaciones de los médicos. Tanto a la novicia como al librero les habían puesto escolta, pero tras lo ocurrido en el piso protegido, Talía, por alguna razón, solo se sentía realmente segura cuando la detective estaba a su lado.

—En algún momento tendré que irme —le decía a veces Vega para que la chica estuviera preparada—. El asesino de la hermana Ángela todavía anda suelto.

Talía negaba con la cabeza y hacía como si no la oyera, así que la detective soltaba un suspiro de resignación y dejaba el tema para más adelante.

Cuando le dijeron que ya podía marcharse, buscó de inmediato la mano de Vega. Todavía caminaba despacio y evitaba las escaleras, pero los médicos insistieron en que no tenía sentido retenerla más tiempo. No estaba mejor. Estaba simplemente fuera de peligro.

Argus se encargó del resto.

—Esta vez será diferente —le dijo a la chica en cuanto la introdujeron en el coche especial de lunas tintadas que las esperaba a las dos a las puertas del hospital—. Te vamos a llevar al lugar más seguro del mundo.

—¿Dónde va? —preguntó Vega.

—A la base militar de Nostramus. Allí dispondrá de la protección y de los cuidados que precisa.

Vega no preguntó más. Conocía bien aquel lugar. Era un búnker en mitad de la nada repleto de agentes especiales y de soldados.

Era como una pequeña ciudad rodeada de vallas electrificadas donde vivían las familias de los miembros del servicio secreto y de los cuerpos militares.

Conrad, por su parte, seguía en el hospital. Todavía se sentía muy débil, así que dormía mucho y hablaba poco. Cada vez que despertaba, preguntaba por Talía, por ella, por el caso. Y volvía a dormirse.

Era, en cierto modo, una presencia latente. Estaba de vuelta pero era como si aún no hubiera regresado del todo.

Vega estaba saliendo precisamente del hospital cuando sonó el teléfono.

—Baker.

—Soy Ferenc.

Su voz sonaba distinta.

Más tensa.

—¿Puedes venir a mi casa? Necesito que nos veamos.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Ha pasado algo?

—Creo que sí.

La detective no necesitó de más explicaciones. Llevaba días llamando al exprofesor, insistiendo sobre el manuscrito y Sanedor siempre respondía en los mismos términos. *Estoy en ello. Estas cosas requieren su tiempo. Puede que tenga algo, sí, pero no es seguro.*

Que ahora la llamara él por propia iniciativa y usara ese tono críptico, solo podía presagiar que en verdad había encontrado algo

útil. Subió al vehículo que Conrad había puesto a su disposición y el agente especial de paisano arrancó siguiendo sus instrucciones.

Si el despacho de Ferenc le había parecido a Vega un absoluto caos cuando lo visitó unos días antes, ahora resultaba todavía peor. Era como si una plaga de papeles se hubiera apoderado de la vivienda entera.

Había hojas en la mesa, en el sofá, en el suelo, sobre la encimera. Fotocopias del manuscrito, ampliaciones, notas a mano, libros abiertos.

Parecía el escenario de una obsesión.

—Llevo tres noches sin dormir —dijo él, sin saludar—.

—Se te nota.

Sobre la mesa de su despacho descansaba el manuscrito cerrado. Todo a su alrededor era desorden, pero el libro estaba colocado de manera casi milimétrica en paralelo con los bordes de la mesa. Sí, sin duda, Ferenc Sanedor era un hombre peculiar, pero Vega aún no sabía en qué sentido.

—Vale —le dijo—. Me has hecho venir a toda prisa. Supongo que no es para ofrecerme café.

Ferenc negó con la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos, pero a la detective le pareció que no era solo por el cansancio, sino que había un punto de emoción en ellos. Y no supo si eso era bueno o malo.

—Creo… creo que ya sé qué estaba intentando decirnos Lysander.

Ella se quedó quieta.

—Explícate.

Él tomó el libro con ambas manos.

—No era solo poesía. De hecho, nunca lo fue. Era una guía. Pero no por el contenido del libro. Es otra cosa.

—Necesito que me hables más claro.

—Desde que se supo de la posible existencia del *Códex Execratio*, siempre se ha pensado que su importancia radicaba en el contenido, que lo que Tomás dejó escrito eran relatos que podían poner en jaque a la Iglesia. Cuando luego llegaron rumores de que ciertas organizaciones vinculadas a la misma se empeñaron en buscarlo, esa creencia se reforzó.

»Con esa idea afronté el estudio del libro. Pero hemos estado equivocados todo este tiempo. Quienes van detrás de él, las personas que te persiguen, no lo quieren por su contenido, sino por algo más… digamos material. Al menos, eso es lo que creo.

—De acuerdo, continúa.

Ferenc rebuscó entre todos los papeles dispersos alrededor del libro y tomó uno de ellos ante la ansiosa mirada de Vega. Se puso las gafas y leyó.

—*Cuando caiga el último verso, caerán también los nombres. Cuando cedan las costuras, la piel revelará una gran verdad*. Eso fue lo que dejó escrito Elian Lysander al final del libro.

—Muy bonito. ¿Y qué?

Sanedor se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. Luego tomó de nuevo el libro y miró a Vega con expresión solemne.

—Durante siglos, los manuscritos se encuadernaban con piel animal. Cabra, ternera, a veces cerdo. Incluso en el siglo XX se siguió usando en ediciones especiales.

—¿Y?

—La piel envejece. Se deforma. Se marca. Guarda memoria. Quiero decir literalmente.

—Estás diciendo que…

—Que Lysander no hablaba de metáforas. Cuando escribió *la piel revelará la verdad*, hablaba de esto —dijo Ferenc mientras golpeaba suavemente la contracubierta.

—La he estado palpando. Una y otra vez. Al principio pensé que era sugestión. Pero luego… —Sanedor le tendió el libro a Vega—. Tócalo.

La detective cogió el manuscrito y comenzó a pasar la mano por la tapa con cuidado. Después por el lomo, por detrás. Nada. Hasta que llegó un punto exacto en el que sus dedos tropezaron con algo. Era una irregularidad, una línea muy sutil que pasaba desapercibida entre las arrugas que el paso del tiempo había provocado en la piel.

—Aquí.

—Exacto.

—Hay algo dentro —murmuró ella.

—Sí. —Ferenc tragó saliva—. Entre el cuero y el cartón.

—¿Y cómo piensas sacarlo?

Sanedor no respondió. Cogió el libro de manos de Vega y se sentó. Luego lo dejó en el escritorio con un gesto reverencial. Lo giró despacio, lo miró durante unos segundos, sin decidirse a hablar, sin decidirse a hacer nada más que ese gesto minúsculo.

—¿Entonces lo que querías era mi permiso para destrozar ese libro tan antiguo de alto valor histórico? —preguntó Vega intuyendo los pensamientos que estaban rondando la cabeza del exprofesor.

Ferenc bajó la cabeza.

—Más o menos —admitió este con los ojos húmedos—. Aunque suponga un sacrilegio.

—¿Estás seguro?

—Todo lo que puedo estarlo.

Ella se cruzó de brazos.

—Adelante.

Ferenc cerró los ojos un segundo. Luego sacó una pequeña herramienta de su estuche: una espátula fina, casi quirúrgica. La deslizó con lentitud entre la piel y la base. Con paciencia, sin forzar el cuero. Este terminó cediendo con un sonido leve, como si un suspiro que llevaba siglos encerrado hubiera podido escapar al fin.

—Perdóname —murmuró y Vega no supo si se lo decía a ella o al libro.

Con el mismo cuidado, separó el cuero unos milímetros hasta que algo amarillento asomó. Miró a la detective durante un segundo y luego hizo uso de unas pinzas para extraer la pequeña cartulina que había escondida en el interior.

Era una tarjeta antigua que tenía unos números anotados en tres columnas con caligrafía pulcra.

—¿Números? —preguntó Vega cuando Sanedor giró la tarjeta en su dirección.

—Sí.

—¿Y de qué pueden ser?

Ferenc se dejó caer contra el respaldo. La detective lo miró a la cara y no fue capaz de detectar en ella señales de triunfo o de fracaso. Luego, se puso en pie y volvió a por otro libro, un volumen de cubierta oscura que abrió y se puso a hojear. Tras un lapso que a Vega se le hizo eterno, Sanedor habló al fin.

—Creo que es una combinación.

—¿De qué?

—De una caja fuerte. Los modelos fabricados en el siglo XX solían abrirse con una secuencia como esta —le informó mostrándole una de las páginas del libro.

Vega esperó a que Ferenc continuara hablando pero este guardó silencio. Ella, que tenía un talento especial para leer en la mente de la gente, con Sanedor no era capaz de discernir lo que estaba pensando.

—¿Dónde? —volvió a preguntar presa de la impaciencia.

—No lo sé. Todavía no.

—¿Y crees que lo sabrás en algún momento?

—Si te soy sincero, no tengo la menor idea —reconoció Ferenc encogiéndose de hombros—. Ahora estoy en terreno desconocido para mí. Yo sé de literatura, de la Edad Media, pero los acertijos no van conmigo.

—Te recuerdo que eres el tío que ha descubierto una combinación secreta en un libro antiguo a partir de unos pocos versos. No me digas que no se te dan bien los acertijos. Solo quiero que me digas que vamos a encontrar la caja fuerte que abre esa combinación.

—Si todavía existe esa caja fuerte.

—Vayamos paso a paso. ¿Vale? —Vega se permitió la licencia de poner su mano sobre el hombro de Sanedor y este reaccionó levantando la vista hacia ella—. Lo importante es que ahora contamos con una ventaja. Tenemos algo que alguien lleva buscando desde hace décadas.

Ferenc asintió.

—El problema…

—… es encontrar la caja.

—Pues vamos a buscarla.

Los dos se miraron y asintieron al mismo tiempo.

Por primera vez desde hacía días, no con miedo.

Sino con vértigo.

36

Talía estaba sentada junto a la ventana.

Aún llevaba la pulsera del hospital en la muñeca, aunque ya nadie parecía acordarse de quitársela. Ni ella misma era consciente. Miraba hacia fuera sin ver nada en concreto. Ahora se sentía protegida. Tanto como lo había estado tras los muros de Santa Rosalía durante mucho tiempo.

Pero también se sentía encerrada, como en el convento.

Cuando Vega llegó, ni siquiera se dio cuenta. La detective se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos en espera de que la chica advirtiera su presencia.

—¿Cómo estás? —preguntó finalmente, al ver que Talía seguía perdida en sus propios pensamientos.

Talía giró la cabeza con expresión sorprendida.

—Mejor —respondió, por inercia—. Supongo.

No hubo ni siquiera un amago de sonrisa en sus labios. Vega se acercó a ella despacio pero la postura de la chica no cambió en lo más mínimo. Parecía a la defensiva.

—Los médicos dicen que en unas semanas estarás como nueva.

—No creo que llegue a estar nunca bien —dijo Talía.

—No digas eso.

La novicia bajó la mirada y sus ojos se humedecieron.

—He estado pensando mucho —continuó—. En todo lo que pasó. En la hermana Ángela.

—¿A qué te refieres?

—A veces creo que… —tragó saliva—. Que si no hubiera encontrado ese libro… todo habría sido distinto.

La frase quedó suspendida entre ambas.

—Tal vez ella seguiría viva.

—Tú no podías saber lo que iba a pasar.

—Lo sé. Pero… —Talía tragó saliva antes de continuar—. Sé que no debería sentirme culpable, pero yo fui la que lo sacó de su escondite. Yo fui la que empezó todo esto. Lo mejor es que nunca lo hubiera encontrado.

—Últimamente me lo dicen mucho —dijo Vega, respirando hondo.

—¿Qué? —preguntó Talía alzando la vista.

—Nada —respondió la detective esbozando una sonrisa—. Son solo tonterías mías. No me hagas caso.

Las dos mujeres todavía permanecieron un buen rato hablando de cosas triviales. Poco a poco, Talía fue relajándose, recuperando la sonrisa perdida, incluso agarrándose de la mano de Vega como cuando ella era su única certeza.

Pasaron parte del día juntas y, cuando la tarde ya caía, la detective se levantó dispuesta a marcharse.

—Descansa. Te veré pronto —le dijo.

—No tardes tanto en volver.

—Te lo prometo.

Cuando ya se encontraba en el pasillo, se detuvo de golpe y, durante unos segundos, no fue capaz de moverse. Una idea demasiado abstracta todavía se había formado en su mente. Un pensamiento sin determinar pero que estaba ahí.

Argus la esperaba junto al coche. Desde lo que había ocurrido en el almacén de la zona portuaria, procuraba hacerle de escolta personal siempre que sus obligaciones se lo permitían. Vega se había sorprendido aceptando ese hecho, no solo con naturalidad, sino con cierta comodidad. Le gustaba que estuviera cerca. Era un sentimiento contra el que había luchado desde hacía mucho, pero en los últimos días había perdido esa batalla.

—¿Todo bien? —preguntó él al detectar una expresión extraña en su cara.

—Sí —mintió Vega tratando de disimular cuanto pudo.

Argus asintió y los dos se metieron en el coche. El trayecto de vuelta a la ciudad se produjo en silencio. Al menos, hasta que el policía no pudo aguantar más.

—Daría cien liberios por conocer tus pensamientos.

—No es nada, de verdad.

—De acuerdo. ¿Y quieres hablar de ese nada?

—Todavía no. Antes necesito asegurarme de algo.

Argus hizo un gesto de asentimiento y prefirió no insistir.

Llegaron a la calle Baker y Argus aparcó frente a la librería. Vega no se decidía a salir del vehículo. El policía la miró extrañado pero también en esta ocasión optó por callar.

—Me gustaría… —arrancó Vega en un susurro—. Me gustaría que subieras.

—¿Estás segura?

—Ahora mismo sí. Ya tendré tiempo de arrepentirme mañana.

Entraron en la librería y ascendieron por las escaleras de caracol, apenas rozando una mano contra la otra. Solo era control,

contención, porque en cuanto entraron en el despacho de Vega y cerraron la puerta tras ellos, la pasión se desató. Sin complejos, sin remedio.

Se desnudaron con las prisas de quienes han vivido la misma situación muchas veces antes, de quienes todavía lo recuerdan y llevan demasiado tiempo deseándolo, aunque no sean conscientes. Luego fueron al dormitorio y liberaron esa tensión en la cama. Un cuerpo sobre el otro entre las sábanas, una piel mezclada con otra piel.

Eran las dos de la madrugada. Vega no podía dormir. Tenía la mirada perdida en las sombras que la calle proyectaba en el techo del dormitorio. Aquella idea que había nacido tras la conversación con Talía, en un principio tan abstracta, iba cobrando peso poco a poco. Se deslizó de la cama sin hacer ruido, tratando de no despertar a Argus. Fue a la oficina, encendió una lámpara y se sentó a la mesa. Sacó la libreta y revisó los apuntes que guardaba en sus páginas.

Había nombres, fechas, flechas, frases sueltas. Pensamientos aislados. Teorías sin fundamento aparente.

Santa Rosalía. La biblioteca. El hospital. El ala vieja. Un plano sobre unas catacumbas ocultas. Un anillo antiguo.

Repasó cada página, cada palabra despacio. Como si las leyera por primera vez. Quería creer que no podía ser cierto y, en cierto modo, tenía motivos para pensar así. No había nada sólido en sus sospechas, todo era circunstancial.

Y aun así…

Fue hasta la ventana y se dedicó a observar la calle oscura. Necesitaba pensar, afrontar la situación desde el enfoque correcto. Pero no sabía cómo.

Volvió a la cama. Argus seguía dormido. Trató de conciliar el sueño sin demasiado éxito. Finalmente, terminó por quedarse dormida, vencida por la necesidad de descansar un poco.

Cuando amaneció, se encontró sola en la cama. El otro lado, el que Argus había ocupado, se le antojó un vacío enorme. No entendía el motivo, pero habría deseado que él estuviera allí todavía, rodeándola con el brazo, dándole refugio. Se sorprendió de nuevo abrazando ese pensamiento. No era una persona necesitada de nadie, la vida la había obligado a ser independiente desde muy pronto.

Cuando salió, se encontró a Argus en su cocina, preparando el desayuno. Fuera lo que fuera, olía bien. Deseó acercarse a él y besarlo, pero todavía trataba de convencerse de que lo de la noche anterior había sido una mala idea, un desahogo que no debía ir más allá.

—Buenos días —saludó él con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba claro que él veía las cosas de una manera diferente. Siempre había sido así entre ellos.

—Buenos días —le devolvió ella el saludo con el mismo énfasis pero guardando las distancias.

—He hecho malabares con lo que tenías en el frigorífico, pero creo que se me ha quedado un desayuno bastante apañado.

Vega asintió sonriendo también y los dos se sentaron a la mesa. Comieron en silencio. Tenían mucho en qué pensar, aunque en el caso de la chica, además de las connotaciones de su noche de sexo, estaba también lo que tenía que ver con Santa Rosalía y esa idea que le rondaba la mente, agrandándose por momentos.

—Creo que ahora sí estoy preparada para hablar de ese nada —le dijo de súbito.

37

Argus dejó de masticar y la miró fijamente.

—Soy todo oídos.

Vega todavía tardó unos segundos en comenzar a hablar. Antes de hacerlo, debía aclarar sus ideas.

—Pues verás —comenzó al fin—, tengo la sensación de que he actuado con demasiada prudencia hasta ahora. De que a veces me han podido más los sentimientos que mi profesionalidad.

—Sí, ese siempre es un problema.

—Ahora me doy cuenta de que esa manera de actuar no me ha permitido ver con claridad. Pero ahora ya no tengo dudas.

—De acuerdo. Te escucho.

Los siguientes minutos sirvieron para que Vega hiciera una breve exposición de todo en lo que había estado pensando durante las horas anteriores. Le habló del convento, de cómo había sido la investigación hasta ese momento, de la biblioteca, del manuscrito, de las catacumbas, de esa idea que, cuanto más la analizaba, más sólida le parecía.

Lo hizo sin conclusiones forzadas. Sin dar por hecho nada.

Argus escuchó todo ese tiempo en silencio, sin interrumpirla.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó al final—. Porque sé lo que estás pensando y…

—¡No sabes lo que estoy pensando! —lo interrumpió Vega ofendida—. Tú nunca sabes lo que pienso.

—Lo que digo —continuó el policía sin entrar al trapo—, es que tus conclusiones, sin estar desencaminadas, —no son suficientes

para que la jueza Berganza firme una orden de entrada en Santa Rosalía.

—Si no recuerdo mal, hace unos días tú estabas dispuesto a entrar allí a saco.

—Era un deseo más que una realidad. Que es exactamente lo que te está pasando a ti ahora.

—¿Entonces qué hacemos?

—Esperar nuestro momento. Santa Rosalía no se va a mover de allí. Estoy convencido de que encontrarás algo más y entonces ya no habrá nada que te pare.

Vega guardó silencio. Sabía que Argus tenía razón, por mucho que le fastidiara reconocerlo. Debía ser paciente, era algo que le había enseñado el oficio. Dejó escapar un suspiro y asintió despacio. Era su manera de darle la razón al policía sin tener que dársela abiertamente.

Mientras tanto, iría a visitar a Conrad. Hacía ya un par de días que no iba por el hospital y eso la hacía sentirse culpable. Argus se ofreció, una vez más, a acompañarla.

—¿Es que el Subdirector General de Operaciones Especiales no tiene nada mejor que hacer? —le preguntó con cierto retintín cuando ya estaban en el coche.

—He delegado lo urgente —se defendió él encogiéndose de hombros—. Por si necesitabas mi ayuda, y al parecer, así es.

La chica iba a replicarle, soltarle una pulla ingeniosa, pero no se le ocurrió nada. Además, le gustara o no, también en este caso el policía tenía la razón de su parte. Lo necesitaba, sí, más de lo que habría creído, y no solo por la amenaza invisible y constante de esa gente vinculada al *Códex Execratio*. También porque estaban renaciendo en ella viejos sentimientos que ya no era capaz de controlar.

Cuando llegaron al hospital, encontraron a Conrad especialmente animado. No tardaron en comprender el motivo.

—El médico me ha dicho que, si todo va bien, en un par de días me darán el alta.

—Mejor así —le dijo Vega sentándose a su lado—. Tu único cliente te echa de menos. Me pregunta a diario que cuándo vas a abrir la librería.

—Tienes muy mala leche, ¿lo sabes?

—He aprendido del mejor.

Los dos rieron con la complicidad que le habían dado los años y la estrecha relación que los unía.

—Ahora en serio —continuó ella al cabo de un rato—: ¿cómo te encuentras?

—Dispuesto a enfrentarme de nuevo al asesino despiadado que se me ponga delante.

En ese punto, la expresión en la cara de Vega se ensombreció. El comentario de Conrad le había devuelto la imagen de él tirado en el salón del piso protegido, con la sangre escapando de su cuerpo. También su sensación de impotencia y el miedo a perderlo.

—No sufras por mí —le pidió Conrad al intuir lo que la chica estaba pensando—. Soy duro de pelar. Hace falta mucho más para acabar conmigo y no te vas a librar de mí con tanta facilidad.

—¿Me lo prometes? —Los ojos de Vega se habían humedecido.

Conrad se puso una mano en el corazón y ese gesto fue suficiente para ella.

En ese instante, el móvil le vibró. Era Ferenc. El exprofesor tenía un talento especial para manifestarse en los momentos más inoportunos.

—Necesito que vengas —dijo él en cuanto descolgó—. Puede que tenga algo.

—Tú siempre tienes algo —replicó la detective—. Vamos para allá.

De camino a casa de Ferenc, Vega aprovechó para hablarle a Argus de él, para explicarle cómo lo había contactado y los progresos que había tenido. También lo puso al corriente de su personalidad un tanto extraña.

—¿Por qué te gusta rodearte de personajes pintorescos, Baker? —preguntó el policía en clara alusión, no solo a Sanedor, sino también a Conrad Nego.

—No lo sé. Dímelo tú.

—No creo que pintoresco sea la palabra que mejor me defina a mí —se defendió el policía.

—La palabra que mejor te define, prefiero no decirla.

Argus rio y continuó conduciendo. Todavía le duraba la sonrisa cuando llegaron a la zona residencial en la que vivía Ferenc. Sin embargo, se le congeló en cuanto aquel exprofesor que vivía casi encerrado en su casa abrió la puerta.

Desde luego, no era como se lo había imaginado. En su cabeza, Ferenc Sanedor era el típico hombrecillo menudo sin gracia. Un sesentón largo a punto de jubilarse. En su lugar, se encontró con un tío que tendría pocos años más que él. También debía ser algunos centímetros más alto. Y era objetivamente guapo, no lo podía negar. De piel morena y rasgos finos, su melena descuidada le confería un aspecto atractivo.

Sintió un calor en su estómago que no quiso reconocer como celos, aunque fuera exactamente eso.

—¿Este quién es? —preguntó Ferenc con el ceño fruncido mientras miraba a aquel extraño sin disimulo.

—Argus Norman, Subdirector General de Operaciones Especiales —lo presentó Vega sin preámbulos—. Ha venido a ayudar.

—No sabía que la policía estaba metida en esto. —Sanedor se mostró claramente incómodo.

—Siento decirte, amigo mío, que la policía ya está metida hasta las rodillas en esto. Pero Argus viene como amigo, no te preocupes.

—Si tú lo dices —dijo Sanedor haciéndose a un lado para que los dos pudieran pasar.

La vivienda de Ferenc había cambiado muy poco desde la última visita de Vega. Todo continuaba en su sitio, es decir, en ninguno en realidad. El exprofesor mantenía un desorden desorganizado en un equilibrio constante e inconsistente. A la detective le dio la sensación de que, en cualquier momento, ese equilibrio se rompería y, en mitad del salón se abriría un agujero que se lo tragaría todo, ellos incluidos.

—Bueno, ¿qué tienes? —le preguntó a Sanedor mientras entraban en el despacho.

—He estado revisando modelos antiguos de cajas fuertes.

—Ya me hablaste de eso —dijo Vega.

—Esto es distinto —replicó Ferenc señalando un diagrama que tenía sobre el escritorio junto al libro—. La combinación que encontramos no es genérica. De hecho, solo la usaban tres fabricantes en los años cincuenta del siglo pasado.

—¿Y?

—Solo uno, la Sargent & Greenleaf, era habitual entre la gente acomodada. Hablo de banqueros, diplomáticos, aristócratas… gente

así.

—De acuerdo. —Vega asintió—. ¿Y qué tiene de especial?

—Prestigio. Fiabilidad. Discreción.

—Dinero —resumió Argus.

—Y estatus —añadió Ferenc.

—Es un adelanto, sin duda —coincidió Vega—. Pero seguimos sin saber dónde está la caja fuerte que abre esa combinación. Tampoco si sigue existiendo.

—Yo no te puedo decir si sigue existiendo —Ferenc se encogió de hombros—, pero tal vez sí conozca su ubicación.
—Eso ya me gusta más. Continúa.

Ferenc sacó otro papel de debajo del montón que se acumulaba en el escritorio.

—Lord Edward Lysander, el padre de Elian, era diplomático. Fue embajador en Inglaterra durante un tiempo y uno de los hombres fuertes del gobierno de su época. Sin duda, de tener información sensible que guardar, seguramente lo haría en una Sargent & Greenleaf.

—Y es demasiada casualidad —continuó Vega—, que su hijo escribiera pistas en forma de versos sobre un manuscrito antiguo que escondía en su cubierta la combinación de una caja fuerte.

—Exacto.

—Imagino que tendrás una dirección.

—Imaginas bien. La casa palacio donde vivía Lord Edward hasta su muerte, por cierto, en circunstancias que no quedaron esclarecidas del todo. Hablo de la casa-museo Lysander, situada en la parte alta de la ciudad.

—Y no es difícil presumir que queréis colaros en ese lugar para poneros a buscar la caja fuerte como si fuera una gincana —terció Argus con ironía.

—¿Colarnos? ¿Quién ha dicho de colarnos? —Vega miró al policía con un deje burlón—. Imagino que el Subdirector General de Operaciones Especiales podrá mover sus hilos para que nos dejen buscar de manera legal.

—Se supone que venía como amigo.

—Así era, hasta que necesitamos tirar de tu cargo.

Argus miró a Vega con cara de fastidio y luego se hizo a un lado para llamar por teléfono. La detective miró a Ferenc y los dos asintieron al mismo tiempo. Tal vez su visita a la casa-museo Lysander no fuera más que un callejón sin salida. Tal vez la caja fuerte no estaba allí. Pero, si lo estaba, lo que pudiera contener debía tener un valor incalculable para su investigación.

No podía ser de otro modo.

Tal vez los Lysander, padre e hijo, habían dado la vida por ello.

38

Los últimos rayos de sol se apagaban en el horizonte marino cuando llegaron a la casa-museo. Los visitantes más rezagados abandonaban ya el edificio y solo un hombre mayor con uniforme esperaba junto a la puerta. El emblema con el escudo de la ciudad les hizo deducir que era la persona encargada de guiarlos dentro del museo.

—Tienen cuarenta minutos —dijo sin preámbulos, con las manos en los bolsillos y el gesto cansado—. Nada de tocar vitrinas. Nada de fotos. Y no se separen.

—No vamos a montar una fiesta —respondió Vega con calma.

El hombre los miró sin humor.

—Eso espero.

Les abrió y el eco de la puerta resonó en el vestíbulo vacío. Dentro, el museo solitario parecía más una cueva cavernosa. El silencio, las sombras, la ausencia de gente, de murmullos, de vida… Era, sin duda, algo extraño.

Cuando atravesaron la primera sala, solo los ojos de quienes habían sido inmortalizados en los cuadros de la pared, y los de las estatuas dispuestas a un lado y otro, los acompañaron.

—Impresiona más así —murmuró Argus mirando a un lado y otro.

Ni Vega ni Ferenc dijeron nada, pero con un gesto de la cabeza le dieron la razón.

Avanzaron, una sala tras otra, tratando de fijarse en todos los detalles. Estaba claro que la caja fuerte no iba a estar a la vista. Ya se habían informado al respecto. Tampoco los planos que gentilmente les habían facilitado en el archivo municipal registraban

la presencia de nada parecido. Así que buscaban sin saber realmente qué buscaban.

Todo eso sin contar con que habían pasado setenta años desde la muerte de lord Edward y, con toda seguridad, se habían acometido reformas en el edificio.

Ignorando las advertencias del operario municipal, miraron detrás de muebles, de cuadros, de tapices y alfombras. Revisaron una y otra vez los planos.

Nada. Ni grietas. Ni huecos. Ni anomalías.

—Si esto es todo, estamos perdiendo el tiempo —farfulló Argus mirando los planos una vez más.

—Quizás no es ahí donde debemos mirar —dijo Ferenc deteniéndose de golpe.

Sacó del bolsillo una copia de los versos de Elian Lysander y se puso a recitarlos en voz baja. Vega y Argus se miraron sin comprender y luego se reunieron alrededor del exprofesor.

—Lysander no escribía al azar —dijo al fin antes de leer de nuevo, esta vez en voz alta, los versos que el poeta había dejado escritos al principio del manuscrito.

Deja que las llamas destruyan la mentira.

Solo el fuego que duerme bajo los cimientos

traerá de vuelta la verdad.

—El fuego que duerme bajo los cimientos —repitió Vega—. Puede que se estuviera refiriendo al infierno. Los poetas se valen mucho de metáforas, ¿no?

—No en el caso de Lysander. —replicó Ferenc—. Su obra era más literal que simbólica y no creo que estos versos sean una excepción.

—Ya, pero de referirse en realidad a los cimientos de algo, puede ser de cualquier edificio. A no ser… —Vega le arrebató a Argus los planos y se puso a revisarlos—. A no ser que se esté refiriendo a un sótano y esta casa lo tiene.

—¿Dónde?

—Según dice aquí, se accede desde las cocinas. Al parecer, ahí abajo, lord Edward tenía una bodega además de una sala de calderas.

—Una sala de calderas en el sótano. *El fuego que duerme bajo los cimientos* —repitió una vez más Ferenc, en esta ocasión con una sonrisa de triunfo.

—¿A qué esperamos entonces? —intervino Argus volviendo a coger el plano y dirigiéndose hacia el lugar indicado.

Efectivamente, en las cocinas encontraron una puerta de hierro cerrada con un pestillo. Delante había una cinta extensible y un cartel que advertía claramente que no se podía pasar. Argus retiró la cinta y los tres se situaron frente a la puerta.

Esta cedió con un chirrido oxidado antes de dejar al descubierto una escalera estrecha. Giraron un interruptor y una bombilla que colgaba del techo dejó al descubierto más sombras que luces. Había telarañas por todas partes y una espesa capa de polvo cubría los escalones de bajada.

El aire denso se hacía difícil de respirar. Se notaba que aquel lugar llevaba cerrado mucho tiempo.

Al llegar abajo, se encontraron con una sala amplia. Había tuberías antiguas. Un par de depósitos arramblados en un rincón y varias cajas abandonadas a su suerte. En la zona central, había un panel de madera y de sus dos caras asomaba una buena cantidad de botellas de vino, todas cubiertas de una pátina de polvo.

Al fondo se situaba lo que habían venido buscando: la vieja caldera.

Vega se acercó y tiró de la manilla, pero esta no cedió. Probó una vez más y luego dejó que Argus lo intentara. Estaba atrancada, con toda probabilidad a causa del tiempo transcurrido desde la última vez que alguien la abrió.

Tras varios intentos más, la pequeña compuerta terminó dándose por vencida. Al otro lado, lejos de haber un hueco, se encontraron con otra portezuela metálica, esta mucho menos tosca.

—La caja fuerte —anunció Ferenc mientras sacaba la tarjeta con la combinación.

La miró como si viera un fantasma.

—Ahí ha estado todo este tiempo, esperando a que alguien descifrara el mensaje de Elian.

Respiró profundamente y luego introdujo la combinación.

Giro a la derecha.

Izquierda.

Derecha.

Clic.

La puerta se abrió con un suspiro. Dentro encontraron varias carpetas, sobres, cuadernos. Y también una lista mecanografiada en la que figuraban nombres, fechas y símbolos.

Argus cogió un documento al azar y lo ojeó.

—Esto es… es enorme. Hay pagos, cuentas, contactos…

Vega miró la lista y se detuvo al llegar al séptimo nombre registrado. Su pulso se aceleró.

—Aquí está —susurró.

—¿El qué? —le preguntó Ferenc.

—La prueba que necesitábamos.

Recogieron todos los documentos, los metieron en una mochila y volvieron arriba. Salieron del museo sin hablar. El operario municipal los miró con cara de querer fulminarlos con la mirada mientras se señalaba el reloj.

Salieron a la calle desierta camino del coche. Solo entonces, Ferenc respiró hondo.

—Necesitaba aire puro.

Sin embargo, su alivio le duró poco. De súbito, dos coches aparecieron derrapando y les bloquearon el paso. Uno delante, el otro detrás. Las puertas se abrieron y seis hombres descendieron de los vehículos casi al mismo tiempo, como si lo hubieran ensayado.

Sin pasamontañas. Sin carreras. Sin nervios.

Todos armados.

Uno de ellos, el que parecía estar al mando, dio un paso al frente.

—Dejen la documentación en el suelo —les ordenó con voz neutra, educada.

Vega notó cómo el pulso se le aceleraba. Buscó la mirada de Argus, pero este no parecía especialmente alterado.

—No creo que sea buena idea —respondió manteniendo el tipo.

—No estamos negociando.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la detective, buscando ganar tiempo, aunque no supiera para qué.

—Eso no importa.

El hombre alzó un poco el arma.

—Última oportunidad.

Durante un segundo, el mundo se quedó suspendido.

Y entonces…

—¡Policía! ¡Armas al suelo!

En un momento, la plaza donde se ubicaba la casa-museo Lysander se llenó de luces azules, de focos, de puertas, que se abrían, de voces coordinadas.

De la nada, surgieron más vehículos. Negros. Sin distintivos. De ellos salió un batallón de agentes con chalecos y armas largas. Cuando los seis hombres quisieron darse cuenta, estaban rodeados. Primero dudaron, solo un instante. Luego, obedecieron.

En menos de treinta segundos estaban esposados. Contra los coches, con las cabezas bajas. En silencio. Solo respiraciones agitadas.

—¿Estás bien? —se interesó Argus acercándose a Vega.

—Sí —contestó escuetamente y luego lo miró a los ojos—. No sabía nada de esto.

El policía asintió.

—Entonces…

—Después del rescate de Talía, decidimos ampliar el dispositivo. Dado el historial de sus dos captores, estaba claro que había algo más gordo que una monja muerta. Siento si lo hice a tus espaldas.

Ella parpadeó pero no dijo nada.

—Analizamos el entorno de los dos sicarios muertos y eso nos llevó a un tercero. Intervinimos su teléfono y esta misma mañana hemos confirmado que te estaban siguiendo, pero que habían recibido órdenes de dejarte actuar. Iban a esperar a que hicieras el trabajo por ellos. Y luego…

Ferenc negó con la cabeza.

—Así que éramos el cebo.

—Si lo quieres ver así.

—¿Y cómo quieres que lo vea? —preguntó Sanedor manifiestamente contrariado.

Vega dejó escapar un suspiro.

—Y tú decidiste…

—Aprovechar la ocasión.

—Creía que estábamos juntos en esto.

—Y lo estamos —replicó Argus con una sonrisa—. Pero tú misma lo dijiste. Hoy no venía como amigo. Venía como Subdirector General de Operaciones Especiales.

Vega lo miró con gesto inexpresivo. El policía la conocía de sobra como para saber que eso no era buena señal.

—Esto lo vas a pagar. ¿Lo sabes, verdad?

Argus movió la cabeza afirmativamente.

—Pero antes tenemos una visita que hacer.

—¿Dónde? —preguntó Ferenc.

—A Santa Rosalía. Pero esta vez será diferente. Esta vez no irá solo la Monja Detective

A Argus se le iluminaron los ojos.

—Estaba deseando que dijeras eso.

—No te vengas arriba, Argus —replicó Vega tratando de contener su entusiasmo—. Hablo de un pequeño dispositivo, nada más.

—No hace falta más. Voy a cursar la orden. Espero que tengamos permiso del juez a primera hora.

—Me gustaría ir —pidió Vega.

Argus sostuvo su mirada un instante.

—Como te he dicho, eso ya no depende de ti… Ni siquiera de mí.

—Conozco ese lugar mejor que cualquiera de tus hombres replicó ella con un tono de súplica.

Argus no respondió de inmediato. Luego asintió muy levemente.

—Te quedarás fuera y no intervendrás en ningún momento. ¿Ha quedado claro?

—Cristalino —respondió Vega al momento—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Volver a Operaciones Especiales. Esto es demasiado grande.

Dicho esto, Argus se despidió y subió a su coche. En apenas unos minutos, todos los agentes desplegados en la plaza habían desaparecido y solo quedaron Vega y Ferenc todavía afectados por los acontecimientos recientes.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó el exprofesor mientras miraba a los últimos vehículos policiales desaparecer al final de la calle.

—Ahora me toca enfrentarme a mi pasado —contestó la detective—. Pero va a merecer la pena.

—¿Por qué?

—Porque voy en busca de la verdad. Y lleva demasiado tiempo esperando a que la saquemos a la luz.

39

Los tres vehículos se desplazaban con lentitud por la comarcal que conducía hasta Santa Rosalía entre cerros pelados y tierras áridas. Tras una tregua de más de una semana, la lluvia había vuelto a la capital, aunque lo había hecho con timidez. Un chispeo constante y cansino que solo servía para ensuciar de tierra la luna delantera de los coches.

Vega iba en el vehículo que abría el convoy, con la mirada perdida en ese cielo gris que no parecía anunciar nada bueno.

—La jueza ha firmado —informó el agente—. Berganza ha empujado para que saliera adelante.

—Lo sé.

—El jefe no quiere sorpresas —añadió el agente—. Ha sido muy preciso en ese aspecto.

Vega respiró hondo. De sobra sabía en qué terreno se movían, en especial ella, que era la que más tenía que perder.

Pero estaba convencida de que aquello no se sostenía en una intuición ni en una frase suelta. Había otras evidencias que, sin llegar a ser consistentes por sí mismas, en su conjunto, significaban algo. Debían significarlo.

Había un patrón, no le cabía duda.

Y había un apellido en una lista.

—Si por sorpresas te refieres a que me empeñe en entrar con vosotros, entonces sí habrá sorpresas para el Subdirector Norman.

—Señorita Baker, le recuerdo que tengo unas órdenes que cumplir.

—Y yo te recuerdo que no estoy bajo tu cadena de mando.

—El jefe me dijo que pasaría esto —refunfuñó el agente negando con la cabeza.

—Conozco cómo funciona ese lugar mejor que cualquiera de los hombres que forman el dispositivo —argumentó la detective—. No se trata de irrumpir en el convento y llevarse a un par de monjas.

El agente la miró guardando silencio, aunque la expresión tensa en su rostro hablaba por él.

—Solo necesito que ella reaccione cuando lo ponga sobre la mesa —insistió.

—De acuerdo —aceptó el agente tras meditarlo un segundo más —. Pero llevará un micrófono y, a la mínima duda, entraremos sin contemplaciones.

Vega asintió y los ocupantes del vehículo no volvieron a hablar durante el resto del viaje. Cuando llegaron a Santa Rosalía, se desplegó el dispositivo y luego la detective llamó a la puerta.

Lucía ya la esperaba a mitad del pasillo. Esa era una costumbre que Vega agradecía desde su regreso a Santa Rosalía. Y esa mañana en especial.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó en cuanto la detective estuvo a su altura.

—Lo prefiero, sí.

Pidieron permiso para entrar en el despacho y, al abrir la puerta, se encontraron a sor Eloísa de pie, esperándolas con expresión correcta, lo que ya era mucho, dadas las circunstancias.

—Hola, Vega.

—Madre.

—Supongo que lo que vienes a contarnos debe ser muy importante. Tanto como para alterar la tranquilidad de este lugar a primeras horas de la mañana.

—Le puedo asegurar que sí. De otro modo, no estaría hoy aquí.

Sor Eloísa asintió con gesto serio y tomó asiento. Vega y Lucía hicieron lo propio.

—Bien, pues tú dirás —la apremió la monja sin cambiar el rictus.

—Durante semanas —empezó—, todo fueron obstáculos.

La madre superiora frunció ligeramente el ceño.

—¿Perdón?

—Lo que quiero decir es que en ningún momento usted ha puesto fácil mi investigación. No he contado con su colaboración real ni con su confianza. Retrasos. Silencios. Puertas cerradas.

—Hice lo que estaba en mi mano —replicó la madre superiora.

—No —dijo Vega con calma—. Hizo lo que creyó conveniente.

La monja no reaccionó.

—Admito que me llegó a desesperar su postura —continuó Vega —. Pensé que ocultaba algo… o mucho peor.

La detective dejó que las palabras hicieran su efecto antes de proseguir.

—Pero me equivoqué.

Sor Eloísa parpadeó.

—Así es. Mis años de ausencia me habían hecho olvidar un detalle importante sobre usted. Siempre ha antepuesto Santa Rosalía, ha sido su prioridad por encima de todo y de todos. Y en este caso no ha sido diferente.

Tampoco en esa ocasión la madre superiora dijo nada.

—No estaba encubriendo un crimen. Estaba protegiendo a la comunidad de los daños que pudieran provocar la desaparición de Talía y la muerte de la hermana Ángela. Incluso por encima de la verdad. Eso la define.

Vega hizo una pausa larga. Luego volvió a mirar fijamente a sor Eloísa y habló de nuevo.

—Ahora bien, hay un hecho que no podemos olvidar. La responsable de la muerte de la hermana Ángela sigue suelta y ahora sé quién es.

El silencio que vino después cargó la atmósfera del despacho de una tensión espesa.

—Dime, Lucía —continuó Vega girándose hacia la que había sido su amiga—, ¿cuándo supiste lo del libro?

Lucía alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Cómo? —preguntó.

—Te pregunto cuándo supiste que Talía había encontrado el *Códex Execratio* —repitió Vega, sin apartar la vista de ella—. ¿Antes o después de que la hermana Ángela fuera asesinada?

Lucía le sostuvo la mirada sin decir nada. Incluso en ese momento, Vega habría querido que se defendiera, que se sintiera conmocionada, indignada, enfadada. Cualquier cosa menos ese silencio.

Fue entonces cuando sor Eloísa intervino.

—¿A qué viene esto? ¿De qué libro estás hablando?

Vega no se apresuró a contestar. En esas circunstancias, los silencios empujaban más que las palabras, y lo hacían en la dirección que a ella le convenía.

—Hablo de un manuscrito del que solo Talía y la hermana Ángela tenían conocimiento dentro de estos muros —dijo finalmente —. Hablo de un libro que alguien ha intentado recuperar por la fuerza. Y hablo de una organización cuyo nombre aparece en documentos hallados hace unas horas.

Sor Eloísa frunció el ceño.

—¿Qué organización?

—Custodes —dijo Vega con tono neutro—. Custodes Silentii. Los guardianes del silencio.

La madre superiora se quedó inmóvil.

Vega volvió a mirar a Lucía.

—Hablo de un libro del que Lucía no debería saber nada —añadió—. Y, sin embargo, lo sabía.

—Pero ella te ha estado ayudando. —La madre superiora se resistía aún a creer lo que parecía una evidencia—. Se ha puesto de tu lado durante la investigación aunque eso supusiera ir en contra de mi postura.

—No me ayudaba a mí. Lo hacía por ella, por los suyos. Necesitaba encontrar el libro y yo era la herramienta para conseguirlo. Por eso se puso de mi lado cuando decidí llevarme a Talía, porque sabía que en el exterior estaba más expuesta. Así que avisó a su gente para que se la llevaran. ¿No es así, sor Lucía? — Esta última frase vino cargada de todo el sarcasmo posible.

Vega miró a la monja directamente a los ojos en espera de algo más que su silencio.

—Vamos, hermana Lucía, di algo —le pidió la madre superiora.

Nada.

No había temblor. No había grietas.

En ese momento, Vega accionó su teléfono e instantes después, dos agentes aparecieron en la puerta del despacho.

—Hermana Lucía —le dijo uno de ellos a la monja—. Necesitamos que nos acompañe.

Lucía lo miró y luego se puso en pie.

—¿Está detenida? —preguntó sor Eloísa, conteniendo la voz.

—Vamos a tomarle declaración formal —respondió el agente—. Por orden judicial.

Sor Eloísa volvió la vista hacia Vega.

—¿Esto es lo que tú llamas discreción?

—Esta es la única forma de proteger a Santa Rosalía ahora mismo —respondió Vega—, dadas las circunstancias.

Dicho esto, Vega Baker salió del despacho y del convento. Aún tuvo tiempo de ver cómo un agente introducía a Lucía en el vehículo. Sin esposas. Sin escena.

Vega caminaba junto al agente al mando por el aparcamiento.

—¿Y si no habla? —preguntó ella.

—Entonces hablarán los documentos.

Vega asintió.

—Porque no me equivoqué de persona —dijo—. Y porque nadie resiste así sin haber aprendido a hacerlo.

El agente la miró un segundo, sin añadir nada.

Vega vio su reflejo en la ventanilla del coche cuando se acercaron. Por fuera, daba la impresión de tenerlo todo bajo control.

Por dentro, sabía que acababa de cruzar un umbral.

Había abierto una puerta.

Y ahora tenía que atravesarla.

40

La sede de Operaciones Especiales no dormía desde el momento en que aquellos documentos aparecieron en la caja fuerte de la casa museo Lysander. La actividad era frenética.

En la planta principal, varias pantallas proyectaban mapas, listados, árboles genealógicos, esquemas financieros. Analistas sentados ante ordenadores revisaban documentos digitalizados, cruzaban fechas, comparaban firmas, rastreaban transferencias antiguas y sociedades ya extinguidas. En una mesa lateral, tres agentes clasificaban carpetas, separando originales de copias.

El caso había dejado de ser un homicidio en un convento para convertirse en otra cosa. En algo de mucho más calado.

Vega llegó a primera hora de la mañana y accedió al edificio con la acreditación provisional que Argus le había facilitado. Avanzó por el pasillo central sin detenerse, aunque dedicando miradas furtivas a ambos lados. El policía la vio llegar desde el fondo y fue a su encuentro.

—No ha dicho una palabra —le informó en voz baja

Vega asintió.

—¿Y lo demás?

—Lo demás es un laberinto —respondió él—. Estamos revisando herencias, fundaciones, cuentas opacas. Muchos de los nombres de la lista están muertos, pero no sus estructuras.

—¿Y los descendientes?

—Las evidencias nos dicen que pueden estar vinculados de algún modo o que su estatus sea consecuencia de lo que hicieron sus antecesores. Pero todavía está por ver porque esto va para largo.

Vega escuchaba atentamente, pero su mente estaba en otra cosa. En una idea, en una necesidad más bien.

—Quiero verla —le pidió a Argus interrumpiendo su discurso.

—No es lo más recomendable —dijo él frunciendo el ceño—. Estás implicada emocionalmente.

—Lo sé. Y tú sabes que soy la única que puede conseguir que hable.

—O puede que se cierre del todo.

—Aun así, debo intentarlo —insistió ella—. Estoy convencida de que a mí me hablará. A pesar de todo, sigue habiendo un vínculo entre nosotras.

Se miraron unos segundos que a Vega se le hicieron eternos. Pero antes de que diera su permiso, ya había visto en los ojos de Argus que su voluntad comenzaba a doblegarse. Finalmente, este cedió.

—Cinco minutos —concedió—. Me juego el cuello.

—Eso es lo que dices siempre cuando te pido un favor y, de momento, no te ha ido tan mal —replicó Vega guiñándole un ojo.

—Si tú lo dices. Entras, haces tu magia y sales.

—Sin cámara.

—No te pases. Hay protocolos que ni siquiera yo puedo pasar por alto…

—Está bien —concedió ella.

—Cinco minutos —insistió Argus cuando Vega se dispuso a entrar—. Y yo estaré detrás del cristal.

La sala era pequeña, de paredes blancas sin ventanas.

Lucía estaba sentada frente a la mesa, con las manos apoyadas sobre el tablero. Habían tenido la delicadeza de no mantenerla esposada y habían respetado su deseo de llevar el hábito. Tenía el rostro cansado, pero no abatido. Aún conservaba esa serenidad aprendida durante años.

Al verla entrar, levantó la mirada. Un segundo. La expresión que Vega encontró en sus ojos era distinta a todas las que le conocía. En sus años compartidos en Santa Rosalía, habían reído juntas, habían llorado juntas y se habían enfadado la una con la otra en más de una ocasión. Pero el rostro que ahora tenía delante no expresaba sentimiento alguno. Era frío como un bloque de hielo.

La detective se sentó frente a ella y durante unos segundos ninguna de las dos dijo nada. En ese lapso de tiempo, Vega se esforzó por encontrar en aquella expresión a la que había sido su amiga de infancia, aunque fuera un mínimo rasgo de familiaridad. No pudo encontrarlo. Aquella mujer era una extraña para ella.

—Estoy para ayudarte —le dijo a pesar de todo.

Lucía no bajó la mirada, pero tampoco dijo nada.

—Tu actitud no te conviene, te lo digo sinceramente —continuó Vega—. No vas a salir de aquí si no colaboras, si no hablas.

—Eso depende.

—No. Ya no depende.

Lucía esbozó una sonrisa breve.

—Siempre tan segura.

—No es seguridad —corrigió Vega—. Es evidencia.

Lucía volvió al silencio.

—¿Sabes lo que está haciendo ahora mismo esa gente de ahí fuera? —La detective se echó atrás en su silla con calma estudiada

—. Está analizando minuciosamente una documentación muy interesante que encontramos hace poco. Ahí dentro hay nombres, fechas, símbolos, cuentas —prosiguió—. Y uno de esos nombres es el de tu abuelo.

Vega quiso ver un amago de reacción que se quedó en nada. La expresión impasible de la monja continuaba ahí.

—También hay vínculos con fundaciones actuales, con empresas pantalla, con herederos —añadió Vega—. Algunas líneas llevan hasta ti.

—No he hecho nada ilegal —replicó Lucía.

—No todavía —dijo Vega—. Pero perteneces a una estructura criminal.

—No sabes de qué hablas.

—Sí lo sé.

Vega se inclinó un poco hacia delante.

—Hablamos de los Custodes. ¿No es así como se llaman? Tu abuelo y todos los demás se aprovecharon de su posición de privilegio en los diferentes estamentos de la Iglesia para crecer y lucrarse. Lo hicieron durante años y ahora están expuestos.

Lucía parpadeó una sola vez.

—La cuestión es tu papel en todo esto. La novicia alegre, la monja devota, la amiga que está siempre dispuesta a ayudarte. —La detective guardó silencio un instante—. La asesina que mata a sangre fría.

Por primera vez desde que había entrado, Vega vio una fisura en los ojos de Lucía y no pensaba desaprovecharla.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —le preguntó, sin elevar la voz—. ¿Cómo pudiste matarla después de todo lo que hizo por nosotras?

Lucía alzó la cabeza de golpe.

—¡No la maté a sangre fría!

La frase salió sin control. Demasiado rápida, atropellada, y Lucía entendió al momento el error que acababa de cometer, consciente de lo que acababa de decir. Se había dejado llevar, había confesado y, sin embargo, ahora Vega quiso ver alivio en su rostro, como si se hubiera quitado un peso de encima.

La detective sabía que no era una confesión, pero sí el principio.

—Entonces dime cómo fue —susurró.

Lucía respiró hondo. Varias veces. Luego cerró los ojos considerando sus posibilidades. De sobra sabía que estaba todo perdido.

41

Tardó varios segundos en volver a abrir los ojos pero, cuando lo hizo, miró a Vega de otra manera, como la había mirado siempre. La detective seguía frente a ella, inmóvil, sin prisas, sin gestos innecesarios. No había reproche en sus ojos. Tampoco compasión. Solo atención.

—No fue un accidente —dijo Lucía al fin—, pero tampoco algo premeditado.

Vega no respondió.

—No entré en la biblioteca sin saber a qué iba —continuó—. Fui allí para conseguir información.

—¿Sobre el libro?

—Fui a la biblioteca para estar un rato con la hermana Ángela y antes de entrar las oí hablar. A ella y a Talía. Desde el otro lado de la puerta me llegaban fragmentos de su conversación. Palabras sueltas. El nombre. Nada completo. Pero suficiente para entender que el motivo que me tenía encerrada tantos años en ese maldito convento cobraba al fin sentido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú los has nombrado, ¿no? Los Custodes. Esa organización secreta a la que mi familia le debe la vida, la reputación, su fortuna… —Lucía esbozó una sonrisa amarga—. Entendí muy pronto que me debía a ellos. Mi madre me lo hizo entender con su distancia, con su falta de empatía hacia mí. «Irás a Santa Rosalía —me dijo— y vigilarás por si el *Códex Execratio* aparece».

»Yo no quería esa vida para mí. Deseaba irme contigo, vivir las aventuras que planeamos tantas veces… Pero no tuve elección. No me dejaron elección. Mi única esperanza era que ese libro apareciera

y, tal vez, me dejaran salir al fin. Por eso, cuando oí que Talía había encontrado algo, me puse en alerta.

Lucía cerró los ojos un instante, como si reconstruyera el escenario.

—Talía estaba nerviosa. Más de lo normal. Hablaba poco. Se sobresaltaba. Desaparecía sin dar explicaciones. Yo sabía que iba al ala vieja cuando no quería cumplir con sus tareas, pero nunca me importó.

»Cuando la hermana Ángela le dijo que devolviera el libro al lugar de donde lo había sacado, la seguí. Nadie tenía por qué sufrir ningún daño. Talía lo dejaba, yo lo recogía y se lo llevaba a los Custodes. Así de fácil. Pero entonces, esa cría hizo algo que me desconcertó. No fue hacia el ala vieja sino hacia la torre. Y entonces la perdí.

La monja volvió a sonreír y la mueca resultó igual de gris que la anterior.

—Siempre fue más lista de lo que parecía.

Esta vez perdió la mirada en un punto inconcreto más allá de Vega.

—Regresé sobre mis pasos, la busqué, en todos los rincones, en el ala vieja, pero parecía que se había esfumado. Cuando comprendí que no había nada que hacer, decidí ir directamente a ver a la hermana Ángela.

La imagen regresó con una nitidez incómoda.

El pasillo que conducía hasta la biblioteca estaba vacío a esas horas. Tras el desayuno, monjas y novicias se encontraban inmersas en sus obligaciones diarias. Incluso ella tenía sus propias tareas encomendadas, pero el propósito que la llevaba a hablar con la hermana Ángela era mucho más importante.

Encontró a la bibliotecaria sentada tras el escritorio, revisando unos documentos. Alzó la vista al verla entrar y, al instante, puso unos libros sobre ellos con un disimulo que, sin embargo, no pasó desapercibido para ella.

—Lucía —dijo a modo de saludo la vieja monja dedicándole una sonrisa.

—Hola, hermana. ¿Cómo andas hoy?

—Bien, hija, bien. Después del susto de ayer, que todas sigamos de una pieza es casi un milagro.

Se acercó despacio y pudo detectar cómo la hermana Ángela colocaba los brazos cruzados sobre los libros.

—¿Te molesto?

—Tú nunca podrías molestar.

Lucía miró a la monja, como pidiéndole permiso para sentarse, y esta accedió con un gesto de su cabeza. Lo hizo en una silla que había frente a ella.

—Quería hablarte de Talía —dijo sin rodeos. A esas alturas, el tiempo era algo que no podía perder.

Ángela levantó ligeramente una ceja.

—¿Qué ocurre con ella?

—Está alterada —respondió Lucía—. Nerviosa.

—El terremoto nos ha alterado a todas.

—No, hermana. Lo suyo ya viene de lejos. Y luego está esa costumbre suya de esconderse en el ala vieja cuando se niega a realizar sus tareas.

—No sé a qué te refieres.

Lucía lo percibió enseguida: la bibliotecaria estaba eludiendo el tema y sabía que por ahí no iba a conseguir nada, así que decidió cambiar de estrategia.

—Pasa tiempo aquí con usted —insistió—. Le cuenta cosas.

—Es apenas una chiquilla —replicó Ángela—. A veces necesita hablar.

—¿De qué?

Silencio.

—De dudas —respondió Ángela al fin—. Como todas.

Lucía sintió que se le cerraba una puerta pero, a pesar de todo, trató de apretar un poco más.

—Creo que oculta algo —añadió—. Algo que puede ser peligroso.

—No es propio de una hermana de la orden de las Clarisas andar con chismes de aquí para allá. —En la voz de la monja había un tono de reproche que no pasó desapercibido para Lucía.

—Solo intento ayudar.

—No con insinuaciones hacia otro miembro de esta comunidad —replicó la bibliotecaria—. Mucho menos de Talía. Esa pobre chica ya ha sufrido mucho.

Algo se rompió ahí.

—La defendió —dijo Lucía en la sala de interrogatorios—. Sin dudarlo. Como había hecho siempre contigo… Incluso cuando ya no estabas.

Vega tensó ligeramente el rostro pero no dijo nada.

—Siempre hacía lo mismo —continuó—. Elegía a su favorita y se entregaba a ella en cuerpo y alma.

—No era así —murmuró Vega.

—Para mí sí.

Lucía se llevó una mano al pecho.

—Yo me quedé cuando tú te fuiste. Yo obedecí. Yo renuncié. Y, aun así,… —La voz se le quebró—. Y, aun así, nunca fui suficiente para ella.

—Nos quería a las dos por igual, deberías saberlo.

—¡Eso no es cierto! Yo ansiaba tener lo que ella tenía contigo. Quería una madre, una de verdad, pero la hermana Ángela nunca me vio de ese modo. Nunca me vio como te veía a ti.

En ese punto, Lucía bajó la mirada y permaneció callada por espacio de un minuto. Luego, volvió a mirar a Vega con ojos húmedos y continuó su relato.

En la biblioteca reinaba el silencio. Lucía miraba a la bibliotecaria sin decidirse a continuar, meditando si era conveniente decir lo que estaba pensando. En ese instante, se debatía entre su deber con los Custodes y la presión que sentía en su pecho.

—Siempre confías en ellas —se dejó ir finalmente—. En Vega. En Talía. En todas menos en mí.

—Eso no es verdad —respondió la hermana Ángela.

—Sí lo es.

—Estás confundida, Lucía. Estás mezclando cosas.

—¿Mezclar cosas? ¿De verdad? —Lucía comenzaba a sentir un calor interior que le subía desde el estómago—. Míreme a los ojos y dígame que no prefería a Vega. Dígame que no he sido siempre para

usted una segundona, la amiga de su queridísima novicia huérfana. Dígame que no hace ahora lo mismo con Talía.

La hermana Ángela hizo un gesto con la mano para tratar de calmarla sin mucho éxito.

—¡Vamos, Lucía! No te reconozco. Te estás comportando como una cría pequeña. No es propio de ti.

Una cría. La palabra cayó como una losa.

Lucía sintió vergüenza.

Rabia.

Soledad.

En ese momento, el calor que había crecido en su estómago y que había ido subiendo poco a poco, se liberó de golpe.

No recordaba exactamente cómo empezó. Solo que se había levantado, se había puesto a dar vueltas por la biblioteca para tratar de recuperar el control. Que la hermana Ángela no había querido interferir. Que eso la había enfadado un poco más. Que había cogido un cojín que la bibliotecaria tenía en otra silla para cuando le daban los dolores de espalda y se había situado detrás de ella.

Que ya no había pensado en nada más.

Que no había parado a pesar de los forcejeos de la bibliotecaria cuando le había puesto el cojín sobre la cara.

Que, cuando quiso ser consciente de lo que estaba haciendo, la hermana Ángela ya no respiraba.

—No quise matarla —dijo Lucía entre lágrimas—. Te lo juro.

—Pero lo hiciste.

—Sí.

Bajó la cabeza.

—Después limpié. Ordené. Recé. Lo justo para que pareciera una muerte natural. Y luego me fui asegurándome de que nadie me viera salir de allí.

Lucía quiso buscar entonces un atisbo de perdón en el rostro de la que había sido su amiga, pero no logró verlo.

—Tendré que vivir el resto de mis días con esa losa sobre mi cabeza —añadió con un último suspiro antes de derrumbarse sobre la mesa.

Vega se levantó dispuesta a marcharse. En ese instante, habría querido darle las gracias por su confesión, habría querido perdonarla, aunque solo fuera por congraciarse con ella. Pero no podía, todavía no. Quizás nunca pudiera.

En el pasillo, Argus la esperaba con el gesto serio.

—Lo has hecho bien.

—Si tú lo dices. —Vega tuvo que reprimirse las ganas de echarse a llorar.

Se sobrepuso como buenamente pudo y sonrió, más por compromiso que por convencimiento. Le dejó una caricia leve al policía en la cara y luego tomó el camino de salida sin mirar atrás.

Por primera vez desde que todo había empezado, ya no quedaban dudas.

Solo respuestas.

Y, a veces, las respuestas pesan más que las preguntas.

EPÍLOGO

Mientras la investigación seguía su proceso y las primeras filtraciones llegaban a la prensa, Vega se fue desentendiendo paulatinamente de un caso que ya no era suyo. Había cumplido su parte. Había encontrado a la novicia y dado respuesta a la muerte de la hermana Ángela.

Cuando pensaba en la bibliotecaria, todavía le invadía a veces la culpa. De haber cortado el lazo con ella con esa facilidad. De no haber sentido en esos diez años transcurridos la necesidad de volver, aunque fuera de visita, para verla, para conversar con ella. Tan solo para abrazarla.

Pero Vega siempre vio su vuelta como una forma de rendición y no estaba dispuesta a que eso ocurriera.

Y luego la vida fue pasando.

Mientras ella y Argus regresaban a la base militar donde Talía ya esperaba, ambos trataron de que la conversación no derivara hacia asuntos serios. Tenían pendiente una charla que todavía no estaba clara para ninguno de los dos. Pero fue Vega quien terminó por ponerla sobre la mesa.

—Quiero dejar claro que para mí hay un nosotros.

Argus no giró la cabeza. Se mantuvo impasible, pendiente de la carretera.

—Pero también quiero que sepas que es mejor que vayamos despacio.

—¿Seis años te parece ir despacio? —preguntó él al fin con cierto toque de reproche.

—Eso no cuenta. Yo no estaba en el mismo punto que tú.

—Lo sé, solo bromeaba.

—Sí, es propio de ti bromear cuando algo te incomoda.

El policía volvió a callar.

—Vamos, Argus. Los dos sabemos cómo acabó la primera vez. Siento algo por ti, no lo voy a negar. Muy fuerte. Pero necesito mi tiempo y mi espacio. Solo así tendremos futuro.

—Está bien —lo aceptó él tras meditarlo unos segundos—. Iremos despacio.

Vega se acercó y le dio un beso. Luego, la conversación regresó a los temas triviales y el ambiente, que por un momento se había tensado, volvió a relajarse.

Encontraron a Talía en un banco cerca de la puerta. Se notaba a la distancia que estaba deseando salir de la base. Vestía ropa civil prestada y el pelo recogido con descuido. Ya no parecía una novicia. Tampoco una víctima. Solo una chica que se abre de nuevo al mundo.

Cuando vio llegar a Vega, sonrió ampliamente. Solo habían compartido unos días, pero para Talía había sido más que suficiente para encontrar en la detective a una aliada, a una amiga, a una hermana. Alguien en quien confiar y con quien sentirse segura.

—Está hecho —le dijo en cuanto se sentó junto a ella—. Ya nadie podrá hacerte daño.

Por respuesta, Talía se abrazó a Vega y ambas permanecieron así durante un buen rato con Argus como testigo de excepción. Luego, la adolescente se separó de pronto con mirada nerviosa.

—¿Y qué pasará ahora conmigo? No quiero volver a Santa Rosalía.

—Eso ya está arreglado —la tranquilizó Vega acariciándole la cara—. Cierto amigo con influencia se ha encargado de todo. —La detective hizo un gesto en dirección a Argus, que se había alejado unos metros para darles intimidad—. No pienso devolverte a la «jaula» esa. De momento te quedarás con Conrad y conmigo. Luego, ya veremos. En unos meses serás mayor de edad y podrás decidir por ti misma.

Al escuchar aquellas palabras, la joven respiró hondo, como si soltara una tensión que llevaba días contenida.

—Pero ahora debemos irnos —la apremió Vega—. Hoy le dan el alta a ese viejo cascarrabias y más nos vale estar en el hospital cuando salga.

Conrad caminaba con dificultad cuando salió del coche de Argus y se enfrentó a la fachada de su librería. Parecía desconcertado, como si en lugar de ser su casa y su vida, viera por primera vez la vieja librería. Levantó la persiana y todos pasaron dentro.

—Conrad, ¿estás bien? —le preguntó Vega con un gesto de preocupación.

—¿No hiciste el pedido de poesía francesa? —El librero frunció el ceño.

—¿Poesía francesa? ¿De qué demonios hablas? ¿Tienes idea de lo ocupada que he estado los últimos días?

—¿Tanto como para no limpiar un poco?

—¿Te refieres a este antro de polvo y libros mohosos? ¡Jamás lo he limpiado! Y dudo mucho que tú lo hayas hecho alguna vez.

—Pues si vas a vivir aquí —dijo Conrad volviéndose a Talía—, más te vale que te lo ganes. En ese cuarto de allí, hay productos de limpieza.

Como si hubieran presionado un botón, la chica se puso en marcha y, en menos de un minuto, ya estaba preparada para dejar la librería en perfecto estado de revista. Mientras tanto, Vega y Conrad seguían discutiendo y Argus había preferido mantenerse al margen.

En ese momento, sonó la campanilla y Ferenc Sanedor apareció por la puerta.

—¿Podemos hablar? —le preguntó a Vega ante la atenta y nada amistosa mirada de Argus—. ¿En privado?

—Claro —dijo la detective—. Sube a mi oficina.

Vega le pidió al policía que se marchara y este terminó accediendo a regañadientes. Luego, ella y Ferenc subieron por la escalera de caracol. La detective se sentó en su butaca y el exprofesor lo hizo frente a ella. Fue entonces cuando reparó en el marcapáginas de hueso que había sobre la mesa.

Pidió permiso para cogerlo y lo estuvo examinando durante un buen rato. Después, lo dejó con sumo cuidado y levantó la vista con una chispa en sus ojos.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó señalando el marcapáginas.

—Lo encontré hace mucho en Santa Rosalía. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque pertenece a Elian Lysander —respondió Ferenc volviendo a coger el objeto de hueso—. ¿Ves estas marcas? Simbolizan los eslabones de una cadena. De hecho, eso es lo que significa el apellido Lysander, liberador. Por eso Elian siempre firmaba con esos trazos. Además, también están sus iniciales, E.L.

Vega no supo qué decir. Se sentía embargada por un sentimiento extraño. Lysander era, en cierto modo, el detonante de todo lo que había ocurrido después. Y, sin saberlo, ya había tratado

de comunicarse con ella muchos años después de que desapareciera sin dejar rastro.

Ferenc la observó unos segundos, como si estuviera siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—¿Sabes? He estado investigando por mi cuenta —le dijo de pronto—. Y se me ha ocurrido una teoría sobre los Lysander que ese marcapáginas parece confirmar. ¿Quieres oírla?

Vega asintió sin apartar la mirada de la pieza.

—Creo que lord Edward descubrió lo que se traían entre manos los Custodes y no le gustó. Algo lo bastante grave como para volverse contra ellos. Empezó a reunir pruebas… y, cuando comprendió que no iba a salir de aquello con vida, decidió esconderlas.

Ferenc hizo una breve pausa.

—No para protegerse —añadió—. Para que alguien más pudiera encontrarlas.

—Su hijo.

—Exacto. Elian —continuó Ferenc—. Si ese marcapáginas era suyo, entonces pasó por Valbruma. Y si pasó por allí… no fue por casualidad.

El silencio se instaló entre los dos.

—Tuvo que huir —siguió—. Primero de la muerte de su padre… y después de quienes fueran responsables de ella. Valbruma encaja. Un lugar aislado, protegido, con vínculos previos de su familia. Y se llevó el *Códex Execratio* con él por motivos obvios.

Ferenc se recostó ligeramente en la silla.

—Y desde allí, probablemente, intentó dejar un rastro. Algo que no pudiera ser destruido con facilidad. Algo que sobreviviera incluso si él no lo hacía.

—¿También tienes una teoría sobre qué fue de él? —preguntó Vega con una medio sonrisa.

—La verdad es que no, y mucho que lo lamento.

Los dos volvieron a callarse durante un rato. Luego, Vega miró el marcapáginas y a Ferenc.

—Quédatelo —le dijo—. Tiene más valor para ti que para mí.

—No puedo aceptarlo.

—No tienes elección, Ferenc. Para eso eres el mayor experto a nivel mundial en la vida y la obra de Elian Lysander —insistió Vega parafraseando a Conrad—. Además, te lo has ganado. Si no hubiera sido por ti, no habríamos encontrado la caja fuerte.

El exprofesor asintió y se guardó el marcapáginas en el bolsillo pequeño de su mochila. Luego abrió el compartimento grande y sacó un objeto envuelto en una tela que Vega conocía muy bien.

—El *Códex Execratio*, el libro maldito —dijo ella con expresión teatral.

—He venido a devolvértelo. No es mío.

—Tampoco mío.

—Lo sé, pero sabrás qué hacer con él.

—Eso dalo por cierto.

Los dos rieron en un gesto cómplice y callaron por un rato. Abajo, se oía a Conrad dando instrucciones a Talía sobre cómo debía quitar el polvo a los libros.

—¿Te apetece un café? —propuso Ferenc de repente.

—¿Por qué no?

Los dos regresaron abajo y salieron a la calle. Fueron hasta una cafetería cercana y estuvieron hablando de muchas cosas, aunque ninguna importante. Vega retuvo las ganas de preguntarle por qué no seguía trabajando de profesor y Ferenc las suyas de saber por qué abandonó el convento.

La detective se sorprendió encontrando en Sanedor a un hombre divertido, capaz de tener una conversación interesante al margen de los libros y de Lysander. Su rostro estaba relajado y su lengua desatada, y el tiempo se les pasó en un suspiro.

Todo eso cambió en cuanto pusieron un pie en la calle. El rostro de Ferenc se tensó de repente y su mirada fue directamente a un grupo de adolescentes que cruzaba en su dirección.

—¿Pasa algo? —le preguntó, pero Sanedor no respondió, no reaccionó, no la miró siquiera. Tenía una expresión en su rostro distinta, sombría incluso.

Uno de los chicos se adelantó medio metro, lo justo para marcar territorio.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo, sin ocultar la satisfacción—. Pensaba que después de lo del instituto estarías viviendo debajo de una piedra.

Ferenc no respondió.

El chico dio otro paso, buscando su reacción.

—¿Qué pasa? ¿Ya no tienes nada que decir?

Vega se colocó ligeramente delante de Ferenc, no en plan protector, sino como quien ocupa espacio sin pedir permiso.

—¿Tienes prisa? —le preguntó al chico.

El adolescente frunció el ceño, desconcertado por la pregunta.

—¿Qué?

—Lo pregunto porque estás intentando terminar una conversación que no has empezado.

Los otros dos se miraron entre sí. No era el guion que esperaban.

—Yo solo estaba hablando con él —replicó el chico, señalando a Ferenc con la barbilla.

—No —dijo Vega, tranquila—. Estabas actuando para ellos.

Señaló con la mirada a sus amigos.

El chico parpadeó. Apenas un segundo.

—¿Y qué?

—Nada —respondió ella—. Solo quería saber si alguna vez hablas cuando no tienes a un par de niñatos como tú a tu lado para reírte las gracias.

Silencio.

No era una frase brillante.

Era una frase incómoda.

Los amigos ya no se reían.

El adolescente se encogió de hombros, como si no le importara, pero la arrogancia con la que había llegado ya no estaba ahí.

—Vamos —Vega tomó del brazo a Ferenc y los dos continuaron la marcha.

—No tenías por qué intervenir —dijo él cuando ya estaban a cierta distancia.

—No lo he hecho por ti —respondió Vega—. Lo he hecho por él.

Durante el trayecto de regreso a la librería, la detective no le preguntó por el comentario que el adolescente le había hecho sobre el instituto. El rostro de Ferenc había vuelto a relajarse y, para ella, eso era suficiente.

El día que regresó a Santa Rosalía, no avisó con antelación. La puerta principal se abrió y la recibió la misma monja del primer día. Solo que, en esta ocasión, quiso ver una actitud diferente en ella.

—Voy a preguntar a sor Eloísa si puede recibirla —sugirió la monja al dejarla pasar.

—Antes querría visitar el ala vieja —pidió Vega—. Necesito cerrar un asunto pendiente.

—Está bien, lo consultaré con la madre superiora.

Cinco minutos después, la detective se adentraba en el templo que la orden de Cluny había construido siglos atrás en Valbruma. Lo hacía con el beneplácito de sor Eloísa quien, al parecer, no había puesto ninguna pega ni había querido conocer el motivo de su visita al ala vieja.

Al pasar al otro lado, las catacumbas se le antojaron más pequeñas, más estrechas. Recorrió los interminables pasillos con el eco de sus pasos resonando por todas partes. Cuando llegó a un lugar que le pareció idóneo, sacó el manuscrito de la mochila y lo sostuvo por un momento entre las manos.

Durante un instante fugaz, pensó en todo lo que había desencadenado. En lo absurdo que resultaba que un objeto pudiera arrastrar tantas vidas.

Lo colocó en una oquedad profunda sin ningún atisbo de rabia o de reverencia. Solo sentía cansancio, una necesidad de cerrar un capítulo. Luego lo cubrió por completo con los restos humanos que había esparcidos por el suelo. Sabía que solo era una manera de

dilatar lo inevitable. Salvo que el suelo de arriba cediera, alguien terminaría por encontrar las catacumbas y también el códice.

Pero ese ya no sería su problema. Ella había hecho lo que tenía que hacer: cerrar un círculo que había empezado con Elian Lysander.

Luego, sin más preámbulos, salió de la cripta y regresó sobre sus pasos. La madre superiora ya la esperaba en su despacho. Tenía el rostro más relajado que de costumbre.

—Solo venía a despedirme —dijo Vega a modo de saludo.

—Gracias. —La monja bajó la cabeza en un gesto que significaba más de lo que parecía.

—¿Por qué?

—Por cumplir tu palabra. Por preservar el bienestar del que una vez fue tu hogar.

—Ya.

Las dos permanecieron en silencio un buen rato. Sor Eloísa había vuelto a levantar la vista y miraba a Vega con un brillo en sus ojos distinto al habitual. Sin embargo, al constatar que no había mucho más que decir, la detective se dio la vuelta dispuesta a salir del convento y que el convento saliera de una vez de su vida.

—¡Espera! —le pidió la monja cuando ya estaba junto a la puerta—. Hay algo que debes saber.

Vega nunca supo si fue la manera de pronunciar las palabras o que, por primera vez desde que la conocía, había detectado un asomo de debilidad en sor Eloísa, pero eso la hizo estremecerse. Los acontecimientos que la monja iba a relatar a continuación, lo justificaban de sobra.

—He guardado silencio demasiados años —dijo sin rodeos cuando Vega tomó asiento—. Y no me arrepiento de nada porque el

silencio nos ha protegido. Pero creo… creo que ha llegado el momento de que lo sepas.

La detective se cruzó de brazos y esperó a que la monja continuara.

—Hace muchos años, cuando yo todavía era joven, llegó a Santa Rosalía una chica joven —arrancó al fin sor Eloísa con la mirada en otra parte o en otro tiempo—. Se notaba que huía de algo. Era joven. Demasiado joven. Tendría algunos años menos que yo pero nos entendimos bien desde el primer momento. Era alegre, extrovertida y se hacía de notar.

»Pero de un día para otro su carácter cambió. Se volvió más reservada. A veces la oía llorar cuando creía que nadie la escuchaba. Ya no me buscaba como antes y yo, ya conoces mi forma de ser, lo acepté sin más.

La monja se detuvo un segundo, como si recordar aquello le resultara doloroso o le costara traerlo de vuelta.

—Una noche, la hermana Ángela vino a buscarme. Dijo que me necesitaba, que había ocurrido algo y que debía ser discreta. Me llevó hasta la biblioteca, donde me encontré con aquella chica gritando de dolor. «Está a punto de dar a luz» me dijo Ángela y yo me quedé paralizada. Cuando conseguí reaccionar, le advertí que no era buena idea, que debíamos informar a alguien, a la madre superiora, pero la hermana Ángela me pidió que no lo hiciera, me lo rogó.

»Quise protestar, le insistí en que aquello era un escándalo. Que si se descubría, el convento entero quedaría marcado, que la diócesis intervendría. También pasó por mi cabeza la idea de salir de allí y no implicarme, pero ya era demasiado tarde para eso. Aquella chica se retorcía de dolor y había sangre por todos lados, así que tomé una decisión, la primera de esa noche. Entre la hermana Ángela y yo conseguimos salvar la vida de la madre y de su bebé.

El silencio que siguió fue denso.

—¿Un niño? —preguntó Vega.

—Una niña.

Eloísa no apartó la vista.

—Tú.

Vega no reaccionó. A esas alturas ya no era una sorpresa para ella. Solo la confirmación.

—¿Y después? —preguntó.

La madre superiora respiró hondo.

—Después vino el miedo. Yo le dije a Ángela que aquello no podía saberse. Que si queríamos proteger a la comunidad, debíamos cortar el problema de raíz.

—¿El problema?

—La vergüenza. El escándalo. La intervención.

—Así que decidieron mentir.

—Lo decidí yo. La hermana Ángela tuvo sus dudas, pero terminó aceptando que era el mal menor. Cuando vimos que tu madre empezaba a recuperarse, la hicimos creer que la niña había muerto durante el parto. Le dijimos que no había resistido.

Vega la observó en silencio.

—¿Qué hizo ella?

—Se vino abajo —respondió Eloísa, sin adornos—. Pero aceptó marcharse. Le dijimos que lo mejor era irse antes de que el rumor creciera. Que así el convento no quedaría manchado y ella podría rehacer su vida lejos.

—¿Y yo?

—Hicimos creer a todo el mundo que te habíamos encontrado a las puertas del convento. Avisamos a las autoridades. Se registró como un abandono.

—Conveniente.

—Necesario —corrigió la monja.

—¿Qué fue de mi madre? ¿Cuál es su nombre?

La madre superiora tardó un segundo en responder.

—Nadia Minsk

Vega repitió el nombre en su cabeza, tratando de buscar una familiaridad con la que no consiguió dar.

—¿De dónde era?

—Creo que del norte. Un pueblo pequeño. Hablaba poco de su familia.

—¿Y el padre?

Eloísa negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea. Tampoco de eso llegó a hablarnos.

La detective descruzó los brazos y se inclinó hacia delante.

—Así que decidieron por ella. Decidieron por mí. Las dos lo hicieron.

—Decidí yo —repitió sor Eloísa.

—Y llama a eso proteger.

La monja sostuvo la acusación sin desviar la mirada.

—Salvaba el convento.

—Se salvaba a usted, como siempre —le espetó Vega levantándose despacio.

Eloísa no respondió.

—No se preocupe —añadió la detective antes de dirigirse a la puerta—. No pienso pedirle cuentas. Solo venía a cerrar un capítulo. — Se detuvo un segundo antes de salir—. Pero ahora hay otro que se acaba de abrir para mí.

Vega salió del despacho y la madre superiora se quedó a solas, luchando por evitar la lágrima que asomaba en uno de sus ojos. Tomó aire profundamente y descolgó el teléfono, tratando de aclararse la voz.

—¿Monseñor? Sí —dijo sor Eloísa cuando contestaron—. Todo se ha resuelto.

Hubo una pausa.

—La investigación se ha cerrado sin exposición innecesaria. No habrá repercusión mediática.

Escuchó en silencio.

—No, no hay más implicados dentro de la orden.

Otra pausa.

—La hermana María de la Vega ha hecho lo que debía.

Breve silencio.

—No nos equivocamos con ella.

Colgó despacio. Durante unos segundos permaneció inmóvil, con la mirada perdida en algún punto indeterminado de la estancia.

Luego cerró los ojos.

No por alivio.

Por cansancio.

Vega atravesó las puertas de Santa Rosalía y salió al otro lado de sus muros. Como una década antes, cuando se marchó en busca de una nueva vida, no miró atrás. Durante años había vivido sin nombre, sin origen, sin una pieza que encajara del todo. Nunca la había necesitado.

Al menos, eso creía.

Ahora tenía un nombre. Un punto en el mapa. Una mentira que explicaba demasiadas cosas.

Mientras descendía por la carretera de regreso a la ciudad, comprendió que el pasado no se desentierra para entenderlo, sino para decidir qué hacer con él.

Eso era lo que realmente importaba, las decisiones.

Y ella ya había tomado la suya.

LA MUERTE TRAS LA VENTANA

ENLACE A AMAZON



No soy un tipo violento. Solo mato por trabajo. Limpio. Preciso. Sin huellas. Acepto pocos encargos al año y siempre me prometo que será el último. Hasta que veo su fotografía y sé, desde el primer instante, que va a ser mi perdición.

Debía observarla, conocer sus rutinas, elegir el momento exacto. Es lo que siempre hago. Pero esta vez algo empieza a resquebrajarse. En lugar de vigilarla, me obsesiono con ella, analizo cada gesto suyo, cada expresión.

Y cuanto más me acerco, más se rompe la única ventaja que tengo: el control.



DESCUBRE LA SAGA EL LEGADO OCULTO

https://www.amazon.com/author/franciscorodenas

https://franciscojavierrodenas.substack.com/

Un policía veterano, cínico y de métodos poco ortodoxos.
Una agente joven, metódica y con fe en el reglamento.
No se soportan. Nadie los soporta.

Pero cuando llega el momento de la verdad, tendrán que aprender a entenderse.

Agradecimientos

A mi familia, por la paciencia infinita y el cariño que me brindan, incluso en esas largas horas robadas al reloj para escribir. Sin su apoyo, nada de esto sería posible.

A los escritores, pasados, presentes y futuros que me han influenciado y todavía lo hacen. Todas mis historias tienen algo de ellos.

Y por último —pero nunca en último lugar—, a ti, lector. Porque todo este viaje solo tiene sentido si hay alguien al otro lado de la página.

Si has disfrutado de esta historia, te invito a que conozcas mis otros libros a través de mi página de AUTOR de Amazon.
Y si te apetece dejar una valoración en Amazon. Será tu forma de apoyar el trabajo que hay detrás de cada palabra. ¡Gracias de corazón!